This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Econ 5958.67.70

Harvard College Library

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

Class of 1828

Bind

Econ. 5958.67.

UN AÑO

EN PARÍS

POR

EMILIO CASTELAR

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL GLOBO
DIRIGIDO POR JOSÉ CAYETANO CONDE
1876

UN AÑO EN PARÍS

UN AÑO EN PARÍS

POR

EMILIO CASTELAR

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE EL GLOBO

DIRIGIDO POR JOSÉ CAYETANO CONDE

1875

Econ 5958.67.70.

HARVARD COLLEGE
APR 16 1920
LIBRARY

Minot Land

20-53
11

PROLOGO.

A ruegos de muchos amigos resuelvo publicar en volúmen estas notas y estos recuerdos, que vieron la luz en los folletines de varios periódicos americanos, ya olvidados y perdidos. Confieso injénuamente mis vacilaciones antes de decidirme á compaginar estas cuartillas, empolvadas durante siete años en mis maletas de viajero emigrado, y en mi escritorio de constituyente y gobernante ocupadísimo. Las tracé al frio del destierro y participan de la tristeza de mi alma. Entonces Napoleon III dominaba en Francia; la libertad parecia perdida para siempre; la democracia falsificada en el cesarismo; y los que amábamos las ideas modernas y creíamos su principal representante y su órgano principal á la nacion francesa, desahogábamos en la nacion tachada de olvidadiza é ingrata el mal-humor engendrado por la tiranía imperialista. Así, en medio del asombro que me causaba la riqueza pública; del entusiasmo que me despertaban los productos maravillosos del trabajo y los progresos diarios de la general cultura; á cada palabra se exhala de estas páginas una profunda conviccion de la irremediable

decadencia del pueblo francés, si no se apresuraba con grande ánimo á romper la dictadura cesarista y fundar la anhelada libertad. No era ciertamente yo el único que tenia entonces tal criterio; no era el único en fustigar al pueblo francés, como para sacudirle á ver si sacudia su letargo. Mis elegías y mis invectivas son descoloridas y desmayadas junto á las estrofas de Víctor Hugo en los *Castigos*, y á las pinturas de Pelletan en la *Nueva Babilonia*, y á las filípicas de Texier en el *París capital del mundo*, y á los horrores dichos por Veuillot en el libro consagrado á maldecir la fastuosa sede del Segundo Imperio.

Así la nacion francesa no puede tomar como un juicio sobre su vida y sobre su historia este juicio sobre una época nefasta de sus gloriosos anales. Pocos me aventajarán jamás en admirar al pueblo francés y en reconocer los servicios prestados por su génio á la civilizacion universal. Pocos me aventajarán en proclamar que su siglo décimo-octavo, abierto por la enciclopedia y cerrado por la revolucion, es uno de esos siglos solo comparables á la época del Renacimiento por la cosecha de humanitarias ideas y la muchedumbre de grandes hombres. Pocos me aventajarán en pregonar la delicadeza de su cultura, la gracia y la flexibilidad de su lengua, el carácter humano y universal de sus escritores, la virtud nacional, la virtud francesa por excelencia, el culto ardiente al trabajo, y la plausible costumbre de la economía y del ahorro. Si en los dias de la prosperidad yo pude ser juez severo de sus goces, en los dias de la desgracia fuí su amigo leal, y critiqué acerbamente al vencedor la desmembracion del territorio, doliéndome de las semillas de guerras y discordias esparcidas sobre Euro-

pa por este abuso de la victoria. Hoy el pueblo francés ha cautivado mi ánimo, hasta por el hábil tacto y el profundo sentido político de que le creí privado tanto tiempo. Hoy, venciendo sus antiguos instintos cesaristas, ahuyentando los sueños y delirios utópicos, fiel á su providencial ministerio de iniciador, funda, en medio de gravísimos conflictos, con una mezcla de rara audacia y de prudencia, aquellas instituciones más conformes con el espíritu de una verdadera democracia, y más contrarias á esos golpes de Estado arriba y á esas revoluciones abajo, que han sido el doble escollo de su fortuna en los modernos tiempos. Los últimos años han demostrado que el buen sentido se hermana con el ingénio en sus raras facultades intelectuales; la riqueza con la caridad en el consuelo que rápidamente llevára á los infortunios de sus conciudadanos del Mediodía en las últimas catástrofes. Así todo indica hoy una resurreccion de Francia, y todo señala que en el congreso de los pueblos volverá á representar los principios más necesarios á la general cultura moderna; la alianza entre la libertad y la democracia.

El que leyere, no debe olvidar la naturaleza y el carácter y el orígen de este libro. Es una coleccion de folletines, muchas veces trazados de prisa y con la lijereza propia de esta clase de composiciones. Mis lectores de América deseaban saber mi juicio sobre los hechos corrientes y diarios, sobre los teatros, sobre los sucesos importantes, sobre los certámenes y las exposiciones. Tocóme en suerte el año de la Exposicion Universal, y hay de ella algunos cuadros, algunos capítulos que recuerdan maravillosos trabajos ya desaparecidos, y evocan espectáculos dignos de otra época

más avanzada de la cultura humana. En los escritos que han salido de mi pluma hay constantemente la fe en la libertad y en la democracia; el culto á la paz y á la justicia; la conviccion de que toda decadencia será pasajera y todo progreso constante, hasta llegar á la realidad del derecho y á la emancipacion de los pueblos.

UN AÑO EN PARÍS

I.

DESPEDIDA.

Siempre he oido murmurar, cuando alguna persona insignificante abandonaba la capital de España, el célebre dicho de un zapatero orgulloso pronunciado á la hora de su partida en no sé cual de las puertas: "Adios, Madrid, que te quedas sin gente." Eran los dias primeros de Julio del año 1866. El calor no podia llamarse como tantas otras veces incómodo y sofocante. El cielo ostentaba su proverbial trasparencia; el aire corria oreando las calles, convertidas en rios por el nuevo sistema de riego; las montañas de Guadarrama tomaban esas tintas de azul oscuro que les da el anochecer con su sombría paleta, mientras el sol se ocultaba, acostándose, á manera de sátrapa oriental, en mullido lecho de nubes rojas como la púrpura.

¡Adios, Madrid, que te quedas sin gente! Adios, bosques del Retiro, donde el árbol del amor enlaza sus guirnaldas encendidas con los blancos pompones del castaño de Indias; adios, lilas y rosas, que tantas veces, para hacer un regalo, arranqué furtivamente del ramo erguido, á pesar de mis calorosas defensas del derecho de propiedad; adios, salon del Prado, adios, con tus éticos árboles y tu mezquina pirámide que recuerda un sacrificio tan grande, y tus fuentes teatra-

les y tu sin par Museo, ese Olimpo de la pintura donde vendrán los pueblos en peregrinacion cuando renazca el amor al arte, enterrado todavía entre las ruinas de Atenas, á pesar de las evocaciones del Renacimiento; adios, pedregoso Manzanares, bosques de la Casa de Campo, monumental escalera de las Delicias, cuyos bojes me recordaban la Alhambra; rotonda de San Antonio de la Florida, por la cual asoman sus negros ojos las manolas de Goya; adios, Madrid entero, que te quedas sin gente.

Pero mi vista se oscurece, mis manos se crispan; frio mortal me sobrecoge, y apenas puedo tenerme de pié. Allá, á la derecha, por el camino de la Fuente Castellana, hay un cementerio. En el cementerio hay unos huesos, riqueza de mi memoria, herencia moral de mi espíritu; unos huesos frios, pero á los cuales se halla todavía unido el calor de mi vida como la chispa al pedernal. Dejadme, dejadme enterrar en ese mismo nicho mi corazon; dejadme... Yo quisiera que mi alma fuese la golondrina errante para posarme sobre esos cipreses, y mis lágrimas la lluvia que pasa del Océano á las nubes y de las nubes á la tierra para dejarlas en las junturas de esas piedras...

Es de noche. Nadie me conoce al partir, y nadie me conocerá cuando vuelva, si es que no quedan mis despojos en extranjera tierra. La negra noche viene sobre nosotros, y el negro olvido vendrá sobre nuestros nombres. La locomotora nos recoge y nos arrastra vertiginosamente. La columna de humo paréceme las alas del tiempo que nos llevan en raudo vuelo hácia la eternidad. La vida es una corriente. Astros, flores, mariposas, mujeres, niños, todo, todo baila una danza macabra, presidida por la muerte en el wals infinito del movimiento universal. ¡Ay de aquel que se pára! La inmovilidad es la muerte. "El Escorial, el Escorial," dicen los vigilantes del ferro-carril

¡Cuántas veces vine á meditar bajo sus frias bóvedas! En cuántas ocasiones, cuando las campanas sonaban á vís-

peras y el órgano henchia la soledad de voces misteriosas, yo apoyaba mi codo en las estrías de los gigantescos pilares del crucero, y dejaba errar mis ojos por la rotonda infinita y por los arcos gigantes, de cuyas sombrías piedras se escapan los ángeles de los frescos, ángeles vestidos de túnicas de todos colores, y que no pueden, ni con sus encendidas alas, ni con su rosada encarnacion, ni con su amorosa sonrisa, alejar el frio eterno de aquellos muros; como los santos de Pompeyo Leoni, que parecen de oro macizo segun brillan entre las columnas de mármol sanguíneo del incomparable altar mayor, á pesar de hallarse colocados en una gradacion artística para entonar el *Te Deum* de la inmortalidad, no pueden alejar de aquella inmensa tumba su idea única, la idea de la muerte.

Cuántas veces me ha parecido ver por allí á Felipe II, con su negra ropilla, su montera, la tosca espada al cinto, el Toison de Oro al cuello, el devocionario en las manos flacas y cenicientas como dos arañas, la color pálida, los ojos destellando luz blanquecina como las pajuelas, los lábios amoratados por la interior corrupcion, rara la barba, alta la frente, siniestra la fisonomía; sombra eterna de aquel eterno sepulcro, sombra que se dibuja en cada piedra y que murmura en cada rumor. Rey, estás enterrado en nuestra conciencia como el eterno modelo de nuestra política. Pero sube á esa rotonda tan alta, mira á los cuatro puntos del horizonte, y pregunta á los aires que pasan gimiendo sobre tu sepulcro, cuánto ha quedado de tu inmenso imperio. El desierto se extiende á las puertas mismas de tu Madrid. La Inquisicion cumplió tan bien su cometido, que las bibliotecas se hallan desiertas porque nadie puede leer, donde nadie puede pensar. Tu hijo fué tan piadoso, que no quiso ver á nuestras tierras produciendo buenos frutos si habian de ser regadas con sudor morisco. Nos quedamos solos con un solo pensamiento, á manera de un murciélago inmenso disecado en nuestra conciencia. Holanda se fué maldiciéndo-

nos; y Flandes, y la Italia, y América, y Portugal; y el inglés clavó su pabellon en nuestra misma tierra, porque tu manto, ese manto real inmenso, más grande que el mar y que hubiera podido envolver como una funda la tierra, ese manto era un sudario.

Mientras converso con mis recuerdos, los vigilantes del camino gritan: "¡Avila, Avila!" El tren se detiene más de lo ordinario. Varios agentes de policía, acompañados de guardias civiles, recorren los coches y nos piden nuestras cédulas de vecindad. Esta demanda, muy política, pero muy prosáica, me vuelve á la realidad. Es media noche. Me llamaron la atencion los faroles que iluminaban la ciudad, y no me llamaron la atencion las estrellas que brillaban fúlgidas en el cielo de Castilla. Si el hombre tuviera el don de presentimiento, nativo en ciertas aves, las cuales anuncian la tempestad, yo hubiera bañado por última vez con fruicion mis ojos en aquella plateada luz que se envian unas á otras las estrellas en el cielo de mi patria. Si yo hubiera sabido cuántos años habia de vivir entre las nieblas, habia de suspirar por el azul del cielo, habia de estar separado de las estrellas, no cierro los ojos y paso toda la noche, toda entera, contemplando aquel incierto centelleo del horizonte, aquellas fajas que forman la Via Láctea, ese surco lleno con la semilla de los mundos. Me dormí y soñé, soñé con el valle donde corrió mi infancia; vi sus montañas circulares que semejaban las paredes de un nido; sus casitas blancas ocultas entre los bosques de olivos y á trechos adornadas por la corona de las palmeras; su alta torre, de donde bajaba la sonora voz de la campana saludando con el Ave-María el nacimiento ó el ocaso del sol; sus viñedos del color de la esmeralda, con sus uvas de la trasparencia del ámbar; el rio, pobre de agua, pero de adornos rico, pues corre entre colinas llenas de frutales, y tiene sus márgenes sembradas de cañaverales y de adelfas.

Pero ¡qué sueño! El mústio alborear del nuevo dia vie-

ne á sacarme de él. La pálida luz de la mañana se asoma por el Oriente. Nada, nada en torno nuestro, ni un árbol, ni una casa; algunos pueblecillos ocultos en la tierra parduzca semejantes á nidos de alondras. El desierto, sí, el desierto por todas partes. Parece imposible que seais enemigos de los árboles, cuyos frutos son tan regalados, cuya sombra es tan grata, cuyas ramas dan música á los oidos y atraen la humedad de los aires. Parece imposible que no ameis su misterio, y que por todo encanto ofrezcais á la vista esos rastrojos interminables llenos de raíces secas y de nubes de polvo. ¿Será que estén ahí como una muestra de la esterilidad á que ha venido tambien la conciencia nacional?

Recuerdo bien que, entrada la mañana, llegamos á Valladolid. No podia detenerme, y por lo mismo apenas dirigí mis ojos desde la estacion á la gran ciudad que tantas veces habia visitado, como deben visitarse las ciudades de Castilla la Vieja, con la historia en la mano, ó si quereis, con la historia en la mente. Valladolid no es como Búrgos, que se descubre desde la estacion toda entera, coronada por su catedral gótica. Valladolid está tendido en una planicie, y desde la estacion nada indica su grandeza. Sin embargo, pocas poblaciones podrán ofrecer tantos recuerdos gloriosos; pocas tantos monumentos soberbios. Yo la he paseado creyendo pasearme con los hombres de otros siglos. Ya veis la casa donde nació Felipe II, ese verdugo del Viejo Mundo; ya la casa donde murió Colon, ese creador del Nuevo; ya en el Ochavo, sitio que se eleva en medio de Valladolid, descubrís la sombra del cadalso de D. Alvaro de Luna, y la reja de su última prision en la calle de los Francos; ya os representais en aquellos mismos sitios el Auto de Fe donde los huesos de los que deseaban regenerar la conciencia eran tostados delante del Emperador, que tenia de la mano á su nieto el infeliz príncipe D. Cárlos, al ir á recluirse en su celda de Yuste, despues de haber visto su inmenso poder

estrellarse contra la libertad de conciencia. La catedral recuerda la fria arquitectura de fines del siglo décimosexto; y San Pablo y San Gregorio, con sus guirnaldas de piedra, toda la eflorescencia de una nueva primavera del espíritu, el calor del Renacimiento que se acercaba, una especie de resurreccion del Fauno enterrado en las frias piedras de los templos de la Edad Media. ¡Cuánto he soñado con los tiempos pasados en esas calles, al pié de los conventos, murados como fortalezas, á la vista de torres seculares, como la torre de la Antigua! Yo tambien tengo la manía de mi nacion y de mi raza; yo tambien gusto de encerrarme en el polvo de los sepulcros. Será sin duda por que, á pesar de haber trabajado tanto en renovar el suelo y la conciencia, he perdido la esperanza y bajo cada dia un escalon del húmedo y triste panteon en que yace un pueblo. Inmensa diferencia de estas razas históricas, tomando el sol, como los lagartos, entre las ruinas del Foro ó de la Alhambra, que no pueden reedificar, mal envueltas en los girones de sus antiguos mantos de reinas, tristes, indolentes y esclavas; inmensa diferencia de estas razas á las razas fuertes, vigorosas del Norte de América, libres como la conciencia y el espíritu; trabajadoras como la naturaleza; vigorosísimas como la vida; que nada dejan detrás de sí, nada, sino el recuerdo de su República fundada en la virtud, y de su declaracion de los derechos del hombre; y que, entrando en los bosques vírgenes con el hacha en la mano, los destrozan, levantan una ciudad donde antes se hallaba el desierto, y extienden por todas partes el calor vivificante de la vida social con los milagros del trabajo.

Pero ¡la libertad! ¡Cuán lejos de nosotros está la libertad! Llevamos sesenta años de buscarla y no la hemos encontrado. Pero, ¿cómo la encontrariamos bajo la corona de los antiguos reyes? Una libertad coronada con el derecho divino, es un escarnio. Para celebrar estas nupcias entre los reyes y la libertad, hemos sacrificado tres generaciones. Jamás re-

yecillos del interior de Africa han degollado tanta gente en obsequio á su felicidad como nosotros hemos degollado en obsequio á estas nupcias imposibles.

Allá, en uno de los recodos del camino, veo á Pampliega. Quisiera detenerme para contemplar el sitio donde hace trece siglos un guerrero se negaba tenazmente á recibir la corona de España. Fué necesario ponerle á Wamba una espada al pecho para que se decidiese á ser rey. Los tiempos han cambiado mucho, puesto que hoy el menor general pone una espada al corazon de los ciudadanos por ser ministro. Wamba se acostó rey una noche y se levantó fraile. Una conspiracion de palacio le habia abierto un cerquillo, y los godos no consentian que las coronas reales pudiesen descansar sobre los cerquillos monásticos. A nuestra monarquía constitucional le ha sucedido lo mismo. Despues de haber arrancado de la Constitucion de 1812, se ha convertido en monja.

¡Búrgos! Búrgos! Ha entrado mucho el dia y el apetito se ve provocado por aquellas tazas de negro chocolate y aquellos platos de blanco queso. Yo prefiero el queso de Búrgos á todos los quesos del mundo. Así es que en el wagon dirijo alternativamente la mirada al queso y á la ciudad. Hemos pasado casi tocando las tapias del convento de las Huelgas. Allí se entierran unas cuantas nobles castellanas con sus escudos y blasones al pecho. Yo me creí que al enterrarse vivas las monjas de Cristo como las vestales de Roma, al renunciar á la vida social y á los goces santos de la familia, dejaban á la puerta, con el olvido de las leyes de la naturaleza, el olvido de las distinciones de la sociedad. Yo las creí semejantes á esos ángeles de túnica blanca y alas doradas que entonan una oracion eterna junto al ara del altar mayor. Pero en las Huelgas de Búrgos, á la entrada, hay una série infinita de escudos donde las abadesas graban sus armas y los nombres de sus ilustres progenitores con todos sus títulos y todas sus condecoraciones. Se puede dejar la inmensidad de la naturaleza y sus inefables goces; el hogar y

su abrigo; la libertad y sus derechos; la familia y sus auxilios tan necesarios á la vida; el amor, la pasion más intensa en el corazon de las mujeres; y no se puede dejar á la puerta de esos monasterios, que están, como los sepulcros, cerrados al mundo y abiertos á la eternidad, el orgullo de las preocupaciones aristocráticas.

Nada me llamó la atencion cuando estuve en las Huelgas, aparte de aquel pueblo mandado todavía por una abadesa, como la bandera de las Navas, colocada allí por el grande Alfonso VIII. Suprimid esta victoria, y desde el estrecho de Gibraltar hasta el estrecho de Mesina se establece el Koran; y, dueño de las dos riberas del Mediterráneo, extingue en Europa la civilizacion cristiana, y la basílica de San Pedro es la Santa Sofía de Occidente. Yo me acerqué á la bandera que guardan con veneracion las monjas; yo la devoré con la vista, como el trofeo de una edad gloriosísima. ¿Y la nacion que pudo desarmar estas nubes tonantes las cuales amenazaban con un diluvio de sangre, no podrá salir de la niebla mortal en que hoy se halla envuelta?

La catedral es un canto. Aquellos airosos muros, aquellas ventanas cinceladas como joyas; aquellas dos torres, á través de cuyos calados se ven pedazos del cielo, como turquesas prendidas en sus piedras; aquel bosque de pirámides, agujas, botareles, donde el cincel ha extendido tantas guirnaldas, y donde la piedra se hace etérea, sí, aeriforme; toda aquella obra de arte es como una melodía que os sumerge en el místico encanto de los sueños poéticos iluminados por la fe religiosa de otros siglos. Yo la he visto al ponerse el sol, cuando los rayos la hieren verticalmente y los reflejos de las nubes la bruñen de manera que parece un edificio de fuego; yo la he visto en tardes de estío, y guardo su recuerdo entre las emociones más duraderas de mi existencia.

La ciudad de Búrgos, monumentalmente considerada, es una de las más dignas de estudio que hay en España, esa nacion de los monumentos grandiosos. La Cartuja de Mira-

flores me parece en su género una de las iglesias más notables de España. No tiene aquella gracia y aquella armonía de San Juan de los Reyes que cautiva; pero tiene una grande solemnidad. Los padres de la Reina Católica duermen su eterno sueño en uno de esos sepulcros cincelados á fines del siglo décimo quinto, y en los cuales el paganismo renaciente ha derramado su inmortal alegría. El sepulcro de D. Alfonso, el hermano de la Reina Católica, muerto en edad temprana, que está, si no me engañan mis recuerdos, al lado del Evangelio, es tambien portentoso. El altar mayor ha sido dorado con el primer oro que trajo Colon de América. Parece que la luz del Nuevo Mundo se refleja en sus esculturas. Parece que los albores de aquella naturaleza, la cuál se eleva inmaculada en la inmensidad de los mares, entonan las columnas y las estátuas. Sin embargo, el ánimo no puede libertarse de un sentimiento infinito de tristeza. Ese pálido oro ha sido nuestra perdicion y nuestra ruina Por recogerlo del seno de la tierra, manchamos las primeras páginas virginales de la historia de América. Por reunirlo, implantamos la esclavitud, inmolamos á millares los indios. Por ese oro reluciente abandonamos los talleres, los campos, el oro modesto, pero eterno del trabajo. Ese oro es todavía el peso que llevamos atado á nuestros piés en el saco en que vamos encerrados flotando sobre el mar tempestuoso de nuestras revoluciones. Ese oro ha sido nuestra cadena. En aquel ara parece la apoteosis, la divinizacion de nuestra codicia que yo maldigo y que maldecirán todas las generaciones hasta la consumacion de los siglos.

Un fraile nos acompañaba, que por cierto nada tenia de cartujo, segun lo charlatan y pendenciero. Estos frailes que se han escapado de la ruina de las comunidades religiosas, debian parecer sombras escapadas de los sepulcros. Ya que no tuvieran otra cualidad, debian tener poesía esas ruinas móviles y vivientes. Yo estaba más conmovido, yo que entraba allí sin tener un átomo de su fe. Reinaba en las celdas

un augusto silencio. Convidaban al recogimiento, á la meditacion; podia anticipadamente gustarse en su seno la tranquilidad de la muerte, en la cual con tanta voluptuosidad piensan todos los desesperados. En cada celda habia un huerto, en cada huerto una sepultura. Yo me imaginaba uno de aquellos hombres de otros siglos, templados para la fe religiosa, cavando al rayo de la luna y al rumor de los melancólicos sonidos de la noche, en el duro suelo, su propia sepultura. Al fin, todos somos cartujos, y todos nos cavamos nuestro propio sepulcro con la ilusion, con la esperanza, con el deseo, esas instintivas aspiraciones á la muerte.

Uno de los edificios que deseaba ver con mayor anhelo en Búrgos era el monasterio de San Pedro de Cardeña. El *Romancero* es nuestra epopeya. Su autor ha sido el pueblo. De él ha emanado el teatro; con él se han estrechamente enlazado las crónicas: suya es la esencia de nuestro arte, suyas las grandes aspiraciones á la independencia, primeros confusos vagidos de las fuertes aspiraciones á la libertad. Por nuestros municipios nos parecemos á Italia; por nuestro *Romancero* á Grecia, como por nuestro inmenso imperio, pronto moribundo, á Roma. El pueblo ha oido esas historias modeladas en dulces armonías, á la puerta de sus campamentos, en el seno de sus Asambleas, como una excitacion al combate, como un grito de victoria, como un consuelo en las derrotas, y despues ha dejado esa poesía como un expléndido espejismo en los horizontes del tiempo. Mas el héroe, el alma, la vida de este poema gigantesco es el Cid. ¿Quién desdeñará ver San Pedro de Cardeña, el sitio, el lugar de su sepulcro? Yo tengo para mí que los monjes de San Pedro crearon la leyenda monástica del Cid en provecho de las rentas del convento. Como el Cid es la imágen del pueblo castellano en lucha por su independencia, llegando á las orillas del Mediterráneo entre empresas titánicas, todos los que quisieron ser populares se apoderaron del Cid. El rey imaginó un Cid reverente, la nobleza

un Cid altivo ante el rey, y el pueblo un Cid nacido junto á la piedra del molino, en la cabaña del trabajo, y elevándose por sus esfuerzos más alto que los tronos. Los monjes podian explotar al Cid muerto. La industria monástica ha tenido siempre su principal máquina en el sepulcro. La eternidad ha sido el capital infinito de que ha sacado tan maravillosos réditos. El Cid, sentado á la derecha del altar mayor, despues de haber muerto, atraia la concurrencia de los fieles al templo. Un judío que intentó mesarle audazmente la inmóvil barba, le despertó á la vida. Al ver al gran cadáver sacar la espada para castigar aquella afrenta como en sus mejores tiempos, el judío cayó de rodillas á sus piés y le pidió el bautismo. Por tal milagro afluian las gentes en tropel á un monasterio donde se dispensaba la salud y se guardaban las sagradas reliquias del héroe que con Pelayo, con Fernan-Gonzalez, con Sancho Abarca, es uno de los fundadores de la independencia española.

El histórico monasterio es hoy un presidio, y se levanta en triste soledad. El señor arzobispo de Búrgos envia allí los clérigos que han faltado á la moral, á la disciplina, ó al dogma. Por regla general pocos faltan al dogma porque pocos piensan. La mayor parte de los castigados son los desobedientes. Habia muy escasos penados con relacion al número de clérigos que cuenta la provincia. Búrgos no tiene bastante con sus contribuciones para pagar su clero. A fin de que sus habitantes encuentren llano el camino del cielo, España entera les ha de pagar los caminos de la tierra, amen de correos, ejército, administracion provincial, todos los servicios. Yo condenaria á la provincia de Búrgos á pagarse ella misma sus sacerdotes, puesto que ella los aprovecha; y entonces veríamos si continuaba dándose ese lujo de clero.

El monasterio apenas conserva una pequeña galería bizantina como recuerdo de sus primitivos tiempos. La iglesia es de un gótico ya muy avanzado como el sepulcro del Cid. Y el resto del monumento es del siglo décimosétimo,

y se parece más á los Inválidos de París que á los gallardos edificios de Castilla. Yo no creia entrar en el monasterio histórico por excelencia, sino en espaciosa casa de campo. Los cerdos hociqueaban montones de inmundicia en el patio. La esquila del ganado lanar sonaba en los alrededores. Algunas mulas sin cabezal ni aparejo corrian de un punto á otro, segun su grado, mostrando que al fin algun sér era libre en aquella cárcel. El prior, ó como quiera llamársele, gritó descompasadamente cuando un clérigo sombrío y arisco fué á anunciarle que algunos forasteros deseaban ver el convento; pero se apaciguó mucho cuando, al asomarse á la ventana, vió que habíamos ido en elegante coche, obsequio de un amigo burgalés. El buen prior estaba en el monasterio como la ostra en su concha. Nada sabia ni de sus más bellas tradiciones. Díjonos que por una de aquellas ventanas se habia asomado Jimena á despedirse del Cid, y la ventana era ó del siglo pasado ó del siglo décimosétimo.

De todos modos, cuando se entra en aquella capilla, cuando se ve aquel sepulcro, siquiera sea posterior á la edad que sigue á la muerte del héroe, y aquellos retratos de su familia mucho más posteriores todavía; cuando se recuerda que en torno de aquellas piedras ha gravitado la sagrada materia de que se formó la pátria, y que en torno de aquella figura ha nacido nuestra epopeya, nuestra lengua, nuestro teatro, para despues dominar en el mundo, y atravesando los mares encontrar otro nuevo á la dilatacion de tanto génio; la sangre de nuestra raza se agolpa al corazon que late fuertemente, y nos parece estar viendo, estar tocando la humilde cuna de aquella nacionalidad que, más tarde, no cabia por su grandeza en la tierra.

Todo esto les iba yo contando á mis compañeros en el trayecto del postrer viaje por la patria, que me servia como recuerdo de mis anteriores viajes y como despedida á una de las épocas más agitadas de mi existencia. Al poco espacio de Búrgos, el suelo toma ya el aspecto de las tierras del

Norte; los horizontes, el tinte de la blancura mate que descolora su azul; y las montañas una imponente grandeza. Despues de atravesar el Ebro, entramos en el corazon de las cordilleras. Provincias Vascongadas, yo saludo vuestras antiguas libertades. Si no estuvierais tan apegadas á vuestras venerandas tradiciones, si hubiera pasado por vuestras aldeas un soplo de la revolucion religiosa, hoy seríais la Suiza del Pirineo. De todos modos, Rousseau, el profeta de la soberanía de los pueblos, cantó vuestro árbol de Guernica; las legiones de la República francesa ornaron con sus sagradas ramas las armas de la libertad; y España entera os envidia que hayais podido salvaros de la segur del absolutismo tan asoladora como la guadaña de la muerte, y que hayais conservado en vuestros riscos una sombra al ménos de nuestras Asambleas populares, y un testimonio de lo antiguas que son en nuestra patria las tradiciones de la libertad. Los montes Pirineos, en realidad más altos que los Alpes, y en apariencia más bajos, semejantes á una ondulacion del fuego central, á una gradería de colinas, cuya simple arquitectura es la admiracion de los geólogos, y cuyos fuertes muros la mútua salvaguardia de dos naciones en otro tiempo rivales; esos montes nos ofrecian, como nidos de blancas palomas, en sus dulces laderas sembradas de pinos, á orillas de los torrentes, los pueblos vascongados. Alguna vez el Océano penetraba en aquellas rias bajas y profundas, y formaba dentro de los valles graciosas ensenadas, semejantes á dormidos lagos. Parecíame que la nacion donde hemos nacido se embellecia para despedirnos. De pronto el tren pasa un rio, el gendarme francés nos habla un lenguaje medio vascó, medio español. Me parecia un sueño. Tendí al horizonte los ojos arrasados de lágrimas, y me despedí, tal vez para siempre, de la tierra de mis padres. Héme aquí, ¡pobre náufrago! en la árida playa del destierro.

8 de Setiembre de 1866, en Ginebra.

II.

PARÍS.

A ***

Era un dia terrible de fines del siglo décimosexto. El hambre amontonaba en las calles de París cadáveres. La peste envenenaba los aires. Un héroe que hoy está esculpido en bronce y montado á caballo sobre el Puente Nuevo, dudaba entre su fe de hombre y su interés de rey. Por fin prevaleció éste, y abjurando las creencias de sus padres dijo con sonrisa que ya anunciaba la sonrisa de Voltaire. "París, ¡oh! París bien vale una misa." Y la oyó. ¿No puedo yo decir que París de hoy, el París de nuestros tiempos, vale una carta? Algo triste debe ser para un hijo de los trópicos dejar su húmedo suelo sembrado de flores, sobre las cuales ha depositado luminosas gotas el rocío, despedirse de la luna y las estrellas de sus voluptuosas noches; no respirar las brisas que juegan entre los bosques de cañas y las flexibles y sonoras palmas; pero cuida de no morirte sobre esa tierra de la naturaleza vírgen y exuberante, sin haber visto una ciudad como esta, la ciudad por excelencia de la civilizacion europea. Quizá al pisar sus calles, un tanto llenas de barro, al respirar su aire cargado de gases, al contemplar la negra agua que corre al pié de sus aceras, y el sudario de nubes que envuelve sus pesadas casas, todas de un mismo color de papel de estraza, experimenta-

rás la nostalgia infinita que todas las naturalezas meridionales sienten siempre en estas tierras del Norte, donde no se encuentra el sol, ni los aromas y colores que el sol esparce en los aires, ni la alegría que esparce el sol en las almas. Pero una ciudad que ha conseguido ser la capital del género humano, y dictar por ende su lengua á todos los diplomáticos, y vestir á su manera á todos las señoras, y abrir carta de naturaleza en los anales de la humanidad á todas las ideas, y atraer á su cerebro los pensamientos del alma, y á su corazon la sangre que discurre por el cuerpo del mundo civilizado; una ciudad en la cual vivimos todos, como vivian los hombres de la tierra á la sazon conocida en la antigua Roma, bien merece que se emprenda por ella la peregrinacion moderna, la peregrinacion de los vapores, de las locomotoras y de los caminos de hierro. Convengo en que es muy difícil, á ménos de no expatriarse y venir á aumentar la cifra de los millares de sus ciudadanos, conocer lo que París tiene de más interesante, lo que tiene París de más bello, sus escenas de todos los dias, sus tipos célebres, sus artes, sus ensueños, sus costumbres, sus errores, sus enormes errores. La luz que París despide la recojen todos los hombres en el globo de sus ojos, y el púis que París destila mancha á todos los hombres en la frente. Yo no sabré á qué atribuirlo, si á su situacion geográfica, si al carácter de sus hijos, si á predileccion de la Providencia; pero las ideas no son universales en el mundo moderno sino cuando Francia las acepta. España cree, Italia canta, Alemania piensa, Inglaterra trabaja, América construye una nueva sociedad. Pero Francia reparte á los cuatro vientos, envía á todas las regiones las creencias de España, los pensamientos de Alemania, las obras de Inglaterra y los derechos de América. Recorred la lista de los grandes hombres franceses, el uno se llamará Carlo-Magno, el otro Abelardo, el otro San Bernardo, el otro Descartes, el otro Richelieu, el otro Voltaire, el otro Mirabeau, el otro Napoleon. Acaso

no han inventado nada; pero cada uno de ellos es un siglo, y el espíritu de todos juntos forma como el espejo ustorio, donde se han concentrado los rayos despedidos por el calor de la vida. Si esto es Francia, París es casi casi toda la Francia. Y ya que no puedas venir, obra el milagro que no pudo obrar Mahoma. Un dia se encontraba el profeta delante de una montaña, á cierta distancia por supuesto. «Montaña, ven á mí,» dijo. En efecto, la montaña no fué. «Pues ya que la montaña no quiere venir á mí, yo iré á la montaña.» Tal es el milagro de Mahoma. Tú, por la prensa, por la literatura, por el arte, por los figurines, por las revistas, puedes realizar el milagro que no realizó Mahoma, puedes llevar París á Cuba. Pero no te basta, y exiges una carta describiendo mis particulares impresiones. ¡Quién fuera capaz, no de pintarlos, porque se necesita para eso una superior paleta llena de colores, sino de fotografiarlo! Basta ya de introduccion. Te creo convencido de que París bien vale una carta. Adelante.

***

Conviene, para conocer una época como para conocer una ciudad, estudiar los gustos, las inclinaciones del pueblo. Las clases acomodadas, en la uniformidad de nuestra civilizacion, todas se parecen. Donde la monotonía de la vida se rompe es en el pueblo, más adicto á sus viejas costumbres que los aristócratas, y sobre todo, que esos aristócratas recientes llamados clase media. Y fuerza es decirlo; si hubiéramos de juzgar al pueblo de París por la literatura más grata á su paladar, diriamos que es un pueblo como el pueblo romano en los últimos dias del imperio. Se siente que Roma envejece, que Roma chochea, cuando Roma gusta de las orgías de Heliogábalo, cuando Roma aspira en el Circo la sangre de diez y siete mil gladiadores muertos en una tarde sobre la enrojecida arena. Entonces la literatura toma

ese carácter de fuerza, de terror desnudo, de hipérbole que se nota en la literatura latina al espirar. Entonces los pueblos gustan de obrar como los *Thugs*, esos feroces hijos del Ganges, que roban, que extrangulan, que hasta devoran á sus víctimas. Todo el interés de tal libro está en las aventuras de veinte ó veintidos mil criminales; pesado legajo de causas que *Le Petit Journal* vende al peso; tosco alimento de inteligencias depravadas. Y como el teatro, falto de mayores inspiraciones, se acoge á todo para buscar los éxitos de dinero, los Thugs de París salen puestos en prosa y verso por un cronista del *Fígaro* al teatro de Variedades. Y son Thugs, son extranguladores, los periódiquillos que se han distinguido entre los ochocientos publicados diariamente en París, por haberse tal vez arrastrado más ante al público un muerto; Rocambole, que resucita á cada momento como si tuviera cien vidas; los empresarios de los teatros y sus obras; el hijo de Dumas que ha escrito una novela en que un escultor se casa con cierta jóven conocida en baile de máscaras para luego matarla; Emilio Girardin que escribe artículos políticos para desarmar á los soldados y artículos gastronómicos para armar á los cocineros; el príncipe Napoleon, que ha hecho una casa pompeyana, la cual solo tiene un defecto, ser inhabitable; y á todos estos Thugs debe añadirse el autor que extrangula el sentido comun y aun el público que le oye y le aplaude.

***

El autor preferido hoy por el público de París se llama Victoriano Sardou, y ha escrito con el título de *La Casa Nueva* una ¿la llamaré comedia? ¿la llamaré drama? una obra que podia haber sido muy buena, si la forma estuviera á la altura de la idea, si estuviera el desempeño en armonía con el pensamiento. Desde luego, la casa es la letra

inicial de una civilizacion, es el blason de un pueblo. Desde la habitacion troglodita, encerrada en el fondo de la tierra, donde el hombre primitivo huye de la luz y del aire, especie de feto que busca el abrigo del claustro, hasta la aguja gótica, calada, airosa, penetrando en lo infinito, hay una trasfiguracion completa del espíritu humano, como desde la raíz escondida en las entrañas de la tierra, hasta la flor que se mece en la copa del árbol, hay una trasfiguracion progresiva de la vida vegetal. *La Casa Nueva*, esa casa gigantesca, pesada, sin arquitectura conocida, es todo el París de nuestro tiempo. Por fuera parece un cuartel; por dentro un *boudoir*, nombre casi intraducible á nuestra lengua, como no sea con el de camarin, ya anticuado; es decir, una especie de femenil jaula dorada. Pero Sardou no ha logrado escribir ni una comedia, una sátira en accion; ni una tragedia, una pasion en desgracia. Ha escrito una obra informe, intrincada, monstruosa, donde á escenas lánguidas que se arrastran en el suelo pesadamente, suceden escenas trágicas, animadas, pero sin alas, y por consiguiente, sin vuelo, sin ese vuelo con el cual las obras de arte tocan en lo infinito y alcanzan la inmortalidad. Sardou es un autor mecánico, más que un poeta; es una especie de trabajador, más que un artista inspirado. Ligerísima reseña de la obra bastará para convencer á nuestros lectores de esta gran verdad. Hay vieja casa de comercio, donde habita antigua familia, cuyo jefe es comerciante honrado, y cuyo nombre es *La Vieille Cocarde*. Pero en este respetable hogar se fastidian dos jóvenes sócios, sobrinos del anciano, marido y mujer, que quisieran una casa nueva, y en ella toda la vida expléndida del nuevo París. En el dia y hora en que se levanta el telon, concluye la sociedad, y los dos jóvenes deciden comprometer á su tio en la empresa de mudar la casa y de quitarle el nombre. Pero el tio se resiste y los dos jóvenes abandonan la vieja casa y forman su nuevo nido. Allí se dan á todos

los desvaríos del nuevo París, á las tertulias costosas, á las amistades peligrosísimas, á las cábalas mercantiles, á las jugadas de Bolsa, á los bailes ruinosos, á las comidas que van degenerando en orgías, á todos los escándalos de una vida sensual, olvidada de la estrella inmóvil de la verdadera vida, del ideal. Y la jóven casi se enamora de un vecino, y el jóven casi se enamora de una vecina. Sabido es que todos los casis son poco propios del arte, la region de lo absoluto. Y en esto viene, en medio de un baile, toda una ruina, la Bolsa que baja, los amigos que se van, los tapiceros que se llevan los muebles alquilados, el cajero que en una vuelta de rigodon salta con la caja debajo del brazo hasta Lóndres. La jóven va á tocar al fondo del abismo. Está sola en su abandonado gabinete, y oye una música en el cuarto superior, en el cuarto de su rival, una música á cuyos compases danza su marido. Entonces se decide á citar al hombre que la galantea, á su vecino. Este entra. ¡Horror! se halla borracho. Las ilusiones de aquella mujer caen delante de tan horrible espectáculo. Quiere separarse de aquel hombre; pero él quiere quedarse. Tiene en su bolsillo la carta de la cita, y puede perder á la infeliz mujer. Trata esta, pues, de arrancarle tal carta, y le dá unas gotas de ópio á fin de dormirlo. El ópio procura algun consuelo al pobre ébrio, que febrilmente coje el vaso henchido del letal brevaje, lo apura, y cae muerto, como si lo hiriera un rayo. En aquel momento el marido llama á la puerta. Le sigue un escribano y un alguacil. Van á tratar asuntos mercantiles. La esposa tiene allí un amante que la acusa de adúltera á los ojos de su marido. La mujer tiene allí un cadáver que la acusa de homicida á los ojos de la justicia. No encuentra más que un recurso, interponer un sofá entre el cadáver y los que entran. La escena es terrible. Pero los oficiales de la justicia salen, y el marido, despues de algunos momentos de duda y de vacilacion, se va tambien por la escalera que le indica su mujer. Y aquí concluye la comedia,

porque el muerto por el ópio es resucitado por el café. El arruinado se salva por su tio. La sobrina pródiga vuelve al viejo hogar. Los fondos se arreglan á medida del deseo de aquellos locos. Y todos contentos, sí, todos, menos el público que silba. Mas ahora, cada noche Victoriano Sardou va arreglando su comedia á medida que el público silba. Hay una escena dificultosa; se corta. Señálase en los pasillos un vacío; se llena. Y así el público hace la obra, y el autor no pierde su dinero. La *Casa nueva* de Sardou está de tal suerte remendada, que ya parece vieja. París entero ha puesto en ella sus manos; los parisienses han sido los albañiles de este edificio; pero albañiles á cuyas órdenes se ha puesto el arquitecto.

***

Si quereis formaros una idea de lo que es la vida parisien, segun las comedias en boga, id al teatro de Palais-Royal. Allí la encontrareis puesta en música por Offenbach, un gran artista que antes hacia llorar al público con su violin, y ahora le hace reir con sus armonías. Bien es verdad que antes podia llevar en sus sienes una corona de lágrimas que sienta á las almas poéticas tan bien como á las flores la corona de rocío, y ahora puede llevar, segun le pagan, una pesada corona de oro que sienta á las almas poéticas tan bien como á un Cristo un par de pistolas. Baste decir que las representaciones de la *La vida parisien* le valdrán diez mil duros. Offenbach es un compositor aleman lleno de gracia y de talento, que ha dejado de cantar en los poéticos bosques de su patria para venir á cantar en los teatros de París. La sociedad le estima. Cierto dia le convidaba un capitalista á comer, y al fin le ponia esta postdata: "sobre todo no olvideis el violin." A la hora de la cita entró un criado con una carta del músico que decia; "yo no puedo ir, pero puesto que sobre todo deseais el violin, ahí

vá." La música de la *Vie Parisienne* chispea ingénio. Pero argumento y letra son deplorables. Un conde sueco que llega del Norte con una mujer muy bonita; un pisaverde francés que se enamora en la estacion de la mujer y hace creer al marido que su casa es el *Grand Hotel*: hé ahí los dos polos de la accion. Obligado el calavera á tener mesa redonda, disfraza de señoritas á sus criadas y de general á su zapatero. Otro amigo suyo que se llama almirante suizo, almirante de un país sin marina da un baile al conde para lograr que el hostalero improvisado enamore á la condesa. En el baile dado en una casa del Fabourg San Germain, cuyos dueños están en el campo, se baila un cancan desenfrenado, esa danza incalificable, sin voluptuosidad á pesar de su desvergüenza, y sin gracia á pesar de su movimiento. El pisaverde, prendado de la condesa sueca, tiene que ir al bosque de Boulogne en la delantera del coche como un lacayo. Sus amigos que le ven, le siguen riéndose de su aventura. El conde manda que le lleven al Museo de artillería para estudiar los adelantos de las armas, y le llevan á la *Menagere*, donde todo París se provee de cazuelas. El conde se admira de que el Museo de artillería del país de Napoleon el Grande no guarde mas que chismes de cocina. Por fin descubre en un baile de máscaras que todo ha sido una broma y desafía al bromista. Un brasileño, vestido de gaucho, con su sombrero más grande que un sombrajo, propone desafio á navaja. Pero intervienen las señoras y todo se arregla en una cena y todo concluye por un coro. ¿Qué os parece de esta fotografía de la vida de París?

***

Así no debe extrañarnos que Veuillot haya cogido sus magistrales disciplinas y aplicado al París moderno una verdadera tunda. Cuando los pueblos olvidan los principios eternos de justicia, vienen naturalmente por una venganza

suprema que la sociedad toma de los que pisotean sus leyes, tan reales como las leyes de la naturaleza, vienen esas épocas que Tácito ha condenado en sus sublimes páginas y que Juvenal ha herido con su inmortal carcajada. Pero Tácito lo hacia en nombre de Caton, de Bruto, de Camilo, de Coriolano, de los héroes de la Gran Roma. Más M. Veuillot, que ha querido ser Tácito y Juvenal en una pieza, hiere la sociedad presente en nombre de una sociedad más gastada, en nombre de la vieja Francia, en nombre de Luis XV, de madama Dubarri, del cardenal Dubois, ó á lo más de ciertos cortesanos de hábito negro que se paseaban por Versalles bajo las maternales alas de madama de Maintenon. Tácito y Juvenal eran grandes porque reivindicaban la sociedad del Foro y la tribuna de los Rostros. ¿Qué sociedad restableceria Veuillot restableciendo la antigua Francia, la Bastilla y el parque de los Ciervos? El remedio del publicista es peor que la enfermedad. Quiere purificar el aire de París abriendo todos sus sepulcros.

***

Más fácil me parece restaurar el romanticismo del año treinta que la sociedad del siglo décimosétimo. Yo, que voy envejeciendo, he participado de la época romántica; he asistido á las luchas de esta escuela; he considerado como propias sus derrotas, y como propias he saboreado sus victorias. En vista de la decadencia universal del arte en nuestros dias, delante, por ejemplo, de *La casa nueva*, ¿quién no echa de ménos aquellas grandes tempestades románticas á cuya siniestra luz se entrevía la cima del mundo moral, lo sublime? Detesto el positivismo en el arte. Yo no dudo que para la vida es más grato un campo de trigo bien cultivado, que los despeñaderos de los Andes y de los Alpes. Mas para el arte, no. Un huerto donde se cogen muy buenas gramíneas, no se puede comparar artísticamente con la

cima del Mont-Cenis ó del Mont-Blanc, donde solo se cogen reumatismos. Yo saludo hoy dia á los grandes muertos de los tiempos del romanticismo, á los hijos del Rey Lear y de Julieta y Romeo; á Fáusto dentro de su laboratorio, suspenso entre la vida y la muerte, en aquel momento en que viene á reconciliarle con la naturaleza el tibio soplo de la primavera, y el cántico de la Páscua; á Manfredo atormentado por pensamientos más impetuosos que la catarata á cuyo borde vive, y de más vuelo que sus compañeras las águilas; á D. Cárlos, en los sombríos muros del Escorial; á Tisbe trasfigurada por el amor como la blanca nieblecilla que el sol saca con sus besos de un lodazal; á Diego Marsilla muriendo con el corazon traspasado por una pasion infinita. Estas ruinas de mármol me gustan más que todas las estátuas de yeso con que los empresarios de los teatros adornan los Boulevares de París. Y por lo mismo admiro que en la *Conjuration d' Amboise* haya arrojado un autor ilustre rico sudario de púrpura sobre el cadáver del romanticismo dramático. Pero, ó yo me equivoco mucho, ó en los correctos versos de Bouillhé hay más del compás de Boileau que del fuego de Víctor Hugo.

***

Y en las luchas del romanticismo no hay nadie, absolutamente nadie capaz de olvidar el nombre de Augusto Vacquerie. Él puede decirse que escribió la poética de la literatura romántica; él luchó en la vanguardia del grande ejército de la libertad en el arte, de aquel ejército que asaltaba y pulverizaba la poética aristotélica, como tres siglos antes asaltaron y pulverizaron los héroes del Renacimiento la aristotélica ciencia. Sentia con una pasion tal las indignaciones de su escuela, que llamaba á Raquel porque representaba bien la tragedia, estátua inanimada, y á Alfredo de Musset porque tenia algunas veleidades clásicas Lady

Byron. Un hombre así necesariamente ha de ser más para el trabajo demoledor que para el trabajo creador. Sus obras son obras de polémica más bien que obras de arte. Sobre el tambor vibrante y entre el fuego del combate; oyendo el clarin ó tocándolo, no se puede escribir con la serenidad olímpica que necesita el génio inmóvil en su trono de luz, como un Dios. Su último drama *Le Fils*, me parece una nueva tentativa para resucitar su escuela, tentativa en que se ha estrellado. La crítica francesa ha sido generalmente benévola con Augusto Vacquerie. Esto la honra. Las frentes todas se inclinan al ver pasar un viejo *caporal* del grande ejército. Detrás de Augusto Vacquerie se vislumbra el resplandor de la auréola de Víctor Hugo, que brilla con luz más nueva en el destierro. Y sin embargo, fuerza es decir que hay una excepcion en esta general benevolencia; Julio Janin, que se ha ensañado con el drama y el autor. Ahora recuerdo una anécdota. Durante lo más tremendo de la lucha entre clásicos y románticos, escribió Vacquerie un drama que se llamaba *Tragaldabas*, un drama que fué silbado. Julio Janin llamaba siempre á Augusto Vacquerie cuando de él escribia, *Tragaldabas*. "Parece que quiere introducir un crítico la moda de que nos llamemos por los nombres de nuestras obras más conocidas, le contestaba Vacquerie. Sea en buen hora. Ya que Julio Janin me llama á mí Tragaldabas, yo, desde hoy, llamaré á Julio Janin *El Asno Muerto*."

***

Una obra verdaderamente romántica, es el *Freischutz*, de Weber, que se canta ahora en el teatro Lírico. Allí se ve el crímen trágico, el castigo redentor, la naturaleza en toda su fecundidad, el mundo sobrenatural en toda su inconmensurable magnitud; junto á la cancion amorosa el estertor diabólico, junto á la balada la epopeya; la Vírgen, á

cuyos pies se abren las rosas, la doncella enamorada que fija los ojos en el suelo y el pensamiento en su amado; el ermitaño que perdona en nombre de Dios; el amor que lo ilumina todo, que lo vivifica todo como la luz del mundo moral. Siempre que oigo esa música de Weber, cuyas notas huelen como las églogas de Virgilio, á tomillo; esa música que parece repetir el rumor de las selvas y de las fuentes cuando quiere encerrarse en los límites de la belleza, y los armonías de los mundos cuando se levanta á lo sublime; creo que el arte es un mago capaz de rasgar el espeso velo que oculta á nuestros ojos las cosas, y de llevarnos en sus potentes alas hasta lo infinito, á mojar nuestros secos lábios en las fuentes de la vida, donde se abreva el universo. Mientras oigo esas sublimes armonías murmuro involuntamente: divino génio, creo, como los antiguos, en tu poder sobrenatural. Confieso que no me sucede lo mismo cuando oigo la música de M. Thomas. Es agradable, es graciosa, alguna vez melancólica; nada más. Se parece un tanto á la música de Mercadante: mucho contrapunto, poca inspiracion. La *Mignon* merecia algo más; aquella pobre jóven, vestida de muchacho, que desde el fondo de Italia, de la tierra donde crece la adelfa y el azahar huele; de las orillas del Mediterráneo recamadas de brillantes por los rayos del sol; se va á pié, cantando de dia y de noche para ganarse el sustento, hasta la sombría Alemania en pos de su amante.

***

A los más altos sentimientos, á las más sublimes ideas ha prestado Mr. Bujeaud un gran servicio reuniendo los cantos populares del Oeste. Cuando Chateaubriand vió la catedral de Búrgos, dijo que su hermosura le recordaba la proximidad á Francia. ¡Con cuánta más razon podré yo decir al leer estos bellísimos cantos que han nacido cerc

muy cerca de nuestro suelo de España! ¡Qué melancolía! ¡Qué belleza! ¡Qué perfeccion en las formas! ¡Qué dolor tan profundo en el fondo! Algunos son verdaderos romances. Un marino vuelve de larga campaña y de luengas tierras, y al pisar la tierra patria se acerca á humilde choza y pide reparador vaso de vino. Sale una campesina y le da el vaso; pero se conturba y llora. ¿Qué teneis?—¿Llorais por vuestro vino?—!Oh! No lloro por mi vino, lloro por mi marido, que todo se os parecia. Decidme, hermosa, cuando se partió teniais tres hijos—¿cómo ahora teneis seis?—Pedí de él noticias, me dijeron que se habia muerto, y me he vuelto á casar. El marino vació su vaso sin dar las gracias, y sollozando se volvió al regimiento. Es sublime esta resignacion tan lacónicamente pintada. Veamos otro romance. Es el tiempo de las guerras civiles. Juan Reinaud entra en su casa herido mortalmente: su mujer acaba de parir un hijo.—Madre mia, hacedme la cama quedito para que mi mujer no lo oiga. Pero el último grito de su agonía, que no puede reprimir, llega hasta la recienparida.—Decidme, madre mia, pregunta esta, ¿quién grita?—Los niños.—¿Quién se mueve arriba?—El carpintero que arregla el techo.—¿Quién canta?—La procesion que pasa.—Pero, decidme, madre mia, ¿porqué llorais?—Hija mia, no te lo puedo ocultar, Juan Reynaud ha muerto.—Madre, decid al sepulturero que cave la fosa para dos, y que sea muy honda para que tambien quepa el niño. Hé ahí el verdadero arte, el arte inspirado en las grandes ideas! Cuán superior es la poesía que nace primitivamente del pueblo, en los campos, en los valles, al calor del sol y al eco de las olas, que la poesía calentada en las estufas académicas!

***

Superiores son ciertamente los servicios prestados por el literato que ha recogido los cantares del pueblo, á los servicios

del literato que en un libro ha intentado rehabilitar á Neron. Yo concibo todavía que haya quien perdone á Neron su ingratitud con Séneca, su parricidio, sus cenas en que envenenaba con el veneno de Locusta á sus convidados, porque Neron sabia tañer la cítara, recitar versos, manejar la cuadriga en el arco, representar como un consumado actor en el teatro, y hasta trazar un cuadro de un colorido tan sublime como el incendio de la vieja Roma. Toda licencia le es permitida á los poetas. Pero rehabilitar á Neron por economista es una idea bien extraña. No lo es ménos la de resucitar el mosquetero que ha tenido Alejandro Dumas. ¡Qué mal hacen ciertos hombres, como Dumas, como Lamartine escribiendo en sus últimos dias á la luz casi extinguida de su antiguo génio! Solo á ciertas poderosas naturalezas, como Miguel Angel, como Cervantes, como Goëthe, les ha sido posible tener la mano bastante segura para no hacer temblar su pluma ó su cincel en los últimos instantes de su vida. Dumas ha muerto como ha muerto Lamartine. Para ellos ha comenzado ya la posteridad, única que podrá medir todo su génio y apreciar todo su mérito. No pertenezco al número de los que denigran al autor del *Monte-Cristo*. Este grande improvisador tiene mucha inspiracion.

***

Sin embargo, la posteridad, solamente la posteridad guarda sus fallos definitivos sobre el génio. ¡Cuántas veces en Occidente se ha olvidado que existia Beethoven, que existia Mozart, que existian estos dioses de la música! Parecian astros eclipsados. Y sin embargo, yo he visto lo mismo en Madrid que en París, un público ansioso, anhelante, escuchando esas cadencias que exhalan unos violines cuyo principal motor, el génio que ha compuesto sus armonías, yace en el sepulcro. Para resucitar estos génios de la música se ha fundado el Ateneo en París, una sociedad donde alter-

nan los conciertos con las lecciones. Allí hemos oido á Joachim, á esta gran violinista que con su arco se ha conquistado universal renombre. Allí hemos oido esas deliciosas armonías de los inmortales compositores, esas escalas por las que sube el alma á lo infinito. Donde quiera que veo, que oigo, que siento algo grande, me inclino siempre con admiracion, con entusiasmo. Y grande me parece la fiesta de la industria que se prepara en el Campo de Marte. Durante la revolucion allí se abrazaban los soldados para pelear por la patria. Ahora los soldados del trabajo formarán allí, sobre aquella tierra empapada en la sangre de tantos ilustres mártires, la sublime confederacion del trabajo. El otro dia contemplaba yo el templo de la industria que se levanta con una ambicion semejante á la ambicion de los obreros de la Torre de Babel. Delante el Sena, que se tuerce allí como si quisiera abrazarlo. A la derecha, un ejército de trabajadores que materialmente demuele una montaña. En medio, aquel círculo inmenso á cuyo alrededor se alzan edificios de todas las épocas y de todas las arquitecturas, improvisados como por ensalmo. A los léjos, una nube de humo que sale de millares de fábricas. Dios quiera que las ilusiones de los parisienses no se desvanezcan como ese humo, y que la fiesta industrial, tan admirablemente preparada, anuncie con los triunfos del trabajo el renacimiento de la libertad.

Noviembre de 1866.

III.

LA FAMILIA BENOITON.

Hace ya mucho tiempo que se representa esta comedia, llenando de espectadores el teatro del Vaudeville, y de oro los bolsillos de su afortunado autor, Victoriano Sardou. Éste es un jóven, pálido, blanco, delgado, de ojos mortecinos, de sonrisa fria; con una larga melena rubia, partida por la frente, y casi tendida en sedosos bucles por la espalda, único recuerdo que se atreve á ofrecer de las luchas del romanticismo. Cuando lo veo, evoco involuntariamente en mi memoria los retratos que Pantoja nos ha dejado de la vejez del gran Felipe, ó Coello de la infancia de Cárlos II, corolario forzoso de las grandezas de Felipe. Victoriano Sardou es una figura de decadencia. Y como tal, representa la decadencia del teatro francés, que ha seguido, y muy de cerca, á la decadencia de la libertad. Nada hay de grande en las obras de Sardou. Sus personajes son vulgares; su accion embrollada; sus resortes dramáticos de pura mecánica; su estilo desmalazado y flojo; sus dramas, en fin, un género híbrido que no tiene las mezclas de la luz y de las sombras, como las tiene la naturaleza, ni las mezclas de la risa y el llanto como las tiene la sociedad, es decir, en desvanecimientos graduales, y no en contrastes bruscos y chillones. ¡Cómo siento que se traduzcan y gusten allende el

Pirineo! Porque si lás comedias de Sardou interesan en París, es porque recogen de las aceras estos tipos parisienses á los cuales suele imitar por una convencion tácita, por un ridículo federalismo del gusto, casi toda Europa, mas quitándoles en realidad todo lo que tienen de esencial y de íntimo; el fondo del cuadro donde se dibujan, y la flexible palabra que llevan en sus lábios, esa palabra francesa, tan breve, tan lijera, tan gaseosa, que parece salir del aire. Pero sigamos con las comedias de Sardou. No hay en ellas aquel profundo estudio moral que tanto ha elevado en la historia las comedias de Moliére. Sus tipos son más bien mecánicos, movidos por resortes muy exteriores y muy agenos á las ideas del entendimiento ó las pasiones del carácter. Pero, ¿cómo podrian ser otra cosa, cuando por una série de sustracciones inconcebibles hemos llegado á suprimir la fe, que tantos milagros ha hecho; la conciencia, que tantas lecciones nos ha dado; y hasta el amor, ese amor casto, profundo, premiado con una palabra ó con una sonrisa, que con Beatrice, con Laura, con Justina, con Julieta, ha poblado de ángeles luminosos las noches más negras de la vida, las épocas más tristes de la historia? Nuestros vicios, no tienen poesía. El agente de cambio que no puede pagar sus diferencias, no dará nunca, á pesar de todas sus resmas de papel moneda, tela bastante para desplegar un alma como la que le ha dado á Moliére la conciencia profundamente oscura de su *Hipócrita*.

***

La familia Benoiton es una de las comedias más flojas de Sardou. Pero ataca uno de los vicios más funestos en Francia; los vicios en la familia, y sobre todo, en la educacion. Esta civilizacion francesa que tiene tanta vida, tanta robustez, un porvenir tan glorioso, presenta algunas manchas que ocultan horrible podredumbre. La mancha

mayor es la viciosa organizacion de la familia, no diré en Francia, pero sí en París. El matrimonio es un contrato, la dote es su vínculo, y la aglomeracion de bienes su fin. No busqueis ni el amor espiritual, ni siquiera el instinto físico; buscad el lazo social de la fortuna. Los novios no se tratan largo tiempo, y, por lo mismo, no pueden profesarse anticipadamente esa estimacion fraternal que ha de suceder á los primeros trasportes del amor en el seno tranquilo y prosáico del matrimonio. La boda tiene mucho de teatral. La casa del maire, ó la iglesia, se convierten para ese momento en un salon de baile. La desposada lleva su traje de moaré blanco, su velo blanco, su corona de blanco azahar. Y en el dia primero del matrimonio, en vez de ir á despedirse de la casa de sus padres, ó á saludar la casa de su futura familia, se van á pasear, en ese traje dramático, á los más concurridos jardines públicos, y á comer y bailar en una fonda, la casa de todos. Mala manera en verdad de establecer el hogar que debe ser guardado por las sonrosadas alas del pudor. Desde el primer dia de la consagracion de la vida doméstica comienza aquí la vida pública. Despues de la boda, entrega la mujer el menaje á sus criados y se sienta en el escritorio. Llegan los goces del hogar, la cosecha de esperanzas, los niños, los niños, esos séres que son en torno de la familia, con sus lábios entreabiertos, sus juguetonas manecitas, sus sonrosadas carnes, sus tranquilos ojos, como los séres alados que Murillo arroja entre arreboles alrededor de sus hermosas Vírgenes. Y el padre y la madre cogen al niño, y lo envian al campo á fin de que crezca robusto en las playas de Normandía, como si para un niño hubiera playa más segura que el seno de su madre. Pero ¡ay! la madre en París cuida más de sus libros de caja que de los hijos de sus entrañas. Las amas se los llevan de reciennacidos. Y no hace muchos dias que, reunidas varias en una estacion de caminos de hierro, depositaron sus pequeñuelos en improvisada cama hecha con sus mantones, cuando suena de pronto el

pito, y como ninguna se acordaba de cuál era su niño, que acaba de tomar en aquel dia, salieron todas, en la confusion y en la prisa, á niño por barba. Véase cómo los accidentes más pequeños pueden trastornar la base de la sociedad, que es la legitimidad de la familia. Cuando el ama deja el niño, lo toma el preceptor; al campo sucede el colegio. Cuando el colegio le da suelta, viene el empleo, la oficina, y un cuartito aparte, *la chambre á garçon* por todo hogar, *el restaurant*, la comida en público, al revés de la comida patriarcal, donde la familia se cuenta la historia del dia y se entrega á los esparcimientos del alma. ¡Oh! Estas costumbres son casi una clave para explicar las muchas veces que Francia ha resbalado y ha caido, abandonando el camino de la libertad. En este oleaje social donde el francés vive, la idea de su personalidad desaparece. El santuario del hogar no le importa, porque solamente le sirve para dormir, y le basta que la policía le asegure la tranquilidad del sueño. Un *sergent de Ville* que le facilite la circulacion por las calles, donde realmente pasa su vida, es la institucion de las instituciones. Esos agujeritos que constituyen el menaje francés son la carcoma social. Allí se esconden el burocratismo, el cesarismo, y otras plagas. El inglés, ¡oh! el inglés, bien al contrario, es hombre de su familia y de su casa; por eso es un gran ciudadano.

***

Estas ideas son muy sencillas, y saltan á primera vista en cuanto se llega á París. ¿Cómo es que ni una sola vez se le ocurren á Sardou, que ha querido pintaros una familia á la moda? El cuadro es animado; pero sin ningun interés: una sátira representada; pero no es sátira dramática. Baste decir que el principal papel de la comedia podria quitarse sin que la comedia se resintiera en lo más mínimo, el papel de Clotilde. Hay tipos admirablemente presentados: el jó-

ven que solo conoce á Italia por sus aceites, y no por sus cuadros; Cádiz por sus atunes, y no por sus mujeres; y á quien admiran, más que sus instituciones, los kilógramos de jabon producidos por Inglaterra: un jóven que sabe hasta los céntimos de la dote de su prometida, y no sabe su nombre: las muchachas Benoiton, con sus trajes ridículos á fuerza de lujosos, y su vida estúpida á fuerza de divertida: la solterona que lleva el arco-íris en sus vestidos, una pajarera en los sombreros, una ánsia de marido en el corazon, tan lleno de arrugas como la cara, y sobre el cerebro vacío una arroba de pelo comprado: el viejo que educa por el método utilitario y positivo á su hijo, para indignarse cuando su hijo le pide cuenta de la gestion de la hacienda materna que cree mal administrada: la mujer que se acerca á dos dedos del divorcio y á una línea de la deshonra por comprar una blonda de tres mil francos: el jóven Benoiton, que va á ser bachiller en letras y solo sabe bachillerías en calaveradas, con sus botas largas, su gaban corto, el sombrero en la ceja y el cuello al aire, el junco en una mano y el cigarro en otra: el niño de siete años que solo quiere jugar á la bolsa. Aquella familia es una Babel. Se visten quince veces al dia, y no sé cuántas se desnudan. Solo hay una cosa verdaderamente filosófica. La madre no está nunca en casa. No puede pasar ménos en hogar de donde está ausente el sol á cuyo calor brotan las flores de los buenos sentimientos y se maduran las frutas de las buenas obras; el ideal de la vida, y el gran preservativo, así contra la muerte física como contra la muerte moral; la iniciadora de los profundos pensamientos, el centro de la familia: la madre, la madre. Pero ¡ah! que la madre se ausenta cada dia más de nuestra civilizacion materialista.

IV.

ARQUITECTURA SIMBÓLICA.

La ceremonia de la apertura de las Cámaras se verifica aquí en el palacio mismo del soberano, en el palacio del Louvre. En vez de ir, como sucede en Inglaterra, en Bélgica, en Italia, en todos los países constitucionales, el soberano al palacio de la Asamblea, van las Asambleas al palacio del soberano. Éste, para hablar al Parlamento, atraviesa la plaza del Carrousel, que es un patio inmenso, gigantesco, pero un patio al cabo, de su hogar. La Guardia nacional, ese último resto del antiguo sistema de Luis Felipe, y la Guardia imperial, ese recuerdo vivo del antiguo sistema de Napoleon, cubren la carrera. Cuanto la Guardia imperial con su vistoso uniforme, sus gorras de pelo que parecen mitras orientales, sus gallardos soldados escogidos entre los más altos del ejército, se levanta sobre la raquítica Guardia nacional, otro tanto se levanta el Emperador sobre las Cámaras. Los dos Cuerpos Colegisladores, cuyos reglamentos traza el César, y cuya iniciativa limitan miles de restricciones, me parecen, no representantes del pueblo, sino apoyos del imperio que resume en la personalidad superior de su jefe todo el poder y toda la soberanía. Napoleon, como he dicho, sale de las Tullerías para ir al Louvre, atravesando la plaza del Carrousel. En esta misma

plaza, cubierta de vistosas tropas y de muchedumbres sumisas, relampagueaba, en un dia eternamente célebre, la revolucion. Los suizos del rey morian bajo una granizada de balas. El pueblo, entonando cánticos de libertad, y despidiendo rayos de ira, lo arrastraba todo, como un rio que sale de madre. La monarquía, aquella misma monarquía que Clovis habia fundado, y Saint-Remi ungido, y Cárlo-Magno agrandado, y San Luis santificado, salia vencida y confusa por una puerta del jardin á buscar un refugio en la Asamblea, donde solo encontró una prision; á buscar el último resto de su poder, donde solo debia encontrar su castigo y su muerte. Y ahí estuvo alguna vez la Convencion; ahí, en ese palacio de las Tullerías, en ese palacio fundado por Catalina de Médicis, la siniestra furia de la monarquía, que parece roncar aún en sus cimientos, como las Eumenides en la trilogía de Esquilo. De él, de ese palacio, salieron Luis Felipe y Cárlos X para el destierro, Napoleon para Santa Helena, Luis XVI para el cadalso. En sus jardines jugaron, aguardando heredar una corona, el duque de Berry, que fué asesinado; el rey de Roma, que fué oprimido y martirizado por los reyes, y Luis XVII, que fué oprimido y martirizado por los pueblos; el conde de París, que anda errante por la tierra siempre triste del destierro. Estas grandes tragedias de la monarquía son grandes enseñanzas que fácilmente se olvidan. La pólvora y la sangre se han lavado. Nadie diria, en el espléndido instante de la apertura de las Cámaras, entre tantas carrozas y tantos uniformes, al eco guerrero de las músicas, á la vista deslumbrante de los bordados que brillan y de los mantos que crujen, sino que la antigua monarquía, tres veces destruida por el pueblo, estaba inmóvil sobre su trono. El palacio del Louvre, donde la ceremonia se verifica, unido ya al palacio de las Tullerías, casi resume la historia toda de la monarquía en Francia. El primer nombre que se encuentra claramente en sus anales, un tanto confusos tambien, es el

nombre del primero que trató de plantear la monarquía en frente del feudalismo, de Felipe Augusto; el primero que lo adorna es tambien el primero que adorna la corona de los reyes con nuevos derechos, San Luis; el que lo convierte en una fortaleza es el que más siente las iras del feudalismo, Cárlos V; el que lo trasforma de fortaleza en palacio es el rey que ya no teme á los nobles, el rey de la caballería y del placer, Francisco I; el que lo esmalta, el que hace florecer las guirnaldas florentinas sobre sus sombrías piedras, es Enrique II, que habia bebido en los lábios de Diana de Poitiers la miel del espíritu artístico de su siglo, el cual se manifestaba en arquitectos como Lescot y en escultores como Goujon; el primero que intenta unir á las Tullerías, es tambien el primero que intenta unir el espíritu nuevo con las antiguas tradiciones, el catolicismo intolerante con el edicto de Nantes, Enrique IV; el primero que pone la primer piedra de las nuevas construcciones tambien es el primero que puso la primer piedra del nuevo derecho internacional monárquico, Richelieu; el que lo agranda es el que agrandó la monarquía, Luis XIV; el que lo restaura es el que restauró el absolutismo, Napoleon I; y el que lo concluye es tambien el que concluye la série de los reyes franceses, Napoleon III. Y sin embargo, á pesar de que nada aparece cambiado en la forma, hay en el fondo una idea que representa un grande, un extraordinario cambio. Allí mismo, donde han habitado los reyes de derecho divino, los que creian haber forjado su corona con un rayo de aureola de Dios, bajo aquellas bóvedas que solo han oido en toda la sucesion de los siglos la apoteosis del poder y la condenacion del pueblo, el último monarca proclama en voz muy alta que el orígen de su soberanía monárquica se asienta en la soberanía popular. Hé ahí una revolucion.

V.

LA NOCHE-BUENA.

En el mes de Diciembre los dias de París son noches y las noches son dias. Son noches los dias, porque la bruma espesa que cae de un cielo opaco, semejante á inmensa nube de humo despedida por la combustion de la hulla, envuelve calles, plazas, edificios, en el luto de sus sombras. Son dias las noches porque los faroles, encendidos pródigamente por el ayuntamiento de París, que tiene un presupuesto tan crecido como Portugal y una deuda tan gravosa como España, y los reverberos con que el mercader ilumina sus tiendas, y las guirnaldas de gas con que se engalanan las tabernas y los cafés, de tal manera ahuyentan las sombras, que para gozar de claridad en el verdadero París, en el París repleto de parisienses, en el París de invierno, precisa esperar la venida de las tinieblas. No me extraña que sean las grandes ciudades tan orgullosas, pues creen vencer y dominar la naturaleza, contrariarla, volverla del revés, como un manto ya usado en sus hercúleos hombros. Y así como el dia es noche, Navidad, nuestra sencilla fiesta de Navidad, es Carnaval. Los católicos rancios de la vieja España, en uno y otro mundo, solo se exponen por Navidad á cojer una sordera por el ruido de sus zambombas y rabeles, ó una indigestion por la untosa grasa de sus suculentas

comidas, ó un constipado en la Misa del gallo. Pero ¡cuánta poesía encierra nuestra Noche-buena! Hay poesía en aquella chimenea que chisporrotea como un incendio; poesía en aquel nacimiento, diminuta peña de carton donde el lentisco recamado de brillante vidrio en polvo, oculta los pastorcitos de barro, y la estrella de oropel teñida en su centro de bermellon, indica la cuna del Niño-Dios; poesía en las canciones populares que al son de las panderetas y de los rabeles y de las zambombas entonan los niños; poesía en la religiosa puntualidad con que toda la familia se sienta á la mesa llena de aquellas frutas que huelen como flores; poesía en la impaciencia con que aguardan todos la media noche, y en el extremecimiento de placer con que todos oyen el alegre repique de las campanas; poesía en la iglesia iluminada, en el vibrante órgano que entona los aires más sencillos y más gratos á los oidos del pueblo, en los zorcicos, cánticos de pastores que reemplazan á la grave salmodia de los sacerdotes, en la confusion de los niños con los viejos, unidos por la universal alegría, en la mezcla del arte y de la naturaleza, de la religion y de las costumbres para expresar un mismo pensamiento. París celebra ebriamente este mes de Diciembre, que es entre nosotros el mes del hogar, el mes de la familia, lo celebra anticipando el Carnaval, donde se confunden el vicio y el placer, la embriaguez y el baile, el disfraz del trage y el disfraz del alma en ese teatro de la ópera, que ha conservado siempre para tales fiestas el mismo carácter, desde los célebres y corrompidos tiempos de la Regencia, aquella podredumbre del último siglo.

***

"La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se vá,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más."

Esto cantaba mi abuela al amor de lumbre en esas últimas noches de Diciembre, cuando la lluvia azotaba los vidrios de nuestras ventanas y el viento las ramas desnudas de los árboles formando como un gemido con que la orquesta de la naturaleza acompañaba la triste cancion del alma. Y es verdad, es verdad, nos vamos nosotros, pobres insectos de un dia, pegados á esa trémula hoja del árbol del universo llamada tiempo, hoja siempre extremecida por el viento frio de la muerte, que se levanta de no sé qué abismos insondables, hoja que deja caer uno de nosotros, uno de los insectos que creen devorarla á cada extremecimiento. Pero no solo nos vamos nosotros, se van tambien los pueblos, esos hombres inmortales. Confieso que en París me gusta más el cementerio del Padre Lachaisse, la ciudad de los muertos, la ciudad de Beranger, de Fourier, de Manuel, de Casimiro Delavigne, de Hoche, de Musset, que los boulevares, la ciudad de los vivos, la ciudad de Hausman, de Sardou, de Villemessant, de Veuillot, y de la estátua que remata todo el edificio, de Timotheo Trimm. Y así como me gusta más la ciudad de los muertos, sobre todo en el otoño, cuando las hojas amarillean y caen, cuando la lluvia deposita sus lágrimas en el musgo de las tumbas, profanado aquí por coronas de trapo, de vidrio, de talco, que hacen del templo de todos los misterios una tienda de quincalla; así como me gusta más la ciudad de los muertos que la ciudad de los vivos, me gustan más en París los Museos de antigüedades que los restantes edificios, todos, al cabo, con más ó ménos propiedad, todos, desde el Cuerpo legislativo hasta la Sorbona, al cabo, cuarteles. En esos Museos saludo las esfinges de Tebas, que han oido murmurar los primeros misterios del espíritu, cinceladas sobre la piedra todavía humeante de las primeras tempestades de la creacion; contemplo los sepulcros de Ramsés y de Sesostris llenos de signos que creerian dogmas inmortales aquellos que los grabaron en el granito, y cuyo sentido ya no comprenden los hijos

del siglo XIX, los herederos de cien religiones muertas; y sobre tantas piedras esmaltadas por los siglos, sobre tantas ruinas que ni siquiera duermen donde han nacido, á orillas del Ganges ó del Nilo, en la falda del Hibla y del Himeto, que acaso las respetaran más, las quisieran más que nosotros, privados de acariciarlas por unas letras escritas sobre ciertos cartoncitos que ruegan no tocar las seculares piedras, como si nuestros guantes fueran más destructores que la férrea mano del tiempo; y, sobre todos, esos templos, estátuas, sepulcros, columnas, esfinges, ídolos aunque más alineados que un batallon de zuavos, sobre todo ese caos de lo pasado me acuerdo de una perogrullada que solemos olvidar á cada paso; me acuerdo ¡ay! de que tambien mueren los pueblos. Esta verdad no se puede decir en todo tiempo ni en todo lugar. Un dia estaba en el inmenso Versalles cierto predicador hablando desde el púlpito á Luis XIV y su córte. "Todos, señor, decia, todos somos mortales." El Rey hizo un gesto de disgusto al oir que le recordaban aquella implacable igualdad en la muerte. Y el predicador entonces se corrigió diciendo: "Casi todos, señor, somos mortales." Pues bien, si yo tuviera una voz bastante fuerte para dejarme oir de París entero, subiria á la cúpula de los Inválidos, al Arco de la Estrella, á la rotonda del Panteon, á la Tour Saint-Jacques, á Notre Dame, á la columna de Julio, sobre todo á esa columna que se levanta en el sitio de la antigua Bastilla, de la cual han perecido hasta las ruinas, y le diria á la gran ciudad lo que tanto disgustaba á Luis XIV: "Todos somos mortales." ¿Quién te ha dicho que vivirás mañana? Y en el último dia en que la tierra acaba la vuelta fatigosa que emprende nuevamente en torno del sol, ¿quien te ha dicho que no has perdido un año? Pues qué, ¿tantos tenemos para arrojarlos con menosprecio á la eternidad, como arrojan los muchachos de las montañas por los despeñaderos las piedras del camino al abismo procurándose tan solo el placer de un grande estruendo? ¡París,

París! ¡Qué golpe de cincel has dado en esta maravillosa estátua que se llama la humanidad! Si el espíritu de la historia, que tiene tan terribles castigos, te llama á su tribunal para preguntarte qué has hecho en el año 1866, ¿con qué obra acudirás á su presencia? La isla donde se ha escrito últimamente el Apocalipsis del trabajo es la Santa Elena de tu génio poético. ¡Qué tristeza!

***

Y Francia ha coronado este año, como se coronan los catafalcos, con una calavera. Sobre la cima de estas doce mesas, como si dijéramos doce gradas para subir á la muerte, ha puesto la calavera de Richelieu. ¡Cuánto encerraba esa cabeza! En esas cuatro paredes se abrigaba la luz de un gran génio político, la idea de matar el feudalismo que fraccionaba la Francia, y la otra grande idea de rebajar y humillar el Austria, que, como el gigantesco Atlante, llevaba en sus hombros el equilibrio de la vieja Europa. Al calor de estas ideas, que irradiaban de ese cerebro, hoy vacío, han vivido dos siglos y se ha formado un gran pueblo. Quizá no han muerto los graves errores que se levantaron como nieblas de esos cuatro huesos; quizá la autoridad que Richelieu creó tan fuerte, tiene todavía encadenada la libertad que Richelieu no conociera: tanto pesan las grandes cabezas en la balanza de los destinos del mundo. Una poca materia calcárea puesta sobre un esqueleto, cuando la revestian algunas fibras, cuando la regaba alguna sangre que el aire teñia y la calentaba con su oxígeno y su carbono, imperfectamente esférica, sin duda, como hoy, pudo abrigar en sus paredes todo un nuevo mundo; la ruina de aquel gigante feudal que habia arruinado cien generaciones; la fortaleza de la monarquía nacida para crear las nacionalidades; la humillacion del Sacro Romano Imperio sobre el cual vagaban las sombras augustas de Federico Barbaroja

y de Cárlos V; la tolerancia universal en el derecho europeo, que era el Edicto de Nantes desarrollado para todas las naciones; el principio de la reconciliacion y de la paz entre todas las conciencias. La huella que esa cabeza ha dejado en la tierra es tan honda, que en el agujero que abrió con su peso, pudieron otros hombres sembrar la semilla del árbol de la revolucion. Y, sin embargo, rodadla hoy sobre esa tierra que ha trasformado, y hará en ella ménos impresion que la pelota tirada por un niño en sus sencillos juegos. No, no es la materia, no es el hogar frio el que obraba todas esas maravillas, no; es el fuego, es el fuego del espíritu que se ha extinguido. Esa llama es la que enciende la lava de los grandes pensamientos; esa llama es la fecundacion de la tierra. La calavera de Richelieu desapareció durante la revolucion. En Francia, los hijos de los reyes no saben dónde están los huesos de sus padres, que ni siquiera han encontrado en la tierra la paz de los sepulcros á pesar de haber sido en ella adorados como representantes de Dios. Richelieu, si no era un rey, era de esa dinastía de ministros como Sully, como Mazarino, como Colbert, como Choiseul, como Turgot, como Necker, como Villèle, como Rouher (perdonad si acabo en punta, culpa es de la historia, y no mia), los cuales han podido más, mucho más que los reyes. Su calavera, pues, no podia ser perdonada por la revolucion. Corrió de casa en casa, de cueva en cueva, durante medio siglo. En esta odisea perdió algunos huesos, tal vez los órganos con cuyo trabajo más habia engrandecido á Francia. Por fin, la cabeza ha venido á caer en manos de un ministro que no sé cómo no ha tenido la tentacion de sustituirla á la suya propia, siquiera para desmentir á Girardin, que ha sido advertido y conminado por decir que el imperio no dá la sabrosa fruta de buenas cabezas de ministro. A S. E. solo se le ha ocurrido lo que á cualquiera mortal se le hubiera ocurrido: enterrarla. Y la ha enterrado en la Sorbona. Pero hé aquí, ¡oh dolor! que al dia siguiente

de esta ceremonia, á la cual han acudido obispos, arzobispos, académicos, senadores, príncipes, ministros, aparece en una acera de París otra calavera con este rótulo: "Esta es la verdadera cabeza de Richelieu." ¿Qué hay en esto de cierto? Averigüelo Vargas. Sobre tales cosas, yo quisiera oir á Hamlet.

***

Hablar de Richelieu y no hablar de la Academia, es casi imposible. Hablar de la muerte, y no recordar esa gran muerta, á la cual entierran todos los dias unos cuantos inmortales, vamos, no puede ser. Yo no recuerdo quién comparó la rotonda del Instituto con una peluca del siglo de Luis XIV. Lo único que recuerdo es, que no se me ocurrió á mí tal comparacion, porque nunca se me ocurren ideas tan felices. La Academia desmiente una ley que yo he aplicado á Francia. Las grandes colectividades valen mucho en Francia. Este es el país de lo social, y por eso es el país donde el Estado, el representante de la sociedad tiene más fuerza. Todo lo que entre nosotros pertenece al hogar, pertenece en Francia á la calle. Los casamientos son procesiones públicas, fiestas sociales. La novia se ciñe su velo blanco y su corona de azahar, y se va en el dia de la boda, en el dia de las emociones supremas, de los latidos del corazon, de esas emociones que buscan el retiro, de esos sentimientos que aman el silencio; se va por calles, plazas y paseos, seguida de sus amigos y de su parentela, é inaugura el nuevo hogar donde ha de ser la Vestal fecunda, la madre, comiendo en la fonda. La comida en Francia es casi, casi, como entre los espartanos una funcion pública. La sociedad, la sociedad, hé aquí el ideal, el pensamiento constante de Francia. Reunidos los franceses en nacion, forman una de las primeras naciones del mundo. Todas las colectividades son aquí grandes. Y este axioma se desmiente en la Academia.

Con raras excepciones, hay académicos que valen mucho, hay otros que valen algo. Pues la Academia francesa vale, segun opinion de todos los críticos, poco, muy poco. Se cumple aquel refran nuestro: "Canóniga buena, cabilda mala." Y, sin embargo, esta ilustre corporacion dá dinero sonante y contante nada ménos que á la virtud. Para las personas superficiales, mereceria tal costumbre que el Espíritu Santo viniera en lenguas de fuego á sostener la vida de la Academia. Para mí es un mal en quien lo hace, un mal en quien lo recibe. Mal en quien lo hace, porque la verdadera virtud no puede juzgarse si no en sus móviles, y nadie alcanza los móviles de las acciones humanas sino la propia conciencia y Dios. Mal en quien lo recibe, porque desde el momento en que toma un precio por su virtud, deja de ser virtuoso. Y el bien que ha hecho dejó de ser desinteresado. El grande principio de moral es: proceder hasta en vuestras más insignificantes acciones, de manera que podais elevarlas á reglas universales de conducta para todos los hombres. Y tender la mano para recibir un premio por una virtud, no es accion tal que pueda servir nunca de modelo al linaje humano. Además, fomentar la virtud poco más ó ménos, como se fomenta la cria caballar, es hacer de los móviles morales, de esos móviles divinos, resortes de máquinas, ruedas de reloj. Y ahora recuerdo una novela de Eugenio Sué, cuyo protagonista era un ayuda de cámara que habia pasado su vida entera atormentando, como un feroz inspirador, á su amo, y que se llevó en la Academia el premio de los criados fieles. La modestia en la virtud es como el pudor en la mujer. Cuando el ángel de la vida pierde esta túnica de color de rosa que aumenta sus encantos, se convierte en una bestia. Cuando la virtud deja de ser modesta, deja de ser virtud.

***

La Academia francesa es una institucion que vive en los

tiempos pasados. Mas no se crea que los tales tiempos han pasado tanto que la cubran con ese barniz de los siglos propio de las ruinas. Los tiempos de la Academia no son los heróicos, ni aquellos de las grandes servidumbres llamados tiempos de la monarquía; ni aquellos de las grandes tempestades llamados tiempos de la revolucion; ni aquellos de las grandes guerras llamados tiempos del Imperio, no; son los tiempos de los mercaderes, el siglo de oro de las tiendas, el reinado del hijo de Igualdad, de Luis Felipe, constituido al redoble del tambor de la Milicia, en un trono improvisado sobre las barricadas, y del cual cayó por no haber sabido realizar el apellido de su padre. Entonces algunos académicos mandaban, todos los tenderos eran su inmenso ejército, y el Rey los cubria, no diré con su manto, porque ni lo tenia ni lo usaba el rey ciudadano, con las hojas de la Carta inspirada por la revolucion de Julio de 1830, y que á las primeras lluvias del subsiguiente otoño se volvió papel mojado. Las tres cariátides de la Academia son: M. Cousin, el filósofo del reinado de los mercaderes; M. Guizot, el político, el historiador, el presidente sin el cual todo se desquiciaba, segun el rey, y con el cual todo se desquició; M. Villemain, el dogmatizador literario por excelencia, el ministro de Instruccion pública, el jefe de la Sorbona, el secretario de la Academia, el literato de aquella media revolucion y de aquella media monarquía. Estos hombres quisieron encontrar la combinacion de las medias tintas. M. Cousin, el más elocuente, el más escritor, buscaba el punto medio del espiritualismo y el materialismo; M. Guizot, el punto medio del absolutismo y la democracia; M. Villemain, el punto medio del clasicismo y el romanticismo. Les sucedió lo mismo, exactamente lo mismo, que al Alfredo el Grande del Ashaverus; les sorprendió el juicio final en el momento mismo en que creian haber resuelto sus problemas; todo el mundo del justo medio se desplomó sobre sus venerables molleras. Huyeron de todas partes y se refugiaron en la Academia.

Y allí reinan todavía con sus recuerdos, con sus preocupaciones y con sus errores. Y tienen á su disposicion cuarenta sillones que todos los literatos franceses desean llenar, segun que los vacía la muerte. Ahora está vacante nada ménos que el sillon ocupado por Voltaire un dia; y contar las intrigas que se mezclan y se confunden para alcanzarlo, es materia imposible. Janin lo desea por haber llevado treinta años el cetro de la crítica; Gautier lo desea por creerse escritor más plástico, más pintoresco, más elocuente que todos los demás escritores franceses; Sardou lo desea por ser el autor dramático á la moda, autor prosáico como el segundo Imperio, pero amargo é incisivo como las quejas que del segundo Imperio tiene la literatura; Bouilhet lo desea, porque sabe escribir en el París de la prosa, magníficas, aunque vacías tiradas de versos admirables por su sonoridad y su cadencia; H. Martin lo desea por haber escrito la más imparcial, aunque la más pesada, moral y materialmente, historia de Francia que han leido los hombres; Littré, el gran filósofo, lo desea por llevar al seno de la Academia del censo la filosofía del positivismo; todos lo desean, pero quizá lo obtendrá algun amigo particular de las tres grandiosas esfinges doctrinarias. Hay un candidato que lo puede todo, y que no ha podido, sin embargo, entrar en la Academia. Este candidato ha modelado un país á su antojo; ha visto caer á una señal de su mano doce mil hombres muertos en un solo dia y en una sola batalla; ha reunido las pobres astillas del trono de Francia que flotaban en el diluvio, y lo ha fabricado de nuevo despues de haberse hundido bajo las plantas de tres dinastías; ha obligado sus águilas á entrar envueltas en nubes de fuego y de humo, con la bandera tricolor entre las garras, en los muros de Sebastopol, y, sin embargo, no ha podido entrar en la Academia. Este candidato es el Emperador. El fundador de su dinastía fué nombrado del Instituto por los conocimientos matemáticos que suponian sus maravillosas victorias. La Academia ha creido que

la *Vida de César* no vale, por ejemplo, lo que valia la batalla de Marengo. ¿Qué poder no encuentra en este bajo mundo alguna pequeña incomodidad que le recuerde su impotencia? Luis XIV creia que la Academia de ciencias era una sociedad útil, porque le daba cálculos de probabilidad para ganar en las enojosas veladas de Versalles la partida de juego á sus cortesanos: Felipe III llegó á creer que la Universidad de Salamanca valia algo cuando uno de sus catedráticos le anunció que andaba la docta corporacion buscando un elixir de inmortalidad para los reyes. Ignoro si mis lectores adivinarán la moral de este cuento. Lo cierto es que la Academia elegirá para el sillon vacante algun cortesano de la escuela doctrinaria destronada. Su alma en su palma.

***

Dejemos la Academia y vamos á los teatros. Antigua costumbre es en París obligar á todos los años á hacer exámen de conciencia ante el público en una revista que es una comedia de mágia, y como todas las comédias de mágia, un saineton interminable. La Revista que este año se ha llevado la palma es *El diablo cojuelo* puesta en escena espléndidamente en el teatro del Chatelet. Está muy bien escogido tal teatro para la mágia, perfectamente escogido, porque de noche cuanto le rodea es mágia. No léjos de él, desemboca la calle de Rívoli, adornada materialmente, por su caprichosa iluminacion, de una lista de fuego que corre á la altura del primer piso de sus gigantescas casas. Perpendicularmente á esta calle cae el boulevard de Sebastopol, á cuyos dos extremos se levantan la estacion del Norte y el Tribunal de Comercio, que tambien desde el teatro se descubre, formando un espacio inmenso por donde corren millares de coches, que parecen, no diré luminosos reptiles porque son demasiado grandes para sufrir la comparacion con las luciérnagas, pero sí cuadrúpedos que tuvieran ojos

de fuego. Enfrente del teatro del Chatelet se vé el Lírico, igual en tamaño, en proporciones, en arquitectura, y como él, fantásticamente iluminado. A los piés de ambos teatros corre el Sena, cuyas turbias aguas reflejan con dificultad, pero, al fin, reflejan la luz que sale á torrentes de los mil faroles encendidos á sus orillas; tanto, que parece un rio de sombras corriendo entre dos vías lácteas de vivísimos fulgores. Desde las puertas casi de este teatro, podeis ver de noche, á los reflejos rojizos de este grande incendio de gas que se llama la ciudad de París, á un lado la enorme masa del Louvre, y á otro el Palacio de Justicia con sus pesados cubos feudales sobre los que se destaca, cual una diadema de oro puesta sobre la cabeza de un elefante la calada y gótica Santa Capilla, frente á frente de la no muy lejana aguja de la iglesia de Nuestra Señora de París, que parece entre sus dos torres mal envueltas en las sombras, el minutero de un reloj misterioso, del reloj de la eternidad, que París no escucha en la embriaguez de sus placeres. Pero dejemos esto, que ignoro por qué me he ocupado de ello tanto tiempo, como no sea porque siempre su contemplacion me ocupa antes de entrar en el teatro; dejémoslo, y vamos á ver *la Feerie,* es decir, la materializacion del arte, el placer de los sentidos, el juego de los bastidores sustituyendo á las inspiraciones del espíritu. Pero,—¿qué os diré? Decoraciones magníficas, comparsas innumerables, vestidos de fabulosa riqueza, bailarinas que salen de flores y de conchas, mujeres vestidas de hombres y hombres vestidos de mujeres, lluvias de oro, nubes de aromas, ruido á que llaman música, torrentes de luz eléctrica, muñecas de palo, y todos los toscos juguetes de Nuremberg que andan, muñecas de cera y todos los brillantes juguetes de París que vuelan; actrices de hermosísimas formas, casi desnudas; el sensualismo grosero, la mecánica, la industria, y ni una sola vez siquiera el rayo de la eterna luz de las ideas. Yo admiro, sin embargo, á la excelente actriz Clarisse Moray, que

en otro tiempo ha consagrado su talento al drama con grande éxito, y que hoy desciende á la calle á recoger su barro para tirarlo con una gracia sin igual, con una buena fe encantadora á un público que gusta de que lo manchen. Pero yo me sublevo, las fibras más sensibles de mi corazon suenan con un estridor ingrato; todos los sentimientos de dignidad atesorados en mí se agolpan á la conciencia cuando veo un actor de las condiciones de Raynard, de aquella elegancia tan sencilla, de aquella naturalidad tan difícil, que critica á maravilla la manía del armamento y del fusil-aguja, y que luego, disfrazado de bayadero, baila, con las tocas femeniles puestas, un desenfrenado cancan, que de seguro obligará á admirar la flexibilidad del actor, pero no á estimar el carácter del hombre. Tengo la evidencia de que muchos lectores tacharán de rígidas mis observaciones. Pero así como jamás mi conciencia me perdona las faltas individuales, jamás perdonará mi pluma, esta condensacion de la electricidad de mi alma en una punta de acero, las faltas de mi siglo. Y hasta cierto punto disculpo á París. No tiene esta gran ciudad la culpa de que todos los extranjeros la hayan escogido por su manceba, de que el mundo todo intente hacer de París su teatro. Pero es necesario, es indispensable recordar un poco á quien tanto se revuelve allá en los frios abismos donde el cieno es eterno, que arriba, arriba, en las cimas de la vida moral, hay luz, aire, calor, armonías para el alma, temple de acero y fortaleza para el carácter. Así, un dia, cuando el mundo coronado de flores, harto, ébrio, roncaba en el brutal sueño de la orgía sobre los miembros despedazados de las fieras y de los hombres muertos por divertirle, bastaron unos cuantos tribunos que decian amor, conciencia, eternidad, vida infinita, esperanza, Dios, para convertir los epicúreos en mártires; y más tarde, cuando en los gabinetes de los príncipes y en los consejos de las naciones la mentira se tomó por verdad, el asesinato por medio, el placer por fin, y al pié de las estátuas antiguas resucitadas del

polvo, no para pervertir sino para idealizar la vida, se renovaban, en nombre de un espiritualismo pervertido las cenas de Neron, bastaron otros cuantos tribunos que decian conciencia, vida eterna, espíritu inmortal, para que del seno de la corrupccion saliera, como de la semilla podrida en la humedad de la tierra sale el árbol fecundo, la sociedad del pensamiento y del derecho. Es necesario, pues, revindicar con toda fuerza los derechos de la vida moral en un mundo entregado á los goces de la vida material. El teatro en París podria hacerlo. ¿Por qué no lo hace? ¿Será que el arte sea un ángel caido del cielo, condenado á esclavitud en la tierra, que ayer se vendia á Césares corrompidos, y que hoy se vende á muchedumbres degradadas?

***

Así es que el alma reposa un poco cuando oye en el Ateneo la gran música; cuando respira en el teatro lírico el aire de los bosques de Alemania, traido por el *Freyschutz* en sus acordes; cuando acude á la Sorbona ó al colegio de Francia á aprender las ideas de los grandes oradores, perdidas en sombrías bóvedas. Es verdad que ya no se oyen aquellos acentos que en otro tiempo llevaban en sí mares de ideas, como la tempestad lleva en su fragor mares de lluvia. Es verdad que no hablan allí ni Michelet, ni Edgar Quinet, cuyas dos grandes almas brillan hoy sobre los escollos del destierro, ausente de su patria el uno, de su Universidad el otro, ambos casi de esta sociedad que no han podido regenerar en treinta años de trabajos titánicos. Pero todavía hay algo que estudiar y que decir; todavía hay un profesor que se atreve á sostener en presencia de este país, armándose hasta los dientes para recabar límites imaginarios, que el Rhin no es la frontera natural de Francia. La Sorbona y el Colegio de Francia necesitan especiales reseñas, que serán asunto de otra revista, puesto que va alargán-

dose la presente hasta tocar en los límites de lo enojoso. Pero me seria imposible soltar la pluma de las manos sin hablar de un proyecto del libro que he visto, el *Mundo de las Mariposas*, y de un libro entero que he leido *L'Enfant*, de Mad. Michelet. Del primero solo he visto el prólogo de Jorge Sand, escrito en ese francés elocuentísimo, que recuerda el francés de Juan Jacobo Rousseau. Y el segundo lo he leido entero, con una grande alegría, con un placer extraordinario, persuadiéndome á cada página de que el alma de escritor que Dios puso en Michelet, le ha partido en dos y le ha dado la mitad á su mujer, sin que perdiera nada el marido. Estos libros muestran de una manera palpable cuán vivo y cuán jóven es todavía el génio de Francia.

VI.

MARIPOSEAR.....

¡Cuántas relaciones entre el espíritu y la naturaleza! ¡Cuántas entre las obras de arte y el paisaje que les sirve como de cuadro! En la India el animal es el protagonista de los poemas, el Dios de los altares, como es el protagonista y el Dios de los campos. El arte griego se explica en gran parte por la constitucion geográfica de la península helénica. Las caprichosas islas, cubiertas en su base de conchas y corales, coronadas en sus cimas de mirtos y de pámpanos, medio nereidas y medio ninfas, toda esta belleza de Grecia se retrata, como en claro espejo, en el alma de sus poetas. Y siempre, cuando leemos una composicion vaga, triste, llena de espiritualismo místico, de ensueños ideales, comprendemos que aquella composicion ha nacido en Alemania, donde la niebla cubre las selvas y el sol está ausente, y el alma, no pudiendo abrir sus alas para lanzarse en el universo, se refugia en sí misma, vive en sí, y puebla las nubes con las centellas y con los astros escapados de su mente. El cántico árabe es como el sonido del viento en el desierto. El hijo de las Antillas, cuando en extrañas regiones lee los versos rotundos de Plácido y de Heredia, imagina soñar con sus islas y sentir el zumbido de los millares de insectos que hay en sus valles y el coro de sin-

sontes que flota como una corona de armonías entre el verde-oscuro de las palmas y el azul claro de los cielos. Pues bien, para comprender lo que podíamos llamar el humor de París, precisa comprender tambien su naturaleza, hasta sus variaciones atmosféricas. En los primeros dias del año, París se ha despertado cubierto de nieves. Sus edificios parecian de cristal. Los árboles de sus parques semejaban almendros floridos. Sobre la nieve se ha extendido más tarde el hielo. Para andar precisaba materialmente patinar. Ahora me explico por qué Dios ha dado una base tan sólida, es decir, unos piés tan grandes á las mujeres del Norte. Necesitan arrastrarlos, mientras las mujeres del Mediodía tienen esos tan breves piés que pisan las flores sin doblarlas, porque las mujeres del Mediodía no andan, vuelan. No quiero decir nada de los prodigios que hacian los parisienses, al salir de la Opera sobre aquel suelo resbaladizo, por no medirlo, y herirse con sus cristales, ó desnucarse de un batacazo. Los coches no podian andar. Ha habido desgracias horribles. Una pobre niña de veinte años se ha roto la espina dorsal contra el borde de la acera y ha muerto súbitamente. Y siendo en estos dias tan resbaladizo el París material, es en todo tiempo, en toda estacion, mucho más resbaladizo el París moral, la nueva Babilonia.

***

Durante los primeros dias del año cambian los parisienses á millares las tarjetas. Paréceme que no conviene disputar á París aquella virtud en que descuella sobre todos los pueblos; la buena educacion. En la velada de Reyes se sientan á la mesa á comer pasteles los parisienses que aun conservan algunas tradiciones de familia. Hay un pastel que tiene un haba. Todos la buscan afanosos. El que la encuentra es el Rey afortunado del año. Solo que en vez de obtener una lista civil de ingresos obtiene una lista civil de gastos; con-

vida á todos sus compañeros. Pero obtiene al mismo tiempo una cosa que no suelen dar todas las listas civiles del mundo: la ilusion de que vá á ser feliz en año de tan buenos augurios. La felicidad, que andamos buscando en los viajes, en los placeres, en las ambiciones, en el ruido de la gloria, léjos de nosotros, se encuentra cerca, muy cerca, en nosotros mismos. Así una ilusion tiene tanta miel, que endulza toda una vida de hieles. Solamente que el hombre no suele aprender que la felicidad está dentro de sí mismo, sino cuando ya no necesita tal ciencia, en la hora casi de su muerte. Yo no conozco nada más engañoso que ese amor de la propia conservacion, tan decantado por los fisiólogos. Lo veo más desarrollado en la tortuga que en el hombre. ¡Cómo ama su propia conservacion este sér que desea y desea siempre!—Y cada deseo se pone en mañana. Y detrás de mañana está la muerte. Y mientras el instinto orgánico huye de la muerte, el instinto espiritual la llama desenfrenadamente, la busca con el deseo. Tal vez sea esto porque, á despecho de la muerte universal donde vivimos, á despecho de este trabajo de desorganizacion, de esta ruina de mundos que todos los dias se verifica en el seno del Universo, de ese polvo destructor que hay diseminado por los espacios, donde se gastan en los minutos que se llaman siglos hasta los planetas, el único sér que tiene conciencia de su inmortalidad, es el único sér que llama la muerte con el deseo, porque está seguro de no encontrarla nunca. Pero comprendo que mis ideas van tomando un tinte lúgubre y no quisiera entristecer á mis lectores ni, sobre todo, á mis lectoras. Ya he dicho que en una habá se puede encontrar la felicidad, para lo cual hay muchos que creen necesitar una montaña de oro. ¡El haba! ¿Por qué tendrá el haba esta celebridad?—Habeis de saber que los alimentos influyen mucho en el desarrollo de las facultades intelectuales. Desde la introduccion de la patata se ha notado decadencia artística en los pueblos meridionales. Los alimentos, para ser verdaderamente intelectuales, han de

tener mucho fósforo. Los guisantes y las habas son esencialmente fosfóricos. Pitágoras, por ejemplo, no sabia tanta química como sé yo, que sé bien poca. Y, sin embargo, Pitágoras mandaba á sus discípulos, para prepararse á las iniciaciones de los grandes misterios, para anotar la música de las esferas, que comieran habas, muchas habas. Era esta legumbre casi un génio tutelar de la escuela pitagórica. Y no paraba en esto su fama. Numa las destinó para votar en los tribunales y para elegir á los magistrados. En París se usan todavía para elegir á los reyes de la fortuna en el dia de la venida de los Reyes magos. Ved cuán pertinaces son todas las tradiciones, y cuán seculares todas las monarquías, hasta la monárquía del haba, que cuenta más de treinta siglos.

***

Estoy bien seguro de que en este momento la preocupacion de todas las naciones, el pensamiento de todos aquellos que gustan ó desean viajar, ver tierras, recorrer el mundo, es París, la capital de Europa, sus calles, sus plazas, sus monumentos, su aspecto.—¿Quién dejará de ver esta ciudad, que en los primeros dias de la primavera encerrará representantes de todas las naciones, ejemplares de todas las razas?—Aquí tendremos juntos ingleses, yankees, alemanes, cosacos del Don, vestidos de pieles; árabes del desierto, envueltos en su alquicel blanco, como las nubes por las cuales suspiran en los dias de horrible calor; japoneses y chinos, representantes del principio de los tiempos y de los primeros dias de la historia; y hasta indios del interior de América, de esa tierra de lo porvenir. Junto á un chalet suizo, que recordará los nidos de las águilas alpestres, una barraca laponesa, que habrán olido algunas veces, en las eternas noches alumbradas por las auroras boreales sobre aquellos mares de hielo cristalino, los hocicos un poco temibles de los osos blancos. Hoy mismo, ya se ve un triángulo gótico que re-

cuerda la trinidad católica, levantando sus calados adornos, sobre los cuales parece como que vuela un ángel de bronce al lado de un edificio medio bizantino y medio árabe, que tiene reminiscencias de Santa Sofía y del Serrallo, donde duermen los moribundos señores del Bósforo de Tracia.—¿Quién no querrá ver este resúmen, este epílogo de toda la tierra?—Desde que murió Roma, donde iban á recibir carta de ciudadanía el númida y el cimbrio, no se habrá visto ciudad tal como ésta. Aquí no se celebra la fraternidad de la conquista, porque todas las victorias grabadas en el Arco de la Estrella fueron *como verduras de las eras;* pero se celebra la fraternidad creada por el trabajo. Y, naturalmente, París se presentará á todos los hombres que vengan á verlo con toda la coquetería imaginable. Y á fin de que le conozcan presentará un libro, por los primeros tipógrafos impreso, por los primeros dibujantes ilustrado, por los primeros escritores redactado. Víctor Hugo, la personificacion de su siglo, el representante de la revolucion literaria, el génio de las grandes hipérboles, ese conquistador del espíritu, abrirá de par en par las puertas de París, de este París que no ha visto y que no conoce, renovado despues de su destierro; pero las abrirá con la llave mágica de su estilo, forjada en la fragua de su incandescente espíritu. Despues del prólogo de Víctor Hugo, describirán las particularidades de París otros grandes escritores. Mdmé. Jorge Sand, con su dulce estilo, que tiene toda la música y toda la melancolía de los campos, describirá el Bosque de Boulogne, sus alamedas melancólicas, sus colinas coronadas por grandes pinos parasoles, sus sonantes cascadas, sus jugueto-nas rias, sus tranquilos lagos, las avenidas pobladas de elegantes coches, las calles donde lucen su gallarda figura los ginetes y las amazonas, las tabernas de pintadas maderas, asilo de los elegantes que reparan sus fuerzas con el Málaga y el Jerez; el jardin en que se aclimatan las plantas de todos los países, y los bosquecillos en que juegan como

bandadas de pajaritos ó de mariposas las niñas; en fin, este campo artificial que ha elaborado París para procurarse oxígeno y alegría. Michelet, el escritor de las paradojas brillantes, el que describe desde los pliegues del alma de Maquiavelo hasta las plumas de las alas de la alondra, hablará del Instituto. Teophile Gautier, el pintor de gran relieve, el poeta ayer de la República y hoy de la Córte, describirá naturalmente un edificio cortesano, el monumento que comenzó Francisco I, que los Valois, sus descendientes, ornaron con todos los primores del Renacimiento y con las iniciales de sus mancebas; que Cárlos IX manchó de sangre al disparar desde aquella ventana, sellada por la maldicion de Mirabeau, contra sus mismos vasallos, al siniestro son de la campana de San Germain-Auxerrois, en la noche de San Bartolomé; que Luis XIV engrandeció con su magnífica columnata, una de las maravillas arquitecturales del mundo; y que Napoleon ha unido á las Tullerías por una doble fila de cuadras, cuarteles y oficinas, con lo cual ha venido á hacer, si no el más hermoso, porque hay secciones monstruosas y hasta feas, el más grande de todos los edificios que han habitado los Reyes.—¿Quién podrá mostrar mejor este París con sus teatros brillantísimos, sus plazas inmensas, sus calles interminables, sus muchedumbres infinitas, su confusion, su ruido contínuo que parece una grande tempestad?—Así es que todo parisien solo piensa en el París de la Exposicion. Para la Exposicion arreglan sus cuartos los hoteles, que doblarán de precio; para la Exposicion ensayan misas de grandes maestros las iglesias, misas que no se podrán oir sino pagando cuarenta francos, dos luises de oro, á la entrada; para la Exposicion guardan su mejor repertorio los teatros, que se subirán á las nubes; para la Exposicion gritan más desaforadamente en su inmenso gallinero de la Rue Vivienne los bolsistas, que harán tambien, no ya subir, sino volar sus fondos; hasta por la Exposicion ha pronunciado el primer dia del año un discurso

pacífico el Emperador Napoleon, que piensa ganarle las elecciones á París, satisfecho y harto. Pero ¡ay! que se interponen algunas nubecillas en este cuadro. No es mi intento hablar de política; pero los exposicionistas tiemblan porque Prusia se fortifica y Alemania se une; porque la isla de Gandía se sostiene de pié contra los turcos, como un mártir que confesara su fe sobre carbones ardientes, y el príncipe de Rumania mira con anhelo el momento propicio para borrar, aunque sea con sangre, el sello de la cimitarra y de la media luna que los turcos han grabado en las espaldas de los descendientes de la colonia trajana; y la oceánica Inglaterra aspira á levantar un almacen de algodones sobre la cúspide de la pirámide de Egipto, donde duermen tantos misterios del arte y de la poesía; y Rusia, coronada de diamantinos hielos y de auroras boreales rojas como gigantescos rubíes, acecha al través de las cien cúpulas doradas de Moscow la cuna de su religion y de su culto, la cúpula de Santa Sofía; y mil ejércitos ruedan en torno del Bósforo para recoger la futura capital del mundo, la hermosa Constantinopla, y luchar por ella como luchaban los caballeros de la Edad Media por el anillo de una dama; y sobre sus ruinas sagradas, sobre sus estátuas que llevan todavía la miel de la inspiracion en los lábios, sobre sus bajo-relieves, modelos eternos del arte, se incorpora Grecia y pretende que el engaño de su raquítica independencia se concluya, y que suene para ella la hora de levantar una nacion verdadera al borde del Pireo, donde ha escrito Platon y ha hablado Demóstenes, á la sombra del Pindo y del Parnaso donde ha cantado Píndaro, en los valles de Colonna que han oido mezclados los coros de los ruiseñores de sus mirtos con los coros de las tragedias de Sófocles, en las islas que fueron las cunas de juncos donde nacieron al arrullo de las olas y al beso de las espumas los dioses que todavía reinan inmortales sobre los dominios del arte, en aquellas montañas de la Thesalia, de donde bajaron sus pastores, que en-

señáran al mundo los idilios y en aquellos desfiladeros del Epiro, de donde bajaban los fuertes montañeses, en aquellos campos del honor que vieron la muerte de Byron, del poeta de la duda, espirando por la fe; en toda esa divina region, todavía mutilada, que ha cincelado con su artístico buril el eterno ideal de la belleza en la conciencia humana. Pero toda esta epopeya del porvenir no se puede realizar sin una guerra. Y una guerra en esta primavera sería para la Exposicion como un puntapié dado en el tablero de una partida de ajedrez.

***

Sin duda por esto, un escritor, M. Assolant, ha recorrido todas las librerías de París, todas sus imprentas, y no ha encontrado un impresor que se arriesgue á publicarle un folleto, cuyo objeto es lamentarse del estado á que ha venido Francia despues de los últimos acontecimientos europeos. Porque habeis de saber que esta Francia, tan orgullosa de su civilizacion, es el nido de las vejeces y de las polillas económicas. Todavía subsiste aquí la prision por deudas, la tasa del interés, y otras monstruosidades económicas. La emancipacion de las panaderías ha sido un asunto poco más ó ménos tan grave como la guerra de Crimea ó la guerra de Italia. No se ha llegado sino despues de muchas batallas á la libertad de teatros. Pero ¡qué mezquina libertad! Hay cómicos particulares del Emperador que tienen una renta como los bufones de los reyes absolutos. Hay teatros subvencionados que son como los templos de la religion del arte mantenidos por el Gobierno. En fin, se levanta un gran teatro de la Opera, cerca del Grande Hotel, teatro que dicen será por dentro muy hermoso, pero que es por fuera muy feo, y que costará á todos los franceses para que París, la reina de sus ciudades se divierta, doscientos millones de reales. Y á todo esto hay que

añadir un ejército de impresores reglamentados, privilegiados, y que si cometen el gravísimo delito de imprimir algo que desagrade al Gobierno, pierden, por una sentencia de los tribunales *imperiales*, su privilegio. Así es, que M. Assollant ha ido cargado con su folleto de Ceca en Meca, de Herodes á Pilatos, sin hallar un editor que se atreva á imprimirle sus jeremiadas. Es tan fácil perder el privilegio de imprimir por turbar la alegría que hoy debe reinar en el mundo oficial para madurar la cosecha de la Exposicion, preludio de la cosecha electoral, que una imprenta podria quedar cesante si imprimiese cualquier elegía sobre las victorias del fusil aguja, ó las imperfecciones del fusil Chassepot. Pero es lamentable que en el siglo de la actividad individual haya impresores privilegiados en Francia. Bien es verdad que hay por do quier profesores privilegiados, académicos privilegiados, y ciudadados condecorados. El francés condecorado pega el boton grana hasta en la borla de su gorro de dormir. Y el impresor, que está privilegiado, guarda como un arca santa su imprenta, y se libra bien de imprimir folletos punibles. Pero esto de castigar en las letras de plomo los errores de las ideas, me recuerda la sentencia de un alcalde de monterilla de mi provincia, que metió en la cárcel, por ladron doméstico, á un cerdo que, entre varias cortezas de melon, se habia zampado una cucharilla de plata. De suerte que debemos creer buenamente, por las aventuras ó desventuras de M. Assollant, que el mundo entero podrá regocijarse, comer, beber, cantar, divertir los sentidos, saturar su inteligencia, observar sus progresos en la próxima Exposicion, y que la paz reinará en la tierra. Y puesto que estamos en un planeta tan hermoso, bajo un cielo tan claro, en una sociedad tan buena con una Exposicion en perspectiva tan fecunda para los dueños de hoteles, vámonos á los teatros.

***

Y fuerza es, para ir á los teatros, comenzar por el teatro Italiano. El mundo músico está conmovido por la clausura del teatro Italiano de San Petersburgo Los *dilettantis* protestan, ellos, que no suelen acordarse de la degollacion de Polonia, contra este golpe de Estado que acaba de asestar el Emperador de todas las Rusias al divino arte. Pero los fundamentos que el Emperador ha tenido, son: primero, el precio altísimo que exigen por sus gargantas los cantores, tan espuestos á resfriarse á los veinte grados bajo cero: segundo, la medianía de estos, que cada vez van cantando ménos y peor; tercero, la repeticion contínua de las mismas óperas, cien veces cantadas y cien veces vueltas á cantar; cuarto, la necesidad de proteger la música rusa, pues tambien inspiran armonías dulcísimas las estepas cubiertas de nieves, por las cuales se pasean á su antojo los osos blancos despidiendo no muy melodiosos aullidos. Y, en efecto, cuando voy al teatro Italiano de París, me convenzo de que la música italiana se va perdiendo. ¿Qué se ha hecho de aquel Rubini, cuya voz mágica extasió tantas veces á nuestros padres? ¿Dónde está Mario, aquel Mario que parecia un gentil hombre de un cuadro de Pablo Veronés ó de Ticiano, cantando con la voz de un ángel y sintiendo con el corazon de un poeta? Baste decir que Nicolini es hoy el primer tenor del teatro Italiano de París. No parece sino que Italia, que se ha conquistado los corazones del mundo con su música, que ha ganado más batallas con los organillos de los saboyanos que con los planes militares de Cialdini y de La Mármora, pierde la voz en el momento mismo en que ya no la necesita para interesar al mundo con las elegías de Bellini en sus trágicas desgracias. Así van faltando cantores. La Alboni, que nos ha maravillado á todos con aquella voz de contralto cuya dulzura solo se puede comparar con su intensidad, ya no canta en el teatro. Su marido, el conde Pepoli, que la amaba mucho, se ha vuelto loco en medio de la más sosegada felicidad. Y solo alguna vez pueden conse-

guir sus amigos lo que yo conseguí no hace muchas noches, casi por milagro: oir á la Alboni en alguna casa particular, cuando los ruegos y hasta las importunidades de todos la obligan á endulzar un tanto con su propia voz el luto de una viudez anticipada por una enfermedad más triste que la muerte. La única cantante que hoy conserva en París con todo su brillo la tradicion del canto italiano, es Adelina Patti. Aquella muchachuela, de tez morena, de ojos negros, de cabellos de ébano, pequeña, nerviosa, móvil, agilísima; que corre sobre las tablas como si de nadie ni de nada se curase, que apenas acompaña su canto con su accion, "se parece toda materialmente á un ruiseñor." Como el ruiseñor es morena, como el ruiseñor pequeña, como el ruiseñor nerviosa, como el ruiseñor ágil, como el ruiseñor divina. Cuando arroja á los aires con su voz de un timbre singular, de una extension prodigiosa, de una melancolía dulcísima, aquellas escalas cromáticas de las cuales salen notas inverosímiles, que se abren y despiden allá en el cielo, en los últimos puntos á donde la voz puede alcanzar, otras notas semejantes á esas luces de fuegos de bengala producidas por un cohete al reventarse en las alturas; cuando hace estos prodigios aquella niña, me parece un sér sobrenatural, un génio desterrado del mundo de las eternas armonías, y, hablando á la oriental, uno de los ángeles que han escuchado sobre la cuna del Universo las primeras melodías producidas por los orbes al romper el primer dia de la creacion en el coro de accion de gracias inspirado por la alegría de su inmaculada vida. Ha cantado *La Sonámbula*, canta ahora *Crispino é la comare*, cantará muy pronto *Los Puritanos*. Rossini algunas veces la lleva á su casa y la hace cantar horas seguidas, como si colgára la jáula de un ruiseñor en su gabinete. Yo de mí sé decir que no me gusta oir á estas grandes cantantes en el teatro. Me gustaria oirlas á la luz de la luna, acompañadas, á lo más, de un arpa y del rumor de los bosques, como una voz que sa-

liera del seno del Universo y expresara el eterno amor en que todos los séres se abrasan.

***

Mientras la Patti canta en el teatro Italiano las antiguas óperas, Verdi ensaya en el teatro de la Grande Opera una nueva. No la conozco, pero puedo decir que conozco al autor; casi me lo sé de memoria. Y como conozco al autor, desconfío mucho, muchísimo de su nueva ópera. No me gusta para la música un génio tan áspero como el de Verdi; no me gusta su ruidosa, su estruendosa orquesta, en la cual entran por tan gran parte los instrumentos de viento; no me gustan aquellos cánticos tan altos que han abierto todas las gargantas obligadas á despedir las notas como un cañon las balas, y que han acabado con todas las voces. Verdi quiere realizar el término medio entre la música alemana y la música italiana. Y lo que hace, en realidad, es reunir lo peor de los dos extremos. Sus armonías no son nunca tan sábias, tan magistrales como las armonías de la música alemana. Sus melodías no son nunca tan sentidas, tan dulces, tan límpidas como las melodías de la música italiana. Hasta en la eleccion de motivos para sus óperas no ha sido muy músico. El amor de *Hernani* es músico, la pasion del *Trovador* es música, el entusiasmo de los *Lombardos* es músico; pero no puede ponerse en música, no hay posibilidad de poner en música el furor de Atila y la ambicion de Machbeth. La música no puede salir nunca de la region del sentimiento. Y los dos sentimientos músicos por excelencia, son el amor y la religion. Verdi ha escogido para su nueva ópera un argumento de nuestra historia, y un drama del teatro aleman. El argumento es la vida de aquel príncipe Cárlos, hijo de Felipe II, que era cojo, y jorobado, y de malos instintos, y que, sin embargo, ha pasado á la poesía, al arte, al teatro, coronado de luz, capaz

de todas las grandes pasiones, mártir de la libertad, enamorado de su madrastra, que á su vez le adoraba, deseoso de engarzar en la corona de dos mundos, sobre el sól que la alumbraba eternamente, ese otro sol más luminoso y más duradero todavía, que se llama el pensamiento. La poesía, esa maga, ha cogido al niño contrahecho y lo ha convertido en niño hermosísimo. El despotismo vivifica todo lo que quiere matar. El príncipe Cárlos se ha inmortalizado en la poesía, porque fué víctima de su padre. Y Aristóteles ha dicho que la poesía es más verdadera que la historia. Me ha contado un amigo que ahora se ensayan los bailes del *D. Cárlos*. Yo quisiera saber cómo se bailaba en los cláustros sombríos del Escorial. No lo concibo. Pero los franceses no conciben tampoco ópera sin bailes. Verdi continúa ensayando, pues, su nueva produccion. Esperemos para juzgar. Ahora se me ocurre una anécdota. Miraba un dia Rossini un cuaderno de música, sobre el cual habia grabado el editor un sol con estos cuatro nombres en el centro: Rossini, Bellini, Donnizzeti, Verdi. «Yo, dijo el gran maestro, sabia que el sol tenia manchas; pero hasta ahora no sabia que eran verdes.»

***

Vamos á ver algunos otros teatros. En la Gaité han resucitado un antiguo melodrama, malo, muy malo, que pasa en Méjico, en las pampas, entre los cactus gigantescos, los nopales y los aloes, al borde de impetuosos rios, bajo aquel cielo de tierra caliente, que parece una plancha metálica enrojecida en un horno. Los mayores personajes del drama son los que no dicen nada: un caballo, un tigre, una serpiente de cascabel y un mudo. En los antiguos tiempos el drama no tenia este papel de mudo. Ahora se lo han añadido, porque el mudo no es mudo, sino muda. Y la muda, que habla dos lenguas, el inglés y el español, no habla la

lengua humana por excelencia; no habla el francés. Y en verdad saber dos lenguas en Francia, aunque sean las lenguas de los dioses, y no saber el francés, equivale á no tener ninguna lengua, porque equivale á no ser entendido de nadie. El francés no sabe más lengua que su propia lengua. Cuando encuentra un extranjero que no habla francés, se queda tan maravillado como si todos los hombres nacieran sabiendo ya esta lengua por inspiracion del Espíritu Santo. Así es que á la muda, que tiene dos lenguas, la han dejado sin ninguna. Pero la muda es bonitísima, tiene una tez muy fina y unos ojos muy negros; luce talle esbelto y estatura gallarda; juega los brazos con grande arte, las piernas con gran soltura, los ojos con gran coquetería, y se enseña al público como nuestra madre Eva antes de la maldita ocurrencia de la manzana se enseñaba á las criaturas inocentes en los bosques del Paraíso. Y así, desnuda, la atan á un caballo, y la hacen subir desde las candilejas hasta las bambalinas, por una série de tablas, que se llaman las rocas negras, estúpida reproduccion del suplicio de Mazzepa. El otro dia se resbaló el caballo por aquellos desfiladeros de madera, y estuvo á punto de estrellar á la bellísima titiritera que ha heredado la gloria de Adriana Lecouvreur y de Raquel. Los Emperadores han asistido á la representacion de esta maravilla anatómica. Jorge Sand ha dado á la heroina un abrazo entre bastidores. La noche que yo estuve, el público, entusiasmado, hizo salir á las tablas el caballo, que asomó su venerable cabeza al lado de los actores. Tambien los pueblos tienen sus caprichos como los tiranos. El pueblo de París se parece á Calígula. ¡Ah! Calígula hizo cónsul á su caballo; el pueblo de París lo ha hecho artista.

***

Se ha puesto en escena un drama, que Leon Gozlan ha

dejado póstumo; *La duquesa de Montemayor*. En este drama se repite la misma situacion de la *Maison Neuve*, que he contado en mi primera revista. La situacion no es original, ni de Sardou, ni de Gozlan; está en las Memorias de un jefe de policía famoso en tiempo de la Restauracion, que se llamaba Vidoc. Una gran señora comete un gran adulterio. Su amante muere de un aneurisma en sus brazos y en su lecho. La señora corre á buscar al jefe de policía para que entierre á su amante y salve su honra. Este es todo el drama. Leon Gozlan presenta la espinosísima situacion de la siguiente manera. Una hermosa dama, casada con un viejo, grande de España y embajador en París, se prenda de un jóven que la enamora, pero no le manifiesta su pasion. El jóven amante ha tenido un desafío, y cuando ya se halla repuesto va á ver á su amada. El marido está á la sazon ausente. Empieza el poema del amor por alguna mirada, sigue por ardientes palabras, concluye por un ardentísimo beso. Al recibir en sus lábios aquel fuego y en su corazon aquella felicidad, la herida mal cerrada se abre, y el jóven muere. El cadáver es la deshonra de la duquesa. Quiere morir allí de vergüenza y de amor. Pero una hermana suya, que entra en tal conflicto, recuerda á la desgraciada señora de Montemayor que tiene una hija, y que sobre su frente puede caer la deshonra de la madre. A este recuerdo la duquesa corre á casa de un agente de policía á pedir que la liberte de aquel cadáver. Lo ha cubierto cuidadosamente con su manto. Pero mientras va á la policía, el marido vuelve. Encuentra el cadáver y manda que lo arrojen al Sena con un puñal clavado en el corazon para que no resucite. Sin embargo, deja el manto en el lugar en que se encontraba, como si aun ocultase el cadáver. Vuelve la duquesa, corre, levanta el manto; el cuerpo de su amante ha desaparecido. Esta era una situacion para morirse. Pero ¡ah! que el teatro contemporáneo no sufre tales situaciones. Dormiria mal un ciudadano de nuestro tiempo si viera morir

á mujer tan hermosa y no volveria al teatro. El muerto resucita y al marido lo matan, y la duquesa está viuda y el adulterio recibe el premio de la felicidad. ¡Pues no faltaba más sino que el público se interesara por un marido viejo que ha depositado en una mujer jóven su honra y el nombre de su familia! Es necesario que tal criminal muera. Es necesario que la adúltera pueda ver su lecho sin remordimientos en su conciencia. El público que contempla impasible una mujer en el Circo de Napoleon á cien piés del suelo, en una percha, saltando sobre la muerte, no puede ver desenlaces como el de Julieta y Romeo, aquel matrimonio tan puro, que se desposa en presencia de Dios y que celebra sus nupcias en el lecho de un sepulcro, por haberse amado mucho. La tragedia no se escribió por Corneille y por Racine para el París de los *Boulevares,* esencialmente *vaudevillista* y cómico. La moral sufre mucho, el arte más con tal desenlace; pero la digestion de los espectadores, que van de la mesa al teatro, no sufre nada. Se habian visto las ambiciones políticas esclavas del estómago: *prona ventri*; pero las inspiraciones del arte, no. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué espectáculo!

***

Y, sin embargo, en París hay muchas tragedias. Algunos extranjeros vienen, se pasean por los boulevares, ven innumerables coches, innumerables tiendas, é innumerables loretas; y luego se van diciendo que París es la ciudad de la alegría, del placer, del hartazgo. Y, sin embargo, hay muchas tragedias. Doscientos mil obreros se han ido huyendo de las contribuciones que pesan sobre su pedazo de pan. Hace pocas noches tropecé con un arpa. El instrumento produjo el sonido de un ataud. Me bajé, toqué un cuerpo frio. Era un pobre saboyanito de siete años, que, muerto de hambre, helado, yerto, habia ido á calentarse á

la reja de la cocina de los *Frères Provençaux*, y á mantener un poco su desfallecido estómago con el olor de las viandas. No habia comido en dos dias más que una patata. Y dentro se oia un ruido de platos, y de copas, y carcajadas..... Hay en París casas donde se duerme por cinco céntimos. El que quiere paja tiene que dar diez, y muchos se dedican á traperos porque no tienen donde dormir. Antes de ayer se suicidaba en borrachera infinita pobre trabajador desengañado, á quien le habian hecho creer que era poeta. En la misma noche, Caoutchouc, uno de los héroes de París, salia del baile de la Opera, donde habia hecho prodigios de agilidad y destreza. Hay aquí en todos los bailes ciertos infelices pagados por las empresas para bailar un can-can desenfrenado, y sostener así la animacion de la sala. Caoutchouc habia sido en esta noche el héroe del baile. Nadie se habia movido, ni nadie habia gritado como él. Su cabeza giraba en el vértigo de la danza, como henchida de toda suerte de pensamientos felices; su garganta lanzaba ruidosas carcajadas, verdadera explosion de la loca alegría de su pecho. A cada paso daba un salto; á cada minuto decia una gracia. Cualquiera hubiese dicho que pasaba la noche más feliz de su existencia aquel bailarin sempiterno. Y, por la mañana, cuando las máscaras se iban, cuando las luces de la orgía se apagaban, cuando la pálida luz traspasaba las nubes, el bufon, el acróbata, el danzarin se lanzó al Sena, y murió de la muerte clásica; de la muerte romana. El que por aquella noche le contemplase, atribuiría tal suicidio á embriaguez. Engañárase ciertamente. Provenia de una meditacion; llevaba en los bolsillos una carta anunciando su muerte. Iba disfrazado de oso.

Hace pocos dias que leia en un periódico que en París hay una mujer abandonada, sin padres, sin amigos, sin esposo, sin hogar, la cual ha concentrado todos sus amores en un papagayo. Y tras estas tragedias conocidas, mil desconocidas. Una equivocacion de un anuncio de la Opera ha causado va-

rios divorcios. Algunas mujeres hablaron á sus maridos de una ópera que anunciaban los carteles, cuando á última hora no hubo funcion. ¿Quién sabe si estas equivocaciones del cartel habrán sido para alguna tan funestas como el blanco pañuelo de Desdémona en las manos de Otelo? Y todos los dias hay desapariciones misteriosas. El mar infinito devuelve los cadáveres. El insondable París no devuelve á muchos séres que se ahogan por sus abismos. Ha desaparecido un jóven de la aristocracia. Nadie sabe de él. Y aún hay más tragedias. El demócrata Julio Favre va á ser nombrado de la Academia francesa, y el volteriano Edmundo About, ministro de Instruccion pública. ¡Y luego extrañan los parisienses que las almas grandes como la del baron Brise, por ejemplo, se refugien soberbias en las cocinas despues de leer un *Manual del Cocinero*, como Caton de Útica se refugió en la muerte despues de haber leido un diálogo de Platon! París es como el pólipo, un inmenso estómago. ¡Y yo, que sé el remedio, para convertirlo en lo que ha sido siempre, en lo que debe ser para su gloria y nuestro provecho, para convertirlo en un inmenso cerebro! Oigan mis lectores la siguiente anécdota. Un dia estaba convidado el hijo de Alejandro Dumas á Compiegne, palacio del Emperador, y acudió al convite. El chambelan que le instalaba, le dijo al mostrarle su habitacion: Aquí podrá estar V. con toda libertad.— ¿Con toda libertad? replicó el escritor. ¿De veras? ¿Pues por qué no convida el Emperador á toda Francia?

VII.

CARNAVAL.

Ciertamente el Carnaval de París no es el Carnaval de Roma que Dumas describió en el *Monte-Cristo*, ni el *Carnaval de Venecia* que Paganini ha llevado en las cuerdas de su violin por toda Europa. Hay ciertas fiestas incompatibles con estas grandes ciudades donde todo se oscurece; hay ciertos goces incomprensibles aquí donde la vida individual se pierde en la vida colectiva, como los rios en el mar. El Carnaval era una especie de excepcion puesta por la ley de la costumbre á la vida ordinaria en las ciudades antiguas. Cada máscara parecia un Pasquino; cada broma una sátira, ó si se quiere, un libelo. El objeto de tal fiesta era, no solo divertir la vista con el color del traje y enardecer la sangre con el movimiento del baile, sino castigar los pecadillos de la vida con la libertad de la crítica. El amante ingrato, el marido infiel, la mujer burlona, la amiga chismosa, el jugador, el vicioso, ya sabian que el Carnaval todos los años les guardaba algun castigo en palabras duras y en bromas pesadas. Pero aquí, en estas inmensas ciudades donde todo el mundo se pierde en las muchedumbres anónimas, en las tumultuosas olas de gentes que aparecen un momento en la superficie y desaparecen con igual rapidez en los abismos; aquí, donde nadie se conoce, donde al volver la esquina comienza una vida nueva, ¡oh! es imposible que el Carnaval tenga el hechizo de las cultas, de

las artísticas, de las pequeñas ciudades. ¿Cómo criticar al que no conoceis? ¿Para qué empeñaros en descubrir tras la máscara un rostro, que despues de visto, os ha de ser desconocido, que ha de continuar apareciendo siempre á vuestros ojos como una careta? El Carnaval me recuerda aquellas fiestas de los pueblos asiáticos, donde los criados se asentaban á la mesa y eran servidos por sus amos: me las recuerda en el sentido de que las costumbres se cambian, y la conversacion toma, al pasar por la boca de la careta, una libertad infinita. Imposible realizar nada de esto en París. La gracia parisien, universalmente celebrada, no chispea en el Carnaval. Todo lo que he recogido de particular en un salon donde he pasado una noche entera atento á las chispas del ingenio francés, todo ha sido oir llamar á un pálido, tísico, y á un moreno, mulato. El parisien que ha pasado cincuenta años de su vida en París, va al teatro de la Opera y puede decirse que ha emigrado; nadie le conoce, y si le conocen personalmente, nadie conoce su vida. Y ya que el baile de la Opera ha caido de mi pluma, entremos á mirarlo superficialmente, porque son tantas y tan várias las descripciones de este espectáculo, que no hay novelista francés que no lo haya descrito, ni hay lector discreto ó indiscreto en el mundo que no haya leido á los novelistas franceses. Una descripcion más, solo seria una gota añadida al mar de tinta empleado para dar una idea al mundo del baile de máscaras en el teatro de la Opera. Mis lectores deben conocer, sin duda, aquel Rey hijo del tétrico Enrique II y de la siniestra Catalina de Médicis; aquel Rey que despertó en una sociedad cristiana las costumbres más corrompidas del paganismo; aquel Rey vestido de mujer, peinado caprichosamente, pintado, perfumado, con pendientes en las orejas, con pulseras en las muñecas, seguido siempre de sus favoritos y de sus pajes, con los cuales reproducia las escenas de Tiberio en la isla de Caprea; Enrique III, una especie de Heliogábalo del siglo décimosexto, exaltado, loco

furioso por pasiones que suelen frecuentemente engendrarse las unas de las otras, por un erotismo entre místico y artístico, un vicio del alma que le arrastraba á los mayores desórdenes morales, y una satiriasis material, un erotismo de los sentidos que le arrastraba á vicios inmundos, á infames bestialidades. Para obsequiar á uno de sus favoritos dió este Rey la primera ópera oida en París. La ópera francesa, desde entonces, anduvo por todos los barrios de la gran ciudad; y fué acogida, segun los tiempos diversos, en el Hotel Guenegaud, donde encontró á Lully; en la calle de Vaugirard, en la calle Mazarino, en el Palacio Real, donde Rousseau, que se creia gran músico y mediano escritor, cuando era gran escritor y músico mediano, pudo oir una de sus propias óperas; en las Tullerías, más tarde, donde hubo la terrible guerra entre dos opuestos partidos filarmónicos; en la Puerta de San Martin, sobre el Boulevard, en la calle de Richelieu, frente á la Biblioteca, donde fué asesinado el duque de Berry, y por último, entre la calle Druot y la calle le Pelletier; en este templo de la música, ni muy elegante ni muy limpio, pero en el cual no se puede entrar sin cierto religioso respeto, cuando se recuerda que en él cantó la Malibran, y en él estreno el inmortal Rossini su inmortal *Guillermo Tell*. El presupuesto de la ópera es crecidísimo. Para poder cubrirlo, se apela, despues del auxilio del Estado, que aquí, bajo las alas del águila olímpica lo es todo, desde sacerdote hasta maestro de baile, despues del auxilio del Estado, decia, á las fiestas del Carnaval, á las máscaras; y se dan varios bailes, que han terminado el mártes último. El patio y el escenario forman un solo salon; las arañas derraman torrentes de luz; cuatro grandes escaleras abren paso á cuatro cataratas de mortales, que descienden como cuatro rios despeñados; la orquesta toca escogidas piezas de música consagradas al baile, todas de una voluptuosidad y de un movimiento vertiginosos; los palcos y las galerías estallan de gente; y en el centro, mientras los es-

pectadores con sus fracs negros forman una especie de marco, como aquellos de ébano que nuestros padres ceñian á sus pinturas, una multitud de máscaras, vestidas con los trajes de todas las épocas, abigarradas con todos los colores y todos los matices, ya matronas romanas ó campesinas normandas, ya guerreros de las Cruzadas ó pajes del Louvre, ya picadores de España ó gauchos de las verdes Pampas, forman compañías innumerables que danzan con sin igual desenfreno, y que con sus flores, sus cintas, sus pompones, sus mantos, sus gasas, cuando se las mira desde las alturas, componen, á manera de grandes cuadros disolventes donde con los ojos de carne se ven mezclados en rueda vertiginosa los más vários colores, y con los ojos del alma, confundidas en bacanal voluptuosísima, las más sensuales pasiones. Muchas de estas máscaras no llevan careta.—¿A qué llevarla? —Nadie las conoce. Bien es verdad que la empresa, á fin de animar el baile, saca de su vestuario los más viejos y más gastados despojos, viste cuadrillas enteras de hombres y mujeres, las arroja como otras tantas peonzas sobre el tablado, y las obliga á estar toda la noche en contínuo movimiento. Los teatros se parecen al imperio, en que falsifican el entusiasmo con una *claque,* una turba de alabarderos, que dan palmadas, cuyo ruido semeja al ruido de unas cuantas tablas. Concibo que se puedan fingir los afectos individuales. No se pueden fingir los afectos colectivos. La *claque* imita el entusiasmo tan mal como nuestros célebres teatros caseros imitan el trueno. Y á su vez, las cuadrillas de la Opera imitan detestablemente los placeres del baile. Las parejas pasan á mis ojos como figuras de movimiento que danzan en virtud de un resorte. Hasta por aquella inverosímil manera de mover brazos y piernas, que parece los van á arrojar, segun los estiran sobre la cabeza del público cual cosa pegada y postiza, hasta por aquel cancan desenfrenado, creo que tienen goznes.—El público, ¿se divierte? Yo lo dudo. Al pasar por uno de los corredores,

cuando más desenfrenadamente bailaban las cuadrillas, cuando con mayor ruido y mayor voluptuosidad sonaba la música, cuando las máscaras gritaban haciendo una horrible gamma de agudos y descompasados chillidos, cuando el placer estaba en todo su apogeo, yacía sobre un banco, medio borracho, un hermoso jóven en cuya cara se pintaba la siniestra lividez del vicio; y á su lado, de rodillas casi, retorciéndose los brazos con desesperacion infinita, lloraba una mujer. Tal dolor en tal baile, me recordaba el dolor de Triboulet, el bufon de Víctor Hugo, el dolor trágico y el llanto amargo, bajo la gorra de cascabeles y el traje de arlequin.

***

Lo más notable del baile es lo que llaman el *Foyer*. Si yo quisiese definir con una sola palabra este salon le llamaria el Bazar. Cuéntan que en las ciudades de Oriente, donde el islamismo impera, hay un mercado de mujeres para llenar los serrallos. Allí las negras abisinias de blancos dientes, diestras en apercibir los pebeteros, preparar el café y manejar el abanico de plumas de cisne: allí las árabes de tez morena, ojos profundos como abismos de amor, trenzas negras cual una corona de azabache, con la cabeza caida sobre el pecho como la rosa que se marchita sobre su tallo á los besos del sol; allí la jóven georgiana, tipo de una hermosura tan perfecta como la hermosura de las estátuas antiguas y más apasionada; allí todas las mujeres recogidas por los piratas á orillas de los mares ó por los bandidos en el seno del desierto, y que, en telas vistosas envueltas, con sus áureas argollas en brazos y piés, aguardan resignadas, como si todo sentimiento hubiera de ellas huido en la tristeza de su desgracia, á que el comprador las ajuste, y las lleve á ornar los palacios y divertir los ócios de algun gran señor, al cual darán placeres que no podrán compartir, ¡po-

bres avecillas! en sus doradas jáulas. Y de seguro me vais á preguntar cómo entrando en el salon de descanso del baile de la ópera, pudieron venirme á las mientes los bazares de las mujeres de Oriente. El relato justificará mi recuerdo. Me extrañó que en tal sitio solo se permitiera entrar, si mujeres, á las vestidas de dominó, si hombres, á los vestidos de frac. Sè desmentia esa idea de igualdad en cuyas aras han sacrificado los franceses tantas otras nobilísimas ideas como la santa libertad. Bien es verdad que las igualdades de que se enorgullecen los franceses son como juguetes entregados á estos niños grandes para entretenerlos y divertirlos. Por ejemplo, ahora se ha encontrado la igualdad en la conscripcion. Todos los franceses serán soldados en virtud de la libertad contenida en los principios de 1789. Pero los que tengan dos mil francos irán solo á la Guardia nacional, en virtud de la igualdad contenida en los principios de 1789. Y luego los franceses dicen: nosotros no somos libres, no podemos ser libres, pero en cambio somos todos iguales. En un país le llamarian á este consuelo, cuyo fundamento no es seguro, un consuelo de tontos. En el baile de la Opera habia pues una igualdad semejante á la igualdad en la conscripcion. Todos podian entrar mediante diez francos. Pero en el *Foyer*, en el salon de descanso, no podian entrar sino las dominós y los fracs. Parecia, pues, un salon enlutado. Allí no se bailaba, sino que se vendian las mujeres por una cena. Y puede decirse que se tomaban á cata, porque oíanse por todas partes ruidosos besos. No sé quién ha llamado á París el paraíso de las mujeres, el purgatorio de los hombres y el infierno de los caballos. Yo le llamaria el paraíso de las cortesanas. En mi fisiología de París faltaria algo si no hablara yo con toda la castidad posible, y con todos los miramientos debidos á este asunto, de la mujer perdida. El coche más lujoso, el caballo más ligero, el palco más lleno, el tocado más elegante, el figurin más reciente, el Hotel más expléndido, suelen pertenecer

á esas desgraciadas. Cuando vais de paseo las encontrais en las alamedas del Bosque, asentadas sobre su coche, como sobre su trono, dando latigazos al lomo de sus caballos y á la faz de la moral pública. Hay sus gerarquías como en las castas del antiguo Oriente. La nomenclatura es variadísima. Tienen su lenguaje masónico para entenderse con los que pasan. Todas sus señas se refieren á asuntos del estómago. Son pólipos á los grandes restaurants pegados. Con una seña dicen á los incautos que vayan al "Café inglés," con otra á los "Hermanos provenzales," con otra á la *Maison d'Or*. Son capaces de comer cien veces en un dia, y cenar doscientas en una noche. Preguntándole yo á un médico si habia en tal voracidad algun secreto fisiológico, me contó un secreto económico. Los dueños de esas grandes fondas dan un tanto por ciento á tales mujeres del importe de las comidas y cenas á que arrastran á sus galanes. Así llegan algunas, que son previsoras, á tener inmensas riquezas. Una muy célebre, vendió hace poco todo su ajuar, todas sus alhajas, entre las cuales se contaban aderezos y brazaletes de un raro valor con las armas de alguna de las casas reinantes en Europa. Reunió doce millones de reales. Desde estas alturas hasta la pobre recluida que echa sus persianas y espera forzosamente encerrada en su casa un pobre franco, hay una montaña de inmundicias sociales que infesta el aire de París con sus miasmas. Algunos pretenden que tales costumbres son costumbres atenienses; que entre esas mujeres las hay de tal distincion, de tan finas maneras, de educacion tan selecta y de tan varios conocimientos, que son verdaderas Aspasias. Lo que sí les diré á todas las señoras honradas que lean estas líneas: tomais vuestros vestidos de los grandes figurines, y los grandes figurines toman sus modelos de las grandes cortesanas. Cuando ellas quieren, llevais una cola tan larga como los sátrapas de Oriente. Cuando ellas quieren, os acortan la falda como á una gitana de Andalucía. Vos-

otras, madres de familia, que pasais la vida con los ojos puestos en los ojos de vuestros maridos y con los lábios puestos en los lábios de vuestros hijuelos; vosotras, que ni siquiera comprendeis cómo la sombra de la infidelidad puede empañar el cristal puro de almas hechas para que en ellas se mire el cielo azul; vosotras, que al pasar al lado de una de esas mujeres no comprenderíais en qué consiste su vil oficio, y os apartárais de ellas con el movimiento sublime de la inmaculada sensitiva, os vestís al gusto, al placer ó al capricho de las mujeres de mundo; de estas Semíramis de la Nueva Babilonia, que conquistan con un gran valor corazones y bolsillos, echando los primeros en el hielo de su indiferencia y los segundos en el sumidero de sus vicios. Así no me extraña que exista en París quien escriba hasta las Memorias de tales reinas de la moda. Estas Memorias son muy sencillas. Se contratan en un teatro para mostrarse desnudas, solo que en vez de cobrar, son ellas las que pagan, como se paga un prospecto. Si encuentran algun inglés ó algun ruso, toman palco en los Italianos, coche para el bosque y hotel en cualquiera de las más elegantes avenidas. Si no, se arrastran por los boulevares como esa agua cenagosa que corre al pié de las aceras. Y luego, envejecidas pronto, desdentadas, calvas, asmáticas, van á parar á un hospital ó á la Morgue, al depósito donde se recogen los cadáveres encontrados en el rio ó en la calle. Entre estas infelices, las de segundo órden, van al baile de la Opera, pasean por el salon de descanso, á donde ni siquiera llegan los acordes de la música y contratan allí una cena. Y vamos á acabar por donde habiamos empezado. ¿Qué es el salon de descanso en el baile de la Opera? Un bazar de Occidente.

***

Cuando las gentes salian del baile se apagaban los faro-

les en las primeras tintas de la aurora. No diré que más tarde salia el sol; porque hace ocho meses que casi no conozco á este señor sino de recuerdo y de nombre. Lo que sí salia del antiguo palacio de la Industria era el Buey Gordo. Francia pasea triunfalmente en un coche al buey más gordo y pesado que han podido cebar sus campesinos, una especie de medio elefante y medio cerdo. Nosotros, los que estamos acostumbrados á ver aquellos toros españoles, brillantes, nerviosos, ligeros, de ojos inteligentes, de artística nariz, en cuya dura testa se dibujan dos cuernos tan lucientes como los cuernos de la luna; toros que braman, que pelean por placer, que levantan la cabeza al cielo como si quisieran pertenecer á una superior esfera en la escala de la creacion, como si quisieran buscar la racionalidad en la luz; nosotros no podemos considerar como de la misma raza, de la misma familia estos bueyes blandos, crasos, cebados, flemáticos, llenos de buenas mantecas y de buenas carnes, pero que se distinguen por una heróica paciencia no conocida de los heróicos hijos que apacientan las vegas del Guadalquivir y del Jarama. Mas el toro en la plaza y el buey en la mesa. Hé aquí todo el espectáculo reservado por la ley de la igualdad á la ciudad de París; el Buey Gordo. Yo conocí en España un erudito que atribuia el orígen de todas las cosas á los egipcios. En su amor al pueblo de las tumbas llegó á fingir sarcófagos egipcios con una exactitud admirable, y á explicar sus geroglíficos cón admirable ingenio. Con aquellos pedazos de piedra trastornaba la historia más averiguada y las fechas más claras. Acordéme de él cuando ví el buey conducido entre flores y cintas, acompañado por una multitud inmensa, bendecido y saludado desde todas las ventanas, precedido de músicos disfrazados á la antigua española, caballeros en negras yeguas, y sonando multitud de instrumentos, seguido por carros donde iban máscaras, comparsas de varias clases, los dioses del Olimpo en una montaña sobre la cual desplegaba sus alas de oro un águi-

la que ignoro si era la de Napoleon ó la de Júpiter. Si mi amigo el anticuario se hubiera encontrado aquí, cree que el Sena es el Nilo; que París es Menfis; que el Louvre es el palacio de los Faraones; y que aquella procesion es la procesion del Buey Apis, de este sacratísimo dios en cuyo testuz grabaron los sacerdotes admirados por Pitágoras y por Platon, consultados por Homero y Herodoto los secretos de la creacion, los misterios de las primitivas teogonías. En verdad los cultos se arraigan profundamente en el corazon y en la conciencia. En el siglo quinto de la Iglesia, despues de quinientos años de predicacion cristiana, todavía reinaba en Sevilla el culto de la diosa Salambó, que los romanos aprendieron con su cosmopolitismo religioso de los fenicios, y los fenicios de los asirios. El pueblo de París salió casi todo á ver el Buey Gordo. El ejército de la guardia municipal parisiense llenaba las calles. Cuando yo ví al pueblo de París divertirse á tan poca costa, me convencí de que no le da el Imperio tantos espectáculos como suponen los que ven siempre en el Imperio la resurreccion de una época de la historia romana ¿Qué diversiones puede tener un pueblo, cuyo apetito de divertirse le lleva á estar tres dias corriendo tras el Buey Gordo? Pero como á todo se mezcla aquí el comercio, mirad lo que ví. En medio de la procesion, entre los carros triunfales, varias máscaras en coche, que llevaban banderas donde iban escritos anuncios de sus tiendas, y que arrojan á la multitud prospectos de sus mercancías. En la misma hoja oficial que anuncia con trompetas y timbales la procesion, las máscaras, los varios disfraces, las calles por donde ha de correr, las paradas que hará, las cabalgatas, los músicos disfrazados con sombreros á lo Velazquez, el carro que ha de arrastrar los dioses paganos al término de todo este fastuoso lirismo, he visto anunciado un gran establecimiento de comidas y un pedícuro que estirpa con sin igual habilidad los más rebeldes callos. Nosotros no somos así, nos divertimos por divertirnos, como los

grandes poetas aman el arte por el arte. Si un sastre viene en la plaza de toros ó en el teatro á anunciarnos su tienda, somos capaces de romperle la cabeza. Cuando salen las máscaras á la calle se cierran todos los comercios. Y en un domingo de toros disuelven los trabajadores el jornal de la semana en unas cuantas copas de manzanilla. Habrá todo lo malo que querais en esto; pero cuando voy á divertirme no quiero que me distraigan con sus desaforados gritos ó con sus importunos anuncios los que me recuerdan las fatigas humanas y las humanas necesidades.

***

Paulo majora canamus. Celébranse ahora en la calle de Rochechouart, subiendo á las alturas de Montmartre, unas conferencias que no carecen de originalidad. Yo solo he oido una, y confieso que volveré cuantas veces me sea dable. Un orador explica la vida, el génio, las obras de los grandes músicos. Y para probar los asertos que dice, para confirmar los juicios que enseña, así como en las lecciones literarias se leen versos de los poetas, en estas lecciones músicas se tocan ó se cantan composiciones de los maestros. La noche que yo asistí hablaba M. de Gasparini, uno de los más valientes defensores de las nuevas ideas en el arte, uno de los que quieren beber la inspiracion en el ideal de nuestro siglo. Y nada más meritorio. Es preciso combatir con igual fuerza dos tendencias igualmente funestas. Hay unos que creyendo al arte encerrado en los estrechos límites de la naturaleza, copian la realidad, siempre impura, y hacen de la inspiracion, no la estrella que nos guía, no la luz que nos esclarece, sino la opaca sombra de nuestro mismo cuerpo. Hay otros que aún tienen tendencias más dañosas, como Apuleyo en Roma, como Juliano en Alejandría, como Chateaubriand y Schlegel en la Francia y en la Alemania de nuestro siglo; y que, creyendo al arte el es-

poso de la muerte, lo encierran en el frio panteon de las ideas podridas, lo roban á la claridad del dia, le dan por atmósfera, como á las aves nocturnas, las tinieblas, y por pasto, como á los gusanos, los cadáveres, cuando, ó el arte no es nada, ó es un profeta, cuya alma, como las alondras, despertándose temprano, vuela desde el barro á bañar sus alas en el alborear del nuevo dia. El genio no es genio si no tiene algo de profeta. Las Musas son hermanas de las Sibilas. Así no han dejado huella profunda en la vida, no han merecido entrar en esa *via lactea* de genios que cruza toda la historia y la ilumina con un resplandor melancólico, sino aquellos hombres extraordinarios capaces de arrancar á lo porvenir algun secreto. Levantar el ideal con el ejemplo de los grandes artistas, es entonar un *Sursum-corda* que eleva las conciencias y fortifica los caractéres. Importa poco que esta elevacion del ideal se predique en la música ó en la pintura, en la poesía ó en la ciencia, en la política ó en la industria; el espíritu es uno, como la vida es una, y cualquiera de sus facultades que se despierta lo sostendrá en su vuelo. Todos los séres tienen alas. El blanquecino vapor que el barro exhala, el aroma que la flor esparce, el coro que forman las aves, las guirnaldas de hojas con que se adornan los árboles, el oxígeno que al beso de la luz despide la vegetacion como un incienso lleno de vida; el resplandor que el astro envia al astro en el lecho celeste del espacio, ósculos del amor universal; las gasas ténues de materia cósmica que las nebulosas cuelgan en los confines de la vida como velos apercibidos para futuras nupcias de los planetas ó para cunas de nuevos soles; toda esta escala cromática de esfuerzos en los varios séres orgánicos é inorgánicos para subir, para etherizarse, no son sino aspiraciones á lo infinito. ¿Y el hombre, el sér, donde el espíritu comienza, donde la conciencia reina, donde la inmortalidad es segura, el mediador entre el Universo y Dios, bajará su frente, llena de algo más grande que el cielo,

y descenderá de escalon en escalon hasta perderse en una soñolencia sensual, pariente próxima de la nada? Los esfuerzos de M. Gasparini para enseñar el gran arte, contribuyen á despertar á este sultan soñoliento, que se llama el hombre moderno, y cualquiera que sea el mérito intrínseco de sus lecciones, pesarán mucho en la balanza de las obras buenas por el mérito de sus intenciones. La noche que yo le oí, hablaba de Beethoven, ese músico de la inmortalidad. Sucede en su música lo que sucede en un templo de la Edad Media cuando entrais en pleno dia. Al pronto las bóvedas y las columnas esparcen una sombra espesísima que no puede disipar la ténue y velada luz cernida en los vidrios de colores. Pero cuando se habitúa el globo del ojo á la oscuridad, la catedral con sus cirios, con sus lámparas, con los íris formados por las ventanas abiertas en la ojiva, produce una sinfonía maravillosa de luz y de colores. Siempre que comenzais á oir una melodía de Beethoven, teneis que hacer un grande esfuerzo para comprenderla. Mas luego que lo habeis hecho, luego que habeis concentrado vuestra atencion en aquellas vagas notas, creeis que se exhalan de lo íntimo de vuestro mismo sér. Y sucede esto con la música alemana, y especialmente con la música de Beethoven, porque nada hay más léjos de nosotros, que nosotros mismos. Explicaré esta idea que parece una paràdoja y que es una gran verdad. La ciencia antigua anduvo por espacio de largos siglos buscando su base en el agua, en el aire, en el fuego, en el número, en un concepto del entendimiento; y solo muy tarde, por una revelacion de Sócrates, supo que la base del conocimiento, la base de la ciencia está en nosotros mismos. Pues si esto le pasó á la ciencia de las ideas puras, ¿qué no le pasará al arte necesitado, para revestir formas que en él son casi esencias, del mundo exterior? En la música entendemos mejor las notas de la Naturaleza, los susurros de las hojas y los arpegios del ruiseñor, que las notas del mundo interior, la música de nuestras pasiones,

las armonías de nuestras ideas. Y como Beethoven es un músico psícologo, un músico esencialmente espiritualista, Beethoven es un músico casi incomprensible, sobre todo, cuando se oyen por vez primera sus bellas melodías. Pero apoderadas del alma, no parece sino que nos desciñen de toda forma, de todo lazo material, y que nos elevan al éxtasis reflexivo de la contemplacion de nosotros mismos. El alma, cuando oye esta melodía, se parece á Eva despertando de la nada y contemplando su propia inmaculada imágen en el cristal de las aguas rizado por su aliento. Hay una grande inspiracion interior, profunda, de lo más íntimo de nuestro sér. La vida del artista influye en su arte. El gran Beethoven amaba apasionadamente á una jóven que le inspiraba sus más sentidas melodías. Un dia supo que su amada hacia traicion á sus sentimientos. En su dolor llegó casi á la demencia, y se dió á correr por los campos buscando en la soledad un lenitivo á su pena, tal vez la muerte, ese bálsamo de todos los males. En su carrerra no se acordó ni de tomar fuerzas, ni de alimentarse, ni de reposar, ni de escójer camino. El mundo habia quedado desierto á sus ojos. Huia de sí mismo y del dolor que en sí mismo llevaba. La lluvia y el viento le azotaban el rostro. Los gemidos de los árboles, agitados por el frio cierzo, respondian á los gemidos de su corazon helado por el desengaño. Cayó sin sentido en medio de la soledad. Sus amigos, que le buscaban, al dar con su cuerpo inerte, le creyeron muerto. Merced á mil cuidados volvió en sí, y de sus lábios no salió un nuevo quejido. Pero salió esa música triste, plañidera, que parece un suspiro ahogadc en el fondo del alma. Despues se volvió sordo. Ni siquiera oia sus propios acordes, ni siquiera podia gozar de sus propias obras. Pero esto mismo hace que, privado completamente de comunicarse con el mundo exterior, en cada una de sus notas haya un latido de su corazon. Es el cantor, que desterrado del mundo, se refugia en la inmortalidad. La conferencia de

Gasparini explicaba sus méritos. Y luego á la voz de Mad. Nilsson, y á los acentos del órgano, se abrian á vuestros ojos y á vuestros oidos los cielos del arte con sus divinas armonías.

VIII.

TRAGEDIAS Y COMEDIAS.

Entre los grandes hombres con que se honra la humanidad, pocos merecerán la gloria inmortal tan justamente como Galileo. El agrandó los horizontes de nuestra vida, nos dió lo infinito por templo, nos comunicó con el Universo, nos enseñó la tierra, inmóvil para la antigua ciencia, lanzándose por los inmensos espacios como un navío maravilloso; anotó en sus tablas la música de los mundos; nos sacó de la inércia mostrándonos el movimiento universal; midió la rotacion del planeta por las oscilaciones del péndulo; nos abismó en lo infinitamente grande con el telescopio y en lo infinitamente pequeño con el microscópio; estudió la naturaleza del sol, fijándolo como la mirada de Dios en el centro del cosmos; señaló nuevos satélites siguiendo las parábolas inmensas de Júpiter; descubrió nuevos semilleros de estrellas; y con una mano confirmó los descubrimientos de lo pasado, demostrando el sistema de Copérnico, y con la otra abrió las puertas de lo porvenir por las leyes de la celeridad de los cuerpos á Newton y á La Place. Era imposible que no sufriese grandes y terribles desgracias. Las habia sufrido Sócrates, que encontró un nuevo mundo en la conciencia; y Colon que encontró un nuevo mundo en el espacio. No podia eximirse de la lucha y del dolor el hombre que habia encontrado casi en su inquieta carrera al través de los cielos, á guisa de cometa iluminado por las

ideas, un nuevo Universo. Todos estos redentores tienen la frente en la luz eterna de la verdad, y los piés en la hoguera incandescente del martirio. Presentar su inmenso genio; el trabajo infinito que se tomara para bogar por las esferas, sin más brújula que su pensamiento, encontrando por do quier escollos de misterios y tempestades de sombras; su placer al ver demostrado que la tierra no está inmóvil como la piedra de su sepulcro, sino en contínuo vuelo como un ave divina; su dolor al verse constreñido á abjurar la fe de su genio, y á pisotear la corona de su gloria; todo esto era un poema tan grande como pudiera ser el poema de la guerra en Homero, el poema del trabajo en Camoens, el poema de la teología en Dante, el poema de la ciencia en Goëthe; porque, Galileo, este conquistador de los cielos, ha escrito su nombre con letras de estrellas sobre la frente del Universo. Pero todo esto era un drama. No, mil veces no. El poema puede ser una ciencia, una civilizacion. La poesía lírica puede ser el alma divina de un hombre. El drama, con ser el más difícil, es el más humano de los géneros de literatura. No nos interesan los dolores de los dioses en el teatro. No podemos ver allí esas colosales figuras que rompen el estrecho marco del escenario. Es más dramático el dolor de Desdémona que el trabajo de Galileo; es mas dramática Julieta encerrada en su panteon con los murciélagos y los gusanos, que Galileo entre los coros de los mundos.

***

Pero dejémonos de poesía y vamos á las *Ideas de Madama Aubray*. Y digo, dejémonosde poesías, porque ya sabeis que Alejandro Dumas (hijo) pertenece á la escuela positivista en literatura y nada hay ménos poético. El género de arte no me gusta, y el artista me parece excelente. No puede darse ni más ingénio, ni más pureza y correccion en las

formas, ni un conocimiento más profundo de la escena. Es su obra uno de esos joyeles cincelados por la escuela florentina, en que se admira á un tiempo la materia, la forma, el dibujo y el color. Pocos poetas conocerán el arte dramático moderno con la perfeccion de Alejandro Dumas. Ninguno tendrá tan esquisita delicadeza ni tan lijera vivacidad. Es culto sin ser alambicado, correcto sin ser relamido, gracioso sin ser rebuscon, lijero sin dejar de tener un gran fondo de ideas. Yo detesto su género, su escuela; pero admiro de todo corazon al autor. Lo primero que se me ha ocurrido, sin embargo, al ver las *Ideas de Madama Aubray*, es que siendo Dumas tan realista, los principales personajes de su drama no son reales. Yo no concibo que una jóven, por ser pobre, se eduque de tal manera en este siglo, que pueda creer tiene derecho sobre su virtud, sobre su honra, cualquier calavera rico. Yo no puedo creer en esa supresion de la conciencia humana. Tampoco puedo creer que llegue un jóven de gran mundo francés, á esa virginidad de que Alejandro Dumas reviste al hijo de madama Aubray, muchacho que no es bueno, sino cándido. Tal candor es tan difícil de conservar veinticuatro años en nuestras grandes ciudades, como es difícil de conservar veinticuatro horas la vida en una atmósfera de ácido carbónico. Tampoco me parece bien que una señora predique á los calaveras la singular teoría de que deben pagar sus entuertos enderezando los entuertos de otro; es decir, casándose con las víctimas de la corrupcion agena. Os expondré en cuatro palabras la comedia. Madama Aubray es una viuda que rescata y educa jóvenes perdidas, y procura casarlas con calaveras arrepentidos. Ha ido á los baños de mar cierto verano, y se ha encontrado con cierta jóven abandonada de riquísimo caballero, el cual le ha dejado, en recuerdo de su amor, un niño y una pension. Esta jóven cayó porque la conciencia no se habia despertado en ella, é imaginaba á los ricos, y mayormente á los ricos jóvenes, con derecho sobre las pobres, y

mayormente sobre las pobres jóvenes. El amante la ha abandonado, y se va ella á tomar el fresco á los baños de mar. En las saladas playas se encuentra con la redentora de jóvenes cautivas en las cadenas del vicio, con madama Aubray, sosteniendo que se deben afrontar las preocupaciones sociales y hacer felices á estas pobres mujeres deshonradas, hasta elevarlas á una verdera redencion por medio de un matrimonio honrado. El alma de la viuda resplandece más por su misericordia que por su justicia. Quiere, pues, casar á la abandonada Ariadna de los baños, con un calavera que en los baños tambien se encuentra. Cuando éste le dice los escrúpulos que le asaltan para unir su nombre al nombre de esa mujer perdida para el mundo, madama Aubray los combate como preocupacion supersticiosa. Para ella el arrepentimiento lava todas las manchas, y no ya un calavera deshecho, sino el jóven más puro y más reputado de bueno, puede santificar por el matrimonio su amor con una mujer impura. Alejandro Dumas tiene mucho talento, y, conociendo cuánto hay de atrevido en su teoría, crea un personaje encargado de corregirla con alguna frase. "Esto es fuerte;" dice en casi todas las circunstancias difíciles. Pero lo más fuerte queda todavía. El vírgen hijo de la humanitaria viuda se prenda perdidamente de la jóven misteriosa, abandonada de su amante, pero acompañada de su niño y de su pension. Madama Aubray está presa en las redes de su propia teoría. El hijo se lo revela. Su primer arranque es el arranque de la naturaleza ofendida. Su primera decision, es la decision de la madre. No puede consentir en tal casamiento. Contra las teorías absurdas hay siempre la respuesta de la práctica. Yo conocí unos jóvenes comunistas. Tenian horror al gran principio de la individualidad humana. Llegaron á inspirar este mismo horror á sus mujeres. Fundaron una casa comun. Bienes, sentimientos, ideas, todo debia ser allí de todos. El mundo de la Edad de Oro volvia para aquellos corderitos que desconocian completamente el

tuyo y el mio, estas palabras inventadas por una civilizacion egoista. Cada dia le tocaba aderezar la comida comun á una de las mujeres. Pero, ¡oh dolor! El comunismo se vino á tierra, la cocina comun se disolvió, y con ella la sociedad paradisiaca, porque á una de las societarias no le gustaban los huevos con tomate. El paladar fué más poderoso que la conciencia; pero el paladar salvó el principio de la individualidad humana. Madama Aubray, al negarse á que su hijo se case con aquella jóven y reciba por propio al muchacho de otro, que ha de ser prueba plena y pública de su paciencia, es inconsecuente, pero es madre. El autor, que ha hecho, á pesar de su positivismo, de madama Aubray una abstraccion destinada á fortalecer una teoría, quiere justificar la inconsecuencia que la mujer de las disertaciones va á cometer contra sus propias entrañas, es decir, contra la mujer de la naturaleza, contra la madre, sobre la cual ejerce una autoridad tan grande, un poder tan fuerte esa moneda social que se llama la honra de sus hijos.—¿Y qué medio encuentra el autor para torcer á su personaje desde la realidad á lo convencional?—¿Qué medio encuentra para hacer consecuente á madama Aubray?—Obligar á la jóven amada á que auxilie á la madre en sus escrúpulos, á que la auxilie calumniándose á sí misma delante de su hijo. Aquella jóven que ignora todos los secretos del bien, hasta el punto de entregarse maquinalmente y sin remordimiento á un calavera rico, conoce los secretos del mal. Cuando madama Aubray ve tanta abnegacion, grita: "¡Cásate, hijo mio!" El actor que Dumas ha puesto al pié de su comedia para burlarse de ella, como los escultores del siglo décimoquinto ponian un sátiro al pié de un relieve místico, dice: "Esto es fuerte tambien." Y el público aplaude la censura que á sí mismo se inflige el autor. Hé aquí lo admirable para mí; que con tal argumento y tales teorías haya hecho Alejandro Dumas (hijo) una magnífica comedia. Al autor una corona, y á la obra una censura. Esta es mi tésis.

***

¡Cuánto tarda la primavera! Cuando veais una estrella, cuando aspireis el aroma de una flor, cuando oigais un ruiseñor, dadle de mi parte mil expresiones. Las golondrinas que en nuestras regiones de España llegan ya á bandadas, no se ven por aquí. En las yemas de los árboles asoman tímidamente algunas hojas, cuya expansion detienen los crueles frios. Nada hay tan bello como el aliento de la primavera, la pompa de que se revisten los árboles, las primeras verdes hojas, las violetas que bordan el prado, los aromas que embalsaman los aires, las golondrinas que fabrican su nido en la cabaña, la cigüeña que enseña á volar á sus hijos en elevado campanario, las abejas que se despiertan zumbando á libar la miel, las mariposas que vuelan sobre los arbustos como flores animadas y con alas, el ruiseñor que lanza sobre todo este poema de la naturaleza sus admirables arpegios. Yo, cuando la primavera viene, siento despertarse mis ideas con la hoja, con las flores y con el ave. Yo, cuando la primavera canta, siento un cántico en el interior de mi conciencia. Yo, cuando la primavera pinta, creo que tambien pinta las alas de mi alma.—¿Por qué, Dios mio, tarda tanto en París la primavera?

IX.

PREPARATIVOS DE LA EXPOSICION.

Declaro que la Exposicion Universal me parece una utopia realizada. Declaro que, al verla, me reconcilio con el espíritu de nuestro tiempo, y siento consoladoras esperanzas. Mirad los pueblos del mundo reunidos en certámenes que no conocieron jamás los pasados tiempos. Cuando se hablaba en el siglo último de una confederacion europea y de un congreso internacional, se reian esos que no ven el espacio infinito, convertidos los ojos á mirar perpétuamente al suelo. ¡Un congreso universal! exclamaban los utilitarios. ¿Y cómo se entenderán los representantes con sus representados? ¿Cómo, en caso de necesidad, para decisiones rápidas, se podria mandar un correo de San Petersburgo á París que no llegára tarde? Ignoraban que, al decir de unó de los más grandes poetas de Alemania, cuanto el génio promete, la naturaleza siempre lo cumple. Ignoraban que, cincuenta años más tarde, el vapor borraria las distancias, y la palabra atravesaria en un minuto los continentes, llevada por las chispas del rayo, sumiso á la mano del hombre. Hoy las distancias materiales no pueden ser obstáculo á la confederacion de los pueblos. Lo que entristece es considerar cómo se vencen más fácilmente las resistencias de la naturaleza que las preocupaciones del espíritu. Estos certámenes de la industria, en los cuales se ve que el trabajo es uno como la humanidad, estos certámenes anuncian el dia feliz

de la unidad del derecho. Entonces sucederá á la emulacion de la guerra que mata, la emulacion del trabajo que vivifica. Comparad aquellos circos romanos donde los antiguos pueblos exponian fieras de todas las razas conocidas por ellos para que devoraran á los gladiadores en medio de los cánticos religiosos, de la alegría de muchedumbres ébrias de sangre, y hasta del aplauso de damas que lucian sus gracias enteramente desnudas; comparad tales circos con estos circos modernos, donde se expondrán los útiles del trabajo, las máquinas de imprenta que perpetúan las obras de la inteligencia, las de arar que fecundan el campo, los telescopios que penetran como una segunda vista en los abismos del cielo, los telares que tejen nuestros vestidos, como las calderas que arrastran los trenes por la tierra é impulsan los grandes barcos por el mar; comparad aquel espectáculo con este espectáculo, y oireis indudablemente sonar la gran sinfonía del progreso, la cual acompaña al hombre moderno y lo sostiene contra la fatalidad, como el coro de la tragedia antigua acompañaba á los héroes.

Voy á deciros cuatro palabras del estado en que he visto los trabajos de la Exposicion Universal, que debe abrirse el primero de Abril. Por el camino de Auteuil me dirigia al Campo de Marte. Auteuil es una villa que hoy forma parte de París, villa lindante de un lado con el bosque de Boulogne, y de otro con el rio y los grandes muelles que conducen á las nuevas avenidas recientemente abiertas entre Passy, otra hermosa villa, y los Campos Elíseos. En preciosos bosquecillos medio ocultas, al fin de largas alamedas, sobre una colina que mantiene el aire siempre puro y superior á las emanaciones del rio, se hallan diseminadas preciosísimas casas, de todas formas, de todos colores, de todas arquitecturas, griegas, romanas, góticas, suizas, que vienen á romper la insufrible uniformidad de la capital, toda construida de piedra oscura, y á sembrar los placeres del campo en las comodidades de la ciudad. En esta

villa de Auteuil habitó Franklin, aquel gran americano que arrançó el rayo á las nubes, y le trazó un camino al centro de la tierra, hombre como suelen ser los héroes de la América del Norte, tan sencillo en su vida como grande en sus obras. En esta villa habitó Molière, el primer autor cómico de su siglo, el amigo de Luis XIV, el que supo castigar severamente, como un gran psicólogo que era, los tres vicios, compañeros casi inseparables de todo despotismo, la avaricia, la misantropía y la hipocresía. Yo bien sé que escribió una comedia tomada del teatro antiguo, en la cual intentaba probar que los adulterios del Júpiter de Versalles eran como los adulterios del Júpiter del Olimpo, una gracia para las favorecidas y una honra para sus maridos. Pero, ¿quién es el génio nacido con alas bastante poderosas para mantenerse siempre allá en las altas y clarísimas regiones donde no alcanzan los miasmas de su siglo? Ya se ve, Luis XIV no se desdeñó un dia de servir en su propia mesa particular á Moliére, con el cual no querian comer los criados de palacio, porque, además de poeta, era actor. Y luego Luis XIV, que tanto distinguió al cómico, estaba perdidamente enamorado de madama de Montespan. Y el marido de tal dama, el mismo Mr. de Montespan, cuando se convenció del desaguisado, empezó á pasearse por París en una carroza de luto con dos cuernos por armas. Era necesario pagar al rey de alguna manera sus favores. Y se los pagó con una comedia en que pretendia demostrar cómo las distinciones del bien y del mal no rezaban para un grande monarca, y cómo sus adulterios eran de todo en todo honrosos para los pobres maridos, alijerándolos así de un doble peso en su conciencia y en su frente. En Auteuil vivió tambien La Fontaine, el gran fabulista...

Pero dejémonos de viejos recuerdos, y vamos en pos de cosas nuevas. Vário es, en verdad, el cuadro que presenta París mirado desde el Trocadero, montaña que á fuerza de pólvora ha desaparecido, y que hoy forma una in-

mensa plaza enfrente de la Exposicion. A la derecha el Colegio militar, sobre el cual levanta su rotonda los Inválidos, detrás de la que dibuja en lontananza su magnífico intercolumnio la rotonda del Panteon, y en segundo término sus gallardas torres góticas la nueva iglesia de Santa Clotilde; mientras á la izquierda se descubre el Arco de la Estrella, el antiguo palacio de la Exposicion con sus techos de cristales, el obelisco que guardaba los dioses de Cleopatra, y el inmenso edificio del Louvre y de las Tullerías, todo envuelto en mares de nubes y en columnas de humo y bordado por hileras de árboles deshojados y secos. Sobre las piedras amontonadas del desgajado Trocadero se ven una multitud inmensa de trabajadores que desembarazan de ruinas el terreno y forman esplanada capaz de contener un millon de personas. Del Trocadero, que se extiende desde el puente de Alma al puente de Jena, nos dirigimos al palacio que yo llamaria el Circo de la Exposicion. Sabido es que al término del puente de Jena, en la orilla izquierda del rio, se encuentra la entrada principal del colosal certámen. El puente es largo y ancho. Compuesto de cinco arcos elípticos, abierto y cerrado por esculturas colosales en los dos extremos, esculturas que representan atletas domando briosos caballos; esmaltado por guirnaldas de flores cinceladas en piedra y tendidas de arco á arco que recogen y entrelazan con soberbia actitud grandiosas águilas sobre los machones esculpidas, el puente de Jena es uno de los más bellos de París. Permitidme que al pisarlo os cuente una anécdota relativa al conde de Beugnot, hombre celebérrimo, el cual representó grandes papeles y tuvo altos destinos en el Imperio y en la Restauracion. Fué muy amigo de la señora que tejió con el cardenal de Rohan la tragedia del collar de María Antonieta, primera soga arrojada sobre su cuello de cisne para arrastrarla al cadalso. Mezclado en todos estos sucesos, pudo salvarse y conservar su vida, arrastrándose por las tablas del cadalso ó entre

los piés de los caballos del César, besando las manos de todos los poderosos, ya fueran reyes, tribunos, conquistadores ó verdugos. Napoleon le conocia bien. «Mirad si Beugnot es alto, decia, y si yo soy bajo; pues tengo que agacharme siempre para mirarlo.» Cuando vinieron los primeros dias de la restauracion, y con ellos aquellas grandes oscilaciones de la opinion pública que late como el pulso y se mueve como el péndulo, Francia, en cien dias, fué primero de los Borbones, despues de los Bonapartes, y por último, otra vez de los Borbones. Hubo en aquella ocasion hombres que mudaron tres veces de opinion y de bandera en un solo dia. Jamás se vió mayor corrupcion de caractéres. El conde Beugnot era un Talleyrand de tercer órden, y conoció que Europa entera estaba contra Napoleon, y que Europa entera venceria. Cuando llegó Luis XVIII, el rey excéptico y poltron á las puertas de Francia, una comision que decia representar á las ciudades fieles se dirigió á hablarle. Era necesario poner una respuesta monumental en lábios del rey. Este no podia inventarla. Tenia enfermas las bases y enfermo el remate de su cuerpo; los piés casi paralíticos y la cabeza casi apoplética. No le quedaban piés sino para sostenerse algun momento apoyado en una mesa, ni cabeza sino para retener algunas palabras. Talleyrand empujó á Beugnot á un gabinete cercano al salon donde debian ser recibidos los comisionados, diciéndole: escribid una respuesta. Beugnot escribió la siguiente: «He oido con gran satisfaccion vuestras palabras. Id, y decid á las ciudades francesas que nada ha cambiado en Francia, que con mi llegada solo hay de nuevo un francés más.» Pues bien; cuando los aliados llegaron á París despues de Waterloo, pensaron los prusianos cierta noche saltar el puente de Jena, que recordaba sus reveses, las derrotas que les hiciera sufrir Napoleon. Talleyrand, en estos trances supremos, llamaba siempre á Beugnot. «Es necesario que inventeis un expediente para evitar la voladura del puente de Jena,» le

dijo. En efecto; entre sus piedras volaba el honor de los franceses y la corona de los Borbones. Eran las primeras horas de la noche; los prusianos amontonaban sus barriles; el pueblo de París, advertido, rujia como la fiera en su caverna, como el huracan en sus antros. Precisaba no perder un minuto. Precisaba encontrar á Blucker con la misma exactitud matemática con que Blücher habia encontrado á Wellington sobre el campo de batalla, para ganar la victoria de Waterloo. El general prusiano consumia sus noches entre las mancebías y los garitos instalados en el Palais-Royal. Del lecho de las prostitutas pasaba á la mesa de los jugadores. En estos momentos acababa de comer, y la higiene le aconsejaba preferir el juego. Cuando se encontraba, como si dijéramos, en la cima del monte, Beugnot fué á sacarle de su éxtasis. "Es necesario evitar que salte el puente de Jena." "Dejadlo saltar, con dos mil pares de demonios," le dijo el general. "Os pido que lo eviteis." "¿Yo? Ni Dios me saca de mi partida." El conde no sabia qué partido tomar, cuando se le ocurrió una idea feliz. "Vengo á deciros de órden del rey, que si el puente vuela, irá él en persona á colocarse encima para saltar en pedazos entre sus piedras." "Diantre, exclamó Blucker, eso ya es fuerte; trataré, si puedo, de evitarlo." Y echó á correr. Mientras el general se dirigia al puente, el conde se dirigia á las Tullerías. "Señor, es necesario, le dijo á Luis XVIII, que se enganche el coche y corra V. M. al puente de Jena, porque le he dicho al prusiano que si vuela el puente, V. M. volará con él." "¿Y qué ha contestado?" "Que iba á evitar la catástrofe, á suspender las minas abiertas en los machones y sacar los barriles de pólvora; pero es necesario que V. M. vaya para que se convenzan los prusianos de cuán decidido está al heróico sacrificio." "Iré, dijo el rey, cuando sepa que han quitado los barriles de la pólvora." A la llegada de Blücher, los barriles desaparecieron. Pero la Europa entera felicitó á Luis XVIII por su heroismo. Abrid

cualquier Guía de París, la misma clásica de Joanne, y encontrareis lo siguiente: "Cuando un destacamento prusiano empezaba ya á minar, Luis XVIII mandó decir al general que esperara un poco, pues iba en persona á colocarse sobre el puente y á saltar con él." Así se escribe la Historia. Pero entremos de una vez en la Exposicion.

***

El aspecto que hoy presenta es el aspecto de un teatro antes de comenzar la funcion, cuando se ven decoraciones á medio pintar, telones arrumbados, cuerdas que cuelgan del techo, todo incompleto; y todo en desórden. Hoy se ven allí, en el Campo de Marte, carros que cargan piedras, y wagones que traen hierro; montes de tablas, máquinas embaladas, legiones de piquetas moviéndose, mares de pintura, entre amarilla y achocolatada, extendiéndose sobre los férreos tabiques, fondas que se instalan en el piso bajo mirando á la parte exterior, edificios á medio comenzar, pajareras y estufas á medio concluir, chimeneas altísimas que parecen obeliscos de ladrillo, torres de no menor altura coronadas por faros, el género gótico aquí, el árabe allá, un alcázar mahometano al lado de una cabaña suiza; ejércitos de trabajadores, confusion, polvo, ruido, de tal manera, que imposible parece pueda llegar el primero de Abril á arrojar sobre aquel caos una palabra de órden. En el centro de tanta confusion se eleva un circo, materialmente redondo, hecho todo de hierro y de vidrio, con grandes ventanas que se abren en los muros, y con dos galerías, una al medio y otra á la cima, destinadas á llevar multitud de objetos que coronen todo el monumento. En torno del gran circo se ha querido que haya varios edificios, cada uno de su arquitectura y de su nacion especial, destinado á poner en movimiento, en accion, con todos sus accesorios, ó una industria de cada pueblo, ó una escena de su vida. A

la orilla del súcio Sena hay ya dos largas galerías de madera y cristales, que servirán para baños. Los viajeros que vengan á visitar esta Meca industrial, podrán hacer allí sus abluciones. Sobre estos dos edificios de madera, ya en el muelle, se levanta el Círculo internacional, especie de Bolsa, como decimos ahora, de Lonja, como decian nuestros padres, en donde se reunirán todos los expositores, torre de Babel en miniatura que oirá la mayor parte de las lenguas habladas hoy en la tierra. El primer edificio que se encuentra es una iglesia gótica, con sus ogivas y sus rosetones, rematada por un ángel á un lado, por una Vírgen á otro, ambos de bronce; iglesia destinada á exponer objetos del culto católico. Al otro lado, en contraste con la iglesia, habrá un teatro, edificio sin carácter, que verá representar dramas de todas las literaturas europeas. Junto á la iglesia tambien, sobre un pequeño lago, asentada en piedras esponjosas, descúbrese una torre de hierro, la cual está destinada á llevar en su remate un brillantísimo faro. Al lado de este faro colosal hay otro más pequeño.

Se proyectan combinaciones que serán verdaderamente extrañas. En un mismo sitio estarán, abajo las máquinas, arriba los órganos. Mientras las calderas hiervan, y el vapor chille, y los émbolos crujan, y las ruedas rechinen, y la maquinaria produzca todo ese ruido, en verdad estridente, como el afan del trabajo, como el quejido del cansancio; en la cima, los tubos sagrados, las trompetas angélicas, despedirán de órganos maravillosos esas melodías religiosas que animan las estátuas y las pinturas de las catedrales, que llenan el aire de sonidos tan místicos y tan suaves como el aroma del incienso, y que provocan el corazon á sentir y el pensamiento á meditar sobre los problemas eternos de la inmortalidad en otro mundo superior á la naturaleza, y al cual no llegaremos por los esfuerzos de la maquinaria, sino por los esfuerzos del espíritu. En un momento, en aquella especie de nidos pequeños del arte que rodean el gran nido cen-

tral de la industria, podeis recorrer la escala de las creencias humanas que poseen á la mayor parte del mundo. Un pequeño y modesto edificio que se levanta entre la iglesia gótica y el teatro, es una sinagoga reservada, naturalmente, á los judíos. Junto á la sinagoga hay un edificio sirio. Las columnas recuerdan los primeros informes bocetos de la arquitectura árabe. Su navecilla semeja un grande algibe, esa construccion sagrada para los pueblos sedientos, para los habitadores del desierto. En él se van á exponer los trabajos del istmo de Suez. La pintura será tan viva, y la ilusion óptica tan maravillosa, que podremos descubrir el cielo de Africa enrojecido como una lámina de acero puesta en una fragua; el sol ensangrentado; la tierra de color de oro; las aguas del Mediterráneo pugnando ya por confundirse con las aguas del Mar Rojo; los trabajadores medio desnudos, abriendo con sus picas la comunicacion directa entre el Asia y Europa, como el Hércules fabuloso abrió en el estrecho de Gades la comunicacion entre el Océano y el Mediterráneo; y allá, en lontananza, esmaltada de azul, y medio ceñida con nieblas de ópalo y grana, la cordillera que oyó los mandatos de la autoridad de Dios y los cánticos de libertad de Moisés. En frente casi del edificio destinado al istmo de Suez, otro destinado á revelar la arquitectura de Tunez. Es quizá el más bello de todos. En sus agimeces, en sus minaretes, en sus relieves, en las grecas tendidas en torno de sus terrados, á pesar de lo imperfecto de la construccion, ví algo que me recordaba Granada. Un poco más elevado, y un poco más concluido que todos estos monumentos, el templo egipcio cargado de geroglíficos, sostenido por esfinges. Corriendo hácia la parte Norte, varias casas suizas, un edificio holandés, construido naturalmente sobre el agua, la choza de paja destinada á los lapones, la casi troglodítica cabaña noruega, la casa rusa: infinidad de modelos rústicos, que dan una idea de la arquitectura agrícola de casi todos los países. Conforme se vá

dando la vuelta en la parte que toca á la Escuela Militar, se ven pajareras, estufas, grandes prados ingleses y suizos, fuentes caprichosas, arroyos murmurantes entre las guijas, laguillos de color de esmeralda, magnolias que derraman el aroma del Norte de América en el aire impregnado por el olor del humo del carbon de piedra. Todos estos alrededores del gran circo central son como un mapa en relieve, sin órden, sin concierto; donde al lado de un agimez árabe se vé una chimenea inglesa, y junto á una cúpula gótica una rotonda bizantina, mapa asaz curioso y entretenido, propio para dar una idea, siquier imperfecta, del arte que más vá decayendo en nuestro siglo, esencialmente industrial y político, del arte arquitectónico.

Por el interior del inmenso circo destinado á la Exposicion apenas pudimos andar: de tal manera se hallaba interceptado por los trabajos de remate de galerías y de colocacion de máquinas. Sin embargo, ya pudimos comprender que andando circularmente se podrán ver los productos similares. Y que despues, andando por las líneas que cortan el gran círculo, se podrán ver los productos de cada nacion. A esta difícil pero útil combinacion se han sacrificado muchas exigencias del arte. Hay en el centro una grande elipse donde vendrán á dar todas las galerías. Sus muros se hallan pintados de varios colores. Sobre un átrio se ven grabados en letras de oro los nombres de las diversas naciones que han de exponer sus productos. Más alta que el átrio corre una especie de diadema de cristales. En el centro habrá un jardin con sus fuentes. Son maravillosos los preparativos que hacen los diversos pueblos para venir á la Exposicion. Los suizos acamparán en tiendas, cerca de Boulogne. Los maestros de escuela de las más apartadas aldeas vendrán á visitar la Exposicion, gracias á suscriciones abiertas en el ministerio de Instruccion pública para este objeto. Los trescientos mil trabajadores que hay en la ciudad de París se reunirán para

nombrar por cada mil un comisionado, es decir, trescientos comisionados que tendrán entrada gratis, y que podrán estudiar los varios productos y sus progresos. Esto es bien admirable, no solo por la distincion hecha á los trabajadores, sino por las grandes agitaciones políticas que han de traer esas reuniones inmensas, esos nombramientos siempre significativos de alguna oposicion contra el imperio. Hasta hay una invencion para andar por aquel dédalo de la industria sin temor á perderse. Es una brújula. La ha encontrado un trabajador ruso, que cuando se apartaba de sus trabajos no sabia volver. Comunicó su invento á un compañero, que lo ha perfeccionado; éste es un ingeniero que ha pedido la patente de privilegio, y tendremos brújula para cruzar el inmenso océano del trabajo. Yo confieso que salgo fortalecido de la Exposicion, confiado en que las profecías de los pesimistas, sus sueños apocalípticos sobre el próximo fin de este mundo, el ruido siniestro que creen oir en las bases de la tierra, ya desgajándose al eco de la trompeta del ángel que anuncia el juicio último al universo, todas estas lamentaciones de los Jeremías de la reaccion, son puras quimeras. No muere, no, un mundo que trabaja. No puede interrumpirse la obra de un mundo que continúa la obra de Dios. Si alguna ciudad llega á prevaricar tanto como prevarica París, cuando se olvida de todo ideal, y se entrega contenta al cesarismo, para esa ciudad habrá un castigo. Pero una ciudad no es todo el mundo moderno, como Atenas y Roma eran todo el mundo antiguo. Y al acercarse la agonía de Roma, lo que más acongoja es ver al pié de aquellos grandes monumentos una raza de patricios que no sabe manejar la espada, y otra raza de plebeyos que no sabe manejar el escoplo, ébrios, ora del vino de las orgías, ora de la sangre de los circos. Su ociosidad es su muerte. Pero nosotros, que vemos esas legiones de trabajadores ocupados en perfeccionar el planeta; nosotros, que oimos esos martillazos á cuyos ecos la tierra siente agolparse

nueva vida á sus prolíficas entrañas; nosotros, que vemos á las máquinas cojer la materia, disolverla, fundirla, trasformarla de nuevo para usos antes desconocidos, que ensanchan los horizontes de nuestra existencia; nosotros, que hemos encontrado en el fondo de las retortas gases impalpables, los cuales son nuevos elementos de vida y de movimiento; nosotros, que vamos á destruir todas las barreras, á domar las olas bajo la quilla de nuestros barcos, á unir con una cadena eléctrica todas las naciones; nosotros, continuadores de la obra de Dios, incansables obreros de la humanidad, que no solo nos preocupamos de los progresos de la industria, sino de poner estos progresos á la mano de todas las clases y al alcance de todas las fortunas, ¡ah! nosotros, debemos oir y oimos, en medio del desfallecimiento que nos causan tantos eclipses de la razon, tantas tardanzas del derecho, resonar en los aires, por la vibracion de las máquinas del trabajo y por los esfuerzos de los trabajadores, el himno sacrosanto del progreso.

X.

ORADORES ACADÉMICOS.

Dice un amigo mio que la lengua del pensamiento es el aleman; la lengua de la conversacion, el francés; la lengua del canto, el italiano; la lengua del comercio, el inglés; la lengua de la elocuencia, el español. Cuando Edgar Quinet fué á España y oyó á Lopez, á Galiano, á Olózaga, dijo que no podian tener ni siquiera una idea aproximada los franceses de cómo hablan los oradores españoles. Y, sin pasion, puede asegurarse que la elocuencia se ha mantenido siempre entre nosotros á la misma altura. Así nadie extrañará que haya estudiado tanto la elocuencia. En París comencé por oir á los oradores académicos. Y como quiera que la juventud tiene siempre los encantos de la primavera y los atractivos de la esperanza, encabezaré esta odisea escolástica por el más jóven quizá de los profesores, por M. Henri Taine, y por la más amena de las cátedras, por la historia del arte. Encaminéme por la orilla izquierda del Sena á la calle de Bonaparte. Los Bonapartes han tenido la habilidad de llenar con el nombre de Napoleon I todo París. La cúpula de los Inválidos es la corona del sepulcro de Napoleon; la columna de Vendôme es el pedestal de bronce sobre el cual se levanta Napoleon; el Arco de la Estrella ostenta en relieve Napoleon coronado por la gloria; el arco del Carrousel dice á cuantos pasan, que Napoleon lo construyó; el Luxemburgo tiene una estátua de Napoleon en

mármol; el Cuerpo Legislativo una sala consagrada á Napoleon, sin duda en honra y gloria del diez y ocho brumario; el Museo de Versalles, de ese palacio de Luis XIV, el rey que en nombre del derecho divino dijo: «El Estado soy yo,» está lleno de más de quinientos cuadros sobre la historia de Napoleon, el emperador que en nombre del derecho popular, dijo: «El Estado soy yo.» ¿Y qué glorifica en todo esto Francia? Un golpe de Estado, una guerra sin término, el sacrificio de un millon de sus hijos, la pérdida de sus antiguas fronteras y la intervencion del extranjero. Pero lleguémonos á la escuela de Bellas Artes. El edificio ofrece poco de particular. No parece que se puede enseñar bien la arquitectura en monumento á la verdad no muy arquitectónico. Ha sido levantado en el mismo sitio donde la célebre princesa mujer de Enrique IV, Margarita de Valois, levantó un convento. Los bustos de Puget y del Poussino, que ornan la puerta, son magníficos; la verja elegante, el patio espacioso, la columna sobre la cual se ostenta la abundancia, muy airosa; los bajo-relieves del siglo décimo-quinto, que ornan las paredes, parecen ramas arrancadas al misterioso árbol de la historia; á la derecha, hay una portada plateresca excelente de un edificio que Enrique II consagró á su querida Diana de Poitiers, portada donde se ven sobrepuestos, como las notas de una escala cromática, todos los órdenes de la arquitectura griega; en el fondo, separando dos patios, una fachada de un castillo del cardenal de Amboise, toda tambien centelleante de aquel inmortal espíritu del Renacimiento que dejó en las artes plásticas, como la Grecia antigua, inapreciables creaciones; por todas partes, restos arquitectónicos maravillosos; y solo pobre, solo mezquino, lo que ha sido levantado aquí por la mano de modernos arquitectos, en un siglo pagado de sí mismo, cuando París se llama la capital del mundo. El Anfiteatro, ó sea la cátedra principal, deslumbra con el decorado de su techo y con la espléndida pintura que Delaroche ha dejado en sus

muros. Levanto la cabeza y leo en el techo escuela bolognesa, veneciana, florentina, alemana, romana, francesa. ¿Dónde está, pregunto, la escuela española? ¿Pues no merece un nombre aquella escuela de génios que ha pintado el dolor espiritual en los Cristos de Morales, la voluptuosidad mística en las Vírgenes de Murillo, el terror religioso en los penitentes de Ribera, la vida monástica en los frailes de Zurbarán, las formas clásicas en las figuras de Juan de Juanes; la naturaleza y la realidad en los cuadros de Velazquez? Si es desden, mal; si es ignorancia, peor: si es orgullo, mucho peor. Nada podrá quitar á nuestra gloria, y mucho á la justicia francesa. En aquel semicírculo veo vivir animados, hablando unos con otros, como si formaran un coro inmortal, los grandes pintores, desde Cimabue, el Giotto y Fra Angelico, que abren los horizontes del arte en la Edad Media, hasta Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, que sostienen la corona de los tiempos modernos en las robustas alas de su inspiracion. Tambien descubro allí, y los saludo con religioso respeto, el riquísimo Murillo y el singular Velazquez. En sus negros ojos me parece que veo algunas centellas del sol de nuestra patria; en su espaciosa frente, algun reflejo de nuestro bello cielo. Pero mientras me entrego á estos arrebatos de religion patria, entra el profesor. Escuchemos. Va á hablar de Ticiano. Yo estoy muy prevenido en favor del jóven maestro. Conozco suyos el bellísimo folleto sobre los filósofos franceses, que rebosa ingénio, y gracia gala; el *Viaje á Italia*, que, si bien monótono y uniforme, tal vez sobrecargado de color, es un bellísimo libro; la *Historia de la literatura inglesa*, admirable cuadro, en el cual se ven pasar, dibujados en las nieblas del Norte, aquel coro de poetas donde se descubren Shakespeare, Milton y Byron, que serán eternamente honra del espíritu humano, brillantes deslumbradores en la diadema de su gloria. Yo no participo del sistema filosófico del autor de estas obras; yo no doy á la fisio-

logía del escritor, al volúmen de su hígado, al espesor de su sangre, á la delicadeza de sus nervios, la inmensa importancia que les dá este elegante materialista; yo no creo que el poeta sea en la sociedad y en la naturaleza, en el medio en que vive, como las figuras en un paisage de Claudio de Lorena, un toque añadido al Universo. Yo, sin querer separarme de la naturaleza, de la cual me creo hijo, soy más idealista. He visto á Ossian embellecer la naturaleza de Escocia; á Rafael trazar Vírgenes como jamás las hubo en la impura realidad; á Virgilio y á Dante profetizar un nuevo mundo social; á Leopardi describir con ardor sublime las pasiones amorosas que no cabian en su organismo enteco é impotente; he visto, pues, al génio levantarse audaz sobre la naturaleza como Ossian, sobre la realidad como Rafael, sobre la sociedad como Virgilio y el Dante, sobre su propio organismo como Leopardi. Soy idealista. Hay, sin embargo, algunos hombres extraordinarios que se sujetan á las condiciones en que viven, y toman el brillantísimo colorido de sus cuadros en el altar que circunda los lejanos Alpes; en la bruma recamada de ópalo, grana y violeta que se alza de las lagunas de Venecia; en los bosques de granados, olivos y moreras que rodean, como un cinturon de esmeraldas, á Verona y Mántua; en la lluvia de estrellas que el sol venido de los mares de Grecia, donde tuvo su más hermoso templo derrama, al quebrar sus rayos entre las olas, sobre las claras celestes aguas del artístico Adriático, lleno siempre de colores y armonías, como si naturaleza lo hubiera creado para inspirar á Veronés y á Tintoretto. Veo á Ticiano confidente de Cárlos V que oprime á Italia, y amigo del Aretino que la deshonra. Le veo carecer de aquel ideal de sublime dinámico que atormentaba á Miguel Angél, siempre sublime; ó de aquel ideal de perfecta serenidad clásica que sonreia á Rafael, siempre armonioso. El mundo, y no el ideal es su teatro; la individualidad es su obra, el colorido su

mérito. Y el mérito del profesor que lo explica, no puede compararse con el que tiene como escritor. Lleva Taine un rimero de papeles que lo embaraza, pone los ojos en un libro que lo distrae, muestra impasible su rostro á pesar de ser expresivo, no acciona olvidando el axioma de Demóstenes, que decia que la oratoria es la accion y siempre la accion; no entona cuando la elocuencia es la música; y con ideas nuevas y profundas, carece, hablando, de todo aquello que en tan alto grado tiene escribiendo; carece de brillo y correccion en la forma. Al entrar y al salir lo aplaude un juvenil público. Vaya V. á suprimir *la claque* en Francia.

***

De la Escuela de Bellas Artes debemos trasladarnos á la Sorbona; sombrío y tristísimo edificio. Yo le saludo, sin embargo, con religiosidad, porque recuerdo que comenzó con Salamanca en el siglo décimo-tercio la secularizacion de la ciencia, y recuerdo que en sus cátedras enseñó Santo Tomás, y en sus bancos se sentó el Dante. Las Universidades oficiales tienen destino muy vário. Durante la Edad Media preceden al movimiento del espíritu; durante el siglo décimo-sexto lo acompañan; durante el siglo décimo-sétimo y décimo-octavo lo combaten; y en nuestro siglo se quedan atrás, en una especie de petrificacion, mientras la juventud que han educado, va en pos de nuevos horizontes y de nuevas ideas. Sucede con la Sorbona algo de lo que sucede con la Universidad de Alcalá. Fundóla esta Sancho el Bravo, y para la posteridad se ha llevado la gloria Cisneros. Fundó la Sorbona San Luis, y para la posteridad se ha llevado la gloria Richelieu. El edificio es todavía del tiempo del Cardenal, edificio mezquino y oscuro, de una tristeza tan grande que parece, no escuela, prision. Cuando se ve el inmenso espacio que destinó Richelieu en el palacio real para su vivienda, y el mezquino espacio que destinó en

la Sorbona para vivienda de la ciencia, se ve gráficamente cuánto lugar ocupaba entonces la autoridad en el mundo y cuán poco la razon. Pero no me atrevo á seguir por estas vías, no sea que me dé la tentacion de comparar el número de escuelas que existe hoy en París con el número de cuarteles. He oido en la Sorbona al sustituto de M. Patin, que no merece la pena, y al sustituto de M. Nisard, que explica elocuencia francesa, y que la explica, si bien con algun desentono en la voz, con bastante copia de erudicion en el discurso. Los profesores franceses tienen una gran ventaja sobre los profesores de España; escojen á su grado la parte de la asignatura que quieren explicar. Otra ventaja hay en la Sorbona; acude bastante público, mientras en las Universidades de España, permanece el profesor solo con sus discípulos. Yo sé de un catedrático que tuvo, entre todos, la fortuna de atraer un público excepcional. Para ahuyentarlo, el decano de la Facultad puso su cátedra á las ocho de mañana. Explicaba M. Gaudar las historias de las guerras de Federico el Grande escritas por él mismo, que en esto, como en ciertos grandes pecados, se parecia á César. Atacaba fuertemente la opinion de Thiers, que le llama el primer historiador de su tiempo; y colocaba muy por encima á Voltaire. Naturalmente, aunque Federico era prusiano, cae dentro de la enseñanza de M. Gaudar, porque Federico escribió en francés. Yo admiré mucho la leccion del sustituto. No puede darse más exactitud para juzgar un autor, ni más perspicacia para desentrañar sus secretos, ni más gusto para estimar su estilo, ni más tino para elegir las pruebas de sus aserciones, ni más amenidad para entretener al auditorio. Admiré mucho el retrato de Federico, que despues de haber escrito un anti-Maquiavelo, aplicaba á su política todos los principios maquiavélicos; las cuatro palabras que dijo sobre el marido de María Teresa, que á fin de enriquecer su cajá particular contrataba en secreto municiones, forrajes, vituallas, útiles para los enemigos de

su imperio y de su trono; la fútil lijereza del Rey de Polonia, que en medio de una conversacion diplomática, á la cual se libraba su suerte y la suerte de su trono, decia impaciente: ¿es ya hora de ir á la ópera? Otro mérito he de reconocer en M. Gaudar. No participa de la prusofobia que ha sustituido en Francia á la anglofobia. Olvidan los franceses que Prusia ha destruido al Austria, y que desde los tiempos de Francisco I, hasta los tiempos de Enrique IV, y desde los tiempos de Enrique IV hasta los tiempos de la revolucion, todo lo que ha habido grande en Francia, Sully, Richelieu, Condé, Hoche, Carnot, han tenido un solo pensamiento, la destruccion de Austria, el pensamiento que hoy realiza Prusia, esta grande unificadora de Alemania.

***

Otro de los establecimientos de enseñanza más célebres en el mundo es el Colegio de Francia. Para dar de él una ligera idea, diré que es como nuestro Ateneo de Madrid, si bien sostenido por el gobierno. En el Colegio de Francia no se dan lecciones, sino conferencias; no se ganan cursos ni se siguen carreras. Es tal escuela un libro oral que recitan célebres profesores. Al decir célebres no quiero decir que todos merezcan su celebridad. M. Philarète Chasles la tiene, y casi me atrevo á decir que no la merece. A estas conferencias del Colegio de Francia acuden señoras que ocupan el primer lugar en torno del profesor. Este debe hablar hora y media una vez por semana. El edificio es más elegante que la vieja Sorbona. En el Colegio de Francia he oido á M. Philarète Chasles. La cátedra está llena, las señoras se agrupan al pié de la tribuna donde se levanta la silla profesional, el profesor tarda, el público se impacienta y comienza á dar con los piés en los bancos, cual si estuviera en una representacion y llamara á unos compases de la orquesta ó pidiera un movimiento del telon. Por fin, el orador tan

esperado aparece. Al verle metido en su levita como un maniquí de sastrería, empolvada de arroz y teñida de bermellon la cara, embetunadas las patillas, postizos los cabellos y cerrados los ojos, yo creia que aquel hombre era mentira; que aquel hombre era un hombre de palo con una cabeza de carton y una peluca de desecho. Pero bien pronto me convencí de que era un hombre de veras, porque llevaba un boton de la Legion de Honor en el hojal de la levita. Yo pienso, luego soy; decia Descartes: yo me condecoro, luego soy francés, debian decir los filósofos y los profesores al uso en París. Cuando comenzó á hablar yo comencé otra vez á dudar de su existencia. Desde que se ha negado la existencia del baron Brisse, que preside todas las comidas elegantes de París, llega uno á dudar de sí propio. Parecia que el profesor del Colegio de Francia hablaba por máquina como el hombre de Juanelo andaba en tiempo de Cárlos I por las calles de Toledo. El tema de su leccion era bellísimo; la literatura propia de París. Comenzó diciendo que cada capital tiene su génio propio, su idiosincrasia, y no demostró este hermoso tema tan fecundo en grandes enseñanzas. Nada le hubiera costado decir que de las capitales republicanas han nacido los grandes génios del arte y del pensamiento libres, mientras de las capitales absorbentes, despóticas, han nacido esas literaturas de formas muy cultas y de fondo muy pobre, esas literaturas ordenadas y arregladísimas como las pelucas de Luis XIV. Pero de este tema saltó á la literatura de los Mormones. Yo creí que iba á compararla con la literatura de la *Petite Presse*, ó con las novelas á franco espuestas diariamente en los escaparates de las librerías de los Boulevares, en las cuales una prostituta cuenta sin rebozo sus escandalosas memorias por la pluma de un escritor que se revuelca y duerme en el lodo infecto formado por los vicios. Pero nada. Se redujo á decirnos que la ironía es contagiosa en París, y que un escritor del tiempo de Luis XIV, que hizo unos versos muy malos sobre París,

contó á Racine el veinticinco entre los hombres célebres de su tiempo, cuando debiera haberle contado el primero. Lo mejor que tuvo su discurso fué el final, porque entonces descansó el orador y descansamos nosotros. Prometo no volver.

***

Permítaseme quejarme con toda mi alma, antes de cerrar por hoy estos lijeros apuntes sobre las cátedras en París, de la profanacion que comete M. Berger, profesor de la Sorbona, burlándose en plena facultad de Letras con estúpida irreverencia del génio clásico, este fuego central del mundo artístico; y de los dioses paganos, estos destronados, siempre reinantes; estos muertos, siempre vivos. Despues que Luciano se burló de los antiguos dioses con risa no igualada por Voltaire, y Tertuliano los mató en sus apologéticos con la noble ira del leon de Africa, y San Agustin los enterró en su Ciudad de Dios, no hay miedo, no, de que reaparezcan en nuestros altares, ni reciban el incienso en nuevos templos, ni oigan el murmullo de las oraciones de los fieles. El culto de la naturaleza ha sido reemplazado por el culto del espíritu. Pero confiemos que no morirán en el arte, en ese mundo eternamente pagano. Nadie podrá ahuyentar la ninfa del arroyo, la nereida del mar, los sátiros del bosque, las musas eternas del arte, Apolo con su lira de oro y su corona de luz, enlazando las armonías celestes del centro del sol que alumbra al universo. Nadie podrá quitar ese antropomorfismo eterno que vé unos lábios divinos en la rosa, unos ojos celestes en las estrellas, un aliento perfumado en la brisa, una voz misteriosa en los rumores de las selvas, un seno palpitante en las blancas espumas de las ondas, un amor universal en el nido que pulen con su pico las aves entre el follaje, y en las parábolas que trazan con sus notas músicas los planetas en lo infinito. Na-

die podrá reemplazar aquel Prometeo que cae herido sobre el Cáucaso, por haber intentado robar su luz al cielo; ni aquel Edipo que oye en Colonna, malvado y puro, sostenido por Antígona, el génio del amor filial, los cánticos de los ruiseñores que le anuncian la libertad de la muerte; ni aquella Diana, hija de todo cuanto hay de casto en la naturaleza, que va de noche por las selvas coronada de rayos de la luna, besando al pasar santamente con sus lábios que vibran con una eterna plegaria la frente de Endimion dormido; ni aquella Céres severa que representa en su leyenda maravillosa, todas las trasformaciones de la vegetacion, desde la semilla hasta la flor, y desde la flor hasta el fruto; ni aquella Dafne, que por huir de las caricias del sol se convierte á orillas del arroyo en la adelfa de que se coronan los poetas, cuyas flores son purpúreas y elípticas como el corazon, y cuyas hojas, eternamente verdes, pero eternamente venenosas como la gloria; ni todos aquellos dioses esculpidos por el cincel de Fidias, y animados por la lira de Homero por toda una eternidad en la conciencia humana. Ingratos somos con los padres de Píndaro, de Virgilio y de Platon; ingratísimos. Y si es permitido en los Bufos á Cora Pearl, ridiculizar á Orfeo y al amor fecundísimo de que salieron tantos génios; si es permitido á Mdlle. Schneider, ridiculizar en el Vaudeville el martirio de Helena; no es permitido á un profesor sin que dejenere en un bufo, ni á una Sorbona, sin que se convierta en un Vaudeville. Respetémonos á nosotros mismos en nuestros ilustres progenitores.

***

Casualmente París necesita que le enseñen á no mirar el universo y la historia, ese otro universo, como un sultan, mira su serrallo. París necesita que le enseñen á vivir sériamente. Hace pocas noches fuí á lo que llaman el Alcá-

zar, un café donde varios pobres actores cantan, y una infinidad de espectadores fuman su pésimo tabaco y beben ese licor infernal, propio de los pueblos del Norte, cebada en fermentacion, cerveza, la bebida de los tártaros y de los getas, es decir, orines de caballo. Abigarrado gusto el de aquel salon que quiere parodiar (otra profanacion) una sala del Alcázar de Sevilla ó de la Alhambra de Granada, los palacios de los sueños orientales, los santuarios del Asia plantados como la palmera por las manos de los árabes en las tierras de Occidente. En tal café la música no tiene sentido, las canciones no tienen decencia, las actrices, aunque muestran mucho pecho, no tienen voz, los actores no tienen idea alguna de cultura artística. Y allí se pasan mil personas una noche entera oyendo las mismas canciones. En uno de esos cafés he oido recitar á una trágica sin contrata el sueño de la *Athalia* de Racine. ¡Y esta trágica ha pisado el teatro francés! Imagináos el efecto que le haria á un santon de Damasco ver al descendiente de los Abderramanes cargar un camello como moro de caravana en la plaza de Tetuan ó de Túnez, y tendreis una idea de mi extrañeza. ¡La tragedia reglamentada por Aristóteles y Boileau, escrita por Corneille y Racine, defendida por la Academia francesa, destinada á las aristocracias, capaz solo de llorar los dolores y las desgracias de los reyes, cuidada como en una estufa en Versalles, pasando á un café cantante, descendiendo de su trono de reina para ir á morir como una prostituta en una taberna! En el arte, como en la naturaleza, como en la sociedad, solo es inmortal la verdad. En cambio todavía se representa casi todos los domingos en el Teatro francés, con grande éxito, *El Matrimonio de Fígaro*, de Beaumarchais. Comparar á Beaumarchais con Racine, es lo mismo que comparar á un lacayo con un rey. Y la obra de Beaumarchais, vive todavía en el teatro, porque la obra de este gran perdido no era como los magníficos versos de Racine, los aromas con que se embalsama un cadáver; era

la sangre, el nérvio y la fibra de toda una sociedad. Allí, en el conde de Almaviva, estaba la monarquía corrompida de Luis XV; en D. Basilio, los abates galantes que habian de traer tantos perjuicios á sus sacristías; en el Consejero, los tribunales corrompidos y los Parlamentos estúpidos; en Querubin, los jóvenes calaveras, educados para las orgías; en la Condesa las damas del alto mundo rodeadas de abismos; en Fígaro, el pueblo encanallado, objeto de menosprecio universal, hijo de amores licenciosos, y que sin embargo, lo podia todo, porque en su frente habia una idea, y en su corazon una aspiracion, y de cada una de sus palabras estallaba una tempestad revolucionaria. ¿Quién habia de decir que esta comedia iba á ser representada en el pequeño Trianon por la hija de María Teresa y por aquel futuro rey llamado á la sazon el Conde de Artois, y que más tarde habïa de subir al trono por las tablas del cadalso, y habia de caer del trono al destierro, reemplazado por un Cain de su familia? Luis XVI no queria que la comedia se representase. Y Beaumarchais le desafiaba diciendo, que si no se representaba su comedia en Versalles, se representaria en el coro de Nuestra Señora de París. La revolucion francesa, Dios mio, ¡qué misterio! antes de ser realidad fué ideal. Antes de ser accion fué literatura. Voltaire la inició como Mirabeau. Rousseau la propagó como Robespierre. Beaumarchais la encanalló como Babœuf. La otra noche, cuando veia representar en el Teatro francés la obra de Beaumarchais, tan perfectamente por actores tan grandes y extraordinarios, me acordaba del pequeño Trianon, de aquellas praderas donde se criaban los más raros árboles, de aquellas casitas donde se achicaban los reyes que no se sentian á sí mismos en Versalles, de aquel cenador de mármol á orillas de la fuente rústica donde profetizaba Cagliostro, de las lecherías donde María Antonieta se destronaba á sí misma antes que la destronara el pueblo, de las cabañas donde los príncipes se convertian en pastores antes

de que la Convencion los llamara ciudadanos, de todas esas tempestades que han pasado dejando un rastro de sangre en la tierra y una eterna luz en la conciencia; y decia para mí, viendo aun viva, representada entre aplausos la obra que preparó esta gran catástrofe: para vivir el arte necesita ser hijo de su tiempo, y sin olvidar nunca el polo inmóvil del ideal por el que es eterno, mirar á la verdad por la cual es útil; siendo en sus relaciones con lo perfecto un placer purísimo de almas, y en sus relaciones con la sociedad una enseñanza provechosísima para la vida: el *útile-dulci* del poeta.

***

En tal estética se halla inspirado un libro que acaba de aparecer, y que se titula: *París, capital del mundo.* Dos son los autores; y Texier, ameno cronista del *Siècle,* uno de ellos. No tiene el tono de la *Nueva Babilonia,* de Pelletan, ni el sabor acre de los *Olores de París,* de Veuillot. Es un libro más bien filosófico que poético, más bien de estudio que de polémica. Es el cauterio moral que hombres honrados aplican á las pústulas de este París gangrenado. Allí veis que la vida en París no es una corriente sosegada por la ley moral, sino un torbellino, un vértigo, un *can-can*; que el ideal de la familia ha huido de aquí, y el amor es un instinto, y el matrimonio un contrato; que el espíritu francés se ha consumido como las bugías de un festin; que el comercio es una religion, y el dinero un dios, y el trabajo un afan por nuevos placeres; que la libertad inspira miedo, y el cesarismo pasa su rasero sobre todas las frentes, y el prefecto su piqueta sobre todos los barrios; que en los colegios se enseña á adorar á Neron y á despreciar á Camilo; que la *cocotte* es la estrella de los paseos, la verdadera protagonista de las primeras representaciones, la diosa de las casas nuevas; que el Teatro va convirtiéndose en un circo

de caballos, y la comedia en un entremés desvergonzado, y el drama en un mitho, y la lengua de Vergniaud en un *patois* de rufianes; que las mujeres honradas van á ver sin rubor los triunfos de las mujeres perdidas; que el lujo siembra de brillantes luminosos las cabezas de las damas por fuera, y de oscuros remordimientos esas mismas cabezas por dentro; que si París crece es como el cadáver porque se hincha de podre. No he podido dejar este libro sin un sentimiento de admiracion por lo que tiene de bello, un sentimiento de gratitud por lo que tiene de bueno, y un sentimiento de tristeza por lo que tiene de verdadero. La sátira aparece siempre en los ocasos de las grandes ciudades. Poco despues que Luciano se ha reido tanto, y Juvenal ha derramado tanta hiel de indignacion en la levadura de la vida de Roma, se oye en los mares la voz que dice: ¡El gran Pan ha muerto! y en la tierra asombrada el ruido siniestro de las herraduras de los caballos en que vienen montados Atila y Alarico. Mas esperemos que, así como la sociedad antigua se renovó por el Cristianismo, París, la capital del mundo; París, el cerebro de Europa; París, la tribuna de la revolucion, París se renovará y se fortificará por la libertad.

XI.

LA TRIBUNA.

Aunque la Exposicion se abre en el momento en que escribo, nadie quiere creerlo. No todo lo verdadero es verosímil. El circo donde la industria ha de lucir sus progresos se halla aún lleno de pintores, de albañiles, de trabajadores que se dan grandes fatigas para concluirlo, y que conseguirán difícilmente su temerario empeño. El gran parque donde se han levantado frágiles edificios de todos los tiempos y países, y que al fin de fiesta vá á parecerse á una caja de juguetes arreglada sobre gran tablero por la mano de un niño travieso, que pone aquí un árbol, allá una yunta, acullá un castillito, más lejos un pesebre, un palacio, una cruz, una chimenea, el gran parque aún ostenta su ordenado desórden. Los hoteles se han lavado la cara para sonreirse mientras el viajero explotado llore. Los infinitos comederos han aumentado sus precios en prueba de la hospitalidad imperial, que quiere tratar á todos sus huéspedes como gentiles-hombres y pedirles un duro por lo que vale un franco. Todas las tiendas, todas las posadas, todos los cafés están prontos, pero los extranjeros no vienen. Hasta hoy los fondistas de París se hallan tan tristes y desengañados como los pobres mozos de cuerda de Madrid cuando con tantas fatigas y sudores, con la escalera al hombro, la campana en las manos y la carga de cebada á la espalda, han ido en fria noche de Reyes á esperar á los

expléndidos Magos, y los esperados no han venido, y toda la cosecha ha sido gran cansancio, algunos palos, coscorrones, lo que el eterno modelo de la ambicion campesina, Sancho, sacó de la Insula Barataria. Sí, Marzo espira en su sudario de nieves; Abril viene sin hojas, sin flores, sin tibios vientecillos y sin extranjeros. El *Fígaro* nos contaba anoche que por milagro se vió un extranjero antes de ayer en la estacion del Norte; que un fondista lo metió en su comedor y le demandó mil francos por un almuerzo; que un zapatero le ajustó por fuerza el pié en su medida de madera; que un sastre le detuvo para vestirle expléndidamente en medio de la calle; que todos los industriales parisienses creíanse con derecho á llenar de productos franceses y rociar de oro inglés á esta madrugadora golondrina venida á la cita de la primavera. El *Fígaro* ha hecho muy bien fantaseando de esta suerte el hambre de extranjeros que hay en París. Y mientras tanto, allá en el Cuerpo legislativo, no léjos del Palacio nuevo de la Industria, á orillas del turbio Sena, anuncia la guerra un hombre menudo, pequeño, con la sonrisa de la juventud en los lábios y la nieve de la vejez en la cabeza; con la mente llena de ideas muertas, como un panteon de aves nocturnas, y la lengua chispeante de palabras vivas, como una botella de Leyden cargada de electricidad; antiguo representante de la clase media más plebeya; personificacion de la elocuencia contemporánea francesa que no brilla ni por sonora ni por grande, pero sí brilla por flúida, por sagaz, por reticente, por ingeniosa; modelo de políticos imprevisores, que despues de haber traido de Santa Helena á los Inválidos, bajo la monarquía de Julio, las cenizas del emperador, como un gran abono echado sobre las raíces de las ideas bonapartistas encerradas en el suelo de Francia, y de haber cultivado los primeros tallos renacientes con la presidencia del príncipe Luis Napoleon, ahora se entretiene en arañar el árbol y anunciar á los ejércitos de los tenderos que sus ramas

solo tienen la virtud de atraer el rayo. Ya comprendeis que aludo á M. Thiers. Esto de hablar á los comerciantes parisienses de una guerra que podria quitarles una buena parte de sus huéspedes, de estos huéspedes á los cuales aman tanto que serian capaces de quedarse con su pellejo entre las uñas, verdaderamente es una crueldad. Pero es una imbecilidad creer que el imperio, traido por las canciones guerreras de Beranger, y por ese gran minutero del reloj de las batallas que se llama la Columna de Vendome, y por esos nombres épicos escritos sobre las piedras de los arcos de triunfo, y por la leyenda de la guerra, como si Francia no hubiera aún perdido bastante sangre, el imperio puede resignarse á una paz tan patriarcal y tan larga como la paz de Luis Felipe. Así es que todo el mundo presta oidos á las discusiones del Cuerpo legislativo, y todo el mundo vé salir de esas palabras sonoras volcanes de grandes guerras. Thiers le dice al imperio que ha sostenido la idea de unidad en el mundo, y solo ha alcanzado, primero una Italia enemiga de Francia; segundo, una Prusia más fuerte que Francia, y enemiga tradicional de su grandeza; tercero, una alianza posible entre Prusia, Italia y Rusia para los asuntos de Oriente; cuarto, la caida de la nacion francesa, que era la mayor entre las naciones, al rango inferior de la cuarta entre las potencias europeas. Despues de oir esto, no hay francés que no grite: ¡á la guerra! "Y si no viene esta crísis suprema, si no estamos abocados á este abismo de horrores, ¿por qué,—pregunta Julio Favre,—un armamento de un millon de hombres, sin precedente en la historia de Francia?" Y Emilio Ollivier, á quien le han entrado dos pasiones igualmente grandes, la pasion por el Gobierno y la pasion por la Prusia, dice que "á una amistad deshonrosa prefiere la guerra." Y Granier de Cassagnac exclama, aludiendo á las provincias del Rhin, "que él quiere por fronteras, no una columna con un escrito donde diga: "Aquí concluye Francia," sino las riberas de los rios

y las crestas de la montañas." Y el ministro de Estado, á pesar de las reservas que impone siempre una alta posicion diplomática, dice "que tiende la mano á un orador aleman, deseoso de la amistad con Francia; pero quiere amistad en la dignidad, amistad en la mútua honra, amistad en la fuerza mútua; y si esto hubiera de cambiar, si resultase debilidad ó decadencia para el pueblo francés, preferiria decir á su pátria que se armara y que fuera á buscar en el campo de batalla el secreto de sus destinos." Una guerra puede ser, pues, una bomba asfixiante, echada en los aires para acabar con los expositores, y un terremoto que vendrá á destruir la Exposicion. Yo, sin embargo, he gozado mucho en estas discusiones. La verdad es que al oir á Thiers uno de esos discursos chispeantes que, bajo formas claras y tersas, ocultan una idea mortal para sus enemigos, como esas flores donde los tiranos de Italia encerraban en el siglo décimosexto sus venenos; y á Julio Favre una de esas oraciones sóbrias en el estilo, severas en el fondo, especies de sentencias que un juez pronuncia desde la cima de su tribunal, desde las alturas de su conciencia; y á Pelletan esas odas que son como los rosales, como los jazmines, como ciertos arbustos de los campos, si no muy ricas en frutos, muy ricas en aromas y en colores; y al mismo Rouher, al ministro de Estado, una arenga sonora, elocuente, llena de esos largos períodos que se salen casi de los estrechos límites propios á la lengua francesa, por su extension ciceroniana, justamente parece que aún se levanta en los aires, si no como un astro de luz propia y de rumbo fijo, como un meteoro que reluce y truena fugazmente, la tribuna francesa, que tantas veces ha iluminado al mundo. Pero Julio Favre ha hecho en su último discurso esta observacion: "Imagináos que se levantara un dia Inglaterra, y supiera que la reina Victoria habia limitado, por su voluntad soberana, las atribuciones de la Cámara de los Comunes. Inmediatamente habria una revolucion. En Francia las

atribuciones del Cuerpo legislativo dependen de la voluntad del emperador. Pues bien; si las atribuciones del poder legislativo dependen de la voluntad soberana, la paz ó la guerra se hallan tambien hoy en un pliegue del manto de los Césares.»

***

Es verdaderamente curioso observar en Francia este gran contraste: un gobierno personal, cesarista, donde la voluntad de un hombre es algo más que una ley, una Constitucion; y á su lado una Cámara llena de oradores que gritan, que aullan á veces, sobre todo, cuando ven pasar la sombra del César, ú oyen recordar el dia fatal en que perdieron su libertad de hablar perpétuamente. Yo concibo muy bien el silencio de San Petersburgo. Pero cuando veo á Napoleon abrir las puertas del Cuerpo legislativo, le admiro como á cierto domador que ví hace algunos años, el cual abria la puerta de una gran jaula, y se entraba en la amable compañía de una docena de leones hambrientos. En un momento lo perdíamos de vista. Los leones sacudian sus guedejas, abrian sus fauces y sus garras, mostrando unas uñas y unas lenguas terribles, saltaban por todos lados como si atacaran una presa, rugian desaforadamente; y cuando creíamos que en aquel torbellino de fieras no quedaba del domador ni las orejas, integérrimo y tranquilo aparecia fuera de la jaula saludando con desdeñosa sonrisa al respetable público. Pues un gobierno personal necesita más valor para meterse en un Congreso lleno de oradores, que necesitaba Bernabó para meterse en una jaula llena de leones. Cuando oigo que los diputados dicen ciertas cosas, y veo el gobierno imperial permanecer tranquilo, sereno, creo, ó que la fuerza del poder es muy grande en Francia, ó que es muy débil la fuerza de la palabra. En uno de los lados de la plaza de la Concordia, en frente de la Magda-

lena, á la orilla izquierda del rio, se levanta el Palacio Borbon, donde hoy se reune el Cuerpo legislativo. Es el antiguo *Pré-aux-clercs* en que el pueblo de París iba á espaciarse allá por los siglo décimosexto y décimosétimo, cuando la gran ciudad no habia crecido tanto. Fué casa de los Condés en tiempo de la antigua monarquía; casa de la Revolucion confiscada á los emigrados en tiempo de la República; asamblea de los Quinientos en tiempo de Napoleon, el primero en consagrarla á sesiones de cuerpos deliberantes. Como se vé, nació á la vida oratoria bajo muy mala estrella. Sin embargo, ¿quién será tan frio, tan indiferente que no se conmueva al ver en su recinto la tribuna francesa, esa piedra miliaria que designa á todos los tiempos nuevos caminos de la humanidad, corrientes nuevas de las ideas, fases nuevas de la historia? Los pensamientos que la conciencia individual del sábio, del filósofo ha engendrado en secreto, en silencio, se han esparcido á los cuatro vientos, se han formulado en leyes generales, se han convertido en raudales fecundantes desde esa tribuna que aparecerá siempre en el tiempo, como las grandes montañas en el espacio, como una cima sublime, de la cual descienden misteriosamente esos rios de ideas que fecundan el espíritu, como desde las cimas de los Alpes, desde sus urnas gigantescas de nieve, descienden el Ródano que apaga la sed del Mediodía de Francia, el Pó que apaga la sed del Norte de Italia, y el Rhin, en el cual se miran tantos pueblos. Sobre todo, es imposible mirar á esa tribuna sin que se levante en la memoria el recuerdo de la noche del cuatro de Agosto de mil setecientos ochenta y nueve. Allí, en la penumbra de aquella noche, murió el antiguo mundo social y nació el nuevo. Algun dia, los pueblos, libres de tantos errores sociales, vendrán á contemplarla con el mismo entusiasmo con que los cruzados de la Edad Media iban á contemplar la piedra sagrada donde murieron tantos errores religiosos. La sala de sesiones no corresponde á la

grandeza de la capital. La monarquía de Julio que la construyó, á pesar de ser esencialmente parlamentaria, esquivaba admitir al público en el seno del Parlamento, le quitaba toda la intervencion posible en las discusiones públicas. Como se concibe bien, el Imperio ha restringido esta intervencion, á pesar de que el Cuerpo legislativo nace inmediatamente del sufragio universal. Al público le dejan solo veinte asientos. Hay dentro de la Asamblea francesa el mismo aparato militar que hay dentro y fuera de todos los edificios franceses. Cuando el presidente sale de su habitacion, del palacio que ocupa, el presidente, ornado con su gran banda roja de la Legion de honor, una línea de soldados de la guardia se forma desde la puerta de su casa á la que podríamos llamar casa del pueblo. Este aparato militar no disciplina mucho á la Asamblea, porque la Asamblea se muestra desordenada, confusa, vocinglera. En España, donde el respeto al público es tan grande, y tan extraordinarias las precauciones que todo el mundo toma para hablar, y tan solemne la discusion, y tan profundo el silencio con que se oye á los oradores, no se concebiria jamás un espectáculo como el que presentan las Asambleas francesas, espectáculo que allí solamente se da cuando las pasiones se encrespan, cuando se desata la tempestad. Desde luego la mayoría tiene unos nérvios delicadísimos. A la menor palabra severa que se dice contra el gobierno, grita como si le hubieran aplicado un boton de fuego. A todo orador de oposicion le interrumpe constantemente. Esto tiene dos consecuencias; la primera es, que solo pueden hablar los grandes oradores; y la segunda es, que no se pueden aprender los discusos de memoria, sino que es necesario llevarlos llenos de razonamientos, de ideas, de imágenes, de respuestas súbitas como un revolver. Hay cierto género de oradores en Francia completamente desconocido en España; el orador de las interrupciones. Cuando se halla un diputado en el uso de la palabra, ciertos colegas se

entretienen con grande arte en cortar, por medio de respuestas incisivas y concisas, sus más elocuentes períodos. Estos oradores son muy estimados en Francia, porque su principal cualidad es el ingénio, fruta muy propia del suelo donde han nacido los tres hombres más ingeniosos de toda lá historia, Rabelais, Montaigne y Voltaire. En la Asamblea legislativa suelen ser grandes interruptores Pelletan y Picard; pero se distinguen hoy en la mayoría Granier de Cassagnac, más insolente que razonador, y en la minoría Glais-Bizoin, capaz de destruir un discurso de seis mil palabras con una interrupcion de seis palabras. Yo paseaba con curiosidad mis miradas por todas aquellas fisonomías que la fama retrataba en mi mente, y que la realidad me presentaba con tan varios aspectos. Allí veia á Thiers, bajo, menudo, vestido con descuido, como si solo quisiera atraer la atencion sobre su gran cabeza cana, que descansa en pequeño cuerpo, todavía firme, á pesar de sus setenta años. Allí veia á Julio Favre, este orador, más bien abogado que político. Su frente es ancha, sus ojos penetrantes. La barba partida blanquea en sus extremidades, y sus lábios gruesos me parecieron como los lábios de todos los grandes oradores, una fuente de palabras. Los lábios gruesos indican siempre, como carácter moral, la franqueza; como carácter intelectual, la elocuencia. Pelletan es alto. En sus ojos y en su frente se ve el resplandor de sus ideas. Tal vez hay algo en él como de un escritor que ha soñado con más fama en torno de su nombre y más perfeccion para sus obras; la tristeza de un ideal no realizado. Más jóven que Julio Favre, su barba tambien blanquea. Picard me pareció un franco é íntegro magistrado; Magnin un elegante jóven de provincia; Glais-Bizoin un viejo avellanado, vivo, que ha dicho adios á todas las pasiones de la vida, y ha concentrado sus últimos amores en la libertad. Yo casi no sentia correr el tiempo, extasiado unas veces al rumor de un gran discurso, agitado otras al ruido

de una gran batalla. Cuando salí, iluminaban los últimos reflejos de la tarde el palacio de las Tullerías. Entonces involuntariamente, mirando los relieves que se destacaban del palacio de los legisladores y las altas chimeneas que se levantaban sobre el palacio de los Césares, murmuré las misteriosas palabras que tantas ideas sembraron en el mundo: "Esto matará á aquello."

***

Pero, sobre todo, al despedirme de una tan gran tribuna, me acordé de un orador que se despide ahora de la gloria, me acordé de Lamartine. Nadie me aventajó nunca en admirarlo, nadie. Cuando comenzaba á despuntar la pálida aurora de mi inteligencia, yo leia absorto *Las Meditaciones*, de Lamartine, que me parecian el Evangelio del nuevo arte. Aquella dulzura de lenguaje; aquella armonía griega de la forma y el fondo; aquel estilo de mármol de Paros, iluminado por una luz tan suave y tan melancólica como la luz de la luna; aquellas melodías, que fueron capaces de dar al francés toda la música del habla italiana; aquellos sonorísimos versos, ora cantasen las grandezas de Dios y los himnos que todas las cosas creadas le consagran en las armonías del universo; ora la muerte del mártir griego, cuando el sol salia por las cimas del Himeto, y las procesiones atenienses mezclaban sus odas sagradas con las olas del mar; ora el trémulo reflejo de la primer estrella de la tarde en el lago, cuando las sombras del crepúsculo que anuncian la noche caen de los montes, y la voz de las campanas que anuncian la oracion se levantan de las torres; aquellos versos me parecian los primeros arpegios del espiritualismo, bastante dulces y bastante fuertes para despertar un mundo embrutecido en el sueño de la materia. Pero ¿os acordais de la leyenda del ángel caido? Ha nacido de la palabra de Dios, como la mariposa de la misteriosa lar-

va; ha desplegado sus blancas alas en el éther increado, que se ha estremecido de placer al sentir dibujarse en su flúido seno las delicadas líneas de tan hermosas formas; su corazon ha saltado de amor; sus ojos se han sumergido en misterioso éxtasis; sus lábios han vibrado una religiosa plegaria de alabanzas, y enviado por Dios, al través de lo infinito, ha dorado con la luz de los primeros dias de la creacion los astros nacientes, y les ha enseñado los primeros conciertos que han de formar en sus melodiosos coros para cantar, de esfera en esfera, el *Te Deum* de accion de gracias elevado al Sér absoluto que exparce con su aliento por los espacios la alegría de la vida. Pero de pronto, el orgullo se ha apoderado de él, y su eterno dia se ha convertido en eterna noche, y su hermosura en fealdad, y su amor en ódio, y su cielo en horroroso infierno. La leyenda del angel caido se ha realizado en la vida de Lamartine. La corona del génio se ha apagado en su frente, y la lira del poeta se ha caido de sus manos. Pero, ¿qué digo? Repito una vulgaridad. El ángel caido fué grande en la cima del Universo y grande en las profundidades del infierno. Cuando fué hermoso, las cosas creadas imitaron su hermosura; cuando fué deforme manchó con su deformidad el Universo como una inmensa araña. Pero siempre fué grande. Mas Lamartine no ha caido en los abismos profundos; ha caido en la vulgaridad. Lamartine, que habia ganado con sus libros una fortuna, por imprevision y por disipaciones se ha convertido en un mendigo que tiende la mano á todos cuantos pasan para que le ayuden por compasion á mantener su lujo. La frase que voy á decir es durísima; pero no es mia; la han traido muchos periódicos de París, la habreis leido vosotros. Un diputado francés le decia á otro: "Lamartine es el pobre más vergonzante que hay en Francia." "No, dijo el interlocutor, es el pobre más desvergonzado." Cierto dia fueron unos amigos mios, un matrimonio americano, muy dado á las artes, á visitar al gran poeta. Al

siguiente recibió el marido y recibió la mujer, cada cual, una coleccion entera de sus obras que Lamartine le enviaba con sus correspondientes recibos. Lamartine pide limosna á todo el mundo, porque no quiere vender las tierras de sus padres. Y yo estoy seguro de que sus padres le bendecirian desde el fondo de sus sepulcros si vendiese las tierras por ellos adquiridas, para pagar sus deudas y salvar la honra de su nombre. Todas las desgracias morales y materiales de Lamartine, dependen de que ha escogido una posicion falsa. Y esta posicion falsa ha provenido de que jamás tuvo una idea fija, andando siempre incierto entre los dos polos de la vida. Católico por educacion, por temperamento, continuador en verso de la poesía que Chateaubriand inaugurára en prosa, quiso un dia, mas por seguir las ideas en boga que los latidos de su corazon en desmayo, abrazar el racionalismo. El Oriente judáico, la tierra donde la humanidad se despojó del panteismo, tomando por base de la futura historia la idea monoteista, inspiró á Lamartine, por no sé qué milagro de óptica intelectual, ideas panteísticas. Pero sin fe ni en la autoridad, ni en la razon, su fantasía osciló siempre, rodó en triste vértigo. Habia perdido su antiguo polo sin encontrar el nuevo, no miraba ni á la tradicion ni á la ciencia. Habia algo en su mente de lo que hay en el carácter de su Julia en el *Rafael;* su Julia, aquella especie de Vírgen intacta que sin caer en el vicio material se mancha y se prostituye. Y como no hay en el mundo nada peor que estas vacilaciones de la fe, que estos desmayos de la inteligencia, pues con ellos vienen las vacilaciones del carácter, los desmayos de la voluntad para el bien, desde entonces, jamás ha sabido Lamartine levantarse á lo que deben todos los grandes hombres, todos aquellos que han recibido del cielo una centella de génio, á practicar este axioma: proceded de tal suerte que cada una de vuestras acciones individuales, sea como una norma de conducta general, como una ley de vida para todos los hom-

bres. La vacilacion que tuvo en el arte, tuvo tambien en la política. Monárquico casi legitimista por creencias, se puso en un dia á la cabeza de una República. Y esta misma vacilacion de fe religiosa y de fe política, trasciende á su vida ordinaria. El gran poeta, cuyas obras pagara Francia con un explendor sin igual, ha dispendiado todas sus riquezas, y despues de tender la mano á todos los que pasan, concluye ¡él! que debia creerse personificacion de la República, por recibir una limosna del Imperio. Dentro de muy pocos dias le votará el Cuerpo legislativo un regalo de cuatrocientos mil francos. ¿Cómo no acordarse, al ver tan gran tribuna, de tan gran caida? Y sin embargo, como el génio es inmortal, las obras poéticas de Lamartine, sus admirables discursos, los resplandores de sus inspiraciones quedarán perpétuamente en la memoria humana como uno de los patrimonios más gloriosos de Francia, y como una de las más puras honras de la humanidad.

XII.

EL "DON CARLOS" DE VERDI.

Hablemos de otro asunto. He oido algunas veces la ópera *Don Cárlos*, y la puedo juzgar con verdadera imparcialidad. El argumento está sacado de la Historia de España; el libreto casi copiado de un conocidísimo drama de Schiller, el gran poeta aleman. Sabido es que hay en el mundo dos príncipes Don Cárlos; el de la historia... y el de la poesía. El de la poesía es un Cárlos hermoso, caballero, inteligente, generosísimo, enamorado de su madrastra, y más enamorado todavía de la libertad que sucumbiera al pié del trono inmenso ocupado por su padre. El Don Cárlos de la historia no es, en verdad, este modelo perfecto en el cual brillan todas las prendas de la inteligencia y del carácter. Yo he visto muchas veces su retrato; es una anticipacion de Cárlos II. No tiene aún aquella prolongada mandíbula que hasta comer impedia al infeliz Cárlos II; pero es pálido, linfático, de ojos azules, donde solo brilla una luz mortecina, como si en aquella cabeza se encerrara en vez de un alma, el cadáver de un alma. Don Cárlos habia heredado algun ramo de la demencia que parecia vinculada en su familia, como un castigo que la justicia de Dios reserva para ciertas razas pagadas soberbiamente de su omnipotencia. De niño mordia á su nodriza en los pechos. Su mordedura era tan venenosa como la picadura de la víbora. De jóven, cayó un dia por una escalera en Alcalá, cuando

estudiaba en compañía de su jóven tio, el que más tarde habia de ser vencedor en Lepanto, y estuvo por tal caida á punto de morirse. Reblandeciéndosele la espina dorsal, agravóse su enfermedad y crecieron sus extravagancias. El maestro de latin se quejaba á su abuelo de la inaplicacion y de la torpeza de aquel príncipe destinado á tanto imperio. Gustaba, como Neron, de andar por las calles de Madrid en busca de aventuras por la noche, golpeando á los transeuntes. Se cuenta que dió de comer el cuero de unas botas á su zapatero; que hirió á uno de sus criados. Tenia un grande afan por viajar, al revés de su padre, inmóvil en las sombrías regiones donde levantaba el monasterio del Escorial. Burlábase Don Cárlos de tal inmovilidad, y en sus notas escribia estas palabras: "Viaje de S. M. el Rey mi padre y señor: de Aranjuez á Madrid, de Madrid al Escorial, del Escorial á Madrid, de Madrid á Aranjuez, y así perpétuamente." Su afan era gobernar á Flandes. Se le encontraron dos listas que se encabezaban de esta manera: "Lista de mis enemigos: el Rey, el Duque de Alba, etc." En otra: "Lista de mis amigos: la Reina, Don Juan de Austria, etc." De aquí ha deducido la poesía los amores de Don Cárlos con su madrastra. Pero olvidan los poetas que cuando Isabel de Valois vino á España, Felipe II era jóven de poco más de treinta años, hermoso, apuesto, y con el doble prestigio de su corona y de su inteligencia, mientras que D. Cárlos era un niño, feo, raquítico, jorobado, contrahecho, y con la doble desventaja de su perversidad y de su locura. Sin embargo, aquel pobre jóven habia nacido en una atmósfera bien caliginosa, en la atmósfera donde solo lucian, como los ojos de siniestra ave nocturna, los pálidos resplandores de la Inquisicion. Felipe II no parecia un hombre, sino una cifra del espíritu de aquel tiempo en que las guerras religiosas habian llegado á dar un vértigo, así á los católicos como á los protestantes, un vértigo de crueldad. Podria decirse que por aquella huesosa figura no habia la na-

turaleza extendido los nérvios, esos hilos conductores de la electricidad del sentimiento. Su política era tan despiadada como la fatalidad. Pensaba que la razon de Estado nada tenia que ver con la razon natural, ni la justicia de los reyes con la justicia humana. La tierra era para él un inmenso altar, donde debian ser inmolados todos los enemigos de su Dios. Violó ¡ay! lo más sagrado, la persona de un embajador en aquel conde de Montigny, á quien mató en el castillo de Simancas de una manera tan misteriosa como si le enterrara vivo. Condenó á muerte á una pobre criada inocente, atribuyéndole el envenenamiento de Escobedo, á quien él mismo y su favorito Antonio Perez habian envenenado. Cuando las tropas reales se acercaban á Zaragoza en los últimos dias de los sagrados fueros aragoneses, decia de Lanuza: "y "sepa yo á un mismo tiempo la noticia de su prision y de su muerte." Un rey tan cruel debia ser un padre muy severo. Su hijo habia, en uno de sus raptos de locura, intentado matarle. Así lo confesó al ménos á uno de los sacerdotes más considerados en la córte de Madrid, al prior de Atocha. Felipe II se valió del secreto de la confesion para abrir un proceso á su hijo, y del médico, para matarle. Merced á este horrible proceso, la víctima ha sido glorificada por la poesía, y su nombre escrito entre las legiones de mártires. Todo cuanto habia de malo, de perverso en aquel príncipe, murió con él, y su alma, levantándose purificada por el martirio, es hoy una de las estrellas que brillan en el cielo de la poesía. La política de Felipe II, ese cometa sangriento, al chocar con su hijo y aniquilarlo, ha aniquilado tambien todo el barro que habia amontonado en su vida. La historia podrá decir sériamente la verdad de la vida de D. Cárlos; pero la poesía lo embellecerá eternamente por su muerte. Schiller ha hecho, con el don Cárlos de la leyenda, con sus amores por la hermosa madrastra, con la implacable crueldad de Felipe II, y con el desinterés del noble Pozas, uno de los más bellos dramas

con que puede gloriarse el teatro moderno. ¿Ha, Verdi, hecho tambien una de las mejores óperas? Diré pocas palabras: hace algun tiempo llegamos á creer que Verdi abandonaba su antigua estrepitosa música para entrar en el celeste lago de la melodía. *Rigoletto*, y aun el *Trovador*, nos hacian suponer que al fin aspiraba á la suprema belleza que suele estar siempre en la suprema sencillez. Pero ha sido muy fugaz esta especie de ternura en la férrea alma del maestro, que ha puesto la frágua entre los instrumentos de su orquesta. Embargado con la idea de que su ópera iba á cantarse en el gran teatro, donde se han cantado las de Meyerbeer y de Halevy, ha intentado imitarlas. No ha hecho lo que hicieron Rossini en el *Guillermo* y Donnizetti en la *Favorita*, hablar en su melodía divina á los oidos franceses. Ha querido hablarles en la melopea meyerberesca, y se ha perdido. Sin la sabiduría del maestro alemán, sin su erudicion y su trabajo, ha emprendido una de sus obras. Cuando alguna vez se acuerda de que el argumento pasa en España, compone canciones como la bellísima que canta la princesa de Eboli. Cuando se deja llevar de su inspiracion propia, escribe el cuarto acto, que es magistral, y el fin del tercero, que es admirable. Pero cuando sigue las tradiciones de la ópera francesa, miserablemente se pierde. Es como un orador hablando en una lengua extranjera. ¿Qué es la armonía? Agua de pozo. ¿Qué es la melodía? Agua de manantial. Así define Rossini los dos lados de la música. ¿Qué son la mayor parte de las armonías del *Don Cárlos*? pregunto yo, y respondo. Agua de pozo, y turbia.

XIII.

LA APERTURA DE LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Naturalmente, despues de haber estado cuatro años la ciudad de París hablando de la Exposicion, las complicaciones políticas y las amenázas de guerra han venido á entristecer mucho los ánimos, y á quitar gran parte de su alegría á la ceremonia de la apertura. Además, los inmensos trabajos, los rigorosos frios, las obras proyectadas en el momento en que se descubria un vacío ó se notaba una falta; las pretensiones de los trabajadores, que más de una vez se han asociado en demanda justa de aumento de sus jornales; las largas distancias que muchos productos debian recorrer para llegar al sitio de la cita; los problemas poco pacíficos suscitados por el cambio profundísimo que acaba de sufrir Europa, viendo la direccion de Alemania pasar de manos del Austria á manos de la Prusia, y la preponderancia francesa contrastada por las dos poderosas unidades que acaban de constituirse al pié de los Alpes y á las orillas del Rhin; estas resistencias que el tiempo, el espacio y las pasiones humanas oponen á toda obra, han quitado su brillo á la apertura de la Exposicion, convirtiendo en una mera visita de los emperadores lo que debia haber sido una magnífica fiesta del trabajo. Mas como quiera que el mundo entero tenga hoy suspensa la atencion de cuanto sucede en París; como quiera que interesen á todos los hombres en toda la redondez de la tierra los esfuerzos empleados por el trabajo para

modelar la tierra á imágen del espíritu, hablaré exclusivamente de la Exposicion. El dia 1.° de Abril ha sido uno de los más hermosos dias que en sus meses cuenta este oscuro año. El cielo tenia toda la nitidez de un cielo andaluz; el sol brillaba espléndidamente; los grandes edificios, diseminados á una y otra orilla del rio, dibujaban en las ondulaciones del aire trasparente sus rotondas, sus cúpulas esmaltadas de azul; las primeras hojas parecian tocadas de un despertamento tropical, y hasta el turbio Sena se sonreia plácidamente como si creyera haberse convertido en el Guadalquivir, merced á la mirada de un cielo adornado con todos los explendores del Mediodía. La multitud apiñada por los muelles, desde el jardin de las Tullerías hasta el puente de Jena; los guardias municipales de á pié con sus uniformes oscuros, y los de á caballo con sus claros uniformes de varios colores; los soldados franceses, de pantalon rojo y chaqueta oscura; los innumerables carruajes; el ruido de las músicas y de los tambores, y el sordo rumor que producen siempre las grandes muchedumbres; toda esta animacion parecia anunciar por la mañana una gran fiesta, que luego no correspondió á tantos anuncios y tantas esperanzas. El Campo de Marte es el lugar donde la federacion del trabajo se celebra como en otro tiempo se celebró la federacion de las provincias francesas en los principios de la revolucion. Involuntariamente el ánimo se despierta con estos recuerdos, y se levanta á pedir á Dios, que preside todo el movimiento de la historia é impulsa toda la corriente de los hechos, llegue el dia deseado en que la justicia se realice sobre la tierra, y en virtud de sus principios eternos, enmudezcan los cañones, y se celebre sobre este Campo de Marte, mudo testigo de tantas glorias y de tantas desgracias, la federacion de todas las naciones en el seno del derecho universal.

***

Contemplemos el espectáculo. La montaña del Trocadero

que en frente de la Exposicion se levantaba, ha sido desmontada, y sus piedras trasportadas á la otra orilla del rio para nivelar el Campo de Marte. El aspecto general es el siguiente: Un inmenso círculo de hierro, ó sea el palacio de la Exposicion en el centro; el rio delante; dos galerías de maderas y cristales á los dos lados del puente de Jena sobre el rio; un faro pintado de color muy rojo, dominándolo todo como la torre de un vigía; á la izquierda, ya un poco léjos, París; á la derecha multitud de fábricas con sus penachos de negro humo; en el fondo, los Inválidos y la Escuela militar; y en el Parque, á la sombra del palacio de la Exposicion, fábricas, iglesias, teatros, templos de varios cultos, construcciones diversas, multicolores, un caos donde la vista se deleita un poco; pero donde el pensamiento no encuentra la série, la armonía, la razon de tantos edificios destinados á vivir seis meses, y, por lo mismo, sin esa solidez y esa grandeza que son distintivos de las verdaderas creaciones arquitectónicas, hechas, como todas las obras de arte, para vencer al tiempo y para burlarse de la muerte. Al entrar en el palacio se pasa bajo un toldo de paño verde bordado de oro, sostenido por grandes mástiles, en cuyo tope flotan banderolas y gallardetes de todos colores y matices. El palacio es grande, muy grande, y más si el cálculo le añade el inmenso jardin que le rodea. Entre todo, entre parque y palacio, componen cuatrocientos sesenta mil metros cuadrados; más espacio que tienen muchas poblaciones importantes. El palacio solo ocupa ciento cuarenta y seis mil metros cuadrados. En su centro hay un jardin elíptico con estátuas, caprichosas fuentes, flores, á cuyo jardin elíptico van á dar todas las calles trasversales. Los círculos que en torno de esta elipse central se extienden, contienen todos los productos similares. Los caminos trasversales contienen los productos de cada nacion. Ignoro si me explico con claridad, porque comprendo que la idea es bastante difícil de alcanzar sin el auxilio de la vista. Vaya

un ejemplo. Si recorreis la primera galería circular, os encontrareis las obras de arte, los cuadros, las estátuas de todas las naciones. Pero si luego echais á andar por una de las calles trasversales, ireis encontrando sucesivamente todos los productos de un solo país. Formando un grande contraste con el parque, donde reina excesivo desórden, se halla el palacio tan arreglado y ordenadísimo, que parece un cuartel. Los franceses han aplicado á los objetos de la industria y del arte su disciplina militar. Cada exposicion tiene sus agrupaciones, que son diez. La primera es la agrupacion de las obras de arte; la segunda es la agrupacion del material y aplicaciones de las artes liberales; la tercera, de muebles y objetos de menaje; la cuarta, vestiduras y todos sus accesorios; la quinta, productos extraidos del suelo en bruto y en fabricacion, como metales y mármoles; la sexta, instrumentos de las artes manuales; la sétima, alimentos en diversos estados de preparacion; la octava, productos vivos y ejemplares de establecimientos de agricultura; la novena, productos vivos y ejemplares de establecimientos de horticultura; la décima, objetos especialmente consagrados á mejorar la condicion física y moral de las diversas poblaciones. Así todo se encuentra reunido en este inmenso círculo: el carbon que alimenta la fábrica; el hierro de que se construye el instrumento del trabajo; la semilla, de la cual salen los alimentos que nos nutren; la piedra para construir la casa que contra las inclemencias de los elementos nos resguarda; el lino, que amerado, hilado, tejido, nos envuelve en sus blancos lienzos, y sirve así para abrigar, enjugando el sudor, nuestro sueño, como para impulsar, recogiendo el viento, nuestras naves; el bello insecto, que saca de sí esas hebras de seda, con las cuales se componen telas, en cuyos crugientes pliegues se envuelven las mujeres para aumentar su hermosura; las piedras preciosas, talladas, bruñidas, pulimentadas, como para derramar las estrellas del cielo sobre la tierra; los faros que iluminan á los

navegantes en la inmensidad del mar, y les anuncian el escollo que han de evitar y les muestran las esperanzas que han de concebir en sus infinitos derroteros; la máquina de vapor que centuplica las fuerzas y como que acrecienta el movimiento de todas las cosas en sus incalculables carreras; la estátua tallada en el mármol para perfeccionar, con todos los esmaltes del espíritu y con todas las inspiraciones del artista, la forma humana; el órgano mágico, que lanza de sus tubos nuestras oraciones, nuestros himnos, la voz de nuestras congojas y de nuestras victorias, el eco de nuestras aspiraciones y de nuestros amores; el cuadro donde las ideas toman cuerpo, color, vida, donde las pasiones se expresan, donde los dolores humanos se idealizan, donde se vuelve á crear, digámoslo así, todo el universo; escala del trabajo, de ese poderoso agente, que, descendiendo con la lámpara del minero á las entrañas de la tierra y con la campana del buzo al seno del mar, y levantándose con el globo del aereonauta al aire enrarecido de las regiones superiores de la atmósfera y con el lente del astrónomo al espacio infinito donde hormiguean los mundos; ya obrero, ya industrial, ya poeta, ya artista, ha modelado, á fuerza de desvelos, de luchas, de sacrificios, vivificándola con su sudor y con su sangre, una segunda naturaleza que flota en lo infinito, coronada por las luminosas legiones de los mártires, y centelleando el fuego creador de las ideas.

***

Cuando nos aproximamos al palacio, dejando para otro paseo el Parque, lo primero que encontramos en la parte exterior es el círculo de las fondas, de los cafés, de las tabernas. Los franceses, como que están en su casa, han tomado la mayor parte. Además, si Roma es el templo, y Lóndres el almacen, y Florencia el Museo, París es el comedor de la humanidad. Yo creo que no habrá otra po-

blacion en el mundo donde las listas de los platos que se deben comer por una familia acomodada, sean asunto de graves discusiones y de ruidosas polémicas en los periódicos diarios. Hay ya instalada una magnífica taberna inglesa, que es realmente una exposicion de cristalería, presidida por una inglesa rubia, que se parece á la Ofelia de Shakespeare. Lo que fijó mi atencion fué la fonda rusa. Estos rusos son tan poco aficionados á su lengua nacional, que hasta en las conversaciones particulares y privadas entre ellos hablan francés. Pero en cambio son tan aficionados á su cocina nacional, que en el dia primero de la Exposicion, cuando la noche venia á más andar, llenaban su fonda, y brindaban alegremente á la salud de su patria, de la cual, despues de todo, gustan mucho separarse. Los criados llevaban unos pantalones blancos muy limpios, y unos ropones de sedas de varios colores muy raros. Segun su actitud, sobre todo, cuando estaban parados, cualquiera los hubiera tomado por marroquíes. La Alemania del Sur ha instalado sus cervecerías. Yo comprendo que el vino de España caliente un cerebro hasta obligarle á producir las magníficas monstruosidades de Góngora; pero no comprendo que la cerveza engendre los sueños ideales del misterioso Juan Pablo Richter, y la embriaguez fantástica del delirante Hoffmann. Como conservaba recuerdos tan gratos del Rhin azul, de las colinas sembradas de viñas, de la Selva Negra, con sus pintorescos pinos, de las aldeas blancas, ocultas entre el follaje de los olmos, con sus campanarios rematados en cruces plateadas que los rayos del sol bruñen y abrillantan con diamantinos reflejos, me acerqué á la taberna alemana, esperando ver un Fáusto ó una Margarita. Sobre todo, no podia olvidar mi sueño delicioso el recuerdo de una taberna alemana de la capital de Suiza, donde entre el humo de las pipas, y el ruido de los *chopes*, oí aquellos *lieders* cantados por tiroleses, aquellos *lieders*, que á la poesía más idealista y más vaporosa

unen el susurro de los bosques, el murmullo de los rios, el resonar de las montañas, y el gorgeo de los sencillos pájaros, cuando no el grito audaz de las águilas alpestres. Sin embargo, en las tabernas alemanas solo encontré mozos á la francesa, con su traje negro, su delantal blanco, y su zapato de charol descotado. ¿Y eran estos, decia yo, los ejemplares de todas las razas que íbamos á tener en la Exposicion? No habia visto en todo el dia más que fracs negros, y los vistosos vestidos de las señoras copiados de los figurines que se pintan en el palacio de las modistas del Boulevard Montmartre. Si algo cortaba esta monocromía era algun uniforme inglés ó prusiano, algun casquete turco, de esos turcos que se han desceñido de su antiguo traje, y que solo han conservado el gorro, como para decir al mundo, que si aun los tiene Mahoma, los tiene como cogidos por los cabellos. Pero en esto oigo una música de guitarras, panderas, rabeles, castañuelas, dulzainas y chirimías. La sangre se me agolpó al corazon, me latian fuertemente las sienes, y me creí en España, en Andalucía, á las orillas de los amados rios, sobre el suelo sacratísimo donde reposan las cenizas de mis padres, y donde yo deseo que me sea concedido dormir el sueño de la muerte al lado de todo cuanto he querido y he respetado sobre la faz de la tierra. En esto resonó una cancion seguida y acompañada como de gritos agudos y desgarradores. Yo no entendia la letra; pero aquella larga cadencia, aquella sencilla melodía acusaban las canciones de mi patria. Buscando la poesía del Norte, encontraba mi poesía propia, la patria de mi alma, el Mediodía. Las voces salian del encantado palacio que ha levantado Túnez. Los árabes africanos, vestidos pintorescamente, cantaban como cantaron sus padres. Al verme entrar, debieron conocer, en el color de la tez, que yo era de su raza, y me distinguieron mucho, y me regalaron con un pocillito de riquísimo café. "Yo, les decia mentalmente, he nacido en las tierras donde llega el aliento del desierto;

donde la palmera de Abderraman ha cimbreado tantos siglos sus palmas saludadas por los poetas en tristes elegías; donde la Torre del Oro refleja sus gallardos minaretes en las aguas del celeste rio; donde la aljama de Occidente extiende sus bosques de columnas y la Alambra levanta en bosques de laureles, entre las breñas volcánicas de Sierra Elvira y los eternos ventisqueros de Sierra Nevada, sus miradores cincelados por las huríes, tierra querida en que los griegos soñaron hallarse sus Elíseos y los árabes encontraron el Eden prometido por el Profeta; y donde los cristianos hubieran puesto su Paraíso si no lo buscaran en el cielo."

***

¿Y será posible que no os diga ni una palabra de lo que me pareció el conjunto de la Exposicion? Es difícil, casi imposible, formar una idea precisa en aquel inmenso caos del primer dia. Todo estaba aun amontonado, todo á medio arreglar, si se exceptúa la Exposicion inglesa. La magnífica galería de las máquinas me pareció la mejor provista. En cristalería, á pesar de las magnificencias inglesas y francesas, Bohemia conserva su antigua reputacion. En cerámica, en loza, no puede dudarse ni un momento que Prusia se lleva la palma. En muebles de utilidad, en instrumentos de trabajo, en artefactos sencillos y elegantes, como en prodigios de mecánica, sobresale Inglaterra. El lujo del hogar, los candelabros soberbios, las péndulas de grande aparato, las tapicerías riquísimas, las estátuas que podíamos llamar de rinconera, pertenecen de derecho á Francia, sin que nadie pueda disputarle su preminencia. Rusia ha presentado objetos muy raros, y Baviera pinturas muy bellas. La Italia es la nacion escultórica por excelencia, la nacion de las artes plásticas, la nacion que sostiene todavía en sus manos el cincel con que Grecia modeló

una nueva humanidad para la libertad y para el arte. Al entrar en una galería pompeyana, admirablemente pintada y llena de estátuas que irradian de sus mármoles incomparables la inspiracion y la vida, grita uno como los compañeros de Eneas: "Italia, Italia, eterno hogar de la inspiracion, eterno santuario de las artes." En pintura, creo que se ciñe la corona del triunfo sobre todos los pueblos de la tierra nuestra amada España. Despues de un solo paseo no se puede decidir de plano. Aventuraria mucho si dijese que estos son mis juicios; son mis impresiones.

XIV.

UN PASEO POR EL PARQUE DE LA EXPOSICION.

Muchas veces, cuando entrais en el campo de Marte, la multitud inmensa que al Palacio se encamina, os obliga á buscar un poco de esparcimiento en el jardin, donde caprichosamente se elevan ejemplares de todos los edificios de la tierra pertenecientes á todos los géneros de arquitectura. Y no solamente se encuentran edificios que, en pequeñas proporciones, recuerdan grandes monumentos, sino chozas, tiendas, cabañas, fábricas, columnas, estátuas, esparcido todo en agradable desórden. Ya la fuente lanza á los aires sus cristalinos surtidores, que caen susurrantes y despidiendo menudas gotas cuyo rocío esmalta las vecinas plantas; ya de una iglesia protestante se exhala severa y mística salmodia; ya el Círculo Internacional deja escapar de sus muros los armoniosos acordes de su incomparable orquesta alemana; ya el campanario erigido en la seccion francesa, y como un gran piano acordado, compone una de esas sinfonías metálicas que trasladan en sus alas nuestra inquieta imaginacion á las orillas del Rhin; ya los árabes del Café tunecino recitan, más que entonan, una de esas tristes canturias, semejantes á nuestras playeras, canturias á cuyos ecos veis pasar delante de los ojos, ceñidas con sus diademas de leyendas, la Aljama de Córdoba ó la Alhambra de Granada, como si una hurí la dibujara en los aires. Yo muchas veces voy errante, al acaso, por este maravilloso

parque, especie de Valle de Josafat, donde han venido todas las civilizaciones á dar estrecha cuenta de sus trabajos á un juez inflexible, á la razon humana. Me agrada el imprevisto encuentro con los tipos de tan diversas naciones. Me encanta el cambio brusco, desde la luz brillante despedida por el Panorama del Istmo de Suez, hasta las húmedas tinieblas de las Catacumbas de Roma.

¿Quién me llama desde ese inmenso kiosco alzado á la derecha del Puente de Jena, en la magnífica seccion reservada á Inglaterra? Es un sacerdote protestante. Reparte Biblias, Evangelios en todas las lenguas conocidas, y muy especialmente en esa lengua española, tan rebelde al espíritu protestante. Yo, aun á riesgo de una excomunion, tomo el libro, y leo algunos versículos de San Lúcas en la admirable traduccion de Valera. Suena armoniosamente la lengua pátria en mi oido, y aquel espíritu evangélico, de menosprecio á las riquezas y de separacion de las cosas del mundo, contrasta admirablemente con la fiebre del trabajo, con las maravillas de la industria, con la lucha enorme en que todas las razas civilizadas se han empeñado para hermosear, dulcificar, alegrar, este tristísimo valle de lágrimas.

Mas el espíritu no puede por mucho tiempo detenerse en un punto. Me he inclinado un poco hácia la izquierda, y despreciando el templo mejicano, que parece, segun el carton empleado en él, una decoracion de la Opera cómica, desde la tienda de Biblias protestantes, he dado casi de bruces con una mezquita turca. Está muy léjos de ser tan grandiosa como nuestra catedral de Córdoba, ni tan artística como nuestra Santa María la Blanca, de Toledo. No sé la causa; pero los edificios árabes son los que me recuerdan con más viveza la ausente pátria. Es, sin duda, porque ninguna nacion europea tiene en la corona de su arquitectura esa hoja oriental cuyo relieve y cuya gracia tanto esmalta la corona de nuestras artes. Alemania y Francia lle-

van lo que podríamos llamar sus tiaras; sus torres góticas. Alguna variedad ha llevado en Francia á esta arquitectura de la Edad Media el espíritu del Renacimiento que personifican Lescot y Goujon, y el ordenado y acompasadísimo gusto de la córte de Luis XIV. Pero no hay ningun pueblo en Europa que ofrezca reunidos tantos géneros de arquitecturas diversas como España. Prescindamos de las maravillosas ruinas romanas, de los puentes, como el de Alcántara; de los arcos, como el de Mérida; de los acueductos, como el de Segovia; prescindamos de esos preciosísimos monumentos románicos, como las ermitas levantadas en los desfiladeros de Astúrias ó de esos severos monumentos bizantinos, como la basílica de San Isidoro de Leon: en ninguna parte se pueden ver más claramente deslindados los tres momentos principales de la arquitectura gótica, desde que se emancipa del bizantino hasta que se confunde, abriendo cada vez más sus arcos ogivales, con el Renacimiento; en ninguna parte se puede estudiar el género árabe-sirio, como en Toledo: el árabe cordobés lleno de explendores que no ha conocido el Oriente mismo, como en la grande Aljama de Occidente, á cuyos piés se desliza el rio que acompaña las canciones de amor, y que mece la cuna de los pintores y de los poetas; el árabe civil, el árabe de los palacios, como en el Alcázar de Sevilla, como en ese nido de amores de la Alhambra, á cuya sombra se reunen el Darro y el Genil, á cuyo lado exhala, como un eterno pebetero, sus aromas el Generalife, á cuya frente se levantan, como un bruñido espejo de plata puesto allí por Dios, para que se contemplen, las Torres Sultanas ocultas entre los álamos y la yedra, y los jazmines, eternamente lloradas por los árabes, que serian capaces de cambiarlas por el Nilo y por el Bósforo, no tan queridos como la Granada de los zegríes y de los abencerrajes.

Entremos en la Mezquita. Es pequeña, y por el arte con que se halla dispuesta, parece grande. Sus colores son vi-

vos, de esa riqueza de luz que llevan recogida en sus ojos, minas profundas de tonos y de matices, los pueblos meridionales. En el centro se vé una especie de púlpito donde sube el santero á decir sus oraciones. A un lado, la tribuna reservada al jefe de los creyentes. En este sitio encontré un francés que daba muestras de maravillado. Pertenezco al número de aquellos que tienen casi siempre los lábios abiertos para dejar paso á las emociones del corazon.—"Esto os maravilla,—le dije. ¡Si viérais la capilla, vulgarmente llamada del Zancarron en Córdoba! ¡Si viérais sus colores, sus esmaltes, sus embutidos de marfil, sus hojas de un verde tan vivo como el que puede dar el pincel de la Naturaleza en Mayo á los campos!" "En verdad es admirable este pueblo, y en España teneis miles de testimonios de su grandeza... Pero ¿cómo ha decaido?"—"No podia ménos, le dije. Una idea encierra vida para mucho tiempo, y mientras tiene vida brillan los pueblos, que de ella se alimentan como los campos regados por una fuente. Pero haced esa idea única, exclusiva; elevadla á la categoría de una ortodoxia intransigente; ahogad toda razon que la discuta; destruid todo pensamiento que de ella se aparte; servidla con un culto exclusivo é intolerante, y al poco tiempo tendreis muerta la conciencia del pueblo que ha caido en tales errores de conciencia y en tales faltas de conducta. La vida de los pueblos se explica siempre por alguna razon metafísica. Dadme la rueda de un reloj inglés, y yo os diré la razon de que esa rueda sea perfecta. Yo sé por qué el campesino suizo talla tan admirablemente en figuras preciosas la madera de sus bosques. Yo sé por qué hay una diferencia tan grande entre la industria prusiana y la industria marroquí. Todo se explica, todo, por la metafísica. Donde el hombre es un gusano, donde el fatalismo es un dogma, donde el pensamiento es una rebelion, donde la ciencia es un comentario de palabras infalibles, donde la razon no es libre, viene pronto, muy prcnto, la lepra cancerosa de la

barbarie á devorar hasta el alma.» Despues de este diálogo, entré en el templo egipcio, lleno de símbolos antiguos, de pinturas simbólicas, de esas estátuas que tienen la rigidez de la muerte, y que, sin embargo, representan la idea de la inmortalidad. El Egipto ha sido resucitado en nuestro siglo. Herodoto y Platon, que tanto le consultaron, no pudieron comprenderlo. Hay al lado del templo una estátua que no pude contemplar sin religiosa emocion. Sobre la cabeza de una esfinge está el pié de un hombre vestido con el sencillo y prosáico traje de fines del pasado siglo. Este hombre es Champollion-Figeac. Pertenece á la gran legion de sábios que acompañaron á Bonaparte á Egipto. El conquistador ha pasado por aquellos arenales como una tempestad abrasadora. Sus obras más brillantes puede decirse que son sus matanzas, y las pestes que esas matanzanzas han disuelto en aires envenenados por el aliento de la conquista y de la muerte, Pero el sábio ha estudiado la civilizacion egipcia, ha leido sus geroglíficos, y ha hecho hablar á sus mómias, arrancando de sus lábios un soplo de vida para encender grandes verdades que iluminen la misteriosa corriente de los tiempos.

Desde este sitio de lo pasado me trasladé á lo que debia llamar un sitio de lo porvenir; desde el templo egipcio al Istmo de Suez. Es el mismo lugar que escuchó los cánticos de libertad de Moyses. El mar brilla como una plancha de acero. Las montañas lejanas tienen ese color de turquesa y ópalo que la atmósfera del Mediodía extiende como una preciosísima gasa sobre todos los objetos, y especialmente sobre las grandes alturas. La ilusion es completa. Se vé el Africa, y en lontananza las montañas asiáticas, los misteriosos altares donde se reveló por vez primera al mundo la idea que todavía es la base de la historia, la idea de la unidad de Dios. ¡Grandiosa obra la apertura del Istmo de Suez! Los trabajos de Hércules, que comunicó en el estrecho de Calpe el Océano con el Mediterráneo, esos trabajos

fabulosos se renuevan por medio de la asociacion de los capitales en el siglo presente. Dos mares van á confundirse. Dos regiones que una lengua de tierra separa con obstáculos insuperables van á acercarse. La Europa podrá interrogar la cuna de sus razas, los templos donde brotaron las ideas que le parecen más originariamente suyas, y llevar á la cuna del mundo el soplo de su libertad.

Salgo de aquí, y aun no he dejado de ver maravillas orientales. El palacio tunecino me atrae con sus cúpulas doradas, sus patios de arcos de herradura, sus fuentes de mármol blanco, sus techumbres de carmin y oro, sus misteriosas salas donde los cogines de sedas convidan al reposo, y el humo que del pebetero de ámbar se levanta á los poéticos y voluptuosos ensueños del Oriente. Pero todavía no está aquí todo el Oriente. Los ingleses han levantado un antiguo templo indio el cual tiene ya toda la gracia de los templos, sus hijos, que la raza aria ha de levantar en las orillas del Egeo. Los egipcios han levantado una casa donde trabajan varios obreros orientales. Envueltos los unos en sus mantos de un color verde oscuro, y los otros en sus mantos de lino blanco, ceñidas las cabezas de todos por los turbantes de mil caprichosas formas, componen grupos de un colorido admirable. En sus rostros se pinta esa meditacion profunda que es el carácter distintivo de la raza semítica absorta en la idea de Dios, y despreciativa de las maravillas de la creacion que no son á sus ojos sino sombras; y todavía más despreciativa de las maravillas de la industria, pequeñas obras de los hombres. Trabajan con sin igual indolencia. Los unos bordan, los otros hacen joyas, los otros forjan; pero todos toman el trabajo con cierto aristocrático menosprecio, como si les parecieran baladíes todas las cosas que no tienen un carácter de espiritualismo y de religiosidad permanente. Pero, mientras recorro este trayecto, observo, y en mi cartera de viaje escribo estos ligeros apuntes, el tiempo me corta el hilo, el reloj suena las seis de la

tarde, los edificios se cierran, y yo me voy pensando en qué nueva sávia, de nosotros hoy desconocida, podrá traer á la sociedad esta pasagera fusion del espíritu de cien pueblos.

XV.

GALERIA DE TRABAJOS MANUALES.

Esta es la misma galería de las máquinas. Solamente que en sus fuertes muros, á un lado y otro, se hallan los productos de tan maravillosa seccion. Dar de ella una idea general es casi imposible. Baste decir que sigue la misma clasificacion de las máquinas. Los objetos que las máquinas producen, son expuestos al pié de estos grandiosos muros de su galería, atravesando la gran puerta de honor. Comenzamos siempre por Francia, que á la izquierda abre el círculo, y concluimos por la Gran Bretaña, que lo cierra completamente á la derecha. Desde luego vemos junto á escudos que representan con hierro, bronce, laton, la heráldica del trabajo, pirámides inmensas de esos cables que sirven para amarrar la nave al puerto. Si pudiéramos seguir la historia de esos hilos desde que son semilla hasta que son planta, desde que son planta en el campo, hasta que pasan por los dientes de los cilindros y las ruedas de las máquinas para convertirse en cuerdas, en maromas, en cables; y luego pudiéramos contar la lucha que sostienen con las olas, con el huracan, con la tempestad para disputarles la nave, habíamos de ver con qué sencillas cadenas tenemos amarrada á nuestros piés esa fiera naturaleza que siempre nos está amamantando á sus pechos con la vida, y persiguiéndonos siempre con la muerte. Junto á las maromas vimos unos sencillos aparatos, cuyo objeto es iluminar por el gas por-

tátil los caminos de hierro, y resolver así dos grandes dificultades; abaratar la iluminacion de los trenes y hacerla vivísima y expléndida.

Siguen luego inmensos planos, donde se encuentran, con toda precision matemática, trazados los principales criaderos de carbon de piedra en Francia. La geografía no se contenta con delinear los continentes, con trazar los mares, con inscribir los nombres de las ciudades y señalar las islas; quiere dar planos y vistas del mundo que lleva en sus entrañas las tierras, de esos bosques de carbon que fueron el orgullo un dia de la gran época vegetativa del planeta, cuando el calor y la humedad de consuno producian esos gigantes vegetales, con cuyas ruinas alimentamos hoy nuestros barcos y nuestras locomotoras. Al pié de estos planos se ostentan unos ladrillos refractarios, propios para los altos hornos donde se han de operar esas fundiciones que por algunos momentos convierten verdaderamente en cera los minerales. A esto siguen todos los planos y todos los instrumentos de agricultura. Hay grandes grabados representando los diversos cultivos que se dan á las tierras. Hay máquinas sencillas que van consiguiendo el sustituir al trabajo humano el trabajo mecánico, para sacar la vida del fondo de la tierra. Hay medios de aliar la industria con la agricultura, de acercar el trabajador del taller al campo, para que su alma y su salud se mejoren; y de acercar el trabajador agrícola al taller, para que se robustezca su inteligencia. El menestral ha de saber que necesita del campo para su vida, como del aire para sus pulmones; y el labrador ha de saber que necesita para sus campos más de las fuerzas de las máquinas que de las fuerzas del jornalero.

A este sigue un ramo de industria que en lo porvenir ha de dar incalculables resultados; la piscicultura. Nosotros sabemos que la lluvia más fecunda para el campo es el sudor del trabajador. Así cultivamos con esmero el mundo

vegetal, que nos da en cambio el espirituoso vino y el blanco pan. Sabemos que los cuadrúpedos necesarios para auxiliarnos en la obra de domar el planeta y de sostenernos sobre él, han menester de nuestros cuidados, y se los prodigamos al caballo, al buey, al carnero, etc. Sabemos que las aves mismas se reproducen con nuestros cuidados más rápida, más prodigiosamente, y recogemos y cuidamos todas aquellas que nos sirven de alimento. Y no hay acaso centro de vida en toda la creacion como el mar. Ese pez silencioso que nada en los abismos, se reproduce por millones de millones, y ora fresco, ora salado, ora ahumado y seco, sirve á su vez para alimentar millones de criaturas humanas. Ese molusco que crece sobre una roca y que parece un poco de piedra animada, es, vivo, sin más condimento que la salada agua contenida en su concha, uno de los manjares al paladar agradables. Pues bien; el mar y sus esponjosas rocas no merecen nuestro cultivo. No hacemos por un salmon lo que hacemos por una zanahoria. Le sacamos vida al mar, le agotamos y nada le devolvemos en cambio, rompiendo así la ley misteriosa que nos manda vivificar todo lo que nos vivifica. El mundo ha de encontrar el cultivo de las aguas como ha encontrado el cultivo de la tierra. He dicho muy mal diciendo que el mundo ha de encontrar; el mundo ha encontrado el cultivo de las aguas. Un pobre pescador de la region de los Vosgos, llamados Remy, ha ejercido sus experiencias sobre las truchas, pasando los pálidos dias y las oscuras noches de Noviembre, tendido sobre la yerba para mirar las operaciones de la fecundacion. Y ha encontrado medios de ayudar á parir á los pobres animales, de sacarles los huevecillos como se ordeñan las vacas. Y ha puesto esos huevos en cajones que les eviten el perderse como se pierden por la crecida de las corrientes ó por la crueldad de las heladas. Y los alimenta artificialmente tambien. De suerte, que su penetrante mirada intelectual ha sido como un microscopio para sorprender los

misterios de la generacion de los peces. Así es, que en la Exposicion se hallan infinitos instrumentos, cajas, botellas, todo consagrado á la piscicultura. La industria está aún en mantillas, porque no se exporta sino por un medio millon de francos anual. Pero promete indudablemente grandes ventajas para el porvenir. Tambien se han dado algunas regiones de Bretaña á la ostricultura, que puede llegar con el tiempo á poner al nivel de todas las fortunas esas ricas ostras que hoy parecen reservadas á las fortunas aristocráticas. Mr. Rimbaud de Tolon ha presentado un excelente folleto sobre la triste esterilidad que van teniendo las aguas del mar, con especialidad las aguas del Mediterráneo, y sobre los diversos medios de remediar este mal. Mr. Dubois, de Nantes, ha presentado aparatos flotantes para la pesca de la sardina, que son excelentes colectores de este riquísimo pescado; y globos luminosos para deslumbrarlos en el seno mismo de las aguas. La industria, pues, se promete vivificar las aguas de los rios y las aguas de los mares como si fueran tierras de labor.

Bien es verdad que la mecánica lo cree todo posible á su fuerza. Un industrial de París ha inventado lo que llaman espejo eléctrico para cazar las alondras. Estos pajarillos son los amantes de la luz. Su amor al dia ha sido popularizado por la dulce Julieta de Shakespeare en aquel diálogo inmortal con Romeo, sobre si el canto de un pájaro que se oye, y que viene á interrumpir el éxtasis del amor, es el canto del ruiseñor, el canto de la noche, ó el canto de la alondra, el canto de la mañana. Naturalmente la alondra es muy difícil á las asechanzas de la caza, porque la alondra vuela mucho, impulsada por el misterioso deseo que la lleva á buscar el sol más allá todavía de las altas cimas de los montes. Para cazar á la alondra hay que engañarla con la luz. El pobre animalito irá corriendo desalado allá donde vea un reflejo, un matiz del ether querido en el cual se dilata su pupila, y al cual consagra el senci-

llo, pero entusiasta *spiccatto* de sus cánticos. El hombre sabe engañar hasta con la luz, hasta con ese agente que se ha exparcido por la creacion para exclarecer, para alumbrar, para mostrar la verdad. Un espejo de diversas facetas, de varias aristas, que dé á la luz sus matices, colocado bajo la copa de los árboles, sobre la yerba, á orillas del arroyo; por fuerza ha de aparecer á los ojos de la alondra como un enjambre de estrellas, como un rocío de soles, y ha de ir precisamente á bañar allí sus alas. Para deslumbrarla más, el espejo se ha de mover. Al acercarse á él, naturalmente se pone á tiro de fusil del cazador emboscado en el ramaje. Y la pobre alondra encuentra la muerte donde la suelen todos los héroes y todos los mártires encontrar; en su propio amor, en su entusiasmo, en su fe. El espejo para cazar alondras se movia antes por un hilo que el cazador llevaba en sus manos. Visto el hilo, espantábase el pájaro y huia. Despues se movia con una máquina de reloj. El ruido de la máquina producia en el nervioso bichillo el mismo efecto que el hilo; servia para ahuyentarlo. M. Pascalis ha inventado el medio de mover sin el ruido de la máquina y sin la vista del hilo el espejo, por medio de la electricidad. ¿Qué alondra no ha de creer que aquel foco de luz brillantísima que en el campo se mueve como las estrellas en el cielo, no es nuevo sol? Irá á buscarlo y encontrará la muerte. Hay tambien pescadores mecánicos, consistentes en una gran caja que se fija á las orillas de los rios ó del mar, en los buques y en las barcas, y que tienen cogidos los anzuelos de un cilindro, el cual se mueve en cuanto el pez muerde su cebo. Hay tambien un gran cazador mecánico para reptiles y aun para animales carniceros. De una caja que puede ocultarse profundamente en la tierra, sale un anzuelo en cuyo término se pone un pedazo de carne fresca ú otro cebo atractivo para el animal que se quiere cazar. Inmediatamente que el animal muerde el cebo, el anzuelo se abre en tres grandes cuchillos que le

despedazan toda la boca y la garganta, y aun la cabeza, dejándolo sin vida en esta formidable trampa. Pues aun hay más; hay una máquina permanente de coger ratones, máquina que cede cuando el raton entra, y que se vuelve á abrir en cuanto el raton ha entrado. Para construir estas máquinas permanentes de cojer ratones, se emplean cuarenta trabajadores, y otra máquina de vapor de la fuerza de diez caballos. Los ratones suelen ser una plaga tan grande, que el antiguo Egipto ponia entre sus dioses principales á los gatos. Asi cuando un gato se moria, el egipcio se afeitaba una ceja en señal de dolor.

Junto á estos objetos de mecánica hay una maquinilla de grabar tarjetas que puede dar cien veces repetido vuestro nombre, cinco minutos antes de emprender un paseo de cien visitas. Pero lo que más llamó en este punto de la Exposicion mi curiosidad, fué una máquina de coser al vapor. Siempre he admirado la paciencia que necesita la mujer, ese bellísimo sér, tan nervioso como un pájaro, para pespuntear, para hilvanar, en fin, para todos los oficios de la aguja. La máquina de coser ha venido á quitar en gran parte esta fatiga. Pero todavía queda el esfuerzo costosísimo de mover con el pié la maquinita. Para templarlo, ha venido en auxilio de la máquina de coser el vapor, ese elemento que parece destinado solo á los barcos, á las locomotoras, y que, sin embargo, mueve coquetamente todos estos juguetes; sí, juguetes en apariencia por su pequeñez, por su gracia, por su sencilla construccion, por su elegante maqueado; y en realidad, redentores de la parte más débil, más hermosa y más desgraciada del género humano, de la mujer, á cuyo bien ha de contribuir, quizá en primer término, la industria, ese auxiliar de toda democracia. No soñamos, no, cuando decimos que el trabajo ha de traer, en período más ó ménos largo, la redencion universal.

XVI.

UNA OJEADA A ESPAÑA EN LA EXPOSICION DE PARÍS.

¡La patria! En todos los tiempos, y para todas las generaciones, ha sido sagrado este dulcísimo nombre de patria. Podemos creer que nuestra vida se dilata desde el principio al fin de la historia; que nuestro hogar es todo el planeta; que nuestros hermanos son todos los hombres; que la madre de nuestro cuerpo es la naturaleza de donde venimos y á donde vamos en el círculo de la vida y de la muerte; que la madre inmortal de nuestro espíritu es la humanidad, de la cual bajan las almas individuales en una emanacion contínua, como los rayos luminosos bajan del sol; que no hay sino un solo Dios para la conciencia y un solo derecho para la sociedad; que todos nos movemos, respiramos, vivimos en la unidad superior del universo, del cual somos parte integrante como cada ser; y sin embargo, no por eso amaremos ménos el pedazo de tierra donde vertimos la primera lágrima, y el pedazo de cielo donde vislumbramos la primera luz. Vulgaridad insigne, pero vulgaridad sublime, el amor sagrado de la patria. La amamos con el más ciego y el más constante de todos los amores, con el amor propio. Nos parece que hay algo de sus átomos en nuestros huesos, y algo de la sávia de sus plantas en nuestra sangre, y algo de su carácter en nues-

tras facultades morales, y algo de su calor en nuestra vida, y algo del corazon de nuestras madres en las entrañas de su tierra; y que habrá compasion en su polvo para nuestras cenizas en el dia solemne en que vayamos á pedirle el eterno asilo de la muerte. Jamás nos ha parecido ningun horizonte, ningun cielo tan atractivo como aquel horizonte y aquel cielo por donde vagaba como una mariposa en la infancia nuestra alma con las frágiles alas teñidas del tornasol de todas las ilusiones, y de todas las esperanzas. Jamás nuestro conocimiento de la vida ha valido lo que valian los engaños de la inocencia. Jamás ha tenido ninguna de nuestras pasiones el casto y vívido calor que tenia el nido primero de nuestros primeros amores. Jamás la campana de una catedral gótica, cuyas agujas frisaráu con el cielo, ha podido despertar en el alma una oracion tan llena de fe como aquella campana de nuestro rústico valle, cuando al caer las sombras de los altos montes, al replegarse las aves en el follaje, y desplegarse las estrellas en los cielos, tocaba desde el torreon de la humilde Iglesia el Ave-María. Hemos visitado despues las mayores ciudades del mundo; hemos contemplado desde la raíz á la cima de las altas montañas coronadas de nieves; hemos atravesado bosques, cuyos árboles seculares, son contemporáneos de los primeros dias de la historia moderna; hemos escuchado el fragor de rios caudalosos, precipitándose entre las quebradas de toscos peñascos en espumosa catarata; hemos asistido á gran parte de los más magníficos espectáculos que ha ofrecido esta soberbia Europa, y no recordamos ninguna emocion en ningun punto de la sociedad, en ninguna region del espacio, en ninguna esfera del arte que pueda compararse con aquellas emociones vírgenes que dejaba en nuestro corazon el mundo, cuando el mundo se aparecia desconocido, misterioso como una flor llena de miel, sobre cuyo cáliz cantaban los coros de las aves, á los ojos de la infancia. ¡Tierra, tierra pa-

tria! Tú serás siempre sagrada, porque tú estás ungida con las lágrimas de nuestras madres.

***

Pero el amor patrio no se limita al suelo donde nacimos. No es el hombre como el vegetal, cuyas raíces viven del jugo de la tierra en que nace. La patria no es solamente el hogar, no es solamente el pueblo natal, es tambien la nacion. Esa sociedad, que rios, ó mares, ó montañas limitan y á veces una línea imaginaria; esa sociedad que se ha formado como las tierras de aluvion por las aglomeraciones de provincias traidas en las corrientes de los tiempos; esa sociedad que ha dado á sus hijos, ó una sola lengua ó lenguas análogas en diversos dialectos; esa sociedad que, sobre todo, ha tenido casi una misma suerte en la sucesion de los tiempos; y que á pesar de las guerras, de las divisiones arbitrarias, de las herencias, de los traspasos, de las conquistas ha sabido conservar un solo espíritu, en el cual viven como en su atmósfera natural, tantos y tantos hombres; esa sociedad, la nacion, en una palabra, es tambien nuestra patria. Nadie puede negar el carácter nacional. Francia, Inglaterra, Italia, España, han sido formadas por galos, francos, pictos, sajones, normandos, vándalos, alanos, suecos, godos, iberos, celtas, celtíberos, latinos; y sin embargo, de todas estas razas ha nacido la sociedad, el amor á los viajes, el dominio sobre los mares, el génio emprendedor, el culto á la ley y á la libertad que distingue á los ingleses; la gracia, la ligereza, la elocuencia, la voluntariedad, la elegante ligereza, el génio comunicativo y esencialmente propagador que distingue á los franceses; el talento político, la refinada astucia, la inspiracion inagotable, el culto á las artes que distingue á los italianos; la gravedad, la indómita constancia, el culto al hogar de la familia y al hogar de la patria, el génio caballeresco

que distingue á los españoles; cualidades todas que forman, al través de las variaciones de los tiempos y de su incesante oleaje, el fondo esencialmente uno del espíritu nacional, la vida una esencialmente de los pueblos. Es muy difícil matar una nacion. El Norte nos ofrece de ello un grande ejemplo. Polonia vivia separada en razas; combatida interiormente por una secular anarquía, consecuencia natural de sus instituciones; y en hora nefasta, creyéndola muerta, se la dividieron en pedazos tres grandes imperios, que se han empeñado en unir las regiones de la nacion desmembrada á otros países más fuertes; en dispersar y separar á sus hijos; en arrancar del recuerdo la antigua historia, de los labios la antigua lengua, y del suelo hasta las antiguas iglesias donde se conservaba el espíritu de la fe, y los viejos sepulcros donde se conservaba el espíritu de las pasadas generaciones; y á pesar de esos sacrificios en masa; á pesar de esos destierros á Siberia, que recuerdan los destierros de Israel; á pesar de tantos horrores sobre el cadáver de la nacion hecha pedazos, vive eternamente su espíritu, el cual envia á sus hijos, legiones enteras de desterrados y de mártires, el amor nunca extinguindo de la patria. Y aun vive Polonia.

***

¡España, España! Confieso que no puedo escribir este nombre sin una emocion profundísima, emocion que llega hasta lo más hondo y lo más íntimo de mi espíritu. Amamos siempre á nuestro país; pero lo amamos mucho más desde lejos. Cuando veo este cielo siempre oscuro, y este suelo siempre humedecido por la lluvia, siento la nolstalgia infinita por aquel cielo siempre azul y por aquel suelo siempre abrasado. Para los hebreos la tierra prometida era la volcánica y árida Palestina. Para mí la tierra prometida, al ménos á mis huesos, la tierra del descanso eterno y del sueño eterno es mi España. Separado de ella contra mi vo-

luntad, tal vez para siempre, la llevo guardada en mi alma, como lleva el amante desconsolado la sombra de su amada muerta. España constituye una grande nacionalidad, que tiene una de las más espléndidas historias. Yo no llevaré mi amor patrio hasta el punto de creer que ha servido siempre España la causa de la civilizacion. Sé muy bien cuántas veces se ha opuesto á los progresos humanos. Sé muy bien cuántas luchas ha sostenido en los campos de batalla por ídolos caidos, por ideas muertas. He contado el número de lós castigos que Dios le ha infligido, por el número de eslabones de las cadenas que mi patria ha forjado. Pero si algun dia hubiera un Josafat de las naciones; si llamaran á los pueblos á rendir cuenta de su vida en un juicio universal, al presentarse España con la deslumbrante corona que le han ceñido sus artistas; con el escudo que forjó para la Europa cristiana en la guerra de setecientos años; con batallas continentales como las Navas, donde fueron vencidos los crueles almohades, que, semejantes al soplo abrasador del desierto, se dirigian á extinguir la luz del cristianismo; con batallas marítimas como Lepanto, donde fueron vencidos los turcos que se dirigian á sembrar el venenoso fatalismo por las orillas del Mediterráneo, el mar de la civilizacion; con descubrimientos como el de América, que arrancó su secreto al Océano y dobló la tierra; con protestas como la escrita contra la desmembracion de Polonia y esfuerzos como los hechos por la inmortal obra de Washingthon; con sacrificios como el gloriosísimo de la guerra de la Independencia, el cual invocan en sus horas de angustia todos los pueblos oprimidos cuando pelean por sus hogares y por su patria; bien merecia ser anotada en el libro de los juicios eternos como uno de los pueblos que más han cooperado á la obra divina de la segunda naturaleza, á la obra divina de la civilizacion universal.

***

Pero es indudable; España ha atravesado, atraviesa todavía una larga decadencia. La funesta política de la casa de Austria dió estas tristes, pero inevitables consecuencias, porque la idea es la semilla de los hechos. Fuímos la nacion guerrera y cenobita. Comenzamos por expulsar á los judíos, que eran nuestros primeros industriales. Seguimos quemando en las hogueras de la Inquisicion á los grandes pensadores que nos señalaban nuevos derroteros en la vida y nos mostraban nuevas ideas en la conciencia. Concluimos por expulsar horriblemente á los moriscos, qué eran nuestros grandes agricultores y que hubieran concluido por ser grandes ciudadanos. Arrojamos los instrumentos del trabajo para tomar los instrumentos de la guerra. En todos los campos de batalla del mundo dejábamos nuestros huesos en holocausto á causas que nada nos importaban. Por el oro de América abandonamos el oro más subido que la agricultura entraña en el fecundo seno de la patria. El trabajo llegó á ser considerado como vileza. El hidalgo preferia la miseria á la industria. Esta palabra, que en todas las lenguas tiene algo de sagrado, en nuestra lengua encierra un sentido como de engaño, como de farsa. La carrera militar consumia la mitad de nuestros brazos, y la carrera eclesiástica consumia la otra mitad. Nos aislamos por la intolerancia del mundo que elaboraba las nuevas ideas. Prohibimos á nuestras colonias comerciar con Holanda y con Inglaterra, las naciones mercantiles por excelencia. La muerte de los municipios sacrificados en Villalar, trajo consigo la muerte de aquellas antiguas férias de la Edad Media, quizá las más ricas del mundo. Y al poco tiempo era nuestra patria un desierto. Solo quedaban, á fines del siglo décimoséptimo, en aquella nacion que no cabia en la tierra, ocho millones de mendigos, al siglo y medio de tantos males y de tantos errores. La amortizacion se comia como una lepra el suelo. La tasa se comia el comercio. Los gremios privilegiados, el trabajo. La reglamentacion toda la actividad,

y el aislamiento toda la vida. No habia España. Nuestro siglo la ha rehecho material y moralmente. Para ello hemos empleado esfuerzos como el esfuerzo de la guerra de la Independencia, y hemos creado sistemas como el sistema constitucional. Pero aun llevamos impreso en la frente el sello de tan larga decadencia. Y aun se conoce en la Exposicion particular que España tiene en la Exposicion universal.

***

Entrando por el jardin central, lo primero que á mano derecha encontramos son várias estátuas de yeso. Hemos sido en la escultura grandes artífices: Berruguete, Felipe de Borgoña, á quien podemos con justo título apropiarnos, Alonso Cano, Montañés, son, á no dudarlo, artistas de primer órden, sin contar todos aquellos que han ocultado sus nombres, y que han dejado una série maravillosa de esculturas sobre las columnas y las portadas de nuestras catedrales. Pero, dicho sea en conciencia, nuestra escultura se halla muy decadente en la hora que corre. Despues de visitar estas esculturas, hay que entrar en la parte de la galería reservada á la historia del trabajo. He sentido aquí una penosísima impresion. Podíamos haber dado altísima muestra de nuestro país en esta seccion del gran certámen. Con haber sacado de nuestras catedrales obras de joyería como no las tiene ningun otro pueblo; de nuestra Armería, aquellos modelos de armas que han sido célebres en todo el mundo desde remotos tiempos; de nuestros Museos, ejemplares de cuadros, desde los de Gallego hasta los de Goya, que hubieran deslumbrado á Europa; del Pardo, aquellos maravillosos tapices; de las casas particulares en Andalucía, por ejemplo, aquella loza en la cual superamos á la misma Italia; hubiera sido esta seccion del Palacio de la Industria la más visitada de todos los peregrinos que acu-

den al maravilloso certámen, y la que más hubiera enseñado sobre el inagotable espíritu de un pueblo que ha tenido en sus manos el cetro de la tierra. Pero algunas magníficas impresiones, armas de los tiempos anteriores á la conquista romana; unos ejemplares reducidos á mínimas proporciones de las maravillosas paredes de la Alhambra; cabezas y piés delicadísimos de estátuas cuyos autores son desconocidos; una escultura y una pintura de Alonso Cano; el arreo del caballo de un Rey moro, y la espada del Cid, no bastan á dar idea de nuestra gloriosa historia del trabajo. Sobre esa espada del Cid habria, en verdad, mucho que decir, muchísimo. No pertenecemos al número de los que niegan la existencia del campeon castellano, de esa grandiosa personalidad, á cuyos piés nace nuestra epopeya primero, y más tarde nuestro gran teatro. El Cid es el Guillermo Tell de España. A su nombre está unida la independencia, y con la independencia la literatura y la libertad de la patria. Aunque Masdeu, aunque Dunhan, conocedores de nuestra historia, hayan querido negar la existencia del Cid, su temido nombre y sus gloriosas hazañas se hallan en las crónicas mismas de nuestros enemigos, escritas bajo el terror inspirado por las victorias del héroe. Pero creer en el Cid no es creer en la autenticidad de su espada. Alrededor de toda gran figura histórica teje la imaginacion popular una leyenda. Todas sus reliquias se acrecientan en ménos de medio siglo. No disputaré, pues, sobre si pertenece ó no á tan remotos tiempos la espada; mas sí diré que es muy difícil de probar su autenticidad. En San Pedro de Cardeña se muestra un sepulcro gótico del Cid. El fraile que lo guarda pretende que se hizo poco despues de la muerte del héroe, y poco despues de la muerte del héroe no se habia aun el gótico introducido en nuestra arquitectura. Cuando íbamos por el patio del convento me enseñó una ventana y me dijo que por allí se habia asomado muchas veces el Cid, y la ventana y todo el edificio eran del siglo décimo-sétimo. Pero dejan-

do aparte estas viejas historias y diciendo que hay una curiosísima série de objetos anteriores á la conquista romana, y unas notabilísimas monedas de nuestro monetario de la Biblioteca Nacional, entremos en la sala de pintura española.

***

Aquí el ánimo reposa, aquí encuentra el arte. Hay en casi todos los cuadros gravedad en los asuntos, correccion en el dibujo, encanto en los contornos, armonía en el colorido, gusto severo en la composicion, y muchas veces verdaderas inspiraciones. El cuadro del *Testamento de Doña Isabel la Católica*, que ha merecido medalla de oro, es un cuadro de verdadero mérito. La Reina agoniza en su lecho; el escribano recoge las últimas palabras de la Reina; el Rey, á la cabecera sentado, muestra viril y resignadísimo dolor; un cardenal, una dama y un paje se agrupan á los piés del lecho, conteniendo los sollozos que les arranca aquel terrible momento, por no interrumpir las últimas palabras de la moribunda; y en el fondo se ven otras figuras de tal manera expresivas, que se dirian pintadas con lágrimas. El cuadro de Rosales tiene excelentes cualidades, y puede decirse que conserva las grandes tradiciones de la escuela de Velazquez. La composicion es magistral. Están las figuras agrupadas con mucho arte. El rostro del monarca y su actitud dolorida son de una realidad maravillosa. Desde la túnica roja del rey, hasta la túnica verde del page que está enfrente, hay gradaciones de color, toques de pincel que unas veces admiran por su sabiduría y otras por su audacia. No tienen los personajes del cuadro esas actitudes melodramáticas que convierten la expresion del dolor en horribles contorsiones, y de las cuales tantos desgraciados ejemplos ofrecen casi todas las escuelas expuestas en el Palacio de la Industria. Todo en ellos es natural; todo tiene la severidad

del carácter español y la solemnidad de la muerte. Dicen algunos descontentadizos que la cara de la Reina está asaz sonrosada para mirar frente á frente el supremo instante. Pero cuenta que el pintor ama con tal culto á la ilustre descubridora del Nuevo Mundo, que ha creido, sin duda, que el ángel capaz de rozar con sus alas aquellos párpados para cerrarlos eternamente, debia tener esas alas de color de rosa. El otro gran cuadro que hay en la Exposicion es el *Desembarco de los Puritanos en América*, debido al pincel de Gisbert, este popular pintor de la libertad. La idea es magnífica. Sobre la árida tierra de las costas, el sacerdote levanta los brazos al cielo para bendecir á Dios, que le ha dejado arribar al asilo de su conciencia, al espacio donde podrá elevar del fondo del alma en alas de la palabra al cielo su religiosa plegaria. En torno de él, un pueblo arrodillado alaba á Dios y reconoce que la verdadera patria del espíritu es la libertad. Hay figuras admirablemente dibujadas, como la del puritano que está en primer término á la izquierda del sacerdote. Por su relieve, por su entonacion, por su colorido, por el admirable dibujo, parece una figura de Velazquez. Aquel no es el defensor del pensamiento puritano; es un español del siglo décimo sétimo que acaba de dejar su arcabuz, todavía caliente de las guerras de Holanda. Es magistral la figura del fondo que se ve al lado del sacerdote. Representa el hombre maduro, con su severo recogimiento; con sus manos plegadas y la cabeza caida sobre el pecho; con sus rodillas en tierra; con sus ojos estáticos, que parecen perdidos en sueños ideales al través de sus párpados; con su larga cabellera rubia, que se desprende sobre los hombros desde una cabeza cuya forma esférica retrata la benevolencia; con su actitud recogida, que revela un alma absorta en las plegarias, un alma poseida de severo misticismo. Hay un anciano que ha dejado caer la blanca cabeza sobre el suelo. No se descubre su faz. Y, sin embargo, detrás de los huesos de aquella admirable

cabeza se ve circular la sangre de una idea. En todo este grupo ha sido felicísimo el pintor. Pero no lo ha sido igualmente en el sacerdote del centro; en el grupo de las mujeres que semejan maniquíes; en el fondo del cuadro, cuyo mar es una decoracion de teatro.

***

Indudablemente la pintura no ha decaido en España. Es un arte, al cual nos ha ayudado siempre, además de la propia inspiracion, que es el númen de las obras artísticas, el color de nuéstros campos, los matices de nuestros cielos y la belleza de nuestras incomparables mujeres, eternos modelos pictóricos. Pero visitando nuestra Exposicion Universal, se ve que los artistas españoles necesitan mayor culto al estudio y los industriales mayor culto al trabajo para vencer el vicio más pernicioso de nuestra raza; la pereza nacional.

XVII.

EL HELENISMO EN LOS CUADROS DE BAVIERA.

La Alemania es indudablemente la tierra de la poesía moderna, la tierra del espiritualismo, la tierra donde el arte ha revestido un carácter mas universal, más humano, asimilándose todos los sentimientos y todas las ideas. Venidos más tarde que los demás pueblos modernos á la vida científica y artística, han venido los alemanes con el signo característico de la madurez intelectual, con la reflexion. Su arte no es tan brillante como el arte de los pueblos del Mediodía, no tiene el sobresaliente relieve, la perfecta forma plástica, el tono y el colorido, la armonía de Grecia, y de las dos naciones hermanas, Italia y España. Pero en cambio de esta falta de cualidades de expresion, tiene un idealismo tan vago, un sentimiento de tal manera profundo y humano, un brillo de pensamiento, aunque velado por las oscuridades de la forma, que el alma siente el deleite suavísimo, inspirado siempre por la contemplacion de las ideas, esa contemplacion tan semejante al éxtasis. Goëthe, el gran pagano, como le llamaban sus contemporáneos, comprendió que el arte debe ser esencialmente plástico; que la forma exige un culto como el que le tributaran un dia los escultores griegos, quienes realizaron la hermosa conjuncion de la idea y de sus manifestaciones en la estátua; ese eterno arquetipo de la perfeccion clásica, serena como una clara noche de luna en las riberas del Mediterrá-

neo eternamente perfumadas por las inspiraciones del genio. Y despertó en toda Alemania el culto de la antigüedad, y fundó la escuela que debia contrariar la resurreccion de la Edad Media intentada por los románticos.

Se necesita subir al siglo décimo sexto para encontrar una lucha tan encarnizada, tan mortal como la que engendraba la diferencia de ideales y de criterio poético en el senc de la Alemania literaria. El fanatismo habia llegado, en unos y otros contendientes, al delirio. Los románticos escribian libros, intentando probar hasta la utilidad del demonio. Los clásicos escribian elegias tristísimas, lamentando la muerte de los dioses, el silencio que la desaparicion de los Faunos habia llevado á los bosques, el frio que se apoderó del mármol antes convertido en algo más bello que la forma humana, desde que no lo animára el cincel de los Fidias y de los heredederos de Fidias. Estudiaron el paganismo, no ya con grande entusiasmo, sino con religioso culto. Creuzer pretendia explicar la religion griega y la historia de sus símbolos por una série de trasformaciones de la religion oriental y de los símbolos panteistas, nacidos en la cuna misma de la humanidad. Müller explicaba la religion griega como un producto espontáneo del carácter de la raza helena, como un fruto de su pensamiento original y propio. Los dioses griegos eran, á sus ojos, nubes de mariposas, enjambres de abejas, coros de ruiseñores que se habian levantado de los bosques de Delfos, de los lentiscos del Hibla y el Himeto, de las islas coronadas de mirto que se miran, eternamente bellas, en las celestes aguas de los mares de Grecia. Los dos eruditos contendian sobre esta cuestion con furor galo y tenacidad germánica. Teología, arqueología, numismática, epigrafía, filología, todas las ciencias les servian de armas. En la historia del mito de Apolo, Müller negó que Apolo hubiera sido nunca el sol. A los pocos dias murió de una insolacion cogida en el templo de Delfos. »Castigo, decia su contendiente, que el Dios le impone por

haberle negado uno de los más bellos atributos de su poder, una de las páginas más brillantes de su historia.» El paganismo parecia resucitar, no solo en sus formas exteriores, en sus delineamientos, como allá en el siglo décimo sexto, sino en su espíritu y en sus ideas. Grecia era como la Helena antigua, arrancada á su lecho, perseguida, profanada, vertiendo de sus lábios la miel de todos los placeres como para atraer á los hombres; pero conservando en el fondo del alma la santa castidad de las verdaderas inspiraciones. El jefe de la escuela clásica habia desposado á Helena en una catedral gótica con el espíritu moderno, y de sus nuevas nupcias acababa de nacer Euphorion, el arte contemporáneo, ese hijo de la luz, con una tempestad de dolores en el corazon, una sonrisa de duda en los lábios, la lira armoniosa en las manos; las formas apolinas en toda su perfecta belleza por figura, la historia toda de la humanidad por vida, lo infinito por eterna inextinguible aspiracion. Puede decirse que en este símbolo del gran poeta moderno se encontraba la estética de la nueva escuela, esa estética á la cual los románticos solo podian oponer los poemas sangrientos ó caballerescos de la Edad Media y los dramas místicos del teatro español.

***

Una de las ciudades donde el romantícismo tuvo, digámoslo así, sus reductos, fué Munich, la capital de Baviera. El poeta de la extrema izquierda hegeliana, aquel racionalista que nació judío, pasó á protestante y concluyó por no tener ninguna religion, ponia un filósofo aleman á la puerta del cielo católico. San Pedro, para dejarle entrar, le encargaba que si las legiones celestes le preguntaban de dónde era, contestase que de Viena ó de Munich, y no se le escapase nunca decir que fuese su patria Berlin. Y, sin embargo, al entrar en la Exposicion de pinturas de Baviera,

se ve que el ideal de Goëthe ha penetrado hasta el fondo de la conciencia en la Alemania católica. Los arquitectos bávaros reproducen los edificios de la antigua Atenas y los condecoran con nombres griegos, como Glipoteca y Propileos. El primero encierra un compendio del desarrollo de las artes plásticas en Grecia, donde el escultor y el dibujante puedan contemplar con éxtasis la perfeccion absoluta de la forma. En los Propileos, Cornelio ha resucitado con su pincel, mojado en los abundantes colores que tiene esa paleta inmortal de toda pintura, esa nacion-escuela llamada Italia; ha resucitado la ninfa que canta en el arroyo, la nereida que palpita en el mar, el fauno que corre á través de los bosques y de los cañaverales, el génio que dora las estrellas del firmamento, la aurora que abre con sus rosados dedos las puertas del Oriente á la luz; Endimion, besado en sueños por el casto reflejo de la luna; la diosa Iris, que tiende su arco de siete colores sobre las nubes medio deshechas de la tempestad; la vida que se encerraba en el seno de la naturaleza, y el espíritu lleno de armonías y de colores, como un éther misterioso extendido en la creacion por el soplo de Grecia, esa eterna musa de la historia. A esa tendencia de Cornelio se une la tendencia de Bottmann, que reproducia sobre los muros de los templos levantados al arte los paisajes griegos, las cimas del Himeto y las costas del Egeo, los profundos valles de Laconia y los ásperos desfiladeros de las Termópilas, la fuente del Iliso divinizada por Platon, y el bosque de Colonna, donde encontró Edipo la felicidad de la muerte. Por último, Kaulbach, ese pintor cíclico que ha querido reproducir en sus lienzos épocas enteras, épocas, digámoslo así, genesiacas, ha pintado la batalla de Salamina, es decir, el triunfo de Grecia sobre el Oriente, que era al mismo tiempo el triunfo de la personalidad humana sobre el despotismo civil y religioso. Véase, pues, cómo en la esfera del arte, Munich, ciudad reaccionaria en otras esferas, ha contribuido al triunfo de la causa

que es la honra y la dignidad de Alemania, al triunfo de la independencia de la razon humana.

***

Muchos cuadros hay que tienen este carácter griego. El primero que llama desde luego la atencion por las sábias agrupaciones de las figuras y por la correccion del dibujo, es Pericles rodeado de sus más ilustres contemporáneos, de aquel ciclo de oradores, poetas, escultores, filósofos, eterna honra del linaje humano, en cuyo centro se levanta el hombre extraordinario, guerrero, político, orador y artista, que personifica toda una época. Desde luego se ve que estudiando el pintor las artes del dibujo en los modelos griegos, para todo lo que no es puramente el dibujo, para el color, para las figuras, para la composicion del conjunto, ha tenido presente á David, á cuyo vigor, sin embargo, no alcanza, ni de léjos, este buen Foltz, director de los Museos de Munich. La luz de su cuadro es muy blanquecina, no esa luz de oro que bruñe todos los objetos del Mediodía, sino una luz pálida, argentada, como la que pudiera cernerse de cándida niebla en las orillas del Rhin. Gerelli es otro de los pintores que mantienen el ideal clásico en Alemania y se inspiran en las fuentes de la Mitología. Ha presentado una série de ensayos sobre este tema inagotable, ensayos donde brilla más que la inspiracion el estudio. En unos cuadros el hermoso Ganimedes, con voluptuosísima sonrisa, ofrece á Cupido, ya ébrio, una copa de la cual rebosa espumoso vino. En otro, duerme rodeado de las Gracias. En otro, junto á varias cariátides, al borde de una fuente, Hércules canta á Onfala sus hazañas, mientras el Céfiro, con sus alas, renueva el aire, y el dios Pan hace florecer el suelo, y un sátiro corre graciosamente como impulsado por el placer, y las bácantes, coronadas de pámpanos, y los centauros se revuelcan á lo léjos en la yerba; y campos y hori-

zontes tienen el subido tono de luz verdaderamente meridional, y las figuras todas el más subido aun del encendido color que engendran, enardeciendo la sangre, todas las orgías. En otros se ven, Baco educado por las Musas, Sileno ébrio, Pan persiguiendo á Hércules y Onfala. Todos estos cuadros se hallan admirablemente estudiados. No hay en el paisaje, en las figuras, en los muebles, en todos los objetos, rasgo alguno que no tenga el sello eminentemente griego. Se ve que el pintor es un arqueólogo. Aquí no vereis un Hércules vestido con botas de campana ó con ferreruelo moderno. Pero en cambio, ¡cuánto distan estas figuras de la naturalidad, de la gracia, de la vida que tenian las figuras de los pintores del Renacimiento! Hero y Leandro es el asunto escogido para uno de sus cuadros por Víctor Mueller. Tierna, triste historia. La pobre Hero ha sido encerrada en las orillas del Bósforo, en las costas de Asia, dentro de una formidable torre. Cuando las sombras, protectoras de los amantes, bajaban sobre los campos y los mares, Leandro atravesaba el Bósforo á nado para ver á su amada, cuya prision le mostraba incierta luz. La posibilidad de pasar el Bósforo á nado la esperimentó en su tiempo el sublime Byron, atravesándolo en uno de sus célebres viajes. Pero las fuerzas del hombre se agotan cuando rompen en desesperada lucha con las fuerzas hercúleas y ciegas de la naturaleza. Una noche, cuando Leandro iba desde las costas de Europa á las costas de Asia, el mar no dormia en su tranquilo reposo reflejando las estrellas y la luz encendida por Hero, aquella estrella de amor. El huracan mugía, las tonantes nubes pasaban sobre las verdinegras aguas henchidas de rabiosa espuma por el viento, y alumbradas á intervalos por la tortuosa y siniestra luz de los relámpagos. Leandro se ahogó. Hero, cuando vió que no llegaba su amado, sintió el frio de la muerte caer sobre el corazon, y se arrojó á las olas. El mar escupió sus dos cuerpos abrazados en el seno de la muerte. La noche tempestuosa,

el color de las olas, el rígido frio del cuerpo de Leandro, la agonía de Hero, forman un grande poema pictórico que el artista ha desempeñado con infelicidad. De todos estos cuadros, el mayor, y acaso el más importante, es el de Andrés Mueller que representa el casamiento de Alejandro. El asunto no puede ser más bello, es la reconciliacion del Oriente con el Occidente. La lucha de dos razas, el choque de dos mundos se convierte en armonía, en amor, por el beso nupcial de Alejandro. El conquistador, el misterioso jóven que baja de las montañas de Macedonia, y que representa la juventud heróica de la humanidad emancipada, abre con su hacha las puertas del Oriente, revela al mundo los misterios, dispersa las aristocracias teocráticas, siembra á los cuatro vientos las ideas de libertad griegas, llena el aire de armonías, enseña á las divinidades helénicas su genealogía asiática, dice á sus compatriotas que aquellos orientales, reputados entre ellos de bárbaros, son sus padres, borra las fronteras con las ruedas de su carro de oro; y deteniéndose allí donde los picos de montañas que parecen fabulosas y la espesura de selvas que parecen impenetrables le cierran el paso; retrocede, y va á fundar en el Egipto, en el punto de interseccion de Asia, Europa y Africa, Alejandría, la ciudad misteriosa que, continuando la fusion de la sangre de todas las razas y la fusion de las ideas de todas las teocracias, preparará la obra universal del cristianismo. Toda esta simbólica, mil veces por la filosofía de la historia explicada, ha querido encerrar en su cuadro Andrés Mueller. Hay figuras admirablemente pintadas. Pero tienen el defecto de que en vez de ser personajes son símbolos. Sucede con la pintura simbólica lo mismo que sucede con el drama alegórico. Desde el momento en que no representan un personaje con su vida, con sus pasiones, tendrán mucha ciencia, brillarán por su extraordinario idealismo; pero tendrán tambien la frialdad, la rigidez de la muerte. La luz está muy mal repartida, y la luz

es la unidad en los cuadros, unidad que tan admirablemente sabe dar el pintor sin rival, nuestro gran Velazquez, el reivindicador de los derechos de la naturaleza y de la sociedad en medio del arte místico y monástico de su tiempo. De todo esto se deduce que el arte griego, resucitado por los pintores de Baviera y protegido por el Rey Luis I, tiene todo lo que se puede desear como trabajo, estudio, cuidado, erudicion, ciencia; careciendo realmente de aquello que es el calor, y la luz, y la vida; de la ingénua y verdadera inspiracion.

XVIII.

EL PALACIO TUNECINO EN LA EXPOSICION.

Esta quincena de la Exposicion se ha distinguido por el estreno del hermoso palacio tunecino, el cual parece una miniatura de las maravillas arquitectónicas que el Darro besa arrojada por las huries del Paraíso á los piés de estos pesados monumentos que besa el Sena. El efecto más altamente conseguido en el Campo de Marte, es haber convocado y reunido en su recinto aquellos pueblos del extremo Oriente y de las costas africanas; aquellos pueblos ménos análogos á nuestra compasada y matemática civilizacion. Para traer hasta aquí la mujer china ó el negro africano, es menester que el nombre de París resuene por el mundo en el siglo décinonono, como resonaba el nombre de Jerusalen por el mundo en la Edad Media. Entonces una ciudad del Mediodía, perdida en candentes arenales, veia llegar anhelosos á sus muros los hijos de las selvas del Norte; y ahora una ciudad del Norte, envuelta en brumas eternas, ve llegar á su recinto los hijos de los arenales del Mediodía.

Ciertas ciudades tienen, durante algun tiempo, en el cuerpo social, un ministerio semejante al que tiene el corazon ó el cerebro en los cuerpos orgánicos. Sin embargo, su ministerio social no se descubre con claridad. Su vida aparente oculta su vida real. Babilonia parece una grande orgía, y es la primer levadura echada en el Oriente para preparar la unidad de las razas. Jerusalen parece un templo,

y es la tribuna de la libertad, proclamada y santificada por el mártir del Gólgota. Tiro parece una factoría que solo cambia productos, y en realidad es la tabla de la escritura, que solamente cambia de ideas. Atenas parece una escuela de filósofos, y es una plaza de tribunos. Alejandría parece un caos de lenguas y de ideas, y es la conjuncion luminosa donde se unen el Oriente y Grecia; el Dios de Moisés con el Verbo de Platon. Roma parece un campo de batalla, en el cual solamente la espada tiene un ministerio, y es una escuela de jurisconsultos de donde sale escrito, formulado el derecho. París, á primera vista, parece la ciudad ligera de la alegría y del placer, y es en realidad la austerísima ciudad que lleva en su cerebro el Evangelio social de la nueva civilizacion. Y maravilla ver que esta ciudad llama con su voz poderosísima á los pueblos confinados casi fuera de la civilizacion, para mostrarles alborozada los resplandores del nuevo dia.

Entre estos pueblos, ninguno más inmóvil, ninguno á la civilizacion nueva más rebelde, que el pueblo árabe. No nos mira porque nos desdeña; y nos desdeña porque se cree muy superior en civilizacion á nosotros. La ortodoxia mahometana hace de su voluntad el instrumento de una voluntad superior; y de su alma ruidosa y calurosísima como las tempestades del Africa, un alma inmóvil, muda, fria, impasible como una estátua. Toda su historia está resumida en esta palabra: Dios lo quiere. Toda su filosofía en esta palabra: Dios lo sabe. Toda su industria en esta palabra: Dios lo puede. Toda su vida en esta palabra: Dios es grande. Así, la libertad, esa libertad con que los pueblos cristianos han desbrozado la tierra para convertirla en el templo del trabajo, es en la creencia de los pueblos mahometanos, ó una ilusion del orgullo, ó una injuria al Eterno. El verlos venir en peregrinacion á París; pasear por estas calles sus trajes de mil colores; llenar los escaparates de la Exposicion con sus sedas bordadas de oro, sus

turbantes de gasa, sus pebeteros de ámbar, sus monturas cuajadas de coral y záfiros; construir los palacios orientales bordados con aquellas líneas caprichosas de matices deliciosísimos, y embutidos de estrellas de marfil y oro; el considerarlos en esta actividad prodigiosa, á ellos tan indolentes, con este deseo de mostrar su civilizacion, á ellos tan reservados... ¡Oh! es un espectáculo que prueba como el soplo vivificador del siglo XIX atraviesa las losas de los sepulcros.

El palacio tunecino en la Exposicion, es un pequeño pero bellísimo remedo de los palacios habitados por el Bey de Túnez en Africa. Y los palacios habitados por el Bey de Túnez son un recuerdo de nuestras casas de Córdoba y Granada. Se conoce que los han ideado y construido los errantes hijos de Andalucía, los que han nacido entre naranjales, palmerales y bosques de laureles á las orillas del Guadalquivir y del Darro; y que los han ideado y construido contemplando con los ojos del alma á través de las amargas ondas de los mares que van á besar los riscos del estrecho de Gibel-Tarik; contemplando, decia, en sus recuerdos los minaretes del alcázar de los 'Abdibitas, las morenas torres de Alhama, ó el fantástico mirador de Lindaraja. La arquitectura árabe tiene en España tres momentos capitales, tres determinaciones principalísimas. Divídese en arquitectura siria, arquitectura cordobesa y arquitectura granadina. La arquitectura siria es la que traen de Damasco, toda impregnada aun del espíritu y del arte bizantinos. La arquitectura cordobesa es la que nace en aquella maravillosa aljama de Occidente, á su fin tan proporcionada, que seis siglos no han podido todavía desterrar de sus bóvedas el Dios de los Muslimes. Sobre los arcos de herradura se levantan los agimeces, que semejan una diadema cincelada por séres sobrenaturales. La arquitectura granadina es más civil, más heterodoxa, más gótica, más gallarda, más propia de un pueblo que poco á poco se aduerme en el seno de

los placeres, al perfume del pebetero que sube del pavimento de mármol y al eco de la música que baja de la techumbre de marfil. El aspecto exterior es grave, austero, el aspecto de una fortaleza consagrada solo á velar el sueño de una ciudad siempre amenazada. Las puertas son estrechas, las ventanas oscuras. Toda mi vida me acordaré de que en mi visita á Granada no podia dar con la puerta del encantado alcázar, no podia creer, despues de haber atravesado el magnífico arco gótico de la entrada judiciaria, que la boca de una madriguera fuese el dintel de un paraíso. Pero entrad, entrad; oid el murmullo de los surtidores que surgen bajo vuestras plantas, y el susurro del aire perfumado que se mece en los mirtos y en los rosales; ved aquellos patios con sus fuentes, sus suelos de mármol, sus arcos que parecen de un misterioso encaje; contemplad cómo está recogida, dulcificada, cernida la luz para encantar los ojos y dar perspectivas fantásticas é infinitas á pequeños aposentos; respirad aquella frescura de los baños, en cuyas cúpulas azules se abren estrellas recamadas de oro y plata para dejar paso al dia y al aire; entrad en aquellos aposentos, ved sus muros de mil colores, sus hojas de ciprés, sus ramas de palmera, sus espirales de iris, sus techos cuajados de estalactitas que parecen topacios, diamantes, rubies y esmeraldas, en el momento mismo en que se están cuajando dentro de una caverna fabulosa; y sentireis toda la voluptuosidad del Korán, y pedireis que no os saquen de allí, que os dejen por toda una eternidad soñar tendido sobre cojines de Persia, con todos los placeres del Oriente, mirando grabadas en letras de oro las dos palabras que resúmen la vida mahometana, Dios y felicidad, mientras el viento estrella en los muros y deja penetrar por los altos agimeces la eterna cancion del Darro entre los cañaverales, y el eterno murmullo que se levanta de Granada.

Los árabes son grandes arquitectos. Y lo son tanto más, cuanto que no pueden dar á la arquitectura los auxilios

sacados de las otras bellas artes. El árabe no puede apelar á la estátua, porque su religion le prohibe ser escultor. Los grotescos leones del patio de la Alhambra, como los más perfectos del palacio tunecino, son una prueba de que pierden los árabes su fe, de que olvidan su ley. Por la misma razon no pueden ser pintores. Ningun ser orgánico puede ser reproducido por su pincel, porque la creacion consiste en el soplo del espíritu, y el soplo del espíritu solo emana de los lábios de Dios. Columnas propias no tienen. No han sabido hacer columnas, quizá porque el tipo de esta base de arquitectura es el tipo humano, y temen reproducir el tipo humano hasta en sus sombras. Así han levantado la grande aljama de Córdoba con las columnas que encontraron en su camino triunfal desde las orillas del Eufrates hasta las orillas del Guadalete. Como la libertad no existe entre ellos, no existe la arquitectura de la libertad, que es la arquitectura civil, la Agora de Atenas, el Foro de Roma, la casa municipal de Flandes. Pero el secreto del hogar, el patio cerrado y oculto, el silencio del aposento interior, el placer de la vida doméstica, esto nadie ha podido representarlo como el árabe, para la religion monje, para el serrallo sibarita, para el campo de batalla mártir.

¡Con qué placer se ve en la Exposicion Universal el palacio tunecino! Al subir, dos soldados, caballeros en sus camellos, envueltos en sus blancos alquiceles; á la primera puerta, dos centinelas negros que, segun lo inmóviles, parecen esculpidos y de mármol; en el patio, entre las hojas de los arbustos orientales, dos esclavos, vestidos el uno de verde y oro, y el otro de amarillo y plata; despues los aposentos granadinos, con los tapices de Persia, los cojines de damasco, las cortinas de gasa carmesí, las mesitas para tomar el café, los pebeteros de ámbar; á la izquierda del palacio, en la planta baja, los mercaderes con sus trajes de lana oscura y sus turbantes de blanco lino, y á la izquierda, en el mismo piso bajo, el café, donde se expende el moka

en dedalillos de barro, y se oye la cancion árabe, triste como toda nolstalgia, como la enfermedad de la ausente patria que aqueja á todos los hijos del sol, á todos los pueblos del Mediodía. He notado en la arquitectura de la casa tunecina de la Exposicion, una particularidad que no quiero olvidar; el exterior se parece al interior, es tambien gallardo, y polícromo, al revés de nuestros magníficos edificios de Granada. Antes de entrar en la galería llamada de las artes usuales, saludemos en estas demostraciones que de su vida nos han dado los pueblos del Oriente, saludemos con júbilo, tal vez la transformacion gloriosa de una raza.

XIX.

RECUERDOS DE LA EXPOSICION RUSA.

La seccion rusa es una de las secciones más brillantes de este magnífico certámen, si no por lo que contiene, por lo que promete. La Rusia ha sido en la civilizacion moderna como la Germania en la civilizacion antigua. En sus desiertos se mueve un oleaje de razas, á las cuales se les ha prometido por misteriosos profetas el dominio de Occidente. Cada uno de sus soldados oye hoy mágica voz que le repite aquel grito tantas veces oido por Alarico y por Atila: ¡á Roma! ¡á Roma! Para unos las irrupciones moscovitas serán como la inoculacion de sangre nueva en las venas agotadas de la vieja Europa. Y para otros las irrupciones moscovitas son el castigo que merecen nuestros vicios, y la triste laxitud moral con que hemos dejado caer en el polvo la gloriosa herencia de nuestras libertades. Hay profetas apocalípticos que ven ya desprenderse del Polo ejércitos de tártaros y de cosacos, montados en sus caballos negros como las noches eternas, blandiendo sus lanzas, y aullando hambrientos en torno del decaido Occidente, á la manera de los ángeles exterminadores soñados por el evangelista de Patmos, los cuales fueron realmente vistos por Páulo Orosio, y por Jornandes, á la siniestra luz de los incendios de Roma, en aquellas nubes de humos que parecian salir de las entrañas mismas del deshecho imperio, como las nubes

de ratas que salen de un barco recien encallado en la arena. Sin embargo, cuando vemos que Rusia trabaja, y que se empapa de nuestra civilizacion, que se corona de nuestras artes, que toma la escuadra y el escoplo de nuestra industria, no tememos sus irrupciones, porque presentimos que los soldados se han de convertir en trabajadores, y que los trabajadores no pueden ser ¡ellos, continuadores de la vida! causa de destruccion y de muerte. Si estudiamos la crísis última de la historia antigua, veremos que se explica por la carencia del trabajo. El mundo antiguo, cuando murió, no trabajaba: el patricio habia soltado la espada, el plebeyo el arado, y corrompidos en la ociosidad, les sorprendió la irrupcion súbita de pueblos más trabajadores, y por consecuencia más virtuosos. El mundo occidental, que está continuando la obra divina de la naturaleza; el mundo occidental, que está despidiendo de su frente la luz misteriosa de las ideas; el mundo occidental no puede hoy morir como la Roma antigua murió, prostituta, ébria y cancerosa en el seno de sus orgías. Por consiguiente, ni el mundo occidental puede morir, ni el mundo moscovita puede matarlo. El eclipse de la civilizacion moderna no es su muerte. La libertad pasa por una oscura fase, pero la libertad no se extingue, porque su idea está en todas las conciencias, su amor en todos los corazones. Y solo mueren los pueblos que la olvidan, como la olvidó Grecia á los piés de Alejandro, y Roma á los piés de César. Pero el mundo occidental debe pensar que los eclipses no pueden ser muy largos. Prolongándose, pueden traer una oscura noche, y en ella uno de esos enfriamientos morales, capaces de matar los gérmenes de todas las ideas, y traer las horribles catástrofes en las cuales se despedaza y se pulveriza un mundo. Entonces sí que la Rusia ó la Tartaria asiática, el Polo ó el Africa, cualquiera de esas regiones donde la Providencia condensa los terribles castigos para Imperios como el de Heliogábalo, para vicios como los de Rodrigo, llo-

verá sobre nosotros una de esas irrupciones las cuales abrasan hasta las piedras de las ruinas.

***

Pero entremos resueltamente en la Exposicion rusa. Lo primero que encontramos, cuando desde el parque recorremos el palacio, es el restaurant ruso. Varios antiguos siervos, con sus antiguos trajes, le sirven. Dos campesinas, vistosamente vestidas, se hallan sentadas al mostrador. En su tez morena y en sus ojos negros, se descubren, más bien que tipos del Norte, tipos del Mediodía, pues parecen nacidas y criadas á la sombra de los limoneros y de las palmeras. Una familia rusa que á las orillas del Lago de Leman conocí, me habia invitado á un almuerzo en este pintoresco sitio. Los techos de pino blanco; las flores en este pino dibujadas y con azules colores pintadas; los toscos tapices de muy vivos arreboles; las macetas con plantas del Norte en las dobles ventanas; todo cuanto hay en el entresuelo del restaurant tiene, segun mis amigos, un tinte ruso tal, que cualquiera se creeria trasladado á las sombrías, pero magníficas, campiñas de Moscow. Comenzaron por traernos un pan que no era pan, sino madera, de una especie de gramínea muy inferior á nuestro centeno. Yo me comí una rebanada, aunque venciendo grande repugnancia. El color es de hollin, el sabor entre ágrio y amargo. Aun á riesgo de herir su amor propio nacional, dije á mis amigos que aquel pan era inferior al pan de cebada y al pan de bellota, y que creia más dijeribles nuestros corchos de Cataluña que aquellos trigos de Rusia. Una jóven señorita de Moscow, una jóven de sumo talento, hija de uno de los más distinguidos literatos del grande Imperio, me dijo que los campesinos rusos prefieren este pan á todos los manjares del mundo. Cuando los traemos aquí, añadió, se avienen á todo, ménos á carecer de ese negro pan, en el

cual creen como encerrada la esencia querida del suelo de la patria. El mal del país les comienza siempre por el estómago. Despues de aquel pan, en cada uno de cuyos bocados creia haberme tragado un tapon de botella, trajeron una sopa indefinible. El color era el mismo color de la célebre salsa espartana, color de tinta. Sobre el verdi-negro caldo flotaban algunas gotas de aceite. Las sopas eran pedacitos de pepino picados. En el centro se levantaba un enorme pedazo de hielo. Para acompañarla nos trajeron dos pescados, uno del Newa, y otro de los mares del Norte, del color de nuestro salmon, muy fuertes, pero frios como una noche del Polo. A esto siguió el *caviar*, un plato compuesto de varias viandas, de carne y pescado, de arroz y de manteca, plato muy propio para satisfacer esa hambre voraz que el frio engendra. Los vinos fueron franceses. Me engaño; tomamos además de Rusia una especie de cerveza dulce, de un color oscuro, y de un sabor endemoniado. A exigencia mia, el almuerzo fué esencialmente ruso. Pero de la exigencia de la voluntad no salió muy bien librado el estómago. No sé cómo hubiera arribado á la digestion de todos aquellos manjares que comí con cristiana resignacion, á no haber venido en mi favor un auxiliar poderoso. Este auxiliar fué una taza de ese té que las caravanas rusas traen del interior de la China, y que las damas cuecen con grande arte en unos inmensos jarrones, muy semejantes á nuestros antiguos aguamaniles, jarrones en cuyo alrededor se congrega la familia para pasar bebiendo este rico, este aromático té, las eternas veladas de las frias y oscuras noches del invierno ruso.

***

Pero entremos dentro del palacio en la seccion rusa. Cada país se ha instalado á su gusto. La Rusia ha adornado su seccion con pinos del Norte y con colores de Oriente. Hay en aquellas columnas, en aquellas bóvedas, en aquellos arcos, en todo el menage de la Exposicion rusa, una mezcla de carácter primitivo y viejo carácter civilizado; un corte de selva y de ciudad; una armonía de tribu y de nacion; una sencillez en la materia primera, blanca, tosca y sin refinamiento en los adornos, de todos los colores y de todos los matices, con dibujos de varias clases, con esmaltes bizantinos de diversas procedencias, que todo parece un símbolo de ese imperio, el cual por un lado tiene el infantil candor de los pueblos del Norte, y por otro la caduca vejez de los imperios asiáticos. En la seccion de máquinas, pòco notable puede presentar el imperio ruso. Pero hay allí, en la seccion de artes manuales unida á la seccion de máquinas, columnas donde se ven admirablemente arreglados los que podríamos llamar arreos del campesino ruso. Entre ellos descuellan las abarcas por su extraordinaria magnitud. Al pasar de estos trofeos, tropiezan los ojos con un enorme pedazo de malaquita, de ese mineral verde, cuyas líneas espirales y cuyos reflejos forman un moaré de tanto brillo como el más rico y el más brillante raso. No léjos hay un pedazo enorme de grafita, cuyo color y cuyo brillo no puede compararse con nada, ni con las negras alas del cuervo, ni con los brillantes cabellos de una andaluza morena. Los lápices de los Ourales son hoy los primeros lápices del mundo. Otro producto que Rusia ha presentado es la purpurina, la piedra que llamaban los antiguos piedras de color de sangre, y cuyo secreto perdido han hallado en su camino estos pueblos del Norte. Parece imposible que el Asia, esa region de donde todos hemos recibido la luz y la vida, y que va de nuevo á entrar en la gravitacion de la historia, reaparezca en el mundo sino bajo la tutela de un imperio cristiano. Si este gran papel desempeña

hoy Rusia, esperemos que han de sonreir dias mejores para sus ciudadanos. La civilizacion ha de venir con el trabajo, y la libertad con la civilizacion. En las regiones por donde penetra la actividad humana en forma de trabajo, no se debe temer á una larga servidumbre.

XX.

MAS SOBRE ESPAÑA EN LA EXPOSICION.

Además de los grandes cuadros de que en otro lado hablé, tenemos dos que llaman muy particularmente mi atencion; el de Cano, que representa la muerte de D. Alvaro de Luna; y el de Sans, que representa la muerte de Churruca. La tragedia de D. Alvaro es una de las más terribles que guarda nuestra interesante historia. Bastardo, se ha levantado á ser más que el rey en Castilla. Su carácter ha dado una fuerza inmensa al débil representante de aquella dinastía de los Trastamaras, la cual rompió nuestras grandes tradiciones, reanimando el mónstruo del feudalismo ya quebrantado por las glorias de Alfonso VIII, por la política de Fernando III, por las leyes del Rey Sábio, por el terror de Pedro el Cruel. El Condestable ha puesto su pié sobre la cabeza de la aristocracia castellana, y ha abierto con sus fuertes brazos las puertas triunfales por donde han de entrar, como á saco, en los grandes castillos, los reyes católicos. Por eso Doña Isabel la Católica le ha levantado un sepulcro detrás del sagrario de la catedral de Toledo, bajo las bóvedas de aquella capilla del Condestable donde se encuentran los dos crepúsculos, el de la tarde del gótico y el de la mañana del Renacimiento. La gran reina ha querido lavar el crímen político por su padre cometido en la persona del hombre extraordinario, que engrandeciéndose personalmente, habia engrandecido al par á la monarquía

y abatido á la nobleza. Este crímen fué el suplicio de Don Alvaro de Luna. Cano lo representa cuando la fatal sentencia se ha cumplido; cuando el cadáver, despues de estar expuesto, ha descendido del patíbulo á la humilde y tosca mortaja; cuando el paje fiel llora á sus piés el desvanecimiento de tantas grandezas; cuando los frailes recogen sus restos y encomiendan á Dios su alma; cuando las muchedumbres van á ver por sus propios ojos y á tocar por sus propias manos si el que vieron volver vencedor de la Higueruela, el que vieron cantado por los trovadores de la córte, servido por los príncipes, agasajado como un igual por los reyes, habia realmente en la plaza de Valladolid sido ajusticiado como el último de los criminales. Que la cara del Condestable está demasiado verde, y que la cara del paje está demasiado roja, es verdad. Ni la muerte tiene color de cardenillo, ni las lágrimas dejan huellas de pimenton. Pero tambien es verdad que los frailes están pintados con los tonos y la virilidad de Rivera; que en aquella muchedumbre hay compasion, ódio, ternura, extrañeza, amor, rabia; la escala de todas las pasiones; y que una mujer del pueblo, la cual lleva un pequeñuelo en los brazos, como si quisiera desde aquella edad preservarlo contra los asaltos de la ambicion, es una lágrima de ternura y de piedad caida sobre los mares de hiel y de sangre en que flota esta espantosa escena de terror y de venganza. *La muerte de Churruca,* por Sans, no es de sus mejores cuadros. Tengo un grande entusiasmo por este artista. No puedo olvidar su *Proclamacion del Código de Cádiz* ni su *Batalla de Trafalgar*. Su pincel es viril, su dibujo es magistral. El espíritu de su siglo está disuelto tambien con poderosa virtud en su paleta. Pero creo que Sans ha estudiado mucho un malísimo modelo que hay en Europa, un modelo capaz de pervertir el gusto más delicado, el Museo Histórico de Versalles, una especie de blason que intentó pintar Luis Felipe, de prisa, para ennoblecer su reinado

de *boutiquier*, y que, en realidad, como las genealogías contrahechas por los nobles improvisados, es una injuria á la belleza de las artes. Además de estos grandes cuadros, tenemos dos interiores muy bellos, como quizá no hay otros en la Exposicion, especialmente el que representa la Sala Capitular de Valencia en el siglo pasado. Aquellas ventanas abren paso á una luz velada por los vidrios y por las cortinas. El aire circula por aquel interior con la prodigiosa verdad de un cuadro de Velazquez. Las figuras viven. Los tapices se mueven al menor soplo. Las paredes no oyen, hablan. El salon está repetido en el lienzo con sus bellísimas molduras, con sus severos adornos. La Capilla Sixtina, de Palmaroli, es tambien un bello cuadro. El Papa y todo el Colegio de cardenales están en un sermon. Cada fisonomía expresa una idea, ó un sentimiento, ó una preocupacion ó un estudio físico; uno de esos estados en que el pensamiento se esclaviza á la naturaleza, al hambre, al dolor físico, á la fatiga, al sueño. Pero creo que Palmaroli ha mostrado más destreza que inspiracion artística en este cuadro. De una cosa grande, extraordinaria, ha hecho una cosa bonita. Yo me imagino la Capilla Sixtina, como uno de esos grandes monumentos que se levantarán sobre todas las edades; me la imagino henchida de nubes, de incienso y de sublimes acordes de la música inmortal de Palestrina; me la imagino llena por aquellas titánicas figuras que salieron del cerebro de Miguel Angel en delirio de inspiracion siniestra y portentosa; me la imagino con sus legiones de profetas escribiendo en libros inmortales los destinos de los mundos; con sus viejas Sibilas, cuyos ojos se han gastado de penetrar, al través de los velos del tiempo, en las visiones de lo porvenir; con las legiones de ángeles que traen sobre sus bellas frentes el resplandor de la Grecia, y la vida de la naturaleza; con sus lagos de un color de cobre oxidado; con sus condenados, que entonan terribles estancias de sus lábios contraidos por el dolor,

abiertos para dejar pasar los versículos de Job ó las lamentaciones de sus Jeremías; con todos aquellos prodigios que son como la época volcánica en la vida del globo, una de las más brillantes fulguraciones del espíritu.

XXI.

CONSIDERACIONES SOBRE LA EXPOSICION.

Confieso que despues de haber recorrido algunas horas la Exposicion universal; despues de haber escuchado el estridor de sus máquinas y la sinfonía de sus órganos; despues de haber visto desde la humilde nuez y el dátil, hasta la estátua maravillosa cincelada por ese Fidias de las naciones modernas que se llama el pueblo italiano, me siento siempre tocado de un tan grande, tan extraordinario entusiasmo, que raya en lirismo, y para expresarlo, quisiera tener á mano la pluma sin duda más elocuente que han visto los siglos, la pluma de Platon mojada en el iris de las ideas eternas. En verdad todas las grandes cosas tienen su lirismo, su nota música; la fe, su *Te Deum*; la libertad, su *Marsellesa*; la palabra, sus ritmos y sus consonantes; las ideas, su elocuencia; el campo, sus selvas y los coros de sus aves; el mar, sus vientos, sus olas; y el cielo las armonías que forman girando sobre sus ejes ó recorriendo sus parábolas los enjambres luminosos de los mundos. La Exposicion, el certámen de la industria, la gradacion de todos los productos de la actividad humana, la série de los esfuerzos del hombre para acrecentar la vida, la epopeya del trabajo que está esperando su poeta, ha de tener tambien esa armonía que se levanta de todas las grandes obras; esa armonía, cada una de cuyas notas es una piedra en los monumentos, una pincelada en los cuadros, un

martillazo en las máquinas. Convencida de esta verdad la comision imperial, ha abierto un certámen para una cantata que deben cuatro mil orfeones entonar y trescientas músicas acompañar bajo las férreas bóvedas del inmenso templo de la industria. La composicion premiada es la de un jóven, casi un niño, cuya alma ha sentido en sí los efluvios del porvenir, como la alondra siente, antes que los demás pájaros, los albores del nuevo dia. Dejando á un lado la apología del trabajo, el encarecimiento de la máquina, la hipérbole de la industria, el jóven poeta francés ha ido á buscar su inspiracion en esa flor de las inspiraciones inextinguibles, en esa flor cuyos aromas llenan la historia, aunque hace más de dos mil años que la deshojaron los bárbaros en Grecia. Y se ha acercado al monte donde padecia Prometheo, el bienhechor de los hombres, y ha ahuyentado el águila del fatalismo que le roia las entrañas, y ha roto las cadenas forjadas por Vúlcano y ha enjugado aquellas lágrimas no enjugadas por las olas de espuma de las ninfas oceánicas, y haciéndole ver los progresos hechos con el hierro que robó á la tierra y el fuego que él arrancó á los cielos, y como ha sido destronado por la filosofía de la conciencia y por la industria de la tierra al Dios tradicional que lo habia atormentado, le desposa con la humanidad, que, regenerada y resplandeciente, le espera ansiosa para recibir en sus lábios el fecundante beso del primero entre sus redentores y sus mártires. Confesemos que es una idea feliz. Yo creo que siempre que se trata de las grandes personificaciones, precisa acudir al pueblo por excelencia plástico, á Grecia. Y al acudir á Grecia no se puede encontrar un tipo más bello, más perfecto de la lucha y del martirio por el trabajo, que el tipo de Prometheo. Cuando yo veo á este gigante que, al andar sobre la tierra herida y desgarrada por los primitivos trabajos de la creacion, encuentra el instrumento vivificador de la industria, y recibe del tirano Júpiter, receloso de que su poder pudiera

pasar á manos de los hombres, aquel tremendo castigo, aquel suplicio horroroso que lo ata al Cáucaso y le azota con el látigo de las tempestades, y le desgarra las entrañas con las legiones de las aves de rapiña, y le amarga los lábios con las olas alteradas que suben hasta su lecho de rocas, y le parte los huesos con los terremotos, y le enciende la sangre con los volcanes, y le roba el aliento con el huracan rabioso, y se mofa con los dioses secundarios de tantos dolores; en aquella ciclópea trajedia, veo escrito el Apocalipsis del trabajo, la profecía de la pasion de los trabajadores, y por el espíritu perturbador de aquel hombre veo pasar anticipadamente las sombras de Sócrates bebiendo la cicuta; de Platon desterrado, de Abelardo perseguido, de Guttenberg oculto en las entrañas de la tierra, como si fuera á cometer un crímen; de Giordano Bruno quemado, de Colon volviendo cargado de cadenas del Nuevo Mundo que habia descubierto en la soledad del Atlántico; de todos esos hombres que no han podido ser grandes, que no han podido ser benéficos, sino recibiendo en cambio de la corona de luz que daban á la humanidad, la corona de espinas del martirio.

***

La distribucion de este grandioso certámen es como sigue: Primero, las máquinas. Segundo, los productos que las máquinas elaboran. Tercero, las primeras materias que en las máquinas se emplean. Cuarto, todos los instrumentos y todas las especies, y todos los ejemplares relativos á la agricultura aglomerados en la frondosa isla que entre dos brazos del Sena se levanta no léjos del Campo de Marte. Quinto, todas las máquinas, todos los ejemplares relativos á la horticultura y jardinería, para lo cual debe recorrerse el jardin reservado, atravesar sus puentes, sentarse al borde de sus cascadas, respirar el aroma de sus flo-

res, probar, si es preciso, sus frutos; sentir el calor tropical en sus altísimas estufas, verdaderos edificios de cristal; escuchar el canto de sus aves y penetrar en el *aquarium* donde se mueven los peces. Sexto, los vestidos en aquellos interminables escaparates donde se encuentran, desde el modesto traje del trabajador que vale veinte francos, hasta el pañuelo para la mano de una gran dama, que vale mil francos. Sétimo, los muebles, desde la tienda levantada en el desierto por el árabe, hasta el sillon florentino recamado con los relieves del Renacimiento. Octavo, los materiales para las ciencias y artes liberales; las impresiones, las encuadernaciones, las librerías, los papeles de escribir y de música, los dibujos, los colores, las paletas, los cinceles, las fotografías, los infinitos elementos, que apenas caben con su clasificacion en la idea, ni con su nomenclatura en la palabra. Noveno, los cuadros y las estátuas, ese espléndido remate de la Exposicion. Diez, la historia del trabajo, el lento camino que hemos seguido para llegar á toda esta larga série de progresos, el simbolismo oriental, el anillo egipcio que une el Oriente con el Occidente; la armonía griega representada por sus estátuas, que son el bello ideal de la perfeccion clásica, las reliquias romanas, los resíduos del mundo bárbaro, la Edad Media bajo su doble aspecto militar y guerrero; el Renacimiento en su triple aspecto científico, industrial y artístico; en una palabra, desde esos pueblos del Asia que ocupan la cuna de la humanidad y que parecen condenados á una eterna infancia, hasta esos pueblos de América, los últimos venidos á la historia y que tienen la inefable dicha de representar la esperanza del porvenir, la promesa de la perpetuidad de la vida. Y á pesar de este inmenso trabajo, todavía queda la última série de estudios, los medios de mejorar las condiciones de los que han aglomerado en el Campo de Marte tantas maravillas; los medios de mejorar las condiciones morales y las condiciones materiales de los trabajadores. Y

despues hay que salir de la Exposicion, así clasificada, y recorrer aquel inmenso parque donde se han aglomerado edificios de todas las arquitecturas y productos de todas clases, edificios entre los cuales descuella como el más elegante, nuestra casa de España; productos entre los cuales descuellan, como los más selectos del mundo, los vinos de Andalucía, los tabacos y los azúcares de las hermosas perlas que se llaman Cuba y Puerto-Rico, esas sirenas del mar de las Antillas. El trabajo es inmenso. La prensa francesa parece recojer el aliento, y en cerca de mes y medio que llevamos de Exposicion, apenas ha dicho algunas cuantas palabras.

***

Cuando dais la vuelta por el largo paseo exterior, que rodea la Exposicion, no podeis suponer que haya bajo vuestras plantas una infinidad de pobres cocineros que se están materialmente tostando por dar de comer á los hambrientos con dinero, y darles de comer al uso de todos los países europeos. Antes de entrar en el círculo de kilómetro y medio que forman las fondas, podeis ir, no á beber, á mascar café en el palacio tunecino, al eco de los cantares melancólicos y de los instrumentos monótonos que recuerdan las lamentaciones de los primitivos hebreos á orillas de los extranjeros rios en los largos cautiverios. La transicion es un poco brusca, pero ya decididos á inspecionar las fondas y cafés, la primera que á la derecha se encuentra, es la taberna inglesa, servida por unas cuantas Ofélias de comedor, blondas y guapísimas muchachas que los ingleses saludan con nacional orgullo. Allí se encuentran las carnes un poco sangrientas y salpimentadas que forman la base de la comida inglesa, y la cerveza de color de tabaco y de repugnantísimo sabor, que forma la base de su bebida. Que los ingleses, que los alemanes del Norte, que los rusos be-

ban cerveza, vaya en gracia de su miseria vinícola; pero que la beban los que tienen el vino de Oporto, los que pueden apurar un rayo de sol líquido en una copa de Jerez, los que beben en el Lácrima la sangre del Vesubio, no lo comprendo, como no hubiera comprendido un romano que se dejara el licor sagrado de Chio por los orines de caballo que bebian los getas. Tras las varias cocinas inglesas, vienen las cocinas anglo-americanas, todavía no abiertas; pero en las cuales se trabaja con mucha actividad. Noté, sin embargo, que arreglaban las mesas, y dirigian los trabajos una porcion de erguidos mozos, todos negros. Por allí anda la série inmensa de comedores alemanes, los de la poderosa Confederacion del Norte y los de la irrisoria Confederacion del Mediodía, comedores donde el gusto encuentra apetitosos manjares, pero donde la vista no halla nada que los distinga de los comedores franceses. Italia sigue á Alemania. Sus pastas tienen esa gran celebridad que se resume en el plato clásico de los macarrones napolitanos; pero su fonda, en la cual he comido, está muy léjos de tener el mérito de sus estátuas. Por allí anda Rusia. Nosotros nos figuramos á los rusos, siempre en los mares del Polo, cazando la ballena, alumbrados por las auroras boreales, entre las ráfagas de la ventisca. Aquí se presentan con sus pantalones muy blancos y sus túnicas de seda muy lucientes, ceñidas á la cintura por gruesos cordones que parecen propios, ó para suspender cortinas ó para atar al Buey Gordo. Estos mozos sirven el *caviar*, un plato babilónico, compuesto de miles de viandas. Preside la mesa una campesina de cierta region rusa que no puedo recordar. Yo digo de las regiones rusas lo que decia Byron de los apellidos rusos, que nunca se caerian de sus lábios si los hubiera podido alguna vez pronunciar. Al ver aquella mujer, de tez tan morena, de ojos tan negros, y que en vez de pieles llevaba un trage de terciopelo azul recamado de felpas blancas, y al cuello una cadena con seis ú ocho sartas

de perlas como huevos, perlas no de Ceylan, pero sí del Palais-Royal, y á la cabeza una diadema inmensa, con unos rubíes y unas turquesas de cristal, que parecen vasos para escanciar vino del Rhin; al ver aquella mujer tan aparatosamente vestida, imagináos que la fiesta real de la Exposicion se ha convertido en fantástica fiesta de teatro. Pero vosotros estareis cansados de leerme, como yo estoy cansado de pasear. Hasta otro dia.

XXII.

LA MÚSICA POLACA Y EL ARTE RUSO.

Cuando habeis andado algunas horas caprichosamente por la Exposicion, por esta ciudad de la cual no quedarán dentro de seis meses ni las ruinas, sentís una embriaguez espiritual como si estuviérais produciendo vosotros mismos aquel gran poema; y cuando en el silencio del gabinete recojeis vuestros recuerdos, vuestras impresiones, inmediatamente os aqueja un vahido, como si contemplarais un abismo; y en efecto contemplais el fondo de ese agente de todo progreso, que se llama actividad humana. Hay momentos en que el estudio os cansa, en que el exámen de tantos esfuerzos hechos por la vida os fatiga, como todo trabajo intelectual; y os dais entonces un paseo por esta Babilonia de la Industria. Aquí un cuadro resplandeciente, más allá una blanca estátua de mármol que se destaca soberbia sobre su improvisado pedestal; ya el acento de un órgano que despierta aspiraciones hácia lo infinito, ya el eco de una campana que os recuerda la torre de vuestra aldea, y la oracion de vuestra infancia; junto al estridente ruido de una máquina, cuyas ruedas mueven las calderas de vapor, esos pulmones por donde respira la industria, el rumor plácido de una fuente que desata en madejas de cristal desde una grande altura sus sonantes aguas; las flores más raras y los prados de más fresco verdor se estienden á vuestros piés; los contornos de las torres, las gra-

ciosas columnas de las chimeneas fabriles y los gigantescos faros, se enlazan como una inmensa corona de prodigiosa luz sobre vuestras frentes; todas las lenguas humanas suenan en vuestros oidos, pues codeais á indivíduos de todas las naciones; y por donde quiera, un nuevo divertimiento se ofrece á los ojos: el severo protestante inglés, que dá con gravedad cómica su Biblia á estos incrédulos hijos de la ciudad de Voltaire; el negro venido de la América inglesa que reparte los ricos refrescos de Nueva Orleans; la campesina rusa con su gorra medio bizantina y la holandesa con su casco dorado; la mujer china, de palidez mate y de ojos como puntitos luminosos, la cual, á pesar de sus menudillos piés, ha venido hasta la capital de Europa; el cosaco del Don, domando sus preciosos caballos de una grande estatura, de un lustroso pelo, y los hijos del desierto sobre sus altos dromedarios; junto al Café Cantante, donde ciertas farsantes de boulevard entonan las desvergonzadas canciones al uso, el palacio del Virey de Egipto, donde trabajan varios moros bronceados por el sol del Africa, los cuales, con sus mantos de colores, sus turbantes blancos, su morena tez y sus ojos negros, parecen esculturas expresando el melancólico éxtasis de Oriente, que ha engendrado la poesía lírica y la música de las tristezas del alma. ¿Quién podrá fastidiarse un minuto en este inmenso Bazar del trabajo? Si os sentís desmayados, ahí están á elegir todas las cocinas del mundo. Si el deseo de saber os aqueja, el Padre Sechi os hablará en el Salon de Conferencias de las estrellas como si las hubiera medido todas por sus propias manos. Si deseais sumergiros en las cenizas de las edades pasadas, la Galería de la Historia del Trabajo os mostrará las armas celtas, los brazaletes de la dama romana, el escudo germánico, la lanza del caballero feudal, el incensario del monge, la escultura de la derruida abadía, el jarron del Renacimiento cincelado, con recuerdos é inspiraciones de Grecia, las sombras de lo pasado que dilatan hasta lo

infinito nuestros mezquinos horizontes de la vida de un dia. Si las artes plásticas os encantan, ahí están las estátuas italianas. Cualquiera diria que salen de las canteras de Paros, y que traen el beso creador de Fidias y de Praxíteles en las espaciosas frentes. Si deseais otro arte más sensual, ahí están los conciertos de Straus y de Bile en el Círculo Internacional, que con su orquesta, única en el mundo, os inspirará el vértigo del baile, ó el éxtasis sublime de la poesía. Recorriendo la Exposicion, hallábame entregado á mis reflexiones, cuando oigo el acento de un piano que entonaba cierto aire de Chopin, gran músico polaco. Yo amo con pasion las melodías de Chopin, de este Murillo de la música. Un jóven rubio, de ojos azules, de largas melenas, expresando en su rostro la tristeza resignada de un mártir, tocaba el piano. Era un piano de Varsovia, y tenia las voces apropiadas á la plañidera música que el jóven tocaba, más con el pensamiento que con los dedos. En aquellas dulces melodías creí ver pasar el alma del malogrado Chopin, cuando en la Cartuja de Mallorca, ébrio de amor, y consumido por la tísis, componia las dulces melodías que le inspiraban en las noches de luna los bosques de Valldemosa, donde se enlazan el olivo con el limonero y la encina con la palmera; donde la brisa del mar, perfumada por los tomillos de la montaña y los mirtos del valle convidan á vivir; donde sentia el poeta lírico las tristezas de la muerte en medio de las fiestas de la vida, y desahogaba sus tristezas en los quejidos dulces de la música. Todos estos vagos sentimientos eran admirablemente expresados por el jóven sobre el piano de Polonia. Yo no pude ménos de manifestarle mi admiracion por su destreza y por su exquisito sentimiento. Apartando modestamente la conversacion de sí, la fijó en la melodía que acababa de tocar, haciendo de ella mil entusiastas encarecimientos.—"¿Sois ruso?"—Le pregunté.—"No, me dijo, soy polaco."—Debió notar en mí un sentimiento de compasion que me fué

imposible reprimir.—"Amo á mi patria con delirio," me dijo, bajando la voz, como si temiera que nos escuchase un guardian de la Exposicion, un ruso, que á algunos pasos de nosotros estaba de pié, envuelto en su capoton de pana negra, calzado con botas de montar, sobre la cual caian unos pantalones bombachos, ceñido el cuello con una corbata carmesí, la cabeza con una gorra de pieles.—"Amamos la patria como amamos á nuestras madres, le dije; yo amo tambien mi patria con delirio."—¿Sois americano? me preguntó.—"No, le respondí; soy español."—"¡Oh! Cuántas veces hemos invocado nosotros los nombres sacratísimos de Zaragoza y de Gerona.—Confiad en vuestro derecho, le dije. Mirad si parecia imposible la independencia de Italia; Italia es hoy independiente." Frente por frente de la Exposicion rusa levántase la Exposicion italiana. Entre sus columnas estriadas, pintadas de dibujos pompeyanos, se destacan las bellísimas estátuas de mármol blanco, y en el espacio que dejan todas estas grandiosas líneas y todos estos admirables objetos, se descubren los mosáicos, destacando del fondo de oro las figuras revestidas de vivísimos colores, los vasos de porcelana llenos de relieves del Renacimiento, y las lucernas compuestas de cristales de Venecia, tan límpidos que parecen sartas de brillantes.—"Mirad, me dijo, Italia ha sido vencida en los campos de batalla; pero Italia es por sus escultores, por sus pintores, y sobre todo, por sus músicos, los cuales han llevado en sus inspiraciones el amor por Italia á todos los pueblos de la tierra. Si Polonia fuera un pueblo tan conocido, tan amado en el mundo, Polonia seria libre. Mas necesita un ejército de artistas, los cuales mantuvieran su recuerdo vivo en todas partes; un ejército de mártires, cuyos nombres impronunciables para las naciones occidentales se olvidan, cuya sangre se bebe una tierra desconocida, sin un nombre nuevo que grabar en la memoria del mundo. Yo soy músico por patriotismo. El arte conserva mi espe-

ranza, y me inspira mi inalterable fe en la justicia de Dios.» El jóven polaco parecia un sacerdote. Su conversacion habia tomado el vuelo de una plegaria religiosa. Yo le apreté con efusion la mano, y seguí mi camino á través de la Exposicion rusa. El jóven polaco repitió, sentándose de nuevo al piano, la melodía de Chopin.

***

Pero sigamos nuestro estudio. Vemos en la Exposicion rusa tejidos de algodon bastante medianos; tejidos de seda que tienen muy vivos colores; una infinidad de escaparates llenos de cigarros; el hacha del salvaje Kirghiz junto á la delicadísima escopeta enviada por el Emperador de Rusia en persona; el arco del habitante de Siberia y el rewolver de los pueblos más civilizados; cueros de rengífero, de ese animal que tira de los trineos; vestiduras de las orillas del mar Caspio; bordados hechos por los dedos de esas circasianas cuya reputacion de hermosura es universal; chales de pieles de Angora; pelucas de Moscow, que algun aire tienen con las pelucas usadas en Francia durante el último siglo; cuernos montados en plata, que vienen del Cáucaso: todo sellado, digámoslo así, con multiformes caractéres de una diversidad maravillosa, de una disparidad que no comprenderíamos si no supiésemos el inmenso territorio que ocupa este imperio, germano, eslavo, moscovita, griego, tártaro, bizantino. Lo que indudablemente descuella sobre todos estos productos, es la platería rusa. Los objetos que se destinan á las iglesias tienen un corte tan bello, un dibujo tan correcto y un aire tan místico en sus relieves y en sus figuras de esmalte, que muestran cómo el génio artístico se ha unido en este pueblo, todavía poco avanzado en la civilizacion, al génio eclesiástico. Hay un cáliz maravilloso, de plata oxidada, un relieve, en conmemoracion del decreto que abolia la servidumbre; otro que

tiene cuarenta pulgadas de altura, y que representa la Adoracion de los reyes, trabajo prodigioso; un servicio de té, muy delicado; un cántaro para leche, donde se ve en relieve la campesina y sus vacas; mil objetos que demuestran los adelantos prodigiosos de estas artes industriales, ó de estas industrias artísticas en la inmensa Rusia.

***

Lo que da mejor idea de un país, cuando se quiere escudriñar las costumbres, sin duda alguna, es el trage del pueblo. Ejemplares de los vestidos rusos guarda la Exposicion innumerables en figurillas de barro, en maniquíes de madera. Dentro de un escaparate se encierran parejas de casi todas las vastas comarcas que componen el inmenso imperio ruso, hechas de barro cocido. Allí podeis estudiar un momento esas razas invasoras que tantas veces os habrán aterrado en los sueños apocalípticos de los que anuncian el próximo fin de nuestra civilizacion. Allí veis el ruso del Centro con su túnica blanca y su cinturon de mil colores; allí el tártaro de las sombrías estepas, antiguo compañero de Genserico y de Atila; allí el kirghiz, de ancha cara y nariz chata, con su gorra de pelo y sus abigarradas vestiduras; allí el cosaco del Oural, con sus arreos de cazador, acompañado de su mujer, medio oculta en tocas monjiles; allí los mongoles, nómadas todavía, hijos sencillos de la naturaleza, con la cual viven perpétuamente, sin presentar las maravillas de la civilizacion, y sin conocer casi las ventajas de la sociedad; allí la mujer de Laponia, con su vestido carmesí, como si quisiera con lo vivo del color contrastar lo sombrío de sus oscuras chozas; allí, en fin, todas esas razas que unas han tenido por cuna el Polo, otras los desiertos del Asia, todas la naturaleza salvaje, indómita, que parece haberles sellado en el rostro con ciclópea marca, una señal indeleble de bárbara y extraña

grandeza. Los maniquíes, aunque en la parte que podríamos llamar escultura, nada ofrecen de notable, en la parte de vestiduras, son soberbios. Veis á vuestro lado el campesino ruso envolviéndose contra el frio en unos grandes gabancs forrados de triples pieles, que les llegan hasta los piés, y que les ocultan materialmente la cara en sus inmensos capuchones. En su presencia, tiritais materialmente de frio y concebís los rigores de aquel implacable clima. Los dos tipos de hombre y mujer del Cáucaso, merecen la atencion pública. Lleva la mujer unos pantalones bombachos, moros, sobre los cuales cae un vestidillo corto, ajustado á la cintura por una faja de color subido; un chaleco abierto á la mitad del pecho y fuertemente abotonado á la garganta; un gran gaban galoneado de oro, con mangas; y á la cabeza un gorro griego bordado de sedas de mil colores, y de hilos de oro y plata, con una borla caida sobre la sien izquierda, borla no tan bella como las cuatro largas trenzas de negros cabellos que hasta las rodillas le llegan y son el más precioso adorno de la mujer, á pesar de tantas y tan femeniles preciosidades. El tipo varonil del Cáucaso es muy severo. Con su toga negra y su bonete de pieles, parece un sacerdote armenio, ó un magistrado europeo. Mas el espíritu de un pueblo, la luz más viva de la esencia de su alma, se descubre en las obras de arte, y á las obras de arte vamos á dirijirnos antes de acabar estos apuntes recogidos al vuelo en nuestra cartera, casi al mismo tiempo que paseamos por la Exposicion, impresionados con los sonidos del piano polaco, que parece despedir el lamento de un cautivo, y de las campanas de Moscow que parecen despedir un canto de victoria.

***

El gran mosáico destinado á la catedral de San Isaac, en Petersburgo, fijará inmediatamente vuestros sentidos por su

fondo de oro, por sus severas tintas, por a majestuosa calma de sus colosales figuras. Al ver el atrevimiento de aquellos grupos, sus soberbias cabezas, de las cuales se irradian ideas divinas, la valentía del dibujo, el conjunto épico de los santos varones arrobados en místicos éxtasis religiosos, los tomaríais por profetas antiguos, disfrazados con trajes orientales modernos, y sobre la dura piedra pintados por el génio tonante de un Miguel Ángel del Norte. Pero esta es la primera impresion. Cuando lo mirais reflexivamente, descubrís la resignacion en aquellos rostros, la limitacion concreta en aquellas figuras, las tradiciones intactas de la liturgia bizantina en aquellos grupos de una inmovilidad, sobre la cual no ha pasado ese soplo pagano del Renacimiento que el catolicismo recogió, y que fué difundiéndose por los arcos de Bruneleschi, por las estátuas de Miguel Ángel, por los cuadros de Leonardo de Vinci, por los frescos de Rafael, por esa pléyade inmortal de génios, únicos capaces de armonizar en sus creaciones las perfectas formas clásicas con el espíritu infinito del cristianismo, y que han dorado y pintado y esculpido con esta inspiracion la primera mitad del siglo décimo sesto, es decir, el arco triunfal por donde el espíritu humano ha entrado vencedor en las edades modernas. Esas figuras bizantinas tienen todavía en su rostro pintado el religioso terror del siglo décimo. Esas figuras bizantinas todavía tienen la rígida inmovilidad de la Edad Media. Se ve que sostienen sobre sus hombros el peso de una religion autocrática. Y siendo tan bizantinas, todavía los dibujos, los procedimientos químicos, los colores dados á los cristales, el empaste, en una palabra, el arte entero revelado por ese magnífico mosáico, es pura y simplemente bizantino. Sabido es que el Emperador Nicolás, como el Emperador Alejandro, tenia algo de soñador, y se imaginaba que el haber sido entre todos los hombres designado para ocupar el trono más alto de la tierra, y personificar la religion más extendida en

Oriente, era como una mision divina que él debia aceptar con la fe de un profeta, y realizar con el arrojo de un soldado. El ódio de su vida era el turco, y el amor Constantinopla. Mil veces se imaginaba que la victoria del Koran en el siglo décimo quinto, aquella victoria por la cual se apoderó del Bósforo, convirtiendo la más hermosa porcion de Europa en vil serrallo de sus sultanes, era debida á la division entre la Iglesia griega y la Iglesia romana, como el triunfo de los bárbaros en el siglo quinto, á la division entre el imperio griego y el imperio romano. De grado viniera él á una union entre las dos comuniones, si le hubieran dejado ser el jefe de ambas. Ya que otra cosa no pudo, visitó el Vaticano, y contempló el cadáver de la Roma antigua desde esa escala de Jacob que se llama la cúpula de San Pedro, levantada á los cielos por el génio de la Roma moderna. En la gran basílica católica admiró los mosáicos, y se llevó á fuerza de oro uno de los más hábiles artífices, llamado Leopoldo Bonafede, el cual, ya muerto, ha sido reemplazado por su hermano. Verdaderamente en la seccion de artes se nota falta de originalidad rusa. Adviértese que la mayor parte de los exponentes han recorrido Italia, se han amaestrado en París. Hay algunos asuntos de historia nacional; mas parecen tratados por pintores franceses. La galería de la historia del trabajo muestra que los pintores rusos del siglo pasado y del siglo décimo sétimo se encontraban á la altura y en la manera de nuestros pintores del siglo décimotercio y décimocuarto. El arte es como la naturaleza; no anda á saltos. Entre los sesenta y tantos cuadros al óleo que ha expuesto Rusia, cuatro me han llamado principalmente la atencion. El de Flavitski, que representa la muerte de la princesa Tarakanoff. Está sola, en sombrío calabozo; el agua de una espantosa inundacion entra por las rejas; la cama flota llena de ratones que, huyendo, allí se han refugiado; y sobre la cama, súcia y tosca, último apoyo de su amenazada vida, álzase la mártir, infe-

liz descendiente de emperadores, sacrificada á los implacables caprichos del despotismo, enterrada viva por las exigencias de una córte cruel, cubierta de raido traje de terciopelo carmesí, que recuerda con su miseria la antigua opulencia; agarrándose á las paredes, y viendo desesperada, con la siniestra lividez de la agonía en el rostro, abrirse en las espirales de la inundacion las negras fauces de la muerte. Este cuadro produce un gran terror. El de Horawsky representa una vieja. Hay en esta obra un gran realismo, parece un retrato; pero hay tambien una gran verdad y mucha vida. Peroff ha pintado el entierro de un niño en una aldea rusa. Es un cuadro de género que acaso no esté perfecta y acabadamente dibujado; pero que tiene una sencillez encantadora, é inspira la misma melancólica tristeza que ha querido expresar el artista. Se ve la inmensa soledad. La luz es blanquecina y triste. La estepa solitaria se halla cubierta de nieve. Sobre la nieve se desliza un trineo. En el trineo va un ataud. Sobre el ataud se inclina el padre de familia. Sus otros hijos le rodean. Su madre sigue llorando, y cubre el fondo del cuadro con el toque magistral de su dolor sublime. Todo llora allí, y todo hace llorar. En cambio aquellos campesinos de la pequeña Rusia que Troutowsky ha pintado volviendo ébrios de una aldea, si no tienen el dibujo y el colorido de Teniers, tienen su misma cándida verdad. Salgamos de la Exposicion rusa. Mis lectores de la Habana recibirán esta fria crónica de la Exposicion rusa, en medio de los ardores del estío. Y sin duda se convencerán de que bajo las capas de hielo tambien se pueden ocultar las flores de las artes y las esperanzas de la libertad. La zona de la civilizacion es todavía muy reducida. El Asia ha muerto, y con el Asia todo el Norte de Africa, donde se alzaban aquellas espléndidas ciudades, cuyos oráculos consultaron Herodoto y Platon, y en cuyas escuelas aprendieron su ciencia sublime Orígenes y San Agustin. La América, á pesar de sus grandes

progresos, todavía no tiene la poblacion que reclaman sus inmensos espacios. En Europa la línea de la civilizacion concluye donde comienza el imperio ruso. Un escritor de este país declara que casi todas las industrias rusas presentes en la Exposicion, son de orígen extranjero. Pero esto no importa. El imperio de la industria, como el imperio de la ciencia, no tiene fronteras. Lo que sí importa es que del Norte de Europa nazca por esa química admirable del mundo moral, cuyas ideas forman el alma de las civilizaciones, un nuevo pueblo, que, léjos de ser una amenaza, sea una cooperacion más en la obra lenta y penosa del progreso humano.

XXIII.

LA GALERÍA DE LAS MÁQUINAS.

La galería de las máquinas ha sido clasificada rigorosamente: en verdad que esta clasificacion me parece provechosísima. Despues de todo, al examinar una ciencia se ve que su base está en la sistematizacion; y al examinar la sistematizacion, se ve que su organismo estriba en las clasificaciones. Las máquinas se hallan en el inmenso círculo bien sistematizadas y bien clasificadas. Veinte son las divisiones. 1.ª Instrumentos para explotar las minas y para llegar á la purificacion de los metales. 2.ª Máquinas agrícolas; corte y explotacion de los bosques. 3.ª Utensilios de caza, pesca y anclaje. 4.ª Material y procedimiento de las fábricas agrícolas y de las diversas industrias alimenticias. 5.ª Menaje, digámoslo así, de la química, de la farmacia, y de las tenerías. 6.ª Motores y generadores del vapor propios para impulsar las máquinas de la Exposicion. 7.ª Máquinas y aparatos de mecánica general. 8.ª Herramientas de máquina. 9.ª Máquinas-hilanderas. 10.ª Máquinas-tejedoras. 11.ª Material y procedimientos para muebles. 12.ª Material y procedimientos para vestir, en cuya seccion se encuentran las máquinas de coser. 13.ª Máquinas y procedimientos para imprimir, fabricar papel, pintarlo y estamparlo. 14.ª Máquinas y procedimientos usados en diversos trabajos. 15.ª Carruajes. 16.ª Productos de guarnicioneros. 17.ª Material de caminos de hierro. 18.ª Material de telé-

grafos eléctricos. 19.ª Trabajos de los ingenieros civiles y de los arquitectos. 20.ª Material de navegacion. Esta es la clasificacion.—¿Qué progreso atestigua?—Los inteligentes notan, despues de haber estudiado con algun detenimiento la seccion de las máquinas, que en el primer grupo, en el que se refiere á la explotacion de las minas, se han verificado notabilísimos progresos despues de la última Exposicion universal de la industria. Se han mejorado los medios de abrir pozos; se ha aumentado la potencia extractora de las máquinas; se ha hecho, para la preparacion mecánica de los minerales, por medio de muchos útiles recientemente descubiertos, el trabajo más automático, lo cual economiza la mano de obra; se ha acrecentado mucho la produccion de los altos hornos. Naturalmente, la explotacion del carbon de piedra se perfecciona cada dia más. Así como la naturaleza hace del carbon el diamante, esta especie de luz solidificada, la industria hace del carbon un mineral más útil que el oro, porque con él impulsa todas esas máquinas cuyo movimiento agranda la vida. En la seccion de máquinas agrícolas puede decirse que los progresos no son proporcionalmente tan grandes, tal vez porque la agricultura se resiste más al trabajo mecánico, y exige todavía el trabajo humano, el auxilio de nuestros brazos. Sin embargo, hay grandes máquinas para convertir en tierras de labor las tierras yermas ó llenas de bosques; para ascender á la superficie los terrones húmedos, las capas interiores vegetales donde se encuentra la verdadera sazon; para trillar sin que se necesite aguardar el viento, á veces tan raro en en nuestros países meridionales.

La mecánica de la imprenta está en gran progreso. Se ha resuelto un problema, la impresion litográfica por medio de la mecánica, á precios idénticos y aun menores de los que exige la impresion tipográfica. Se han perfeccionado las pilas para las pastas en las fábricas de papel; se graban los rodillos ó cilindros para el estampado por medio de la

electricidad, y se ha perfeccionado hasta un límite que excede á las ambiciones de la imaginacion la máquina para imprimir. Los caminos de hierro ofrecen las mejoras siguientes: mayor potencia dada á las locomotoras para vencer los declives; mayor comodidad en los wagones; invencion de aparatos de seguridad; perfeccionamiento dado á los frenos; construccion de maquinillas, que hoy se aplican á los caminos de las minas, y que se aplicarán mañana á los ferro-carriles vecinales; nuevos datos para sustituir las traviesas de madera que hoy se emplean en todos los caminos por traviesas de hierro; grande rebaja en los precios de los útiles necesarios para construir estas arterias de la civilizacion. Los ingenieros civiles y arquitectos presentan en la Exposicion los proyectos siguientes, oficialmente ya marcados: mejoras en cales hidráulicas, ladrillos, tejas, piedras artificiales; vulgarizacion de las construcciones metálicas; multiplicidad de las máquinas para cortar maderas y cepillarlas, y convertirlas en útiles de construccion; aplicaciones del aire comprimido á los trabajos subterráneos y á las fundaciones difíciles ó profundas; ingeniosos sistemas para la colocacion de los grandes puentes de hierro ó de madera; portazgos movibles; colosales medios de dragar rios y puertos; aplicacion de la electricidad á iluminar las costas. En la navegacion podemos notar las construcciones de vapores muy largos y muy lijeros; los buques acorazados para la marina de guerra; los enormes cañones que se colocarán sobre torres movibles; la reduccion del volúmen de las calderas de vapor, aumentando al mismo tiempo su fuerza y su potencia.

***

No tengo, en verdad, un grande optimismo. No pertenezco al número de los que creen fatal, necesario, el progreso en todos los ramos del trabajo, en todas las manifesta-

ciones de la actividad, en todas las leyes de la vida. Sé muy bien que si una época se aplica á resolver un problema, descuida muchos otros lados de esta pirámide que se llama la vida, pirámide cuya base está en las entrañas de la tierra, pero cuya cúspide se pierde en la inmensidad de los cielos. Quizá nuestro tiempo no es tiempo de fe, y sin quizá, nuestro tiempo no es tiempo de arte. Estamos creando, con todas las ideas y todas las inspiraciones allegadas en tantos siglos de ciencia y de arte, una nueva sociedad. Estamos creando, con todos los útiles de la industria, una nueva naturaleza, donde nuestros hijos puedan llamarse más dueños de la materia que lo fueron sus padres. A este trabajo, el hierro se dobla, el rayo se somete, el mar muje esclavizado por la quilla de nuestros barcos, la materia se trasforma entre las ruedas de las máquinas, el aire se deja pesar en los barómetros y el calor medir en los termómetros, los elementos de Aristóteles se descomponen milagrosamente en nuevos gases que aumentan la combustion de la vida, el planeta se abre y enseña en los terrenos sobrepuestos desde el fuego central hasta las pirámides de eternas nieves su pasmosa historia, lo infinito se palpa en los progresos de la astronomía, y una confianza mayor se levanta en nuestros corazones, porque sabemos, al ménos, que, seàn cuales fueren los obstáculos encontrados en nuestro camino, la tierra no se detendrá en su carrera progresiva al través de los espacios, hasta empaparse toda entera, como la esponja en las aguas del mar, en el fluido de divina luz esparcido por el soplo creador en todo el universo.

***

Muchas esperanzas de redencion inspira la industria, muchas grandes seguridades de que el porvenir será la libertad, inspira la Exposicion. Pero el ánimo se contrista y abate cuando ve los inmensos obstáculos que opone la im-

pura realidad, la inveterada costumbre, á todas las exposiciones de las ideas, á todas las conquistas del progreso. Entrando en la Exposicion por la puerta del Campo militar, se ve esta palabra: Aduana. Hablamos de confederar los pueblos, de hacer el planeta una habitacion para todos los hombres, y todavía tenemos esa palabra Aduana, que quiere decir aislamiento, barrera, obstáculo á la fusion de todas las razas en la igualdad de todos los derechos y en la comunion del trabajo. A los pocos pasos, ya sobre los muros mismos del Palacio de la Industria, se ve esta otra palabra feudal: *Octroi*. El décimo grupo acaba de consagrar grandes monumentos á la emancipacion del trabajador, y todavía á las puertas del palacio está el mónstruo del fisco, abierta la boca, teniendo por dientes esos horribles tributos que se llaman de puertas y consumos, con los cuales quita de las manos del pobre el pan que el pobre necesita para sus hijos. Y todavía se dibujan tristemente en los muros de la Exposicion una especie de visitantes que vienen á turbar con recuerdos de otros dias la fiesta del trabajo; los Reyes de Europa, Asia y Africa, que sostienen la Aduana, el *octroi*, la censura, la esclavitud, es decir, la muerte del pensamiento y de la industria.—¿Qué hace aquí esa raza de ociosos?—Ellos son los que crucificaron á Cristo, los que olvidaron á Blasco de Garay, los que quemaron á Giordano Bruno, los que arrancaron la lengua á Vanini, los que menospreciaron á Watt. Ellos son los mismos que negaron toda nobleza, toda dignidad al trabajo, é hicieron oficios viles é infames los más necesarios para el sustento de la sociedad, para la vida del hombre. El Rey de Prusia, que se enorgullece todavía con el título de Rey de derecho divino, va á habitar las Tullerías, y va á ver desde la ventana de su estancia, sin aprender nada, el sitio en que se levantára el cadalso en que el derecho divino fué decapitado. El Emperador de todas las Rusias va á sentarse en la ciudad de la democracia, ¡él! que se sienta sobre catorce nacio-

nes degolladas, palpitantes aun con los extremecimientos de la agonía bajo su manto de púrpura. Hasta el Sultan de Constantinopla va á dejar el Bósforo de Tracia, las costas bellísimas donde se encuentran el Asia y Europa, los placeres de sus serrallos, perfumados por el aroma del azahar y arrullados por el canto de las olas, para venir á la ciudad que ha roto en la noche del 4 de Agosto de 1789 el cetro de hierro del feudalismo. Decidme. Cuando entre por estas calles con sus seiscientos esclavos de comitiva, y las músicas pueblen, en su loor, de armonía los aires,—¿quién no recordará el quejido de cien mil cristianos inmolados sobre la isla de Creta?—En el siglo de la industria, en el siglo que levanta pesos incalculables á las nubes, en el siglo del telégrafo eléctrico, en el siglo de la mecánica, todavía existe quien se cree destinado, porque nació de tal padre ó perteneció á cual familia, á mandar sobre Newton, sobre Kant, sobre Hegel, y hasta extinguir si quiere con un soplo la luz de esos génios, fáros gigantes que Dios encendió en las riberas del tiempo para iluminar eternamente los espacios de la historia. El derecho de Fernando VII bañado en sangre, de Luis XV comido de la lepra de todos los vicios, de los carniceros degolladores de Polonia, es todavía más alto, más sagrado que el derecho divino del pensamiento y de la conciencia.

XXIV.

LA VISITA DEL SULTAN Y LA DISTRIBUCION DE PREMIOS.

No puedo proseguir más tiempo en esta descripcion. Para daros alguna idea de cada pueblo, me veré forzado á mariposear sobre todos. Y antes de acabar mi carta quiero comunicaros algo de la magnífica fiesta, cuyo objeto ha sido la distribucion de recompensas al mérito en el trabajo, más digno verdaderamente de nuestra loa que el mérito en la guerra. El domingo 30 de Junio ha sido señalado por la venida del Sultan á París. El jefe de los creyentes musulmanes ha rasgado la nube en que se hallaba envuelto, y venido como los simples mortales á la ciudad del trabajo, á la ciudad que festeja con el nacimiento del régimen industrial la muerte de todos esos Koranes fatalistas, infalibles, sobre los cuales se han apoyado todos los despotismos. La entrada del Sultan se ha reducido á un paseo desde la estacion de Lyon hasta el antiguo palacio de la Presidencia, bajo un cielo excepcionalmente bello, entre dos filas de municipales sin armas, dos muros de seiscientos mil ciudadanos apiñados en la carrera; un piquete de guías, con sus casacas blancas y sus banderolas encarnadas, y otro piquete de cien guardias; encerrado en lujoso coche, desde el cual saludaba con cierta afectacion, como no acostumbrado á tales graciosidades, á la agasajadora ciudad de París. El Sultan es jóven, pues apenas cuenta treinta y siete años; mas sea por indolencia turca, sea por su complexion natural, ha

adquirido una gordura tal que le da ya aspecto de vejez. A pesar de esto, hay en su rostro gran pureza de líneas y un tinte trigueño bien hermoso. Va muy sereno, y su serenidad es tan melancólica que acusa el representante de una raza en cuyo corazon ha entrado el presentimiento de irremediable decadencia, de total ruina. A la fiesta de distribucion de los premios asistia el Sultan, y no hay que decir cuánto aumentaria esto la natural curiosidad de París, duplicada por la curiosidad no ménos voraz de sus millares de extranjeros. La ceremonia se celebraba en el Palacio de la Industria. El salon es inmenso. Baste decir que cabian muy anchamente, sin incomodarse unas á otras y sin tropel de ninguna clase, más de veinte mil personas. Nuestro siglo no ha visto, y acaso no volverá á ver, un espectáculo semejante. En el centro se levantaban los diez trofeos representando los diez grupos de la Exposicion. A pesar del arte empleado en arreglarlos, á pesar de contener los más bellos objetos que hay en el Campo de Marte; bajo aquella inmensa bóveda aparecian mezquinos, y en comparacion del espacio y de la grandeza de las líneas podian tomarse por juguetes. Un hermoso marco de innumerables flores se extendia en elipse de infinitos matices entre los pedestales de los trofeos y los piés de los convidados. Las paredes estaban todas pintadas de un color demasiado oscuro. Cortinajes de terciopelo carmesí bordados de oro cubrian los grandes palcos, á cuyos piés flotaban las banderolas de todos los países de la tierra. El trono, colocado en uno de los ejes de la elipse, era verdaderamente monumental. En la línea más cercana á los trofeos, se veian los representantes de todos los pueblos. La municipalidad de Lóndres se destacaba por sus largas túnicas carmesíes forradas de armiño. Distinguíanse tambien los persas, con sus túnicas negras y sus tiaras de pieles, sobre las cuales ondea una cinta blanca; los turcos, con su levita azul turquí abrochada hasta el cuello, y su gorro carmesí inmóvil sobre sus rígidas

cabezas; los enviados egipcios, con sus grandes placas de oro sobre el gorro colorado; los húngaros, con sus trajes ricos, severos, forrados de pieles, recuerdos vivos de la Edad Media, y los chinos, con sus crugientes túnicas de seda. El himno compuesto por Rossini anunció la entrada del Emperador. Parecia que en tan solemne momento, cuando Francia brillaba con todo su esplendor, el orgullo francés, olvidado de sus últimas heridas, debia prorrumpir en una grande aclamacion y consagrar al César una de esas frenéticas ovaciones á que el César se va ya desacostumbrando. El recibimiento fué muy frio. Los gritos y los aplausos de unas cuantas personas resbalaron sobre el marmóreo aspecto de aquella maravillosa asamblea de veinte mil almas. El himno de Rossini fué magnífico, de una energía sorprendente, y de un vuelo verdaderamente pindárico. Los diferentes industriales que han obtenido premio fueron presentándose á recogerlo, precedidos por las banderas de sus grupos. Una salva de aplausos acogía á estos vencedores pacíficos en las luchas fecundas, no por la muerte, sino por la vida. El Emperador leyó un discurso, en el cual dijo, con razon, que esta Exposicion es la única universal de cuantas se han celebrado hasta el dia. Pero sin razon dijo que las instituciones hoy vigentes en Francia son liberales. Liberales, cuando la autorizacion prévia es necesaria para fundar un periódico; cuando la prensa está sometida todavía al régimen de la arbitrariedad administrativa; cuando el derecho de reunion no existe; cuando poblaciones tan importantes como Lyon y París no pueden nombrar sus municipios; cuando el sufragio universal se ejerce, sí, pero se ejerce en el silencio. ¡Oh libertad querida! Siempre te invocan más los que ménos te conocen. Y esto prueba tu poder incontrastable. Reinas siempre, hasta cuando estás encerrada en una tumba.

XXV.

EL QUINCE DE AGOSTO.

Imposible, completamente imposible, pasar revista á París en Agosto y no tener una palabra, un recuerdo para las fiestas imperiales, tantas veces comparadas á las que en otros tiempos dieron los Césares á los romanos. El dia 15 es un dia triste. La administracion permite pedir limosna, y todas las llagas de París salen al aire libre. Aquí una madre desolada que lleva su prole escuálida; allá un jóven estropeado que enseña deformidades horribles; por todas partes la miseria, donde la miseria es más triste, en el seno de la abundancia, en estas grandes poblaciones, templos del lujo, serrallos del placer. Por la noche, las sombras se extienden sobre todos estos dolores y los ocultan. Pero en cuanto vienen las sombras, empéñase París en resucitar el dia. Sobre el Arco de la Estrella, que se descubre desde muy léjos y en varias direcciones, arde un árbol de fuego que puebla las sombras de encendidas flores de mil matices y de fugaces perlas de mil tamaños. Despues que el rápido volcan se ha extinguido, comienza el hormiguero de estas multitudes sin nombre á visitar París para ver las iluminaciones. El sitio más expléndido de la ciudad es la plaza de la Concordia. En el fondo, hácia el Mediodía, los jardines de las Tullerías, entre cuyo follaje se oculta el sombrío palacio de Catalina de Médicis; al extremo Norte, despues de una media legua de alamedas, el Arco de la Es-

trella, cuyas colosales proporciones se dibujan con nitidez en los léjos del horizonte; al Oriente la calle Real, terminada por la Magdalena, que ostenta su intercolumnio corintio, su frontis griego; al Occidente el Palacio Legislativo, con la Magdalena en armonía por su arquitectura, y al pié del palacio el rio; por do piseis, bosquecillos en cuyo suelo crecen varias flores arregladas á manera de gigantescos ramilletes; fuentes de bronce entre cuyos negros relieves caen abundosos torrentes, surtidores en forma de caprichosos pájaros, estátuas de varias actitudes y candelabros de varias formas; y en el centro el obelisco de Cleopatra, que parece la aguja inmóvil de un reloj parado sobre el cual se contaban los dias de los dioses y de los misterios en el antiguo Egipto, y la sombría aparicion de los siglos muertos, en medio de la más viva y la más ébria de las ciudades del mundo.

Sobre esta mágica decoracion, imagináos millones de luminarias, de grecas de faroles, desde las Tullerías al Arco de la Estrella, que tendrán cada una tres cuartos de legua; la luz eléctrica, cuyos resplandores parecen robados al dia, reflejándose sobre las fuentes, y convirtiendo sus caudalosas aguas en arroyos de plata líquida; los globos venecianos, del color suave de la naranja, suspendidos como frutas brillantes de las verdes ramas; los fuegos de Bengala, encendidos con profusion por todas partes, y dando á estos vários cuadros entonaciones fuertes, cambiantes, como si soles de diversos matices los alumbraran; los grandes edificios á lo léjos, por cuyas líneas corren guirnaldas de gas, prestándoles un aspecto fantástico, el aspecto de edificios dibujados con rayos de luna; todo envuelto en esta atmósfera húmeda que aumenta los misterios con sus variadas gasas, y dulcifica las tintas de aquella inmensa orgía de colores. La administracion concede todavía á los parisienses otros festejos en celebridad del aniversario de aquel grande imperio, rápido como un sueño, que intentó conquistar Eu-

ropa y que cayó herido en la frente por España, ese David de las naciones. Los espectáculos más amenos para el pueblo son los teatros al aire libre, las cucañas, las farsas en el Trocadero y en la plaza del Trono. Imposible imaginar nada más extraño. Una féria en Francia es una inmensa reunion de oradores al aire libre, oradores de todos géneros, así del masculino como del femenino, y que recorren toda la escala de la elocuencia, desde el razonamiento frio hasta las pompas orientales y ciceronianas. El uno trata de convenceros de que si jugais á su lotería, ganareis siempre, y él siempre perderá, aunque en honor del pueblo francés y de su gloria. El otro se detiene delante de un carro cubierto, dentro del cual hay una sonámbula que adivina todo vuestro porvenir mediante la rápida iluminacion de cincuenta céntimos. Mas allá, un francés perfecto, vestido de salvaje, os convida á ver un antropófago, que, por respeto á la ley, no come carne humana; pero come carne cruda. Una gruesa mujer, en mangas de camisa, os ofrece enseñaros un cocodrilo, esa anfibia fiera del desierto; pero tan educado, que en vez de tragarse una persona, la imita y la saluda al entrar, poniéndose derecho, como nosotros nos ponemos de pié á la entrada de nuestras visitas. «Venid á ver esta ma »ravilla, grita; venid, gente descreida, que dudais de los »milagros. Confucio, Mahoma, los Profetas y los Mesías »*(todo este respeto guardan las feriantes francesas á las »glorias de las varias religiones)* jamás los hicieron mayo»res. Daniel estuvo con unos leones. ¿Qué tiene eso que »hacer? ¡Unos leones! Esos son animales nobles, orgullo»sos, fieles, los perros del porvenir. Lo difícil es tratar con »los cocodrilos, que de un sorbo se soplan rápidamente un »hombre, como el hombre una sopa. Yo, yo, dice dándose »fuertes golpes en el pecho, yo lo he convertido en manso, y »yo lo he cazado á la orilla del Nilo. Por cierto que si pude »domesticar un cocodrilo, no he alcanzado todavía á domes»ticar un marido. *(Risas y aplausos.)* Venid á verlo, bra-

"vas gentes, venid á ver el milagro del siglo. No pagareis "nada. *(Asombro general, unánime.)* Ved si soy generosa. "*(General asentimiento.)* No pagareis nada, decia... no, al "entrar: Pagareis al salir. *(Exclamaciones varias.)* Y solo "cuatro sueldos. Un milagro por cuatro sueldos. ¿Cuándo "fueron tan baratos?" *(Y el público, despues de este discureo perfectamente parisien, es decir, perfectamente volteriano, se lanza á ver el mónstruo.)*

Necesitais poneros algodon en los oidos para pasar por aquella feroz vocinglería. Los órganos destemplados de los Tios Vivos, las murgas de los teatros á cuatro sueldos; los desaforados gritos de los vendedores al aire libre; el estrépito de los billares portátiles; el tiroteo incesante de los varios juegos de pistola y carabina; el redoblar de los tambores que acompañan á los titiriteros; el griterío y las carcajadas del público, por el cual andan tantos y tantos tambaleándose á los vapores del vino ó maldiciendo á los desengaños del juego, todos estos varios sonidos componen como un infernal aquelarre, de tal naturaleza, que os figurais haber caido en un pueblo de locos.

XXVI.

MISCELÁNEAS.

Ha pasado en París el dia de los difuntos, uno de los pocos dias festivos que en Francia quedan despues del Concordato. Los magníficos cementerios parisienses, próximos á desaparecer, se inundan de gentes, y las severas tumbas, próximas á cambiar de espacio, se llenan de coronas, regalos y juguetes. La manía de sobrecargar los sepulcros con círculos de cristal y de talco y de oropel, con jarros de porcelana, con sáuces de carton ó de trapo, quita á la mansion de los muertos esa magestad severa, propia de sus eternos misterios. El dolor teatral no es el dolor profundo y verdadero. Las lágrimas tienen, como la hermosura, como el génio, un poder sagrado. Estaba mandado que el dia 1.° se cerrara la Exposicion; sin embargo, se prorogó cuatro dias. Ya comienza á convertirse en una Babel mercantil, donde todo el mundo compra y vende á estentóreos gritos. La Exposicion ha sido uno de los desengaños de París. Imaginábanse los habitantes de la gran ciudad que habian hecho todos un viaje á América, y que el oro iba á brotar como un manantial entre las junturas de las piedras. Con este motivo allegaron en sus almacenes y en sus tiendas mercancías que no han despachado, y agotaron en sus cajas los recursos del crédito que ahora les atosiga con sus apremiantes pagarés. Bien es verdad que esta grande fiesta del trabajo, esta apoteosis de la industria, destinada á

demostrar la superioridad del taller sobre el campo de batalla, se ha desarrollado entre dos catástrofes; la amenaza de la guerra con Alemania que estalló en 1.° de Abril, y la realidad de la guerra con Italia que ha estallado el 1.° de Noviembre. Nos alabamos de nuestros progresos y de nuestra civilizacion; nos enorgullecemos de las sondas que tocan los abismos del mar y de los cristales que escudriñan los abismos del cielo; enseñamos el telégrafo, encadenando el rayo á nuestras manos, el espacio á nuestra voluntad; y, despues de una Exposicion destinada á ostentar todos estos progresos, la máquina que va á rechinar con más fuerza es el cañon-mónstruo, y la cosecha que va á tener más fecundidad es la cosecha de la muerte.

***

El Emperador de Austria es el mimado huésped de París. Sabemos por ciertos periódicos todos los dias si va de uniforme ó de frac; si sube á las torres ó baja á las cloacas; los platos que come, y la hora á que se despierta. La indiscrecion de la prensa parisien no tiene límites. Solo es mayor todavía que la indiscrecion de la prensa la curiosidad del público. Líbreos Dios de ser célebre en esta capital, porque se expiarán vuestros menores gestos, se contarán historias verdaderas ó falsas sobre los actos más sencillos de vuestra vida, y sabrá el mundo entero si teneis el sueño pesado y las digestiones fáciles. Hay aquí un tal Adrian Marx, cronista de los palacios, que anda siempre afanoso con su cartera y con su lápiz por los bailes, por los saraos, por los banquetes, sudando la gota gorda por averiguar si un soberano se sonrió al Champagne, ó se regodeó con algun manjar ó se sintió un poco fatigado cuando comenzaron á subir del estómago al cerebro los vapores del festin. Baste decir que el otro dia anunciaba á 36.000 lectores la forma de cierto vaso, que no se debe nombrar, puesto al servicio del Empe-

rador de Austria. Habia averiguado, y lo notificaba al mundo, que era un águila, á la cual estaba enroscada una serpiente. Yo creí que el águila solo se alimentaba del púrpúreo licor que corria en los campos de Marengo y Austerlitz. Pero, por lo visto, se ha domesticado mucho esta ave de rapiña. Adrian Marx sabe tambien que el Emperador de Francia y su huésped cazaron el otro dia ciento ochenta mil piezas en San German de Laye. Este San German es un magnífico sitio imperial, rodeado de bosques primitivos, con un palacio, cuya terraza se cuenta entre los prodigios arquitectónicos del Renacimiento. En este palacio devoró las amarguras del destierro Jacobo II, el último de los Estuardos, destronado por la última revolucion de Inglaterra.

***

En verdad, París ha tenido una gran curiosidad: saber si el Emperador de Austria iba á ver *La gran duquesa de Gerolstein*. Cuando el de Rusia vino, apenas divisó el Rhin azul, tan querido de los alemanes y tan codiciado de los franceses, apresuróse á pedir, por telégrafo, un palco para gozar de la divertida zarzuela. Las musas francesas lloran amargamente esta preferencia, como si San Petersburgo fuera alguna Atenas y el Czar algun Pericles. Mozart y Weber de seguro no se han propuesto que su música guste á los osos blancos. El teatro Francés fué visitado más tarde que el teatro de *Palais-Royal* y mucho más tarde que el teatro de *Varietès* por el Emperador Alejandro. *La gran duquesa*, ó sea Mlle. Schneider, es la que más dulces recuerdos guarda de estas visitas. El virey de Egipto, que se propone civilizar el África, ha dado una muestra de sus grandes proyectos, dotando en cuatro millones de reales á la Cleópatra del Boulevard Montmartre, despues de haberla oido cantar una noche. Es muy difícil concebir los abismos que hay entre los bastidores de París. En ninguna

capital del mundo pagan las actrices á los empresarios por salir al teatro. En París sí, porque los teatros son para ciertas actrices una tienda y la comedia un prospecto. No culpemos, sin embargo, á la capital del mundo. En pocas ciudades se trabaja más, y, por lo mismo, en pocas ciudades se corrompe ménos la médula de toda sociedad, el pueblo. Pero hay cien mil extranjeros que amontonan oro para venir á París, y que vienen á París para gozar de este gran mundo. ¿Qué ha de suceder en una poblacion donde hay cien mil ociosos con los bolsillos repletos para satisfacer todos sus apetitos? Además de esto, no tienen número los pecados de escándalo cometidos por la prensa diaria, pequeña, de á cuarto, que, no pudiendo hablar de filosofía ni de religion, ni de ciencia social, ni de economía política, habla de prostitucion con un cinismo increible, que toca en los confines de la inverosimilitud. Baste un ejemplo. Decia *La Luna* el domingo último: "A la actriz Milá (con todas sus letras, su nombre y hasta su partida de bautismo) le ha regalado su amante, un caballero inglés, cierta magnífica pulsera de oro, en la cual ha escrito con perlas de un gran tamaño las cuatro letras del nombre de su amada.—¿Estarás contenta?—le ha dicho el empresario (que debe ser un rufian de tomo y lomo, pongo yo entre paréntesis). "No, ha contestado la actriz suspirando, no, porque quisiera llamarme Escolástica." En francés todavía tiene una letra más este nombre, y, por consiguiente, hubiera habido unas cuantas perlas más en el brazalete de la cómica. En fin, cerremos el párrafo diciendo que el Emperador de Austria no ha ido á ver á *La gran duquesa de Gerolstein*.

***

No se habla de otra cosa que de duelos. Se cuentan todos los dias á pares con sus más remotas causas y sus más pequeñas minuciosidades. Óigase el siguiente, que es de

interés, por las altas personas en él comprometidas. Un príncipe de la familia imperial, Aquiles Murat, alférez, se fastidia en la capital de provincia donde está de guarnicion su regimiento, y pide una licencia de ocho dias á su coronel, M. Gallifet, para venir á este divertido París. El coronel le da la licencia. Pero ocho dias se pasan aquí muy pronto, y más para un jóven, para un príncipe. El alférez Murat pide ocho dias de próroga y el coronel Gallifet se los niega. El príncipe acude al ministro de la Guerra, y el ministro de la Guerra se los concede. El coronel Gallifet es un bravo militar, amigo de su autoridad y de las Ordenanzas, que tiene medio vientre de plata, por haber perdido el de carne en el sitio de Puebla. Indígnase al ver su autoridad quebrantada y escribe una carta amarguísima, llena de duras frases contra la familia imperial á su amigo el marqués de Rouget. Esta carta cae en manos del príncipe, el cual la entrega al Emperador. Napoleon III se contentó con decir: "Mal me paga los favores que le he hecho siempre." Y olvidó la ofensa. El coronel no ha sido ni castigado, ni siquiera advertido de su falta. Pero, ¿cómo ha llegado la carta á manos del príncipe Murat? Rouget la ha entregado, no tiene remedio. Desafio entre Rouget y Gallifet, por abuso de confianza. Rouget se defiende diciendo que la carta ha desaparecido misteriosamente. Desafío entre Rouget y Murat por imputaciones calumniosas. Y, últimamente, el príncipe pide su licencia absoluta, desafía á su antiguo coronel y lo hiere con su espada gravemente en la rodilla. No hay periódico de París que no haya contado la historia. Por contarla de esta ó de la otra manera se han llamado mútuamente hasta piojosos un redactor de *La Libertad* y otro de *El Fígaro*. De suerte que los dichosos ocho dias de licencia pueden producir una batalla campal á las puertas de París. Veamos estos defectos de una civilizacion refinada para no imitarlos. Pero imitemos la cultura francesa, el lenguaje escogido en el pueblo, la acti-

vidad intelectual, la gracia urbana, y en medio de todo, la mejor y la más envidiable de sus riquezas sociales, el respeto á la libertad de pensar en aquellos horizontes más íntimos del espíritu.

***

La idea religiosa es en el espíritu como el aroma en la flor; sin embargo, puede el sentimiento religioso desviarse de sus relaciones con lo infinito y dirigirse hácia la supersticion y hácia el delirio, como se ve en una secta mahometana, de la cual han venido algunos representantes á divertir á los parisienses en uno de sus teatros. El carácter del mahometismo es un carácter positivo, práctico; enemigo del paganismo griego y romano, de sus personificaciones y de sus ídolos; atento á un solo profeta, más legislador que teólogo, adorador de un solo Dios, y, á pesar de este carácter, nacen á cada paso en la religion uniforme de Mahoma sectas diversas, inquietas, que se entregan á todas las fantasías de las más extraviadas pasiones y á todos los delirios de las inteligencias desenfrenadas. Para estos pueblos africanos, sobreexcitados siempre por los ardores del sol, con algunos de los instintos de sus fieras, con el sediento deseo de lo maravilloso en el alma, tan encendida y tan desnuda como sus desiertos, el milagro es todo. Y una secta religiosa ha venido á París á presentar sus milagros en el teatro. Son horribles los prodigios que hacen. Solamente los pueden ver, en el seno de la civilizacion, pueblos que han perdido la sensibilidad á fuerza de excitarla. Se retuercen con grandes contorsiones, bailan y saltan desmedidamente, haciendo del baile una ceremonia religiosa, como los magos tártaros que rodeaban á Atila. Luego ponen los piés en un hierro candente y se los queman de suerte que percibís el olor de su carne asada, sin que advirtais la menor emocion en sus impasibles rostros. Llevan carbones

encendidos en los dientes y los ofrecen á los espectadores para que enciendan sus cigarros. Se traspasan con una aguja la lengua. Es, como he dicho, uno de esos horribles espectáculos que el mónstruo del fanatismo solo puede engendrar en el desierto y que el refinamiento de la civilizacion solo puede consentir en el teatro. ¡Lo que es el espíritu humano! Esas brutalidades que allá en el África, sobre la arena candente, bajo el cielo enrojecido, al bramar del Simoun y rugir de las fieras, son para pueblos fanáticos la prueba de la confianza depositada por Dios en una secta, el resplandor de inspiracion religiosa, y, por consiguiente, el consuelo en las desgracias de la vida y la esperanza en las tinieblas de la muerte, para los franceses son asuntos de diversion ó de extrañeza, espectáculos extraños, una especie de cantárida puesta en corazones gastados para excitarles á los dormidos sentimientos de la compasion ó del terror. Tales horrores, mirados en la inmensidad del desierto, desde las alturas de la fe sencilla de un pueblo crédulo, son milagros, y mirados desde una sala de espectáculo en la capital del mundo, son farsas. Esto nos enseñará á no ser tan orgullosos de nuestras ideas que las creamos indiscutibles y sagradas. ¿Quién sabe si desde el fondo de la China ó desde las orillas del Missisipí aparecerán nuestras ideas á las dos razas que forman los dos extremos de la humanidad, como ensueños ó como preocupaciones?

***

Difícil es París de divertirse cuando no se divierte con estos derribos que en unos cuantos dias hacen desaparecer las calles como por mágico arte, y con estas construcciones que en otros cuantos dias convierten las calles en filas interminables de pesados, uniformes, pero suntuosos palacios. Hace poco que en uno de los rincones cercanos al nuevo teatro de la Ópera, no léjos de la calle de Scribe, se der-

ribaba una casa de modesta apariencia, y que, sin embargo, habia encerrado por largo tiempo á un hombre cuya inmodestia estuvo á punto de costarnos á nosotros españoles nada ménos que el hogar sagrado de la patria. Este hombre es aquel cuya privanza fué el escándalo de nuestros abuelos; aquel que estrelló en Trafalgar la marina de Roger de Flor, de Colon y de Santa Cruz; aquel que á cambio de brillante corona en los Algarbes para sus sienes abrasadas por una ambicion insensata abrió el Pirineo á los franceses, los cuales creyeron posible borrar la nacionalidad española de la tierra, bajo las herraduras de los caballos que habian pisado sobre la cima de los Alpes y al pié de las Pirámides, arrebatadas en el torbellino del génio de la conquista y de la guerra. El hombre de quien hablo es don Manuel Godoy. Tanto poder, tanta ambicion, sueños de gloria y de fortuna tan insensatos habian venido á encerrarse en esa modesta casa, que ahora ha desaparecido, y desde la cual tendia las manos para pedir á los diversos poderes de España parte de sus bienes confiscados, y á los diversos historiadores de nuestro tiempo misericordia para su nombre maldecido. Esa modesta y oscura casa donde se albergaron tantos recuerdos y tantos dolores y tantos remordimientos, debia haberse conservado con una sencilla inscripcion que dijera: "A las generaciones tan fáciles en olvidar, como difíciles para aprender los grandes castigos históricos;" hé ahí los escollos encerrados en el tormentoso mar de las ambiciones humanas.

***

Refugiémonos en el arte. Si no tuviéramos ese mundo ideal, seria la vida triste y enojosa en nuestro planeta, erizado de espinas. En Francia, para sostener ahora el arte dramático, se apela por necesidad á resucitar el romanticismo. Es una reaccion contra las comedias de mágia, en

que aparecen, destacándose del fondo de brillantes decoraciones sobre nubes plateadas, entre torrentes de luz eléctrica y menuda lluvia de flores y oropel, pirámides voluptuosas de mujeres casi desnudas, que recuerdan los extravíos de Nínive ó de Babilonia. El Teatro francés ha resucitado el *Hernani* de Víctor Hugo, y el Teatro Cluny ha resucitado el *Antony* de Alejandro Dumas. Hombre singular es éste. Poeta, prosista, narrador maravilloso, autor dramático de primer órden, el más fecundo entre todos los escritores de nuestro siglo, tal vez el más léido, con tantas obras, que podria levantar, amontonándolas, una columna, sobre la cual se irguiera como Napoleon sobre la columna de Vendôme, para ser visto de su siglo con tantos admiradores en todos los climas y en todas las zonas de la tierra, que podria formar con ellas numerosas legiones; de nadie es respetado, porque para nadie es respetable. Y esto depende ciertamente de una falsa concepcion de la vida artística. Dumas ha creido que la sociedad lo consiente todo al talento. Dumas se ha imaginado que un escritor leido, admirado, puede, al son de los aplausos, hollar todas las leyes de la conveniencia social. Dumas ha creido que la informalidad, la estafa, el escándalo, la bancarrota, la mentira, el plágio pueden ser otras tantas estrellas en la corona del génio. Dumas ha creido que las leyes de la moral no llegan á los génios; y aquel que lleva esa luminosísima corona en las sienes, tiene una inmensa responsabilidad ante su conciencia y ante la historia.

XXVII.

UNA CARTA.

PARÍS 19 de Noviembre de 1867.

Amigo mio: Concluyóse la Exposicion Universal. Ya no se oyen por los espacios del Campo de Marte las melancólicas canciones andaluzas, ni las cadenciosas armonías de los walses de Strauss, mezcladas con el chirrido de las máquinas; ya no se encuentran los meditabundos árabes, indiferentes al espectáculo de nuestra civilizacion, como contemplándola desde la altura de sus creencias religiosas y de sus recuerdos históricos; ya no se ven los juguetones chinos, con la túnica de crugiente seda y la larga trenza pendiente sobre la espalda, pálidos como cadáves, ambulantes, y feos como ensayos ó borradores de organizaciones más perfectas; ya ni siquiera aquellas bandadas de ingleses, rusos, alemanes, italianos, españoles que habian convertido nuestro uniforme y correcto París en una nueva Babilonia.

Enciendo mi chimenea, atizo mi lumbre, envuélvome en el manto de nieblas, semejantes al humo del carbon de piedra, y aguardo con el ánsia devoradora que nos consume por consumir el tiempo, á que florezca nuevamente el madrugador almendro, y vuelvan las bandadas de las viajeras golondrinas, y las rosas abran su capullo, y las mariposillas su larva, y en las claras noches, sembradas de estrellas, nos cante el ruiseñor escondido en el tierno re-

ciente follaje la santa alegría de sus nuevos amores, y vuelva la primavera, aun á costa de irse llevando una hoja más de la ya espirante primavera de mi vida. Y nadie podrá impedirme, nadie que, cerrando los ojos al mundo que me rodea, y abriendo el pensamiento hácia el mundo que amó, sueñe al chisporrotear de la lumbre y al crugir del viento y de la lluvia en los azotados vidrios, con la patria ausente, donde está abandonado el nido del hogar, abandonado el asilo de la amistad, abandonado el sepulcro de mis padres; con la patria ausente, y sus risueños horizontes donde la luz es eterna, y sus viejas ciudades por donde van errantes las sombras de los héroes, y sus altos campanarios por donde se escapan las últimas nubes del incienso de la fe, y sus ruinas que todavía guardan bajo sus ortigas y sus jaramagos, mundos de recuerdos y cielos de poesía.

Pero voy entristeciendo á V. y entristeciéndome yo mismo; y la tristeza no debe ser la fruta de este París tan risueño, ni el resultado de maltratar durante doce horas la lengua más ligera, más flexible, más graciosa que han hablado los hombres. París podrá ser triste durante el dia, cuando las nubes llegan hasta la cintura y el barro hasta los hombros; cuando las largas filas de sus pesadas casas, todas de un color parduzco, aparecen como los muros de una prision ó de una fortaleza; pero así que llega la noche, así que cuelga sus guirnaldas de luces en los artísticos escaparates, parece una ciudad iluminada para celebrar una fiesta contínua, é inspirar una eterna alegría. Más vea usted lo que son las cosas. Ovidio echaba de ménos Roma desde el Ponto, y ahora hay muchos que echan de ménos el Ponto desde Roma.

El invierno convida al teatro. Pero el Teatro francés atraviesa una mortal decadencia. Bien es verdad que no puede suceder otra cosa. El hombre no está quieto, inmóvil, silencioso, sino á costa de no hacer nada, de no trabajar en nada. Todo trabajo es lucha, toda lucha es ruido;

pero todo ruido incomoda á la censura. No hay órden más completo, ni inmovilidad mayor, ni silencio más absoluto, que el órden y la inmovilidad y el silencio del sepulcro. Los grandes productos son hijos de grandes fuerzas, y las grandes fuerzas no trabajan sin grande estrépito, como lo prueban suficientemente las máquinas de las ciudades manufactureras, y las tribunas de los pueblos libres. Si os gusta la miel, necesitais las abejas. Y no podeis tener abejas sin exponeros á sus zumbidos y á sus aguijones. Pero vamos á los hechos. Consintió el Imperio que se levantára el destierro al *Hernani* de Víctor Hugo. El *Hernani* ha tenido un éxito prodigioso, inverosímil. Pide el Odeon que se levante el destierro al *Ruy Blas* del mismo autor. Y el Imperio lo niega, fundándose en el éxito del *Hernani*. De suerte que el bello ideal es irse á las comedias de mágia, ver perros y monos sábios, caballos, leones que á lo mejor devoran un hombre, peces de hoja de lata, mujeres desnudas é iluminadas por la luz electrica, danzas en que los danzantes salen disfrazados de nabos, chiribias, guisantes, habas, y fréjoles; y dejarse de esas pasiones que desplegó Calderon en el *Mágico Prodigioso*, y de esos tormentos que pintó Shakespeare en el *Hamlet*, porque todo eso inspira ideas, toda idea vida, y toda vida movimiento.

Y sin embargo, Alejandro Dumas se ha desceñido su mandil de cocinero, ha dejado un poco su actitud de bufon, y nos prepara la grande obra de Shakespeare, el *Hamlet*, en toda su original y magnífica grandeza. Yo creo al gran poeta inglés el primer psicólogo del teatro en toda la sucesion de los siglos. Yo creo que nadie ha tocado como él hasta el fondo del corazon, hasta el fondo de la conciencia humana, hasta el fondo del alma, de ese abismo tan profundo y tan insondable como la eternidad. Yo creo que todos los sentimientos, en todas las escalas, no han tenido nunca un intérprete como ese autor de Julieta y de Lady Macbeth, el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas, la ambicion de

reinar en un corazon y la ambicion de reinar en un trono. Yo creo que esta sociedad nuestra, dormida en un egoismo, en un utilitarismo que espanta, necesita para sacudir su paralisis, de esa vida que hay en la electricidad de las verdaderas inspiraciones artísticas; necesita de esa segunda religion del alma, del arte que mira á Dios, por el lado en que Dios es más visible, por el resplandor de la hermosura. Y por eso agradezco á los dos autores mucho el esfuerzo que emplean para aclimatar en Francia una grande obra de arte. Mas á fin de que no falte nunca esta especie de extraño carácter que ha tomado el Teatro francés, habrá coros bailables, decoraciones portentosas, y una mujer hará el papel de Hamlet, de ese sombrío príncipe que plantea en las tinieblas de su duda, escribiéndolo con el fósforo producido por la descomposicion de los cadáveres, el problema indudablemente más viril que puede sondear la conciencia humana, el problema de ser ó no ser, la cuestion de las cuestiones que atormenta al espíritu, desde Platon hasta Hegel.

A propósito; se ha empeñado una gran batalla que ha de llamar la atencion del mundo científico; una batalla entre el obispo de Orleans y el ministro de Instrucion pública en Francia. Este vá á crear en la Sorbona cátedras para la instruccion de las mujeres, sobre todo de las jóvenes de diez y seis á veinte años. El programa no dice si el ministro añadirá á la condicion de que sean jóvenes, la condicion de que sean bonitas. Pero lo cierto es que tendremos bachilleras, licenciadas, doctoras capaces de dar quince y falta á la Dorotea de Lope de Vega. Yo no combatiré nunca esta idea. Yo creeré siempre que una de las reformas que más imperiosamente exige nuestro tiempo, es la instruccion de la mujer, llamada á educar, por el ministerio sublime de la maternidad, en sus primeros años á todas las generaciones. Yo creo que el corazon de los varones ha menester un poco más de la levadura de amor, de sentimiento, de virtud, que pone

en ellos la educacion de sus madres; y que las madres á su vez necesitan un poco más la luz resplandeciente de las ideas, al ménos los albores de la ciencia. La conciencia humana se paraliza cuando se paraliza la educacion de la mujer, como la conciencia humana se corrompe cuando se corrompe el carácter de la mujer. En la cuna de todo siglo, como en la cuna de todo génio, vela siempre una madre. Pero el obispo de Orleans desconfía mucho de la instruccion dirigida por M. Duruy, porque diz que allá, en no sé qué tiempo, M. Duruy sostuvo que el hombre es un mono perfeccionado. Para tranquilizar al obispo de Orleans podemos decirle que el ministro de Francia ha cambiado mucho de ideas: ayer era republicano, hoy es imperialista, y por consecuencia no será maravilla que mañana cambie de casaca, y diga que el hombre es un mono degenerado.

XXVIII.

EVOCACIONES.

Aunque no alcanzan hasta París los rigorosos bandos con que las autoridades de Madrid fuerzan á los madrileños á observar el domingo, yo lo observo siempre, en parte por virtud de la educacion, en parte por necesidad de la costumbre, en parte por indolencia del alma y del cuerpo. Mas sabido es cómo observamos los domingos nosotros los meridionales, gente de sangre bullidora y de ideas ardientes, más nerviosos que los pájaros, y más inquietos que los azogados; lo observamos, no cogiendo la Biblia á manera de los puritanos protestantes, para saber por la centésima vez que la burra de Balaan soltó un discurso elocuentísimo, y que la mujer de Loth se convirtió en una estátua de amarga sal; sino divirtiéndonos, paseándonos; yendo, si estamos en París, al campo, ó si estamos en España, á los toros. En el domingo último no cuadraba un paseo por el campo, sino por la ciudad. El frio no era intenso; mas las nubes eran muchas, y en batalla con el viento, que ya las aglomeraba como los cendales de un turbante sobre nuestras cabezas, ya las barría, dejando ver á intervalos un suelo blanquecino, que nos forzaba á suspirar involuntariamente por el azul cielo de la patria. Y cuando las nubes y el viento batallan así, no es bien exponerse yendo al campo á cojer un reuma parisien, que es el peor de los reumas. Vámonos por las calles á ver, á observar esta grandiosa

poblacion verdaderamente insondable, en cuyo fondo hallais muchas algas, muchas inmundicias; pero tambien muchas perlas.

* *
*

Empezamos nuestro paseo por la calle de Vivienne. Una duda nos asalta; si tomar por los boulevares ó por el Palais-Royal. Cierto folletinista francés nos encuentra, nos habla, y nos decide á seguir su camino. Dícenos que la Patti ya no se casa; que á pesar de sus fabulosas ganancias no es rica, por culpa del cancerbero de su cuñado; que Paul de San Víctor, crítico de *La Presse*, pasa á *La Liberté*, porque á Girardin le gustan sus folletines poéticos é iluminados; que Mirés se desespera al verlo partir de la *Presse*, cuyo único atractivo era semanalmente el artículo poético del crítico clásico; que si la salida de *La Presse* ha tenido un dejo amargo para este periódico, la entrada en *La Liberté*, no es pacífica, puesto que Gasparini, el estético de lo feo, y el idealizador de lo real, se vá porque juzga reaccionaria la estética de lo bello, á que presta culto sacerdotal, culto griego su nuevo colega, tambien zaherido, y un tanto envidiado por Philarète Chasles, cuyos artículos del martes no alcanzan la celebridad de los artículos del lunes de Sainte-Beuve; que la nueva comedia de Augier es un grande esfuerzo; pero sin ningun resultado, una série de sacrificios inútiles, batallas sin victorias, tempestades sin rayos, pasiones que gritan, pero que no abrasan; mucho esplendor, pero poco fuego, mucho ruido por nada. De aquí pasó á los discursos del Cuerpo Legislativo; á las amenazas de guerra, que son para los pueblos como amenazas de golpes para los niños; á la ley de armamento, que vá á ser una especie de ley gimnástica, con la cual se aumentarán las ganas de comer á los franceses, pero tambien la escasez de la comida; concluyend por el judío Mirés, que entrega el fo-

lletin de su periódico á Jouvin, un jesuita de hábito corto, por ende achicharrador de sus abuelos. ¡Cuánto hablan estos franceses! dije para mí cuando en el vestíbulo del Palais Royal se despidió. Y, sin embargo, á un pueblo que tanto habla, se le ha puesto fácilmente una mordaza. Y luego nos quejaremos los taciturnos españoles...

***

Yo no puedo ver el Palais Royal sin que inmediatamente me asalten los recuerdos de esta historia de Francia, que los poetas y los novelistas han popularizado hasta el punto de convertirla en una especie de *Romancero* de nuestro siglo. Al traves de los arcos, en las largas alamedas del jardin, se me aparecia la sombra de uno de los hombres que habiendo vivido ménos en el tiempo, han dejado más huellas en la historia. Cuando vemos lo que Alejandro ha hecho, llevar el espíritu griego á las más remotas regiones del Oriente; lo que ha hecho Juliano, detener en sus hombros con sobrenatural esfuerzo el peso del antiguo mundo en ruinas; apenas podemos comprender que hayan vivido tan poco tiempo, que no hayan sino desflorado con sus plantas la tierra, en la cual debian dejar una huella tan luminosa y tan extensa como la huella de la vía láctea en la inmensidad de los cielos. Pues lo mismo fué Camilo Desmoulins, del cual me acuerdo, al atravesar estos jardines, más notables por sus largos muros que por sus altos árboles. Y cuando me acuerdo murmuro, así, entre dientes, la *Marsellesa*, por natural temor á esta policía, encargada de velar el sueño profundo de los principios inmortales de mil setecientos ochenta y nueve. ¡Pobre Camilo! Aquel corazon que latia como si fuera el corazon de toda la juventud francesa; aquella imaginacion que relampagueaba como una nube purpurina en noche de estío; aquella pluma flexible y lijera, semejante al estilo de los griegos, que ya se

levantaba á la rotundidad de Herodoto, ya se reducia á la concision de Tácito; aquella ternura por el pueblo y aquel amor por sus amigos del alma, todo lo que habia de inmortal en sus artículos-sátiras, en sus artículos-himnos, todo pereció al filo de la cuchilla de un verdugo, todo se fué con la sangre que corria sobre las tablas del cadalso, en aquellos momentos en que la revolucion francesa tenia la sublime demencia del suicidio. Y, sin embargo, en los albores de la revolucion tú viniste aquí, tú arrancáste una hoja de estos mismos árboles que parecen secos y pálidos como la libertad, tú la pusíste en el sombrero, y aquella hoja se convirtió en escarapela, y aquella escarapela recorrió los campos de batalla, como el lábaro de los nuevos principios, porque no era, no, una hoja, era un astro; y este astro era un nuevo planeta, un nuevo mundo.

***

Al salir del Palais Royal, casi casi el paseante se da poco ménos que de bruces con el nuevo Louvre, con el Louvre restaurado por Napoleon I. Este grande hombre, cuya grandeza se levanta sobre el pedestal de dos ó tres millones de cadáveres, sabia dar golpes de Estado y hasta golpes de teatro; pero de artes entendia poco, bastante poco, cual lo prueban estas paredes pesadas como los muros de un calabozo, y luego almohadilladas como una peluca del pasado siglo. Hay en todo esto una mezcla de pesadez y de puerilidad que me entristece como las gracias infantiles de los viejos. Sin embargo, creo que el destino de semejante armatoste es acuartelar tropas, y esto disculpa un poco á mis ojos su extravagancia artística. En los nichos descubro una estátua: Hoche, el jóven general de la República, aquel jóven tallado en la madera de Washington. Ignoro quién le ha puesto ahí, porque en Francia todos se dan de ojos para hacer dos cosas; para alabar las tradiciones de la li-

bertad y para no seguirlas. Salud, ilustre general, salud en tu sueño de gloria. Tú mandaste un ejército de ciudadanos; tú defendiste las dos ideas más santas que puede un hombre defender, la libertad y la patria; tú perteneces á los tiempos heróicos, á los tiempos en que brotaban de nuevo sobre la tierra surcada por vuestros sables, que eran los arados de los nuevos principios, esas palmas de Salamina y de Platea con que se coronan de inmortalidad los mártires y los poetas. Adios, hombre de piedra, enseña á pelear, enseña á creer, enseña á vivir á los hombres de carne.

***

La calle de Rívoli, sí, la interminable calle de Rívoli, por las noches iluminada con largo liston de fuego que alcanza casi dos kilómetros. Como es domingo, los trabajadores del barrio de San Antonio la inundan, dirigiéndose á sus habituales diversiones. Estas calles son largas y anchas para que pase la luz, y pase el aire, y pase el pueblo; pero, sobre todo, y antes que todo, para que pasen los cañones y pasen las tropas. En dias de conflicto, salen los soldados bajo las piedras, porque las calles del París superior se hallan sobre las calles del París subterráneo. Y estas calles subterráneas van á dar todas á las principales desembocaduras de semejante dédalo, á los cuarteles. Yo quisiera ver, entre las olas del pueblo, levantarse estas figuras de escotillon en uno de esos dias que, segun el dicho de un escritor muy católico y muy monárquico, son la condensacion de los siglos. Pero ya que no podamos contemplar los espectáculos de lo porvenir, contemplemos los espectáculos de lo pasado. Entremos en la Plaza Real. No me creeria en París. El silencio es profundo, la soledad grande. La gente que pasa por la calle principal del barrio de San Antonio produce un rumor como el de un torrente que corriera á

cierta distancia. Esta plaza, que los cortesanos del tiempo de Luis XIII escogian para sus reuniones, tiene un aire completamente español. Yo me creia por un momento en Valladolid ó en Búrgos. Los arcos, las verjas, los anchos balcones, las paredes pintadas de varios colores, la soledad, el recogimiento, el silencio, todo era de una de nuestras ciudades del Norte, y todo recordaba así una mezcla bizarra del caballero y del monje, del claustro y del torneo, del auto de fe y de la corrida de toros. Los tiempos en que se levantó esta plaza fueron los tiempos de nuestra influencia, aquellos tiempos que corren desde la segunda mitad del reinado de Enrique IV hasta la primera mitad del reinado de Luis XIV. Eran aquellos tiempos en que, á pesar de nuestro decaimiento, Cervantes aun sostenia su pluma, y Velazquez iba á recoger sus pinceles; eran aquellos tiempos en que Lope fundaba en bronce y Calderon remataba con una espléndida auréola de ideas, de esa materia cósmica de las almas, el monumento inmortal de nuestro teatro; eran los tiempos en que Corneille tomaba sus personajes más grandiosos á nuestro *Romancero*, y en que Bossuet, para cantar nuestras derrotas en Rocroy, copiaba de léjos, en la sencilla lengua francesa, el número y la armonía de nuestros períodos, que desde el pueblo rey, ninguno en el mundo, ha sabido jamás entonar como el pueblo español, este segundo y último monarca de la tierra; pues ya hoy no consienten los pueblos la soberanía de las conquistas que ejercieron sin rival en el mundo antiguo Roma, y en el mundo moderno España. Mas, en fin, no quiero entristecerme... Aquí vivieron Raquel, la estátua del clasicismo, fria y hermosa como el mármol; Víctor Hugo, el génio del romanticismo, desordenado, ardiente, bituminoso á veces, esplendente otras, tonante y luminoso como un volcan, sí, un volcan de ideas. Por aquel arco salió Raquel para el cementerio. Por aquel arco salió Víctor Hugo para el destierro. ¡El destierro, Dios mio, el destierro! Haber nacido

en un país, tener á él prendidas las raíces del árbol de la vida, guardar en su seno hasta los huesos de nuestros padres; y luego, vernos separados de ese país, sin que sea dable oir aquella lengua que sonaba como la música del cielo en nuestros oidos, ni ver los lugares por donde erraban las sombras de aquellos nuestros progenitores que nos abrieron y nos enseñaron los horizontes de la vida.....

.....

.....

XXIX.

RETRATO DE UN ACADÉMICO.

La muerte se ha llevado uno de sus vasallos, quiero decir, uno de los mortales. Y lo peor del caso es que el mortal era inmortal; quiero decir, decano de los cuarenta indivíduos que componen el cenáculo de la literatura en la Academia francesa. M. Viennet muere á la edad de noventa y dos años. El pensamiento no ha quemado mucho su cerebro, ni el sentimiento su corazon. Poeta clásico, poeta académico, la inspiracion no le debe esos delirios sublimes en que el verdadero génio se despedaza. Para los académicos, la poesía es como un arte de embalsamar. Se cogen los restos de las antiguas artes, se les quita el polvo, se les ponen unas cuantas flores de trapo alrededor, y cátate una poesía académica muy capaz de proporcionaros la felicidad de dormir cincuenta años en dorado sillon del Instituto bajo aquella rotonda que Enrique Heine comparó con una peluca á lo Luis XIV.

No se distinguió nunca este hombre célebre sino por un ódio implacable al romanticismo y una ardiente fidelidad á Luis Felipe. Todos los séres prosáicos amaron aquella monarquía del rey ciudadano, que, si bien guarecida bajo un paraguas, costaba tanto como las monarquías antiguas. El rey no ponia el oro en su manto, lo ponia en su caja. Viennet presentia que el romanticismo, á pesar de sus formas gó-

ticas y de su olor á incienso, estaba destinado á traer con el tiempo una sublevacion contra la Constitucion de la monarquía no ménos violenta que la sublevacion contra el Código de la Academia. Así es que heria con igual fuerza á los republicanos y á los románticos. Este carácter batallador le atrajo infinitos ódios. Un dia quiso contar los epígramas dichos en una semana contra su persona, contra su política, contra su figura, contra su estilo, y contó quinientos. Sin embargo, era impertérrito. Escribia tragedias y más tragedias, dispuestas mecánicamente, medidas con el compás clásico, ajustadas á las leyes más precisas de la Academia, regulares como un uniforme, frias como la vejez, adormecedoras como el ópio, que llegaban al Teatro Francés, gracias á poderosas influencias, y que allí obtenian ruidoso éxito de ronquidos. Las tragedias clásicas, su monótona regularidad, no son para nuestro siglo tempestuoso. Nosotros creemos que el génio debe ser como la naturaleza, la cual nos ofrece al lado del llanto la risa, las tinieblas sucediendo á la luz, los contrastes más grandes; porque nada hay ménos artístico ni ménos bello que la uniformidad, ni nada más contradictorio que la vida. Por eso las tragedias clásicas no gustan. Y no se diga que son imitaciones de la antigua Grecia. Nada hay tan bello, tan lleno de inspiraciones, como la Grecia de mármol que el Egeo arrulla y el Olimpo corona; pero nada hay tan feo como la Grecia de papel que los clásicos han recortado con sus finas tijeras en los frios salones de una Academia.

En medio de todo, Viennet tenia algunas expresiones felices. "La calumnia, exclamaba, es como el carbon; cuando no quema ensucia." Y tenia rasgos de un candor admirable. Nombróle Luis Felipe par de Francia. Entonces publicó un manifiesto diciendo que supo tal nombramiento por su portero, al regreso del campo y en el momento de *descender* de la diligencia de Arpajon. Este manifiesto dió ocasion á muchas bromas y á un fuego graneado de epígra-

mas contra el senador y su real amigo. Reconvínole duramente el rey; pero no pudo jamás sacarle de sus trece de que habia hecho bien al narrar tan familiarmente su fortuna. Un dia estaba en las Tullerías hablando de su familia. Gloriábase de ser de la antigua raza española. Y aseguraba muy formalmente que *descendia* de los reyes de Aragon.—¿Cómo, le preguntó uno de los cortesanos del rey; cómo, vos descendeis de los reyes de Aragon?—Ciertamente, yo.—Pues entonces, ¿por qué habeis dicho á todo el mundo que *descendíais* de la diligencia de Arpajon?—Al rey le cayó muy en gracia el epígrama y se creyó vengado.

El académico irá á dormir á ese inmenso cementerio del Père-Lachaisse, donde reposan tantos muertos ilustres, donde crecen bosques de cipreses cuyo verde oscuro contrasta con las blancas piedras de las tumbas; donde hay colinas sembradas de cadáveres, desde cuyas cimas, que la vegetacion puebla con toda su fecundidad y los pajarillos con todas sus armonías, oís á vuestro alrededor y veis la ciudad de los vivos con todas sus pasiones, con todas sus tempestades, con todas sus alegrías, que han de ir á estrellarse en el frio seno de la muerte. Viennet ha escrito una especie de paseo filosófico por esa especie de necrópolis, en cada uno de cuyos recodos se descubre á cada paso un nombre ilustre, un nombre inmortal que en aquellos frios dominios se burla de la muerte.

XXX.

MURMURACIONES....

¡París! Todos los hombres en Europa miran este París, de donde sale así el libro que alimenta vuestra inteligencia, como el trage que cubre vuestro cuerpo. Y cuando París muestra sus grandes edificios, las cristalinas bóvedas de sus estaciones, las agujas góticas de sus iglesias de la Edad Media, los intercolumnios y las rotondas de sus templos semi-griegos del Renacimiento, las largas líneas de sus boulevares modernos, espesos como fuertes muros, difícilmente recordará nadie que París encierra una ciudad de muertos que amenaza devorar á la ciudad de los vivos. Y ahora quiere París echar de su seno los muertos, y regalárselos á los pueblos circunvecinos que aun no se ha tragado esta voraz ciudad. Los pueblos protestan contra la idea de que les entreguen muertos á los que nada han hecho por ellos cuando estaban vivos. La verdad es que los cementerios se comen hoy á estas grandes ciudades. Y es una verdad tambien, que los pueblos pequeños no pueden vivir en medio de estos inmensos montones de muertos. Y luego ¡cuán difícil es sangrar estas poblaciones de todo cuanto hay en ellas de corrompido y de inmundo! Los habitantes de Asnières protestan á su vez desde sus orillas, acostumbradas á presenciar divertidos bailes, contra la mala

ocurrencia de haberles arrojado á las narices una cloaca alimentada por dos millones de hombres.

***

Pero no nos ahoguemos. Levantémonos á otras regiones más limpias y serenas. Estos dias las puertas de muchas tiendas de París se han cerrado. La Bolsa ha estado casi todo un dia desierta. Era una fiesta de ese pueblo judío, tan tenaz en sus creencias, que ha traido á la historia la idea más metafísica, la idea de la unidad de Dios, y la idea más positiva, la idea de la letra de cambio. Rostchild, Pereire, Mirés, los grandes judíos, han ayunado en ese dia; esos judíos capaces de comerse todos los tesoros de las naciones de Europa. Gracias sean dadas á Jehová, que al ménos los ha hecho ayunar un dia. Dícese que en tales fiestas los judíos se perdonan unos á otros. Pero de esto no han dado un grande ejemplo Pereire y Mirés, los cuales, antes del dia del perdon, en el dia del perdon, y despues del dia del perdon, combaten de una manera horrible entre sí, y se matan, tirándose á la cabeza los fragmentos de sus vacías cajas, y las resmas de sus papeles de acciones y de obligaciones.

***

Pero las fiestas religiosas no interesan tanto en París como las fiestas cortesanas. Y el sitio predilecto de las fiestas cortesanas hoy, es el Hotel de Ville, ese monumento de donde han salido tantas veces las ráfagas de ideas que han sublevado á Europa. Cuando entrais por aquellas puertas, el guía que os conduce os señala el punto donde fué preso Robespierre, y herido; el punto donde el municipio ejercía aquella dictadura que arrojaba el peso de la revolucion francesa sobre el mundo. Hoy parece el palacio de una

princesa. Inmensos salones, pinturas al fresco, galerías fantásticas, estátuas y cuadros; candelabros y jarrones, mesas con ramilletes magníficos, surtidores como en los pátios de la Alhambra. En este momento se halla cerrado, porque el municipio prepara grandes fiestas al Emperador de Austria.

***

En los registros astronómicos consta el nacimiento de dos pequeños planetas. Diremos que han nacido cuando se han encontrado. En los registros civiles consta la muerte de dos hombres. El uno es Fould y el otro Veron. Este ha sido el historiador y aquél ha sido el hacendista del imperio. Los periódicos ingleses cuentan que en tiempo de Fould los presupuestos franceses podian ser conocidos y estudiados. Se le llama el hombre de las conversiones. Convirtió la renta francesa, y se convirtió él mismo del judaismo al protestantismo.

***

Los presupuestos tienen algo de química. Hablemos de mecánica. Se quiere acabar con los caballos, con esos hermosos animales que Virgilio y Céspedes han cantado, y cuyas formas han sido las más bellamente dibujadas por la naturaleza, que tan torpemente ha dibujado al pólipo y á la tortuga. Los caballos en París no van sirviendo más que en las carnicerías. Y por eso van ahora montados muchos franceses en esos velocípedos de dos ruedas que se quieren sustituir al impetuosísimo animal. El otro dia iban muchos, caballeros en esas máquinas, por el bosque de Boulogne. Y, segun me dijeron, algunos de ellos se proponen organizar una cabalgata para recorrer todas las campiñas de Francia.

***

En el mundo literario reina una profunda conmocion. Henri de Pène acaba de perder su perrita. Un periódico oficial destina dos columnas compactas á este tristísimo suceso. Los perros son ya los únicos amigos que al hombre le van quedando en el mundo. Como dice un naturalista, Dios creó al hombre, y al verlo tan débil, le dió por compañero al perro. Despues de todo, cuando no habia perro no habia caza, y cuando los hombres no tenian á su disposicion la caza, se comian bonitamente los unos á los otros en fraternal banquete. Así es que Henri de Pène está inconsolable por haber perdido un perro que tal vez fuera su colaborador. Un periódico aconseja que se ponga en el collar de los perros el nombre del amo y de la casa. Lamartine ha puesto en el collar de un galguito estas palabras: «Lamartine me pertenece.» Byron, cuando estaba en las riberas de Grecia, perdió un perro, y le alzó un sepulcro que las aguas del Egeo arrullaban, y sobre el sepulcro grabó estas palabras: «Aquí yace el único amigo que he tenido en este mundo.» Pero no le es permitido á Pène lo que le es permitido á Byron. Y París entero se rie de su dolor.

***

Pero si el mundo de los poetas se halla impresionado con las desgracias de Pène, el mundo de los cortesanos se halla impresionado con los pleitos del príncipe de Monaco. Un guarnicionero francés, M. David, acaba de arreglar un carruaje que se le habia descompuesto al príncipe reinante. La cuenta del trabajó subió á unos siete duros. Pero el príncipe no los pagaba. Citóle á juicio en Niza el industrial, y fué condenado el príncipe. Mas al ir á Monaco á exigir el cumplimiento de la sentencia, los gendarmes le arrojaron del territorio, diciéndole que le estaba prohibida allí la residencia. El pobre David consultó á todo el mundo esta cuestion de derecho. Hé aquí de lo que hoy se habla en París; si es malo, y poco, pedidle á París cuentas.

XXXI.

BORRADORES.

Mariposeemos por mil asuntos diversos. El otro dia los transeuntes por las largas alamedas de los Campos Elíseos podian recoger las flores á cargas, flores echadas desde su palacio á la calle desdeñosamente por la Patti, á pesar de ser los holocaustos á sus triunfos,—¿Por qué tiras las flores?—le preguntó una amiga.—Porque tantas y tantas me dan dolor de cabeza.—Así es la gloria; siempre una embriaguez, siempre un dolor de cabeza. En la esencia de todo laurel hay un veneno.—Y si no que lo diga la célebre duquesa de Metternich, que hoy tiene la funesta gloria de ser la reina de la moda en París. La duquesa no es un tipo bello. Sus lábios son demasiado gruesos, y su frente demasiado estrecha. Sus vestidos á veces rayan en la extravagancia. Baste decir que se presentó en un baile de corte con una gorra de agente de policía (una especie de rós) en la cual iba pegado un zuavito de oro. Pero no hay motivo para escribir contra ella, como si sus modas fuéran algun tratado de Praga, artículos tan fuertes como el que últimamente ha escrito un diario político. Bien es verdad que le ha valido al director del malaventurado diario tres meses de prision y mil francos de multa. — Otra gloria: Lamartine. Está ya tan viejo y tan acabado que se sobrevive á sí mismo. Parece una sombra. Apenas un poco de piel rugosa cubre sus huesos. No deja herederos. Y ha sido ne-

cesario que el *Moniteur* publique un decreto autorizando á una sobrina suya para que lleve su glorioso nombre. Ayer corrió la voz de que Lamartine habia muerto. No es verdad; vive todavía, aunque viva como una momia.—No nos apresuremos á enterrar nuestros muertos. Parece que lo más cierto en la vida es la muerte, y, sin embargo, tambien á la muerte le dá por jugar á las apariencias, á los engaños; ¡vieja coqueta! Hace algun tiempo que un noble enterró en el panteon de la familia á su mujer, á quien amaba tiernamente. Han pasado muchos años. Pero el otro dia fué él mismo al panteon para que entrara otro indivíduo de su familia, y al abrir la puerta le cayó en los brazos el cadáver de su mujer. Se habia arrastrado hasta allí. ¡Qué horror!—Nadie ha sido inmortal. Y sin embargo, el conde de San German pretendia serlo. Y no es lo extraño que el conde lo pretendiera, sino que todo el mundo lo creyera en un siglo tan incrédulo como el siglo pasado. Madame de Pompadour lo protegía. Luis XV le preguntaba señas de muertos de otros siglos, como pudiera pedir noticias á un embajador de los indivíduos de su familia ausentes. Voltaire confiesa que le tenia miedo. Sostenia el conde de San German que hasta sus criados eran séres sobrenaturales. Hablaba un dia de Julio César, no diré con pelos y señales, porque Julio César era calvo. Uno de los que le oian, deseaba preguntarle algo sobre el gran dictador. Pero no queriendo interrumpirle, se volvió, y le hizo la pregunta á un criado que estaba tras del sillon. «No puedo responderos, dijo, porque solo hace quinientos años que estoy al servicio del conde.»

***

¿Será posible?—No basta la oscuridad que nos rodea; no bastan las espesas nieblas, frias como la muerte; es necesario que aun se oculten más las estrellas de la tierra, es ne-

cesario que por las calles veamos todo el año máscaras. Comienzan á llevar las elegantes unas caretas de blonda. El bordado es de tal manera espeso, que oculta la parte del rostro, sobre la cual cae. La frente y la barba solo se descubren. Los ojos centellean al través de la rejilla de tul con los encantos de todos los misterios. Va á parecer nuestro prosáico París la Venecia del siglo décimosexto. Así ignoramos aquí si todo el año es Carnaval, si todo el mundo es mascarada, si toda conversacion broma, si todo traje disfraz. La otra noche se representaba en uno de los teatros de último órden una piececilla titulada *Los placeres de París*. Las actrices hablaban desde los palcos interrumpiendo á las que estaban representando en las tablas. Pero lo hacian con tal naturalidad que el público se engañaba.—¿Qué digo el público?—Un Gavroche (desde que Víctor Hugo escribió sus *Miserables* todos los pilluelos de París se llaman Gavroches) hablaba desde la cazuela á grandes gritos. Los actores se impacientaban, el público gritaba, la policía le echó mano como perturbador del órden público, y ya iba camino de la cárcel cuando el director de escena salió á decir que era un papel importante de la comedia. Yo, al ver aquello, me preguntaba si nosotros mismos, los que inocentemente habíamos pagado nuestro asiento, no éramos tambien actores. Y, ya que hablamos de teatros: se está cantando una ópera cómica sacada de la célebre novela *Robinson*, ese tipo inmortal del hombre, aislado, solitario, en lucha con la naturaleza, que alcanza las épicas victorias del trabajo. Se está ensayando una comedia de mágia cuyo argumento está sacado de los *Viajes de Gulliver*, otra novela admirable. El autor de *Robinson*, Daniel Foe, inglés, luchó toda su vida con los horrores de la miseria. Su familia era una familia de espectros, eternamente perseguida por el hambre. Folletista, por ganarse el sustento diario subió á la picota, donde le cortaron las orejas como á un perro. El autor de *Gulliver*, Swift, vive más en desgracia

todavía, y muere en mayor desesperacion, desterrado en Irlanda. Pero las orejas del uno y los dolores del otro, las gotas de sudor y de sangre que han destilado en su calle de amargura, recogidas en los teatros, se convierten hoy en pesos duros que van á engordar á un empresario. La naturaleza convierte la inmundicia en sávia, en frutos, en flores, que alimentan, que perfuman, que encantan; pero nuestra sociedad convierte el génio, el dolor, el martirio, en inmundicia. ¡Dios mio, cómo profana el hombre todas tus obras!

XXXII.

AVENTURAS DE LA EMPERATRIZ DE CHINA Y TRISTEZAS DE LA REINA DE INGLATERRA.

La ciudad de las sorpresas, verdaderamente, es nuestro París, nuestro gran París; esta ciudad, que han tomado por asalto los extranjeros, entrando por las brechas de sus cien mil posadas, y venciéndola con municiones de bolsillo. Y digo que es la ciudad de las sorpresas, porque nadie se imaginaria que Pekin se hubiera trasladado á las tristes márgenes del Sena, de ese rio que al pasar por la capital del mundo, pasa tan oprimido y encajonado, que bien pudiera creerse en lóbrego calabozo. Sí, un dia China se vió distraida en su eterna soñolencia por la irrupcion de extrañas gentes, de audaces europeos. Los chinos, los abuelos de la sociedad, los patriarcas de la historia, que hoy parecen una manada de extraños titíes, no creyeron de los conquistadores europeos lo que antes habian creido los indios, no los creyeron bajados del cielo. Ellos, que han tenido imprenta, cuando nosotros borroneábamos pergaminos; ellos, que han tenido pólvora, cuando nosotros nos hendíamos en batallas personales con nuestras anchas espadas; ellos, que han tenido brújula, cuando nosotros andábamos sin guia por los mares; ellos, que han sacudido los ensueños teológicos, cuando nosotros los veíamos forjarse en nuestros enfermos cerebros; ellos debian tener por estos pueblos de Europa un desprecio tan grande como el que sintieron los habitantes de la

estrella Sirio del *Micrómegas*, cuando llegaron á sus inmensos espacios los habitantes de la tierra, más pequeños y más despreciables que sus pulgas.

La China inmóvil, la China atrasada, la China ceñida por una muralla gigantesca, la China repitiendo siempre las mismas industrias, y perseverando siempre en las mismas ideas; la China de las castas que han hecho vinculaciones y amortizaciones con el espíritu, con la fe, con las ideas; la China es la respetable bisabuela de la civilizacion que guarda en su viejo hogar las tablas genealógicas de sus predecesores, y los cuentos maravillosos de su infancia.

Y sin embargo, un dia los franceses entraron por esa tierra como Pedro por su casa. Los pobres chinos corrian á todo correr, arremangándose las faldas, perdiendo los zapatos, y meneando convulsivamente las largas coletas que brotan como los pezones de una sandia en el centro de sus peladas cabezas. Era de ver cómo se esparcian á manera de ratones en bandas desbandadas los bisabuelos de Europa, los patriarcas del mundo, los testigos del nacimiento de la historia. A veces huian de su propio terror, del ruido que producian sus propias carreras, y por escapar, se mataban los unos á los otros, como sucede en un teatro lleno donde se grita: ¡fuego!

De nada les valió su respetable antigüedad, su larga civilizacion, sus viejos títulos, sus viejos pergaminos. Un francés de este siglo, nacido de la revolucion y educado en las aceras de París, la ciudad volteriana, es capaz de reirse hasta de la sácra ampolla donde se guardaba el sacro aceite con que eran consagrados sus sacros reyes. No sabeis de cuánto es capaz un zapador. Yo los he visto en las revistas del Bosque de Boulogne, á la sombra de sus águilas, á la vista de esas banderas que han salpicado tantas veces con su heróica sangre, reirse á mandíbulas batientes del Emperador de Austria, del Emperador de Rusia, del Rey de Prusia, y de otros no ménos grandes, no ménos célebres

huéspedes de Francia. Ya podeis imaginaros qué respeto les inspiraria el Emperador de la China, el celeste señor, encerrado tres mil años detrás de sus murallas, como una mómia en su pintarrachada mortaja.

Además, guerra significa destruccion, y si mirais el globo descubrireis la humareda de un grande incendio y el rojo vapor de sangre por donde quiera que la guerra ha pasado. Los romanos se ensañan cruelmente en esas hermosas estátuas, asentadas á las orillas del mar, que se llaman Atenas y Corinto. Alejandro rompe á Tiro, como pudiera un niño romper los huevecillos de un nido. Cada vez que se remueve en su lecho de oro donde va acostado al través del Asia, es para mandar destruir una ciudad. La maravillosa Alejandría está compuesta con los huesos de cien cadáveres de pueblos. No concebís, en verdad, mejor pedestal para César, para Napoleon, para esos grandes azotes que la débil humanidad ha llamado génios, porque la han herido y maltratado, porque han inmolado en sus brazos millones de sus hijos; no comprendeis para su grandeza mejor pedestal que un sepulcro tan hondo como el planeta, rebosando sangre; ni para su diadema adorno mejor que una guadaña, una sombra tan espesa como la noche, tan eterna como la muerte.

Parecia que una fuga tan precipitada como la fuga de los chinos, y una victoria tan rápida como la victoria de los franceses, debia haber esceptuado este paseo militar de los horrores generales á la guerra. Nada de eso. Lo primero que hicieron los vencedores, fué matar chinos como si mataran ranas á las orillas de un estanque, ó alondras en una partida de caza. Despues quemaron el Palacio de verano para construir uno de carton, que durara seis meses en la Exposicion Universal, como desagravio á los manes del arte. En medio de la matanza y del incendio, saquearon aquellos maravillosos albergues de tantos años de poder, y por lo mismo, de tanto cúmulo de riquezas. Una guerra

sin saqueo, sin matanza ni incendio, es como un baile sin música. Despues de esta victoria, plantamos sobre montones de cadáveres, sobre ruinas humeantes, sobre campos helados, una cruz en señal de redencion, y en testimonio de que acaba de dar otro paso por el mundo el Evangelio de Cristo, el Código de la fraternidad entre los hombres y del perdon y el amor á Dios. Despues, en torno de aquella cruz, se puede ofrecer el holocausto de una orgía, en la cual roncan varios cristianos ébrios para probar al mundo que han cesado los tiempos del paganismo.

En esta horrible epopeya hubo trágicos incidentes. Un capitan corso, llamado Negrous, que se paseaba cerca de las llamas, entre el saqueo, ve pasar corriendo unas mujeres, ricamente vestidas, que apenas podian sostenerse en sus breves piés, y que daban gritos de espanto. Inmediamente se lanza á perseguirlas, mientras ellas, despavoridas, toman largo corredor, en el cual aumentan sus gritos y su carrera. Mas el capitan no las abandona. En esto se arrojan á sus piés, le abrazan las rodillas, clavan los ojos arrasados de lágrimas en sus ojos, elevan sus pequeñas manos hasta su rostro, acariciándole, pidiéndole en su terror solamente la vida. El capitan les indica, por un gesto imperioso, que pasarán por su cadáver antes de llegar hasta ellas, porque desde aquel punto se ha consagrado á su defensa. Las pobres mujeres le rodean, le oprimen con sus caricias, le ofrecen todas sus riquezas á cambio de la vida. ¡Es tan hermoso vivir, cuando no se han sentido las puñaladas de los desengaños, cuando no se han secado sobre las sienes las guirnaldas de las ilusiones, cuando todavía se cree y se ama, y se espera recoger alguna miel en los desiertos del mundo! Luego esos orgullosos europeos que han profanado la cuna del género humano, que han recorrido la tierra, que llevan los trofeos de la civilizacion universal en su carrera, esos orgullosos europeos que debian tener la cabeza henchida de ideas, gustan mucho de henchir los bolsillos de diamantes.

Y la jóven emperatriz de la China, que tal era la dama, abrió instantáneamente una puerta, y mostró al bárbaro civilizado un tesoro de inverosímil riqueza, un museo de obras maravillosas. El capitan dejó las mujeres para cojer las riquezas, creyendo haber encontrado el secreto de una fortuna inverosímil, como la que Dumas fingió para Monte Cristo. Inmediatamente arrojó su espada, renunció sus empleos, y se vino á Europa con todas sus fabulosas maravillas. Así que llegó, la sed de oro fué sed hidrópica. Todo le parecia poco para satisfacerla. No le bastaban las riquezas encontradas, y recurrió á las riquezas inventadas. Vendidos sus diamantes, quiso ver más, quiso tener más. Los corazones avaros, donde todos los sentimientos han muerto, se parecen al desierto, en que devoran pronto, muy pronto la lluvia. Así Negrous devoró aquel raudal de diamantes. Despues vendia por riquezas de la China los vidrios de su aparador. Resultado: que el héroe de la China, el guerrero invencible, el salvador de la Emperatriz, desde sus áureos ensueños, desde sus epopeyas orientales, cruzado de una nueva civilizacion, guerrero de un imperio cristiano, que parece haber encontrado en los caminos del Asia como una vara mágica para producir encantos increibles, ese héroe cae desde el sétimo cielo de sus riquezas, nada ménos que en los tribunales, y desde los tribunales en los presidios. Hay Providencia.

Y á propósito de tribunales: aquí absorben ahora la general atencion. La gaceta oficial de Francia es la *Gaceta de Tribunales*. Sucédense los procesos con una rapidez increible. Rochefort es el heroe de París, y por consecuencia el héroe de la sala sexta de los Tribunales del Sena. Sus enemigos han tratado de ennegrecerle, deshonrarle, deshonrar á su hija, todo porque el amargo satírico destila una gota de hiel en la áurea copa de los festines imperiales. Rochefort ha ido á una imprenta y ha abofeteado al escritor que se ha atrevido hasta manchar el cielo de la inocen-

cia donde habita el alma de su hija. Las calumnias se cruzan con una rapidez increible, llenando el cielo de sombras y las conciencias de dudas. Hay quien cree que los franceses no pueden ser libres. El pez puede nadar, volar el ave, arrastrarse la serpiente; cada sér puede vivir en su elemento; pero el hombre no puede vivir en el suyo, que es la libertad. Se le exige que sea incapaz del mal, perfecto como Dios ó inerte como la piedra. No se quiere concebir que su mérito estriba en la facultad que tiene de hacer el mal. Si fuera hácia el bien con una fuerza tan ciega como la fuerza de la piedra arrojada desde una eminencia, ¿tendria algun mérito? Si para suprimir el mal es necesario suprimir la libertad, hay todavía un medio más eficaz y más sencillo: suprimir el hombre. Y si al fin los que suprimen nuestra libertad fueran dioses, concibo que se imaginaran imposibles de engañarse ni de engañarnos. Pero siendo tan limitados, tan débiles, tan frágiles como nosotros, ¿con qué títulos nos arrancan la libertad?

Acaba de llegar y acaba de irse la reina de Inglaterra. Tres de sus hijos la acompañan, dos princesas y un príncipe. Los que la conocieron allá en los tiempos de su juventud, la encuentran mejor que entonces hoy, á pesar de hallarse ya cercana á cumplir medio siglo. Desde el dia de su viudez, la reina se ha encerrado en su soledad, en su retiro, consagrada como una monja católica á escribir libros místicos, libros devotos, coloquios con la muerte. Hay en la sangre de los reyes de Inglaterra, en esa ilustre y pura sangre que preside y dirige por juro de heredad á la más soberbia y á la más resistente de las aristocracias, difundido cierto espíritu de tristeza, de melancolía, que á veces toca en los confines de la demencia. La reina Victoria es, sin embargo, muy querida, porque la reina Victoria se mantiene verdaderamente neutral en la lucha de los partidos, se aparta con escrupulosa reserva de sus querellas, se consagra á mantener el equilibrio constitucional, no tocándolo

con sus manos reales, que podrian perturbarlo, y es, en la cima de ese grande imperio extendido por el globo como el manto del Océano, es sobre ese grande imperio la estátua que lo remata y lo corona. Los ingleses ofrecen á la monarquía toda clase de honores, con tal que la monarquía guarde á sus libertades toda clase de respetos. La reina Victoria se ha inclinado ante la libertad, y la Inglaterra se ha inclinado ante la reina Victoria. La desgracia de esta afortunadísima señora ha sido su viudez. Desde aquel funestísimo dia el dolor se ha anidado en su corazon; y todo apego á las grandezas humanas ha de ese corazon desaparecido. Así es que solamente puede alguna vez conseguirse de ella la presencia en la apertura de las Cámaras; y para eso, rompiendo una etiqueta, en realidad tan fuerte como una Constitucion, se pone su maravillosa corona de diamantes, la corona más augusta que hay en la tierra, sobre sus tocas de viuda; reina del dolor, reina de los tristes destinos. Este dolor la ha verdaderamente quebrantado. Baste decir que ayer no pudo absolutamente devolver á la emperatriz su visita. Por fin, ha partido para Lucerna. Me parece que estoy viendo todavía este lago, en cuyas orillas he pasado algunos dias. Celeste, sinuoso, vario; al término del Norte la ciudad con sus torres góticas y sus puentes románticos, su cementerio italiano; al Occidente el monte Pilatos, triste, ágrio, ceñudo, sin vegetacion como un volcan apagado; al Oriente el Rhigi, otro monte inmenso que parece alzado allí por un pintor sobrenatural, para formar un bellísimo contraste con sus jardines sembrados de flores y sus palacios de todas formas; y uniendo estos dos montes, como un anillo de diamantes, el Oberland, que levanta en los límites del horizonte su ejército de cristales eternos, en los cuales toma la luz deslumbrantes resplandores.

XXXIII.

EL MAL GUSTO.

Las comedias de mágia son hoy casi toda la literatura de París. Han perdido estas comedias aquella antigua sencillez que tenian cuando D. Simplicio Bobadilla se encasquetaba su gorro que por misteriosa manera trasformábase en globo, y le llevaba rápidamente á la luna, para que el buen viejo nos contara á su vuelta los sucesos del año, castigando con la crítica sus faltas ó sus errores. Ahora aparece en el teatro el fondo de las aguas ocupado por ninfas, y la cima de las nubes por ninfas poblada; una exposicion de figuras al natural de que necesita acaso para despertar sus apetitos más groseros esta generacion enferma, disgustada de sus recuerdos de ayer, y destituida de un ideal que alumbre con la claridad de la esperanza el muerto dia de mañana. Tales, tan varios espectáculos, ó son de una imbecilidad incomprensible, ó son de una sensualidad repugnante. Han dicho muchos que las fiestas sangrientas del Circo Romano representaban la virilidad de un pueblo capaz de conquistar con su espada la tierra, y de amasar con la sangre de sus venas una nueva humanidad. Y han olvidado los que tal han dicho una circunstancia inapreciable. Cuando más arcos se levantan no es en tiempo de los Fábios, de los Escipiones y de los Camilos, no es en tiempo en que los romanos son conquistadores, sino en tiempo de Calígula, de Neron, de Heliogábalo, en tiempo en que los romanos van

á ser conquistados. Así los franceses que van á ver en la *Biche au Bois* aquel último acto iluminado por rojizos resplandores, donde aparece sobre su trono de oro una reina oriental rodeada de esclavos y de eunucos, gozándose en contemplar cómo un hombre rueda en torno de leones que á cada momento le amenazan con sus fauces y le tocan la piel con sus garras; los franceses que van á ver este espectáculo, en el cual se queda yerto de terror el corazon, no me parecen aquellos franceses de fines del pasado siglo que hambrientos, descalzos, sin armas casi, vencieron en Valmy, y derramaron sobre el mundo, mezclada con su sangre generosa, la lluvia fecundante de sus generosas ideas. ¿Qué enseñará el pañuelo de música con que se suena las narices en *Cendrillon* aquel rey de cuyo nombre no quiero acordarme? ¿A quién divertirán aquellos tontos mancebos, aquellos torpes payasos de todas estas insulsísimas comedias? ¿Quién no sentirá el hastío más profundo en cinco horas de telones cambiantes, de maquinaria sorprendente, de bailes fantásticos, de lluvias de fuego, de cascadas de talco, de luces eléctricas, de comparsas innumerables; pero de una esterilidad completa para la imaginacion y de un sabor acre para el gusto?—Hé aquí dónde hemos ido á dar con todas estas apoteosis de la realidad que nos han traido los materialistas en artes. Los grandes caractéres no se representan, porque son inverosímiles. Las grandes pasiones no se describen, porque no existen. Ni sabemos amar, ni sabemos aborrecer. Las grandes ideas son entelequias que bailan como sombras en regiones inaccesibles á conciencias mandadas por el estómago. Y como esta naturaleza humana, disgustada casi siempre de la realidad, aspira al mundo imaginario, como el espíritu tiene su centro de gravedad en el cielo, de la misma manera que el cuerpo tiene su centro de gravedad en la tierra, no pudiendo entrar en ese cielo de las ideas, vedado por tantos obstáculos y oscurecido por tantas sombras que se levantan del seno de una sociedad

corrompida, sin pensar, sin creer, sin amar, el espíritu va á romperse, digámoslo así, la cabeza, por hacer algo, en las cuerdas de la maquinaria. Así los teatros más concurridos hoy de París son el de la Porte-Saint-Martin, donde se representa la *Biche au Bois*, una pieza mágica; la Gaité, donde se representa *Peau d'Ane*, otra pieza mágica; el Chatelet, donde se representa *Cendrillon* y se prepara *Gulliver*, dos piezas mágicas; es decir, los teatros de las decoraciones y de los bailes, los teatros de los sentidos, los teatros donde jamás aparece, entre tantos torrentes de oro, plata, gas y electricidad, la luz de una idea.

XXXIV.

MOSÁICOS.

Bendigamos nuestro tiempo. Es el cuarto de siglo de las grandezas morales, y de la comunicacion franca entre los pueblos. Los ingleses han traido á Francia las corridas de caballos; los españoles á su vez las corridas de toros; y en justa reciprocidad los franceses han pegado á Lóndres, é ignoro si tambien á Madrid, *La Gran Duquesa de Gerolstein*. Yo la he visto con mis propios ojos que se ha de comer la tierra, no en el boulevard que huele á *can-can* desde media legua (perdonadme esta deliciosa lengua), sino en la austera ciudad de los antiguos puritanos. Una legion de príncipes asistia. Estaba el príncipe heredero del trono de Dinamarca, el príncipe heredero del trono de Inglaterra, y el que un dia fué tambien presunto heredero del trono de Francia, el conde de París. Ya no vamos al teatro á sentir las emociones viriles de la tragedia. *La vida es sueño* nos haria dormir. Al *Mágico prodigioso* preferimos una comedia de mágia. Bostezamos con los monólogos de Hamlet sobre la muerte. A una estrofa del *Prometeo* de Esquilo, preferimos unas cuantas violonadas de Offenbach, este ruiseñor de Asnières y de Mabille. El teatro se ha convertido en una orgía donde nos embriagamos de chistes equívocos, y reimos á grandes carcajadas viendo á un pobre soldado convertido por el arte de amar en general. Esta Duquesa de Gerolstein es la Julieta de nuestro tiempo, y en alas del *can-can*

va, tierna y amorosa, desde el Louvre hasta el Capitolio, desde las orillas del Rhin hasta las orillas del Támesis. Apenas el Emperador de Rusia se habia sacudido el polvo del camino, fué á verla. El virey de Egipto viene desde el Nilo, desde el pié de las Pirámides, desde la Alejandría de los filósofos, á escuchar sus cánticos. El arte, el ángel de alas de luz que ha dejado en los espacios las Vírgenes de Rafael, las estátuas de Fidias, los versos de Calderon, las melodías de Mozart, ronca harto y contento, como el cerdo de Epicuro, en su lecho de inmundicias.

Hasta Wagner se ha convertido á la ópera cómica. Esto me recuerda el Júpiter de Heine trocando su manto de nubes por una capa de pieles de conejo. Este Wagner trajo á París una música misteriosa, á la cual llamaba música del porvenir. Yo he oido algunas cadencias, y puedo asegurar que suenan siniestramente como las antiguas selvas druídicas atravesadas por los vibrantes espíritus de los muertos. Yo llamaria á sus notas los fuegos fátuos del cielo, por lo misteriosas y por lo extrañas. Parece que en vez de instrumentos artísticos ó voces humanas, las producen los génios del aire encerrados en las oscuras profundidades de las cavernas. El viento del invierno muge así, cuando en las frias noches de Diciembre sacude las ramas deshojadas de las seculares encinas. Los franceses oyeron esta música tormentosa, les sonó muy mal, y manifestaron ruidosamente su disgusto. Imagináos unos cuantos muchachos del boulevard silbando una tempestad del Océano desde la tranquila orilla. El Océano hubiera continuado sus solemnes acentos de las ráfagas del huracan sobre las olas. Pero todo hombre tiene algo de mono y se incomoda cuando le contrarían. Wagner ha añadido combustibles á la rivalidad entre Francia y Alemania. Hasta ha sonado la trompa guerrera. Esto me trae á las mientes el recuerdo de un erudito español que proponia una guerra con Francia para reivindicar ciertas coronas de unos reyes góticos, pagadas

en oro francés, y adquiridas por ende para el Museo de Cluny. Acaso por algo ménos tengamos pronto un duelo entre dos naciones á orillas del Rhin, ese rio que, dividiendo en dos mitades la Europa Central, parece que divide en dos hemisferios el espíritu humano. Los alemanes no se descuidan en excitar el sentimiento nacional. Un dia inauguran el monumento de Arminio, que resistió á la Roma pagana; otro el monumento de Lutero, que asaltó la Roma católica en señal de sus ódios á nuestra raza, á la raza latina; hasta que suene la señal convenida y comience el degüello. Dice quien lo entiende, que eso de la paz perpétua es un sueño; que las naciones vivirán siempre como las fieras, husmeando la sangre.

¡Bah! Dejémonos de estas tristezas; vamos á un paseo, al jardin de las Tullerías, ya que no podemos ir á las orillas ni del Rhin, ni del Lago de Leman, á ver las aguas celestes en el fondo del valle y la nieve eterna en las altas cimas de los Alpes. Estos árboles de las Tullerías bajo las cuales han pasado tantas tragedias convidan siempre á la meditacion. Nuestra vida seria como un minuto, como el círculo que forma la piedrecilla arrojada por la mano de un niño en un estanque si no pudiéramos dilatarla en lo pasado por el recuerdo y en lo porvenir por la esperanza. En el momento que entramos, una muchacha de voluminoso moño rubio, y de breve bota verde sembrada por caprichosa aguja de pespuntes de mil colores, se acerca á una de las puertas de la verja que mira hácia la calle de Rívoli. Un guardian la detiene y le impide el paso.—¿Sabeis por qué? Porque con su vestido verde, con su sombrero verde sembrado de varias flores, con sus guantes verdes y su calzado verde llama la atencion, y se parece á un papagayo. Nunca hubiera creido que para entrar en el jardin de las Tullerías se necesitara un pasaporte de buen gusto en el vestir. Volvamos á las leyes suntuarias. Que el poder nos dé todos los meses un figurin discutido en las Cámaras y publicado en

forma de ley por el *Moniteur*, despues de una consulta con los altos Cuerpos del Estado, y seis ó siete consejos de ministros y alguna que otra crísis. Que se publique un Senado-consulto prohibiendo el color verde. Eximiráse de la general prohibicion la princesa de Metternich, por hallarse guarecida tras de su inviolabilidad diplomática, y no estar ahora Francia, cuando tiene á Bismark en la punta de la nariz, para guerras con Austria. Lo creereis ó no lo creereis; pero echaron del paseo á la pobre jóven porque iba vestida de mal gusto. Algo más tiene que ver el gobierno con el gusto de las escuelas oficiales en el decir que con el gusto particular de los ciudadanos en vestirse. Y sin embargo, en uno de los departamentos, los niños de escuela, en un discurso hecho con el lenguaje de las flores, han comparado su prefecto con una encina. Estos símiles vegetales son muy peligrosos, porque el dia ménos pensado, con la mejor buena fe del mundo, comparan los muchachos al prefecto con un alcornoque.

En Francia tenemos un medio muy sencillo de matar todos estos pequeños disgustos; los ahogamos en agenjo: una bebida de todos los diablos, verde como el cardenillo, fuerte como el espíritu de vino, amargosa y picante, especie de plomo derretido para las entrañas, y de vapor venenoso para la mente. No podeis imaginaros qué extragos hace esta fatal bebida, cómo abrasa los corazones, cómo devora las inteligencias, cómo inspira la soñolencia de la estupidez, y adormece y embota al cabo de cierto tiempo toda sensibilidad. Habia en París una artista, una admirable música que tocaba el piano maravillosamente. Habia nacido, como cierta divina figura del pintor de Urbino, para escuchar las melodías celestes y reproducirlas bajo sus dedos de rosa. Pero su mala fortuna quiso que se enamorara de uno de estos jóvenes cansados de la vida antes de vivir, y por consecuencia amigos del asesino agenjo, ese licor de la muerte. Intentó la infeliz disuadirlo. ¿Qué quieres más

de todo cuanto pósees en el mundo? le preguntó el jóven.—Mi cabellera, dijo la artista.—Pues yo lo que más quiero es mi agenjo.—Un dia la artista le dijo que, ó su amor ó el agenjo. Sacó él furioso unas tijeras colosales, y cogiéndola como Otelo á Desdémona, en vez de ahogarla, cortóle despiadadamente la hermosa cabellera. El terror que se apoderó de aquella pobre mujer fué tal, que en el momento huyó de París y no paró hasta Viena. Allí se encerró en el oscuro cuarto de una pobre posada. Una noche hacia frio en la calle; pero aun más en el triste cuarto, sin cortinas, sin lumbre. La artista no habia comido en treinta horas. Pálida, febril, vacilante, salió á la calle resbalándose sobre la nieve, y con los piés desnudos. Iba á caer yerta sobre el suelo, tal vez para no despertarse sino en la muerte, cuando oyó de pronto sonar una dulce melodía en el piano. Entonces su inspiracion se despertó en el alma y corrió al sitio de donde brotaba aquella melodía capaz de sostenerla como un milagroso alimento que súbitamente le hubieran traido invisibles ángeles. Era el sitio un almacen de pianos. Entró la jóven como una sombra, sentóse á uno de ellos y comenzó á tocar una maravillosa sonata. Ya se oia salir como un lamento de aquellas teclas; ya como un recuerdo de amor; ya como una plegaria religiosa; todo un ciclo de melodías extrañas brotando á torrentes de los nervios agitados por la inspiracion. El dueño del almacen, cuyo primer impulso habia sido despedir aquella extraña aparecida, fué poco á poco cediendo á la mágia de la música indefinible. Cuando la jóven acabó de producir todas aquellas melodías, se desmayó, dejándose caer al pié del piano, como si aquel supremo esfuerzo hubiera agotado su vida. Y hoy es la más afamada pianista de Viena; y se ve el nombre de María Delatouche circundado de infinitos elogios en todas las *Gacetas* de música que se publican hoy en Alemania.

¡El pensamiento! ¿Conoceis algo superior al pensamien-

to? Comprender su esencia es imposible, como comprender la esencia de un grano de arena. Pero es más profundo que los abismos, y más extenso que los cielos, y más duradero que los tiempos. El pensamiento ha anotado la música de las esferas en sus tablas. El pensamiento ha abrazado la creacion entera en sus infinitos espacios. El pensamiento guarda los tipos inmortales de que son pálidas sombras los hechos; la música eterna de que son apagados ecos las artes. El pensamiento, en su vuelo inacabable, sin reposo, levántase audaz sobre todo lo existente, deja tras sí el hormiguero de las cosas creadas, y se abisma en la contemplacion de lo infinito, y se arroba en divinas visiones, y se enrojece en la luz de Dios como la nube del ocaso que absorbe los rayos del sol poniente. Y, sin embargo, ¿sabeis cómo llaman al pensamiento ciertos filósofos hoy en baja? Una segregacion del cerebro, á la manera que la bílis no es más que una segregacion del hígado. Admitid tal idea y el cálculo de lo infinito de Newton será poco más ó ménos lo que la cerilla de los oidos, una sustancia viscosa donde acaso se queden prendidas las alas de una mosca. Todo mi sér se subleva contra esta idea. Yo creo el alma espiritual é inmortal; yo creo el pensamiento la más alta y la más potente entre todas sus facultades. Pero hay un señor llamado Boischut que dice haber descubierto ya un pequeño lente, con cuyo auxilio ve dibujarse el pensamiento en la retina, y descubre cuándo es profundo, cuándo sublime, cuándo sofístico, sin necesidad de las revelaciones de la palabra. En el lente se dibujan las várias sombras de la inteligencia, como en el mar las várias sombras del cielo. De suerte que para leer un poema en el alma de un poeta, solo teneis necesidad de recoger ese lente y mirar en sus ojos. Ved cómo progresan las ciencias físicas. Yo no pierdo la esperanza de que inventen mañana un termómetro para calcular los grados de entusiasmo de las pasiones. Este seria mejor medio de averiguar si somos correspondidos ó pagados en nuestros

amores, que vanas promesas y juramentos desmentidos.

Las pasiones han sido siempre tormentosas y mugidoras como las olas embravecidas. Yo pocas veces he oido de ellas acentos tales como los que despiden las Eumenides en la *Orestia* de Esquilo. Aquellos febriles versos pueden llamarse los ronquidos del remordimiento. Un autor francés ha traducido, no la gran tragedia de Esquilo, sóbria y severa como una estátua griega, sino la tragedia de Séneca, hiperbólica, violenta como una estátua del Bernino. La tragedia del poeta latino es una tragedia de triste decadencia, aparece en tiempo de los Césares y de los gladiadores, cuando la tribuna ha caido, cuando los senadores acaban de convertirse en una turba de cortesanos; finalmente, cuando ha muerto la república y se expía la grandeza de César con la pequeñez de Neron. Esta obra tiene el sello de la decadencia.

Es hinchada como los cadáveres. ¿Por qué un poeta imperialista ha tenido la idea de traducirla, de copiarla? Sin duda por uno de esos movimientos propios de los artistas que saben siempre representar su época, simbolizarla en una obra. Mas héte aquí una cosa bien extraña; cierto crítico dice que se traducen tales obras porque París se halla henchido de extranjeros. Pero, ¡cielo santo! El teatro francés ha brillado siempre como la luna, más por la luz prestada que por la propia luz. Su teatro clásico se inspiró en el teatro griego. Su teatro romántico se inspiró en el teatro español.

De los extranjeros aun pueden salir dramas como *Hernani*, cuya magestad es como una sombra severa sacada del *Romancero*. ¡Oh! En los tiempos á que hemos llegado no nos denigremos así unos y otros. La verdad es que el mundo del arte no tiene ni nacionalidades ni fronteras.

La verdad es que en sus espacios infinitos cabe toda

la humanidad. Repitamos la fórmula sublime de San Pablo: en el templo del Dios, que ha revelado la verdad, la bondad y la hermosura, esa trilogia del alma, no hay romanos, ni griegos, ni judíos, sino hombres que todos son hermanos.

XXXV.

HOJAS SUELTAS.

Leed, hermosas lectoras, la siguiente historia que voy á referiros sin comentarios, porque vosotras sois tan providencialmente tiernas, que nada podria sustituirse al comentario de vuestro corazon. El otoño se va, y el invierno viene. París limpia sus chimeneas. Los limpia-chimeneas son unos pobres saboyanitos que se meten por los estrechos cañones á manera de ratoncitos. El otro dia estaba leyendo una señora de la aristocracia en su perfumado gabinete distraidamente un libro, calzados los piés en babuchas color de rosa, envuelta la flexible figura en blanco peinador. De pronto oye un ruido estrepitoso, y da un grito de espanto. Un sér casi mitológico, un sér indefinible, un negrillo singular, vestido de harapos, la saludaba cortesmente enseñando las dos blancas hileras de sus dientes y el blanco de sus ojos. La dama se enterneció y le vino en mientes hacer una obra de caridad. Llamó á su doncella y le dijo que lavara el niño y lo vistiera de limpio. Trabajo le costó á la doncella deshollinar aquella chimenea viviente. Pero despues de un trabajo enorme volvió con un niño blanco, rubio, colorado, de ojos azules y de elegantísimo continente. La señora dió un agudo grito, cogió el niño, lo cubrió de besos. Era su hijo, el hijo de su primer matrimonio, que habia dado á criar á un ama saboyana, la cual, concluida la época de la lactancia, lo dió por muerto y lo vendió á un

saltimbanquis, el cual á su vez lo vendió á un limpia-chimeneas. Lo reconoció, en que era un retrato de su padre. ¡Madres, madres, al oir esta historia, estrechad una vez más á vuestros pequeñuelos en el regazo!

***

He visto el *Antony* de Dumas. Se vive tan de prisa en este siglo, que treinta años envejecen tanto una obra como si hubieran por ella pasado treinta siglos. El drama tiene un gran movimiento, un gran interés, un gran diálogo. Pero el drama tiene una extrema violencia. La accion toma la intensidad de un vértigo. La seduccion de Antony es un asalto. El bastardo que tanto se queja del mundo, cumple sus deseos con la impetuosidad salvaje del que jamás ha dejado de satisfacer ninguno. Dice que la sociedad le aborrece, y la sociedad le recibe con grandes distinciones. Dice que su familia le ha abandonado, y su familia le provee de riquezas que emplea en seducir las mujeres del prógimo. Antony ha nacido para divertirse mucho de jóven, y para ser en su vejez comandante de la Guardia nacional, con un uniforme muy llamativo y un vientre muy grande. El remordimiento de haber matado á su querida no debe interrumpir su digestion. No conozco un héroe más vulgar. En cambio la pobre Mme. Havrey, perseguida, acosada hasta caer víctima casi de una brutal violencia, primero en los brazos y despues sobre el puñal de su amante, que le quita la honra solo para proporcionarse un momento de placer, y luego le quita la vida para redimir su honra irredimible; la pobre Mme. Havrey es un tipo de tan admirable manera presentado, que hará siempre horrible el adulterio con el torcedor de su tormento, con el infierno de su vida, con el desenlace de su muerte. Yo creo que los medios puestos por Dumas en accion, son inmorales hasta el escándalo. Pero, sin que él se lo haya propuesto,

la leccion que dá el drama es moral hasta la *homilía*. Pero mientras daba esta leccion en el escenario Dumas, yo lo ví con su enorme vientre, su color cobrizo, sus ojos chispeantes, su burlona sonrisa, su cabello crespo, presentar en el palco públicamente del brazo las pruebas de no haber aprendido ni siquiera la moral contenida en sus propias obras.

***

París de fiesta. Las amarillas banderas de Austria con sus negras águilas de las dos cabezas, ondean por toda la ciudad, al lado de la bandera tricolor. Las dos banderas que tan separadas estuvieron en Austerlitz y en Solferino, se hallan hoy muy juntitas en todos los hoteles, en todas las tiendas, sin mostrar ni siquiera una mancha de sangre. Austria y Francia se finjen ahora una amistad que enternece, sí, enternece, por las lágrimas y la sangre que puede á ambas costarle. Ha entrado en París el Emperador de Austria. Se ha detenido á su paso algunas horas en Nancy para visitar el panteon de los duques de Lorena, progenitores de su antigua casa. Muchos reyes de la familia de Austria han bajado á ese húmedo lugar, cuyas paredes parece que lloran; José II, que murió loco, María Antonieta que murió en el cadalso, Maximiliano que acaba de morir fusilado en Querétaro. Las crónicas de París cuentan que lo más notable en la comitiva del Emperador era el presidente del consejo de Hungría, con su manto de terciopelo celeste, su ropon negro forrado de pieles, sus botas de campana y su pantalon de punto blanco, su sable retorcido, y sus condecoraciones de diamantes. Así puede decirse que París entero acude hoy á ver al Emperador de Austria, pues desde Junio que nos visitó el de Rusia, y desde Agosto que nos visitó el de Constantinopla, habia bajado un poco la curiosidad por los Emperadores. ¿Cuándo tendrá

curiosidad por ver la reina única del espíritu, la libertad?

***

El mundo es una mezcla bien singular. No es el mundo una tragedia, porque el dolor no está solo. No es el mundo una comedia porque no está la risa sola. El mundo es un drama donde se mezclan el dolor y la alegría. Acaba de morir el graciosísimo actor que representaba el ridículo papel de un general envidioso en *La Gran Duquesa de Gerolstein*. ¡Cuánto nos hemos reido viéndolo salir con el sombrero de tres picos apuntado, el pompon rojo, y las bellotas de oro cayéndole sobre los hombros cargados de enormes charreteras! Parecia que hombres consagrados á cosas tan ligeras no debian nunca hacer una cosa tan grave como es morirse. Pero, al fin, todos los hombres saben que han de pasar por un acto sublime y solemne, por la muerte. Y ya que de esto hablamos, fuerza será recordar que en Napoleonville ha habido una gran conmocion á causa de la carestía del pan. Los periódicos del Gobierno han dicho que ha intervenido para apaciguar esta conmocion popular la caballería. Yo creí, ha escrito un gracioso cronista, que debió intervenir la panadería.

***

Pasemos á otra cosa ¡Subir, subir! He aquí la aspiracion de todos los séres, hasta de los séres inanimados. La aglomeracion de las moléculas en los minerales mismos que parecen dormidos y que son inertes, la aglomeracion de las moléculas es como una aspiracion hácia ese infinito al cual tienden sus ramas los árboles, sus alas y sus cánticos las aves, sus corazones los hombres. Subir, subir, he aquí una aspiracion general, aun á riesgo de fatigarse en la ascension y de caer en tierra, quebrándose el bautismo. Esta

aspiracion á subir, en ninguna parte es tan manifiesta como en la Exposicion Universal, donde podeis subir muy alto sin fatigaros mucho. Lo primero que se encuentra es el ascensor mecánico, por donde suben diariamente al techo tres ó cuatro mil personas. Lo segundo, el globo cautivo, en que suben al cielo diariamente tres ó cuatro. El espíritu humano aun sube más alto; sobre todo, cuando le dejan abrir las alas.

***

París da con sus críticas una carta de naturaleza en Europa á los poetas renombrados, á los oradores ó escritores ilustres de las diversas naciones, como Roma daba el título de ciudadanos á los hombres de los diversos pueblos del mundo. Ultimamente han hablado sus periódicos del escritor danés Andersen. La miseria suele ser en todas partes la Antígona que conduce, vestida de harapos, á ese sublime ciego llamado el génio, por los campos del arte. Tambien aquí los poetas suelen tener otra hambre más prosáica y positiva que el hambre de la inspiracion, aun que hayamos convenido en que el apetito de inspiracion no sea hambre, sino sed. Básteme recordar que uno de los más delicados poetas franceses del presente siglo se suicidó por no poder sufrir los dolores de su miseria. Andersen cuenta que sus padres no tenian cama ni abrigo el dia de sus bodas. Para reposar un poco, en una almoneda eclesiástica compraron las tablas de un catafalco, y para abrigarse un poco, algunos trozos de sus negras colgaduras. En estas colgaduras, que habian abrigado el frio eterno de la muerte, vino con el fuego de la inspiracion sobre la frente el poeta á la vida. ¡Cuántos misterios encierra la biografía de cada hombre! D. Cleofás se contentaba con ver levantados los techos de las casas de Madrid. Yo no me contentaria sino con ver el fondo del abismo que se guarda en el corazon humano.

***

Dos periódicos se están ahora tirando los bonetes á la cabeza, como decirse suele, por los piés de dos mujeres. El *Univers* defiende la limpieza de los piés de Mme. Maintenon, la querida de Luis XIV, y *L'Opinion Nationale* defiende la limpieza de los piés de Mme. Chatelet, la querida de Voltaire. Cualquiera creeria que los piés de la una eran las raíces de la tradicion, y los piés de la otra las raíces de la filosofía, segun se golpean los dos contendientes en formidable batalla. Puerca le ha llamado el periódico religioso á la encantadora dama que llenó con su nombre el siglo pasado. Yo puedo dar un dato importante. No hace mucho que he visitado Ferney, ese retiro donde Voltaire vivió tanto tiempo con su dama preferida, y entre los retratos más queridos y honrados estaba el retrato de su lavandera. Me parece que decido la cuestion y he apagado el fuego de la polémica.

XXXVI.

HISTORIETAS.

El sol brilla como en los cielos del Mediodia. Un cielo como el cielo de Andalucía nos sonríe, cielo azul, cielo clarísimo, que durará muy poco en su nitidez presente, pero que nos alegra con sus colores, que fecunda con su calor hasta el fondo de nuestra alma. En las regiones afortunadas, donde el sol brilla siempre, como ahora está brillando nuestro sol de París, no debe ser tan oscuro como aquí el sepulcro, ni tan frio como aquí el sueño de la muerte. De todos modos parece imposible que un mes atrás el Sena estuviera inmóvil, helado como una cantera de mármol, y París entero bajo una capa de nieve. Ya los prados reverdecen y la violeta asoma entre la yerba húmeda por el rocío matinal; ya la sávia de las futuras lilas hincha las yemas antes secas; ya la fresa comienza á llenar sus capullitos y la flor del almendro á poner blanca corona de desposada á la tierra. Feliz, feliz la estacion de las hojas nuevas y de los nidos; la estacion de las flores y de las esperanzas, la estacion en que el ruiseñor canta en el follaje y la sagrada golondrina vuelve de su destierro.

Pero en los dias del renacimiento de la naturaleza se van las almas, y caen como hojas secas los hombres en brazos de la muerte. En medio de estas alegrías de la creacion se recrudecen más los dolores humanos. Acaba de suicidarse

un hombre que ha divertido á muchas gentes; un hombre conocido en París con la denominacion del hombre de la muñeca. Entrando por la calle de Vivienne al Palais-Royal, se oye por la noche una grande algazara, mezcla confusa de voces é instrumentos. Al pronto, aquel ruido parece alegre; pero si os deteneis un poco y lo examinais friamente, os despedazará el corazon como una puñalada moral. Es el Café de los Ciegos. Una porcion de infelices sin luz producen esa luz de los oidos que se llama la música. Entre ellos habia un pobre ventrílocuo, que, vestido de salvaje, hacia hablar á una muñeca, fingiendo riña espantosa en la calle. Cuantas veces lo he visto se me ha figurado leer en su faz la señal de sus desgracias ¿Por qué se vestia de salvaje? Acaso para significar que un desgraciado está más solo en las grandes ciudades modernas que el indio en las selvas, donde los árboles gigantescos le ofrecen alimento con sus frutas, las aves ropaje con sus plumas, las enredaderas habitaciones perfumadas por el aroma de sus flores. Lo cierto es, que el hombre de la muñeca se ha suicidado, respirando las emanaciones de un brasero en una bohardilla infecta, y que sobre la cabecera de su cama estaba inmóvil su eterna compañera la muñeca, el único sér á quien acaso haya confiado sus desgracias.

La felicidad es una cosa bien extraña, que á veces no acude ni á citas dadas en suntuosos palacios. Una de las mayores dichas del mundo es el amor. Y una de las mayores preocupaciones tambien, es que el amor se gana con dinero. Hace pocas noches se presentó el criado del conde de X... á rogarle que le permitiese dejarse el bigote, porque su novia gustaba mucho de los bigotes.—¿Tienes novia, Juan?—Vaya, y muy bonita.—Pero te costará el dinero, y un criado no es bastante rico para procurarse ese lujo.—Se engaña V. E.; no me cuesta un cuarto, me quiere desinteresadamente, por mí, solo por mí.—¿De veras? Mírame, Juan, mírame. Puedo considerarme lo que llaman por ahí

un buen mozo. Tengo algunos atractivos morales. Poseo una gran fortuna. Y soy desgraciado porque no he conseguido que me quieran por mí, sino por mi dinero.—Eso va en suertes, dijo el criado.—Ahora conozco una jóven, añadió el conde, que me ha tocado un tanto el corazon, y á quien deseo cautivar para el amor desinteresado. La aguardo. ¿Has puesto la mesa con toda coquetería?—Sí, señor, replicó Juan; pero aun no me ha dado V. E. permiso para dejarme el bigote.—Te lo concedo, te lo concedo; sé feliz con tu bigote y con tu novia.—Juan salió, y llamaron á la puerta. El conde abrió, y entró una jóven muy bella, que inmediatamente fué á calentar sus breves piés á la chimenea, para arrellanarse luego en cómoda butaca junto á la bien provista mesa. El conde le sirvió bien de comer, le escanció vino con abundancia, y luego le habló de una pasion pura, de un amor sin límites, de un paseo por los bosques á la luz de la luna, con los suspiros y las miradas, las medias palabras y las furtivas sonrisas por toda recompensa. La jóven se fué poco á poco durmiendo á los vapores del vino, al calor de la digestion y de la chimenea, al susurro de los idilios del conde. Y cuando ya estaba dormida, empezó á soñar. Y ya soñando murmuró palabras incoherentes. En esto oyó el conde lo siguiente: «Juan, déjate el bigote, déjate el bigote, y verás cuánto nos divertimos con el dinero que le saquemos al tonto de tu amo.»

XXXVII.

VAGUEMOS.

Los dramas de Shakespeare, las novelas de Balzac, no en su forma, sino en su materia, se encuentran á cada paso leyendo la *Gaceta de los Tribunales,* sobre todo en la seccion reservada al departamento del Sena. Estas grandes ciudades sobreexcitan al crímen extraño, extraordinario, con el incentivo que ofrecen á todos los apetitos, como despiertan al génio y avivan el heroismo con el eco profundo que guardan para todas las reputaciones. Los tribunales entienden hoy en espantoso crímen. Un telegrafista, domiciliado en el pueblo que da su nombre al más hermoso paseo de París, casóse con una prima hermana suya. Desde el mismo dia de la boda reveló á su mujer que el despecho habia sido el móvil del matrimonio. Amaba en el fondo de su corazon á otra que lo habia despreciado. Bajo tales auspicios, aquel hogar no podia ser pacífico. Una tormenta lo sacudia á cada paso. La sombra de cien rivales á cada instante lo oscurecian. El marido contaba á su mujer sus aventuras, y se gozaba en mostrarle hasta los lugares de las más vergonzosas escenas. En vano recurria ella á la dulzura; en vano se encerraba en heróica resignacion. Tal paciencia desconcertaba á su verdugo. Un dia ofrece éste á su mujer una tisana. Ella la rechaza. Pero en el esfuerzo que hace, la vuelca sobre su delantal, y nota luego que ha dejado sobre él como huellas de quemaduras. El enemigo

recurrió á la dulzura viéndose burlado en sus violencias. Tierno, amante, comenzó á derramar bálsamo sobre las heridas de la pobre mártir. Como ella se quejara de dolores de vientre, le receta un agua dulcificada con raíces de regaliz. Una mañana bebe la buena mujer en gran cantidad de aquella agua, y da á beber al más pequeño de sus hijos. A los pocos instantes corre por el jardin como loca. Las palabras, «me abraso, me abraso,» salen casi entrecortadas de sus lábios. Retuércese los brazos á impulsos del dolor. Cae al pié de la escalera, buscando con los ojos encendidos á su hijo, que, no léjos de allí, lanza tambien los extertores de la agonía. Cuando el médico vino, habia muerto. El niño se salvó, y hoy es uno de los acusadores de su padre. *Tristia, tristia, tristia.*

***

Las letras están hoy de duelo. La mujer de Víctor Hugo ha muerto. Tenia un año ménos que el gran poeta, y desde 1820 ha compartido sus penas y sus glorias. Escritora distinguida, de la familia de Foucher, se ocultaba siempre tras un pseudónimo, temiendo aparecer como una sombra en el astro de gloria al cual se hallaba adherida su alma. Grandes dolores la han amargado en una vida que ha sido tan luminosa y tan brillante. Una de sus hijas se ahogó con su novio en el dia mismo de la boda. Desde entonces fué incesante el luto de su corazon. Lloraron tanto que se enrojecieron, se abrasaron sus ojos. Hace dos años temió quedarse ciega. Desde entonces venia alguna vez á París á cuidar de su vista. En París se hallaba hace pocos dias, recibiendo testimonios de la inmensa popularidad que rodea su nombre, ese nombre destinado á ser en lo porvenir uno de los ornamentos de la humanidad. Pocos dias hace que se partió á Bruselas á unirse con su familia, como si presintiera su próxima muerte y deseara ser herida en el seno de los suyos, como deben morir todos los buenos.

Víctor Hugo y su mujer habian sido prometidos uno á otro cuando todavía estaban ambos en la nada. Foucher, padre de ella, y Hugo, padre de él, eran muy amigos. En un banquete de dias brindaron por el próximo casamiento de ambos, y por sus dos novias, y porque Hugo tuviera un hijo y Foucher una hija que confundieran en una sola familia aquellas dos familias unidas por la amistad.

Corrian los años de 1819 á 1820. Madama Hugo estaba viuda. Pero, fiel á la amistad con la familia de Foucher, acudia todas las noches á pasar la velada en su casa, llevando la costura y los dos hijos, que acababan de ser colegiales y entraban en la pubertad. A un lado de la chimenea estaba siempre dispuesto el sillon de la madre de Víctor Hugo. A otro lado el sillon de M. Foucher, á la sazon muy enfermo. En medio Madame Foucher y su hija. Víctor Foucher y los dos Hugos acababan de completar aquel cuadro de familia. Las veladas eran tristísimas. Ni siquiera se consentia la conversacion, que dañaba al enfermo. Pero allí, en aquellas veladas, nació la union de estos dos corazones, que acaba de ser cortada por la muerte. La mujer de Víctor Hugo ha muerto en el destierro. La suerte del Dante parece ser la suerte de todos los grandes génios. La patria los aleja de sí aunque son su gloria, como si temiera fundirse en su fuego y deslumbrarse en su luz y no pudiera mirarles frente á frente sino cuando están muy léjos, cuando han tocado su ocaso, cuando mitigan su explendor las sombras de la muerte.

***

Rossini se halla muy enfermo. La noche en que hacia quinientas veces que se representaba su grande obra heróica y pastoril, *Guillermo Tell*, fué á darle una serenata la orquesta de la Grande Ópera. El maestro no pudo moverse de la cama. Los murmuradores dicen que no estaba tan

malo, pero que lo fingia, por evitarse el refresco. Cuentan las crónicas que ese dios de las armonías, ese génio, en cada una de cuyas notas se encierra una chispa del fuego celeste, y en cada una de cuyas palabras se encierra una legion de chistes incomparables, tiene la debilidad de la avaricia. Cuando se empeñó la guerra por la independencia de Italia, todos los patriotas se creyeron obligados á algunos dones á la patria. Bolonia, cuna de Rossini, es una ciudad muy entusiasta, y excitó á presentar una ofrenda, como todos los ciudadanos, al más ilustre de sus hijos. Rossini, á pesar de ser riquísimo, presentó dos jamelgos matalones, que no se hubieran aprovechado en España ni para la plaza de toros. Una noche tenia tertulia en su casa de la Chaussée d'Antin. Habia mucha gente, y el calor era insoportable.—¡Qué sed! decia Gustavo Doré dando resoplidos.—Hijo mio, le dijo Rossini sonriendo, abajo hay un café.—¿Pero qué importan todas esas debilidades? Por eso no dejará de ser el maestro una de las glorias del siglo, uno de los génios que han derramado el soplo celeste de la melodía sobre la tempestad de nuestros dolores.

***

Y ya que hablamos de música, hablemos de Teresa. No se puede leer un periódico de París sin tropezar con este nombre. Es una cantora popular, que en los conciertos de los cafés lanza su voz aguardentosa para acariciar los oidos de las muchedumbres. El emperador la ha escuchado alguna vez en sus tertulias particulares. Alberto Wolff, uno de los escritores más ingeniosos de Francia, ha redactado sus Memorias. Veuillot la ha consagrado algunas páginas acerbas en la elocuente sátira *Los Olores de París*. Una reunion de los primeros literatos la ha oido cantar en el mismo sitio donde la Corina del año 48, Delfina Gay, recitaba sus versos inmortales. Teresa es alta, hombruna, gruesa, de

ojos expresivos, de fisonomía dura, de color moreno, de tales gestos y maneras que no desdeñaria un gastador, de brazos largos y manos grandes, de voz desagradable, y que, sin embargo, arrastra al público y lo enloquece con dichos y cantares salpimentados, verdaderas cantáridas puestas á pueblos y á generaciones que tienen todos los sentimientos embotados.

Para que se vea cómo se explota todo renombre, despues de las Memorias de Wolff se han escrito otras Memorias de Teresa por un autor desconocido. La Patti de las tabernas elevada hoy á cantora del teatro de la Porte-Saint-Martin, ha negado haberlas escrito, haberlas ni siquiera leido. No se levanta una persona cualquiera á llamar la atencion pública sin que se escriban sus Memorias y se comunique al mundo entero cuántos años mamó, cuántos amores tuvo y cuántos minutos empleó en sus digestiones. La historia antigua era difícil por falta de documentos; la moderna lo será mucho más por sobra. Porque Leotard salta bien, Leotard tiene tambien Memorias.

***

El autor de *La Mutta de Portici* acaba de obtener un triunfo en su nueva ópera cómica, *El primer dia de felicidad*. Es notable que, frisando ya en los noventa años, tenga una inspiracion tan juvenil. Pero no debe fiarse mucho el público europeo de los elogios de la prensa francesa, porque, mientras en España los escritores forman una gigantesca asociacion de mútuo descrédito, en Francia forman una asociacion de elogios mútuos. Todos los hombres famosos se arrojan con admirable reciprocidad humaredas de incienso á la cara. Siempre me acuerdo de la inmensa reputacion que fabricaron sus amigos para el soñador Ballanche. Enrique Heine la resumia en estos términos: «Ese Ballanche, á quien todos alaban, y á quien nadie lee.»

Pero, dicho sea sin herir nuestro carácter nacional, prefiero en este punto la admiracion sistemática de Francia al sistemático denigramiento de España. Así han formado aquí varias damas, porque un orador se ha caido en los cimientos de una iglesia, á causa de su cortedad de su vista, una asociacion para proteger á los miopes célebres.

***

Varias maneras de robar. M. Andrew Cooze prometia enviar, por el correo, dos bellos retratos grabados é iluminados, representando la reina Victoria, á todos aquellos que le enviaran la módica suma de seis peniques M. Cooze recibió al dia siguiente muchos miles de letras, y ha respondido dirigiendo, bajo sobre no franqueado, á cada uno de los parroquianos.... dos sellos de correo que llevan este año el retrato de S. M.

No ménos hábil es la manera con que un jóven acaba de robar á un joyero del Faubourg Saint-Germain. Baja de una magnífica berlina y entra en la tienda. Escoge un aderezo, lo separa y le ruega que vaya al dia siguiente á llevarlo al grande cuarto principal de enfrente, donde acaba de instalarse. El inquilino de tal cuarto puede comprar aderezos de precio cuando paga dos mil francos al mes de alquiler. El joyero va al dia siguiente al sitio y hora de la cita. No hay un mueble en la antesala; pero el caballero le dice que aun no han acabado de instalarse.—Déme el aderezo, añade, que voy á enseñárselo á mi madre. El joyero lo entrega. Abre el truhan la puerta de uno de los gabinetes y entra con el aderezo en la mano. Empéñase una animada conversacion entre madre é hijo sobre la riqueza de las piedras, sobre la excelencia de las formas, sobre la gracia de la montura.—"Espere V. un momento, grita el caballero, que voy á enseñárselo á mi hermana." El joyero espera, espera, y nada viene. Una sospecha le asalta. Empuja la puerta y

todo el gran cuarto está solo, inhabitado, sin un mueble. El jóven elegante no habia hecho más que dar una señal en dinero al conserge para quedarse con el cuarto, pero no habia puesto un trasto, ni habia ultimado el contrato. La escalera de los criados le habia servido para fugarse. ¿Pero cómo hablaba con una señora? Tal señora no existia. El ladron era ventrílocuo.

***

Harto hemos hablado de robos y supercherías. Pero anda tan desquiciada la tierra, que no tenemos un punto donde reposar en medio de su diluvio de males. De la guerra habla todo el mundo; la guerra, que es el ódio; la guerra, que es el hambre; la guerra, que es la disolucion; la guerra, que es la siega en flor de los trigos crecidos al aliento de Dios y de las generaciones jóvenes, al aliento de Dios tambien crecidas. Mas yo quiero hablaros de otra guerra que no cuesta hebras de sangre, sino hebras de seda; de otra guerra, cuyas únicas armas son las tijeras; de la guerra por los trajes largos y los trajes cortos. La princesa de Metternich es general en jefe de los trajes cortos. La emperatriz de Francia es general en jefe de los trajes largos. Las orillas del Sena han sido testigos de un encuentro. El baile último de las Tullerías ha sido la batalla. Los trajes largos han vencido á los cortos. Francia ha vengado á Waterlóo. Alemania ha sido derrotada. El próximo figurin dará el parte de la victoria.

***

En Francia todos estos asuntos de trajes son asuntos de altísimo interés. ¿Qué haria, si el traje no se hubiera elevado á la categoría de una cuestion inmensa, esta capital de la moda, esta ciudad de los sastres y de las modistas?

Así inventan adornos con una fantasía tan inagotable, y decretan uniformes con una facilidad tan prodigiosa. Los mozos de café, los porteros de las sociedades de crédito, los más humildes trabajadores tienen su uniforme como los mariscales, los académicos y los senadores de Francia. El francés no renunciará nunca ni á lo brillante del uniforme ni á la solemnidad del entierro. El otro dia brillaba sobre un ataud una insignia: ¿qué era? Las argentadas sardinetas de un conductor de ómnibus. No se debe, sin embargo, tener ni culto, ni desprecio por el traje. Hay ciertos sabios que todavía conservan la tradicion de Diógenes y viven poco ménos que en un tonel. Un dia andaba Pierre Leroux, sábio respetabilísimo, por una calle estrecha de París. Un cochero cogió un pedazo del paletó del filósofo y lo pasó por una rueda.—¿Qué es eso? dijo Leroux. ¿Limpias las ruedas con mi gaban?—Las unto, contestó el cochero.

***

Estamos en tiempo de Memorias. Van á publicarse las de un hombre que ha visto caer seis formas de gobierno y que ha cambiado dos veces el mapa de Europa. Este hombre fué convencional, cortesano, ministro, diplomático, en fin, fué Talleyrand. El dia de su muerte le visitó Luis Felipe. Cuenta un historiador que el rey le preguntó: ¿Cómo os hallais?—Y aludiendo á sus dolores: En el infierno, dijo Talleyrand.—¿Ya? exclamó involuntariamente el rey. Los periódicos han publicado un capítulo de las Memorias de Talleyrand. En ellas cuenta que, siendo estudiante de San Sulpicio, se enamoró perdidamente de una vecinita. Convidóla una noche á cenar, llevándola por cierta puerta secreta del colegio. Cuando estaba en la cena, llama el inspector á su cuarto. Talleyrand oculta á su amada en una alacena, y abre. El inspector le riñe ágriamente á causa de aquel desórden, y le envia en penitencia al jefe de la escuela para

la debida reprension y castigo. Imagínese con qué gana se iria el travieso estudiante dejándose la novia en el armario y la cena en los platos. Pero despues de haber andado un largo espacio se le ocurre que el inspector es goloso y glotón, que acaso le ha echado del cuarto para aprovecharse de la cena. Vuelve, corre, entra. No hay nadie. Se dirige al escondite para salvar á la mujer amada. ¡Óh asombro! Habia allí dos. El inspector tambien estaba en el armario.

***

No solo estamos en tiempo de Memorias sino en tiempo de rehabilitaciones. Una porcion de sofistas se han dado á vindicar los mónstruos mayores de la historia. Un dia vamos á saber que Tiberio se encenagaba en los vicios de Caprea por grandeza de alma; que Neron quemaba cristianos por exceso de fe; y que Calígula deseaba matar de un solo golpe á toda la humanidad por exaltacion de fantasía. Todo es posible cuando un sábio ha escrito un libro para defender la castidad de Diana de Poitiers. Pero dejando á un lado asuntos espinosos, habeis de saber que últimamente ha tenido una señora varios votos para la presidencia de la Sociedad de literatos franceses. No hace mucho tiempo que fundaron las más ilustres escritoras de París una academia femenina, á la cual pertenecian mujeres tan ilustres como la Delfina Gay, una de las glorias del siglo. Pues bien; así como en las sociedades de hombres riñen unos con otros por ocupar los primeros puestos, en esta sociedad de mujeres reñian por no ocupar ninguno. La mùjer tiene los piés demasiado breves para caminar por los desfiladeros de las ambiciones humanas; y tiene el alma demasiado tierna para arrostrar las tempestades de nuestra soberbia. Por eso su sacerdocio es la maternidad y su templo es el hogar.

***

En el baile último dado por la emperatriz Eugenia, todo el mundo echaba de ménos al gran director de los cotillones, al marqués de Caux. Pero este rey del baile se halla en Lóndres, porque en Lóndres se halla tambien la Patti, con la cual debe muy pronto casarse. «Hombre al agua,» decian suspirando sus amigos. Uno que quiso reemplazarle en la difícil tarea de dirigir el cotillon, tuvo su valor; pero no tuvo su fortuna. Dicen que era un pintor, y los pintores menean mejor los brazos que las piernas. Hace pocas noches fué presentado en las amenas tertulias de la princesa Matilde Bonaparte el pintor Couture. Recibióle esta señora con la amabilidad en ella característica. Y despues de haber conversado largamente le brindó con su proteccion para los trabajos del arte.—Tengo demasiado, princesa, demasiado trabajo, le repuso. Para lo que necesito su alta proteccion es para no trabajar; pido encarecidamente á V. A. que se me exceptúe del servicio en la Guardia Nacional. La princesa, volviéndose á una de sus amigas, que no podia contener la risa, exclamó: «¿Si me habrá tomado este hombre por su sargento?»

***

El rey Teodoros ha muerto. El bárbaro, como Caton de Utica, al ver la patria caida, se ha suicidado sobre sus ruinas. No han vencido á este hombre los ingleses; lo han vencido los fusiles de los ingleses. La guerra se ha convertido en una maquinaria. Se fabrica muy rápidamente la muerte. Pero el rey ha entregado sus prisioneros europeos á la libertad y á la vida, y se ha arrojado él mismo á la eternidad. Su cadáver ha sido puesto por el vencedor, potente para vencerle pero impotente para humillarle, en manos de su viuda principal. El dia de sus funerales resonaba un lloro infinito. Era una tempestad de sollozos. Las infinitas viudas de Teodoro le lloraban. Por las leyes eran sus mu-

jeres todas aquellas en quienes ponia los ojos. Y últimamente el rey hizo muchos viajes y puso los ojos en muchas mujeres. El resultado más provechoso de la última guerra será conocer mejor que hasta ahora la Abisinia, esa antigua rival del Egipto. Mas para conocer una Abisinia de nuevo género, venid á París. Nos abrasamos. Hé aquí el Mediodía con su calor y sin su belleza.

XXXVIII.

EL ANIVERSARIO DE WASHINGTON Y LA LINTERNA DE ROCHEFORT.

¿Quién que haya una sola vez visitado París no ha ido al bosque de Boulogne?—¿Y quien que haya ido al bosque de Boulogne no ha conservado el recuerdo inmortal de sus sombrías encinas, de sus claros álamos, de sus praderas atravesadas por los ciervos y los gamos, de sus bullidoras cascadas sobre las cuales ahora lanzan sus últimos gorgeos los enamorados ruiseñores? La naturaleza es siempre consoladora. En su seno inagotable como el seno del mar, se halla la inmanencia de la vida y se bebe la esperanza de que solo cambian en el universo las fugacès formas, pero nunca las esencias; lo cual constituye una prenda segura de la inmortalidad de nuestro sér. Luego esa nube que pasa por los aires y esa flor que se esconde en la yerba; la neblina ligera evaporada por los lagos y la trémula gota de rocío prendida á la punta de las hojas; el arbusto florido que el aura mece, y el ave que el nido guarda, son como confidentes de vuestras penas y como consócios que cooperan á la elaboracion misteriosa de la vida. ¡Cuántas veces, tendido sobre las colinas que dan al Bosque, bajo la sombra de los grandes árboles, viendo las ramas agitadas por el viento y escuchando el hervor de las aguas despeñadas en torrentes, he murmurado una oracion al autor de la vida, seguro de que se la llevarian en sus alas ó las palomas del valle ó las nubes del cielo!

¡Lástima grande que este misterioso bosque, donde las sacerdotisas de las antiguas Gálias sacrificaron en los dólmenes consagrados á sus dioses y murmuraron el dogma todavía inconsciente de la inmortalidad, haya sido manchado por tantos crímenes como encierran las historias de todas las monarquías! En él se daban espantosas batallas feudales durante la Edad Media, cuando Beltran volvia con las manos tintas en la sangre de Don Pedro de Castilla. En él queria levantar Enrique II un panteon riente como una ciudad sensual de la primitiva Asia, para acostarse el rey y su nobleza en sepulcros que fueran cómo una continuacion de sus orgías. En él celebró Luis XV muchas de aquellas cenas que fueron en sus herederos castigadas en aquel dia del Juicio Universal del antiguo mundo llamado la revolucion francesa.

Pero en estos últimos dias el bosque ha sido como purificado por una gran fiesta. Veíanse estallar en los aires bombas de fuego que sembraban estrellas de colores como si el sueño de la refraccion de la luz en los planetas de diversos matices teñidos á manera de gigantescas pirámides de cristal de roca, ese sueño de Fourier, se hubiera realizado y comenzara una nueva eflorescencia del mundo sideral, una primavera infinita del Cosmos. Oíase una música solemne y cadenciosa, como el rumor de las selvas y de las olas. Nubes de niños rosados, blancos, vigorosos, como hijos de una raza fortísima, jugaban por los prados. Parejas de alegres jóvenes danzaban. Y en largas mesas, al compás de la música y del baile, se dirigian á la libertad, á la república, á la igualdad, á la patria, bríndis que parecian himnos, y que, sin embargo, no llegaban á expresar la realidad de todas estas grandes cosas en una de las porciones más bellas y más grandiosas de la tierra.

¿Qué significaba esta magnífica fiesta? ¿A qué rey iba dirigida en esta Europa de los reyes?—¡Ah! Esta fiesta recordaba uno de los dias más bellos de la vida universal,

uno de esos dias que resplandecerán en la historia como el nacimiento del mártir sublime de la caridad en el portal de Belen. Era la fiesta conmemorativa de la independencia de la América del Norte y del nacimiento de la gran república de los Estados-Unidos. El corazon late de entusiasmo al recordar el civismo de Washington, la bondad de Franklin, el valor de Jakson, la primera Asamblea que proclamó sobre la tierra hermoseada como el Eden, humedecida por el rocío de la primera aurora los derechos del hombre. Hé ahí una gloria inmaculada, una gloria universal, una gloria humana: el nacimiento verdadero de América, la destruccion de la monarquía y de la aristocracia en su hermoso seno, el aniquilamiento del régimen colonial, la libertad y la igualdad reunidas en códigos que son la gloria del género humano; la república practicada por una raza de titanes. Yo estoy seguro de que en Nueva-York no latirian los corazones yankées con tanto entusiasmo como latian aquí en presencia de la monarquía y de la aristocracia, aun de pié, nuestros corazones republicanos. Solo se puede saber, solo se puede medir el amor que nos inspira una grande causa cuando se padece por ella, y cuando se la ama desde el fondo del destierro con un amor sin esperanza. Yo felicitaba á Francia por haber engendrado á Lafayette, que fué caballero de la libertad á la cruzada santa dirigida al Nuevo Mundo, no para buscar el sepulcro vacío de un Dios, sino la cuna llena de un pueblo, y salvarla noblemente de sus infames agresores. Yo absolvia á mi amada patria de tantos crímenes, cuyos castigos soportamos nosotros que los hemos siempre reprobado, recordando el santo concurso prestado por sus naves á la libertad y á la emancipacion de los Estados-Unidos.

¿Qué seria de la democracia en el mundo si no estuviera el ejemplo de los Estados-Unidos; si junto á la infame esclavitud de Cuba y del Brasil, esclavitud mantenida á la sombra letal de las instituciones antiguas, no pudiéramos

oponer ese pueblo nuestro, ese pueblo sin reyes, sin aristocracia, sin Iglesia oficial, sin centralizacion, sin censura, y fuerte hasta superar la fuerza de todas las monarquías, y humanitario hasta romper las cadenas de tres millones de negros en quienes la educacion les habia enseñado que solo habia tres millones de perros? ¿Qué seria de nosotros sin este grande, sin este sublime ejemplo?

Una prueba de cuán débiles son nuestros estómagos para digerir el fuerte alimento de la libertad; una prueba evidentísima la hallo en lo que últimamente acaba de suceder en Francia con motivo de la abolicion de las autorizaciones prévias para publicar periódicos. Salen á millares, todos de oposicion. Tres magistrados se consagran á leerlos, y apenas tienen tiempo. Si el timbre, y el depósito, y la penalidad se aboliesen, habria en cada calle un periódico. El gobierno se asusta de esta grande inundacion de ideas que, tarde ó temprano, ha de lograr la fecundacion de la libertad. Y comienza á perseguir los nuevos periódicos. El *Electeur*, de Julio Favre, ha sido denunciado. El *Reveil* de Delescluze, periódico representante de la emigracion republicana, tambien denunciado. La *Linterna*, de Rochefort, perseguida en los kioskos y obligada á encerrarse en las librerías. Ya veis, estos imperios tan fuertes, cuyos millones de fusiles tienen una precision y un alcance maravilloso, cuyos ejércitos son innumerables, siéntense tan débiles, que temen el paso de una idea por una hoja de papel, paso que debia serles tan extraño é indiferente como al sol del universo el paso de una nube por las regiones de nuestra atmósfera. Pero, á su vez, la libertad se practica aquí mal, muy mal. Naturalmente el largo ayuno ha dado hambre de libertad y ha debilitado los estómagos para digerirla con fruto. Entre todos los periódicos, el más popular y el más célebre ha sido el periódico de Rochefort. No busqueis en él ni la elocuencia de Vergniaud, ni el sentimiento de Camilo Desmoulins, ni la áspera y viril ener-

gía de Armando Carrel, ni la finura incisiva de Pablo Luis Courier. Pero buscad la gracia amarga, el ingénio flexible, la ironía prodigiosa, la murmuracion intencionada y hábil á que tanto se presta el francés, la flexible lengua de los salones, y encontrareis todo eso en el librillo que semanalmente publica Enrique Rochefort en prodigiosa cantidad. Es un escritor francés, esencialmente francés, por la ligereza y por la gracia. No conozco nada más hábil que su declaracion de bonapartista, eligiendo por su héroe á Napoleon II, que jamás reinó. Nada conozco más amargo ni más elocuente, que la energía con que echa en cara á los franceses su indiferencia por el aniversario de Hoche, que, si en vez de guardar fidelidad á la república y morir en las filas del pueblo, hubiera cometido el grande atentado del diez y ocho de Brumario, viera hoy sus descendientes sentados en tronos con el pomposo título del tercero ó el cuarto de su nombre.

Es triste, en verdad, que de los periódicos publicados solo un periódico satírico, siquier esté magistralmente escrito, haya tenido éxito. Pero débese esto, á que en los tiempos de opresion para el espíritu, solo tiene verdadero éxito la sátira. Yo no la conozco en los tiempos felices de la república griega. En los campos de Marathon y de Platea solo brota el sublime y varonil lirismo de Esquilo. Pero allá, en el Imperio Romano, cuando la tribuna ha caido, cuando la elocuencia ha muerto, cuando las sesiones del Senado han sido sustituidas por las cenas de Neron, y la sombra majestuosa de los tribunos por el tropel de los favoritos y de los libertos del César, el génio por excelencia representativo de tal régimen es Juvenal, y la literatura representativa de tal edad, es la sátira. Por eso la sátira es la creacion por excelencia del Imperio Romano. Por eso la sátira es desconocida en el candor natural de la libertad del pueblo griego.

Las grandes ideas se expresan por grandes afirmaciones.

Las grandes afirmaciones necesitan los apotegmas dogmáticos. Los gobiernos arbitrarios son siempre recelosos, temen estos apotegmas, la más alta expresion de las ideas, el más sublime ejercicio de la palabra. Y como los temen, los reprimen. Y como los reprimen, nacen esas maneras indirectas de decir las cosas, esas formas rebuscadas y ambiguas, esas afirmaciones indecisas, esas sales amargas que constituyen las cualidades verdaderas de la sátira, sombras inseparables de todas las decadencias, bufones con que los pueblos oprimidos se rien de sus tiranos y se consuelan en su servidumbre. Esa linterna siniestra que Rochefort ha puesto en los arcos triunfales del Imperio, alimentándola con hiel, se apagaria en el momento mismo en que tras los arcos triunfales del Imperio amaneciera la luz de la libertad. Entonces, las insinuaciones, los retruécanos, las frases en espiral, las ideas á medias, las verdades doradas como las píldoras con el talco del ingénio, serian reemplazadas por la ádusta franqueza de la elocuencia. Así no es de extrañar que el emperador haya dicho á sus ministros enseñándoles la *Linterna:* "Ved los resultados que nos da la libertad limitada. ¿Los daria peores la libertad completa?"

Al mismo tiempo hay un fenómeno que aflije. Es verdaderamente incomprensible el tono que ha tomado la prensa en estos últimos dias para armar escándalo. Publícanse especialmente, con motivo de la *Linterna,* ora para explotar su éxito, ora para contradecir su propaganda republicana, montones de folletitos que dan materialmente asco al estómago, invencible repugnancia á la mente. Yo no he leido nunca tal cúmulo de injurias. Baste saber que á Enrique Rochefort le llaman gandul, mantenido por la célebre Cora Pearl, y á los redactores de ciertos periódicos les llaman nada ménos que *filles,* prostitutas. ¿Puede darse una mayor infamia? ¿Puede darse un espectáculo más innoble y asqueroso? ¿No habrá aquí alguna secreta maniobra para desacreditar la libertad de imprenta, maniobra urdida por aquellos que más

la temen, y que por lo mismo han jurado perderla? Yo recuerdo que en todas las épocas en que hay algun grado de libertad, se aprovechan sus enemigos de ella para mancharla. Es hábil la maniobra y tortuosa como el rastrero movimiento de los reptiles. De un solo golpe desacreditan á los amigos de la libertad con sus calumnias, y á la libertad misma con sus abusos. Pero hay un medio de romper estas telas de araña tejidas por los insectos de la corrupcion en los pudrideros de la muerte; el considerarlas como un mal necesario, y hundirlas en el olvido con el desprecio. Si vamos á renegar de la libertad porque la libertad nos hiere, no llegaremos nunca á ver su triunfo. Es como si renegáramos del sol porque algunas veces su calor nos sofoca. Nada hay más utópico que buscar la perfeccion absoluta. Eso es el delirio de un sueño. El mal está dentro de la limitacion de nuestra naturaleza. El mal es el límite puesto á la infinidad de nuestros deseos, al exceso de nuestros trabajos, á las facultades y á las potencias de nuestra naturaleza. Debemos disminuirlo, pero no podemos eliminarlo. Y siempre, para que toda obra humana sea fecunda, precisa que sea posible. Fuera de estos límites se convierte en un sueño y una sombra. Pedirle á la libertad que acabe con el mal es pedirle lo imposible. Pero lo que sí hay de cierto, de indudable, es que las condiciones de la vida, el conjunto de sus derechos no pueden realizarse, no pueden cumplirse sino en la libertad y por la libertad. Hé ahí por qué la libertad es lo primera y lo más esencial de la vida.

XXXIX.

ERRORES POLÍTICOS.

Habíamos pasado larga velada de Diciembre en casa de un amigo, español de nacimiento, francés de adopcion, que en tertulia congregaba los jueves á honrados comerciantes, modestos rentistas, formales y viejos empleados, á departir sobre los negocios públicos ó privados, y á tomar tazas de té y regaladas pastas. A la hora de la separacion, hora que jamás llegaba, como suele en nuestro ocioso Madrid á la media noche, volvíme al centro de París desde los barrios de la orilla izquierda del Sena con una familia que, como yo, debia atravesar los puentes en demanda de su domicilio. Componian esta familia un cajista, que de jornalero se elevaba á editor en virtud de largos trabajos y penosos ahorros; su mujer, no ménos trabajadora y económica, y un fruto de bendicion, un niño de siete años, que tornaba de la casa de su nodriza y se apercibia á entrar en el colegio. Esta familia, por su profesion, pertenecia al más avanzado liberalismo; por su orígen, á la más pura democracia; por sus intereses, á la causa de una paz perpétua entre todas las naciones. Modelo de buena conducta, de vida limpia y conciencia recta, trabajaban desde el amanecer, se recogian temprano, abominaban de todo derroche del tiempo ó del dinero, y vivian en el retiro de honroso hogar y en la ventura de holgada medianía. ¿Qué les iba en los asuntos

interiores de Alemania, en la línea del Mein, en la union aduanera, en el derecho de los bávaros á tener un emperador ó un rey, en las desgracias del ciego monarca de Hannover, ó en las contrariedades de Juan de Sajonia?

Habíamos atravesado los puentes, y engolfádonos por la calle de Rívoli, cuando dimos de manos á boca con el cuartel de esa ciudadela llamada el Louvre, á cuya puerta se paseaban, como impulsados por sendos resortes, dos centinelas. Daba yo el brazo á la señora, un poco fatigada, y que á pesar de su fatiga no habia consentido en tomar coche, desoyendo mis instancias, por darse un paseo, decia ella, y en realidad por ahorrarme á mí algun par de francos. Debíamos tomar por la calle de Richelieu, y llevábamos recorrido de sus aceras algun trecho, cuando notó la señora que marido é hijo se habian quedado atrás. Parámonos á esperarlos, y como tardaran, retrocedimos para buscarlos, encontrándolos al cabo embebidos en estática contemplacion de los dos centinelas, sin darse cuenta del tiempo pasado ni del espacio por nosotros recorrido.

—Creí que os habíais extraviado,—dijo la señora.

—Ya tienen Chassepot,—respondió el marido, señalando á los militares, como extrañado de que no comprendiéramos su estusiasmo por esta novedad.

—¿Y qué nos importa eso?—le dije yo en son de amistosa reconvencion.

—Ya pueden temblar los prusianos.

—¿Está V. por la guerra?

—Me ofende la pregunta. Los buenos franceses deseamos la guerra á toda costa, la guerra á toda prisa.

—Permítame una rectificacion. Yo conozco buenos franceses, patriotas probados, capaces de sacrificarlo todo á su nacion, y enemigos implacables de esas batallas en las cuales se pierde sangre del pueblo y se ganan inútiles aristocracias de espada y opresores imperios militares.

—Pues no deben ser muy buenos franceses esos señores,

cuando renuncian á la orilla izquierda del Rhin, y ven con calma á Prusia apoderarse de toda Alemania.

—En cuanto á eso de la orilla izquierda,—le dije,—renuncie V. tambien. Las provincias rhinianas, tan codiciadas de V., no quieren oir hablar de su anexion á Francia, como no quieren oir hablar de su anexion á Alemania, la Alsacia y la Lorena. La revolucion de ochenta y nueve unió definitivamente la Alsacia á Francia, y la revolucion del cuarenta y ocho ha reunido definitivamente los Principados rhinianos á Alemania. Ese afan de reunir tierras contra la voluntad de sus habitantes, tiene muchos inconvenientes. En primer lugar, debilita en vez de fortalecer, como debilitaron al Austria sus dominios. En segundo lugar, exigen un gobierno poderoso y concentrado, imposible de encontrar fuera del cesarismo. En tercer lugar, traen dos calamidades; crecido impuesto y numeroso ejército. Por consecuencia, renuncie V. tambien á las anexiones, y andará en ello acertadísimó, mereciendo el título de buen patriota.

—Yo entiendo poco de estas cosas; pero me inclino á la opinion del señor,—dijo la señora.—Creo que un catedrático, un político, un escritor, debe saber mucho más de todo esto que nosotros, pobres trabajadores.

—No contesto su competencia,—le replicó el marido.—Pero sin ofender al señor, á quien estimo en mucho, y pidiéndole anticipadamente perdon, me permitiré decirle una cosa sencillísima; que en los asuntos franceses no hay criterio superior al criterio de un corazon francés.

—Lo niego,—dije yo sin usar, en mi calidad de español, y como acostumbrado á nuestras exaltadas disputas, de los cumplidos usuales en la cortesía francesa,—lo niego rotundamente. La peor consejera en política es la pasion, y usted está apasionado. Yo tuve ocasion de visitar esos pueblos, y le digo que no entra en su pensamiento ni en su voluntad el anexionarse á Francia. Y no hay cosa peor que vivir

con pueblos por fuerza anexionados; hay necesidad de atarse á sus grillos y á sus cadenas.

—Pero admitiendo la imprudencia temeraria de emprender una guerra para conquistar el Rhin, debemos emprenderla para impedir las maniobras de Bismark. Y aunque no anexionemos á Francia tierra alguna, impidamos que se las anexione Prusia.

—Dejad que Alemania se gobierne como le plazca. Así como no teneis derecho á mezclaros en las dificultades suscitadas todos los dias entre Inglaterra é Irlanda, no teneis derecho á mezclaros en las dificultades entre el Norte y el Sur de Alemania.

—¿No tenemos derecho, cuando los pueblos alemanes todos los dias están pidiendo nuestra intervencion?

—¿Quién os ha dicho eso? ¿Quién os mantiene en tal ignorancia del carácter y de la historia y de la política de esa Alemania á quien quereis redimir contra su expresa voluntad? Durante todo el siglo décimo-octavo Alemania fué muy francesa. Federico de Prusia, en cuya frente centelleaba el génio de su pueblo y de su siglo, escribia en vuestra lengua y admiraba vuestro ingénio. Kant, que fué el pensamiento germánico en toda su extension y en toda su profundidad, saludó como redentoras del género humano vuestras revoluciones. Fichte mismo, que le heredó y llevó el cetro de la ciencia, reivindicó la era de la revolucion francesa como la iniciacion del mundo moderno en las ideas de la justicia y del derecho. Pero los excesos del terror resfriaron mucho este entusiasmo, y las conquistas de Napoleon concluyeron por separaros toda Alemania. Desde 1813, poetas, oradores, filósofos, no tienen mas que un propósito, formar la Alemania una é independiente contra las asechanzas y las conquistas de Francia. Vosotros creeis que en cuanto un pantalon colorado se viera en el Rhin, sucederia como sucedió en cuanto un pantalon colorado se dibujó en los Alpes; creeis que Alemania se echaria en vuestros

brazos, como se echó en vuestros brazos Italia. ¡Qué error, y qué error tan grave! Las varias naciones germánicas aman mucho su autonomía, porque todo aleman tiene el carácter individualista de su raza. Pero aman tanto como su autonomía la gran patria germánica, de cuya gloria se enorgullecen, de cuyo resplandor se iluminan, de cuyos artistas se glorifican, de cuyo pensamiento viven. Una amenaza á esa Alemania independiente, una reclamacion del menor átomo de esa tierra, las echaria á todas en brazos de Prusia; y reunidas todas bajo esa enseña de la independencia nacional en la férrea mano prusiana, serian fortísimas.

—¿Y qué quereis que hagamos?

—No meteros donde no os llaman, y ménos bajo la enseña de los Bonapartes, que recuerda la guerra sistemática, la conquista á todo trance, y que evoca una sombra siniestra, de la cual fuísteis vosotros, como nosotros, todos esclavos. No os guieis por quien desconoce los pueblos extranjeros. En política, no hay desgracia tan grande como ignorar la idea y la fuerza de un vecino odiado que mañana pudiera ser un enemigo formidable. Fuísteis á Roma creyendo que los romanos deseaban allí vuestra presencia, y ahora resulta que por la intervencion permanente en Roma habeis perdido la amistad de Italia. Fuísteis á Méjico creyendo que los mejicanos anhelaban el socorro de vuestras armas, y ahora resulta que os volveis maldecidos por aquellos pueblos y os dejais entre sus manos el cadáver del emperador como un eterno testimonio de vuestra imprevision y un remordimiento eterno sobre vuestra conciencia.

—Yo siempre reprobé la intervencion en Roma á favor del Pontificado, y la intervencion en Méjico á favor del imperio.

—Y ahora aprobais una intervencion más dificultosa y más preñada de peligros, la intervencion en Alemania á favor de los pueblos del Mediodía y de sus respectivos re-

yecillos. Desengañáos. Con ese carácter inquieto y ese espíritu guerrero, no llegareis nunca á la libertad. Estais condenados irremisiblemente, si persistís en tales ideas de predominio material, á ir formados como un regimiento, y á necesitar en la cabeza de ese regimiento un Imperator, es decir, un general invencible. Francia tiene un gran papel que desempeñar y un gran destino que cumplir en la civilizacion europea. Quieran ó no quieran sus enemigos, representa en la humanidad el mismo ministerio que representa la razon en el espíritu, representa el ministerio de universalizar las ideas, el mismo ministerio que representa el sol en el sistema planetario, difundir la luz por los espacios.

Este ministerio me parece tanto más fácil de cumplir, cuanto que solo necesitais consagraros á desarrollar vuestras facultades intelectuales, y á esparcir las ideas humanitarias. Desde los tiempos de la revolucion, Francia es una democracia. Por más que los diversos gobiernos hayan trabajado por impedirlo, no han podido evitarlo. Sus artificiosas maniobras se estrellaban todas en los progresos del trabajo y de la industria que levantaban una igualdad, vivificadora de nuevas ideas y de nuevos elementos sociales, contraria en absoluto á las antiguas castas. Esta democracia debe limpiarse del dictado de cesarista y adherirse fuertemente á la libertad. Los muchos enemigos que las democracias cuentan todavía en el mundo, las tienen por incapaces de practicar el derecho moderno, y por irremisiblemente condenadas á conocer la autoridad bajo la forma de cesarismo y á practicar la libertad en la anarquía, engendrando al cabo por sus propios excesos irremediable dictadura. Francia debe responder á todo esto, desautorizar todo esto, uniendo su democracia, ya invencible, á la idea humana del moderno derecho y á la práctica constante de una completa libertad. En ese dia, ¿quién puede arrancarle su ministerio de nacion iniciadora? ¿Quién puede desarrai-

garla del centro de Europa? ¿Quién puede sustituir otra lengua á la universalidad de su lengua, ni otro ingénio á su ingénio? Su tribuna seria siempre la más oida, su literatura la más imitada, su lengua la más universal, y, por lo mismo, su responsabilidad la mayor y más estrecha; que no se aumentan las prerogativas en la vida social como en la vida individual, sino con proporcionado aumento tambien de estrechísimos deberes. Todos contribuís á formar la opinion como los copos de nieve que blanquean en las montañas y la gota de rocío que tiembla en la hoja del rosal contribuyen á formar el Océano. Yo os conjuro por vuestra patria y por la humanidad á que voteis siempre por la paz, seguros de que votais por la libertad; á que eviteis la guerra, seguros de evitar agravacion mayor en vuestra servidumbre. La virtud de la libertad es tan grande, que troncha la fuerza de las bayonetas, y salta sobre la cima de los tronos.

En una guerra os toca ser, ó vencedores, ó vencidos. Si sois vencidos, la integridad de vuestra patria corre gran peligro, porque crecerá mucho el ensoberbecimiento de los vencedores. Y si sois vencedores, el vencedor es el César, su carro de guerra se ha dorado en la electricidad de los combates, su púrpura se ha teñido de nuevo con la sangre de vuestras venas; su herencia se ha asegurado por un testamento de engrandecimiento, de fortuna, de gloria: no espereis en todo cuanto queda de siglo, no espereis la libertad.

¡Cuánto más fácil, y más llano, y más hacedero, y más provechoso es continuar vuestro apostolado pacífico en los certámenes del trabajo y en las competencias del ingénio, que arriesgaros á una guerra donde podeis perder, si vencedores, la libertad, y si vencidos, la patria!

Habia hablado como si estuviera en un Congreso; pero tengo la seguridad de no haber convencido á mi auditorio. Fuíme á casa y soñé con el fusil Chassepot y el fusil-aguja,

y me pareció que los chassepots y los agujas abrian abismos insondables entre los pueblos, y que de esos abismos rebosaba un mar de sangre que henchia la tierra y se evaporaba otro mar de tinieblas que oscurecia los cielos.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Capítulos.		Páginas.
	Prólogo	V
I.	Despedida	1
II.	París	15
III.	La familia Benoiton	31
IV.	Arquitectura simbólica	37
V.	La Noche-Buena	41
VI.	Mariposear	57
VII.	Carnaval	75
VIII.	Tragedias y comedias	91
IX.	Preparativos de la Exposicion	97
X.	Oradores académicos	109
XI.	La Tribuna	123
XII.	El *Don Cárlos* de Verdi	135
XIII.	La apertura de la Exposicion universal	139
XIV.	Un paseo por el Parque de la Exposicion	149
XV.	Galería de trabajos manuales	157
XVI.	Una ojeada á España en la Exposicion de París	163
XVII.	El helenismo en los cuadros de Baviera	175
XVIII.	El palacio tunecino en la Exposicion	183
XIX.	Recuerdos de la Exposicion rusa	189
XX.	Más sobre España en la Exposicion	195
XXI.	Consideraciones sobre la Exposicion	199
XXII.	La música polaca y el arte ruso	207
XXIII.	La galería de las máquinas	219

Capítulos.		Páginas.
XXIV.	La visita del sultan y la distribucion de premios..	223
XXV.	El quince de Agosto.....	229
XXVI.	Miscelánéas.....	231
XXVII.	Una carta.....	243
XXVIII.	Evocaciones.....	249
XXIX.	Retrato de un académico.....	257
XXX.	Murmuraciones...	261
XXXI.	Borradores.....	265
XXXII.	Aventuras de la emperatriz de China y tristezas de la reina de Inglaterra.....	269
XXXIII.	El mal gusto.....	277
XXXIV.	Mosáicos.....	281
XXXV.	Hojas sueltas.....	289
XXXVI.	Historietas.....	295
XXXVII.	Vaguemos.....	299
XXXVIII.	El aniversario de Washington y *La Linterna* de Rochefort.....	311
XXXIX.	Errores políticos.....	319

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

APR 11 1932
APR 12 1932

Econ 5958.67.70
Un ano en Paris /
Widener Library
004343467
3 2044 081 988 701